

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

Los estoicos

Epicteto, Séneca, Marco Aurelio

PRÓLOGO

La Editorial NA se complace en ofrecer a sus lectores, una vez más, fiel al compromiso contraído de rescatar los tesoros de la cultura clásica, moderna y contemporánea que puedan servir al hombre más allá del tiempo y la circunstancia extemporánea, esta obra colectiva capaz de aunar las más fértiles y provechosas enseñanzas de los filósofos del estoicismo romano.

Epicteto, Marco Aurelio y Séneca son figuras que no necesitan presentaciones. Del esclavo al emperador, pasando por el consejero imperial, los tres han legado a la posteridad una obra de indiscutible valor filosófico, literario y humano, de tal suerte que una breve selección de sus sentencias y aforismos, realmente vivida y sentida, sería capaz de transformar profundamente la vida y el espíritu de un hipotético lector que deslizase la mirada a través de sus páginas.

No somos ajenos al interés suscitado en torno a filósofos y modelos de vida que han sido especialmente concebidos para épocas de crisis, transformación y doloroso gozne de un marco o escenario vital a otro. Tal vez de ahí ese gusto contemporáneo por una filosofía de lo cotidiano que, lejos de osados vuelos metafísicos, arriba a costas de habitual desenvolvimiento en nuestras vidas ordinarias y nos dispone a enfrentar el dolor, el infortunio o la falta de escrúpulos de los demás, confiando únicamente en el propio esfuerzo y una irreprochable ética personal.

A través de títulos y publicaciones de sugerente y variada cronología y temática, hemos viajado por la Tebas egipcia, las cárceles subterráneas de Venecia o la Tartessos legendaria y prehistórica, por citar tan solo algunos ejemplos.

Ese fascinante itinerario cultural y humano –y también editorial– ha aposentado ahora su huella en un tiempo particularmente sugerente y dramático: el viejo telón de fondo de la cultura clásica, que vive sus estertores agónicos en los llamados descendientes de Eneas y de la vieja Troya. Lo que aquí traemos a la luz es apenas un mortecino destello del último crepúsculo epigonal del Viejo Sendero fabricado a escala humana, pero cuyos modelos eran aún dioses y héroes.

El telón está a punto de cerrarse para Occidente hasta nuestros días. Las voces y acentos de los mejores filósofos suenan a agorera y señorrial resignación. En ese nocturno incomparable reverberan los ecos de las lúcidas sentencias de Séneca, Epicteto y Marco Aurelio. Voces que hablan tan familiarmente a cualquier lector que apenas sentimos la distancia temporal y psicológica que habitualmente dificulta la recepción de la obra.

Aunque es habitual en nuestro tiempo encadenarse a la última publicación de éxito desconociendo casi completamente el pasado, creemos que la calidad y oportunidad de una obra no tienen fecha de caducidad, ni hay oportunidad o motivo que

**LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO**

justifique desconocer un gran legado. Esperamos que los lectores disfruten la apretada selección que a continuación tenemos el gusto de presentarles.

José Ramón Naranjo

INTRODUCCIÓN

La escuela de filosofía estoica se sitúa cronológicamente entre la filosofía clásica de Aristóteles y el neoplatonismo. Aristóteles muere en el 322 a. C., finalizando con él un período de actividad filosófica de grandeza irrepetida, quizás por la relativamente reducida talla filosófica de sus discípulos, pues todos ellos (Eudemo, Teofrasto, Dicearco, etc.) distan notablemente del talento de su maestro.

Alrededor del 300 a. C., Zenón de Citium funda en Atenas una escuela de filosofía, sita en el Pórtico de las pinturas o *Stoa pukilé*, una especie de museo decorado con cuadros de Polignoto. Zenón es un chipriota de origen fenicio que vive como marino comerciante, discípulo de Crates, Estilpón, Jenócrates, Polemón y Diodoro de Megara. Llega a Atenas después de haber naufragado y arruinado su negocio, y es entonces cuando establece la que se convertirá en la escuela estoica.

La evolución de la escuela estoica está marcada por tres períodos; el primero, bajo el liderazgo de Zenón, y más tarde, de Cleantes de Assos y Crisipo. Algunos eruditos consideran a este último el verdadero fundador del estoicismo, argumentando las menores capacidades de sus antecesores. Crisipo escribió, según Diógenes, más de setecientos libros. El resto de sus contemporáneos tuvo menos trascendencia.

La segunda etapa del estoicismo se extiende desde el siglo II a. C. hasta comienzos del siglo I, y es conocida como *Stoa media*. Es una época de profunda influencia del estoicismo en Roma. Esta etapa se caracteriza por una renovación que modifica el dogmatismo de la primera hacia un eclecticismo y cierta «romanización». Sus figuras destacadas son Panecio de Rodas y Posidonio.

La última y más fructífera etapa abarca los dos primeros siglos de nuestra era y es resueltamente romana. Los filósofos que destacan son Séneca, Epicteto y Marco Aurelio. Llama la atención su muy dispar categoría social: el primero, abogado, atesoró una gran fortuna; el segundo, esclavo de un secretario del emperador Nerón, sufrió una azarosa vida; el tercero, famoso emperador, fue, no obstante, víctima de continuas tribulaciones que soportó con una serenidad elogiable. A la obra de estos tres filósofos está dedicada esta publicación que esperamos acerque al gran público el pensamiento y la esencia vital y humana de la filosofía estoica.

Ubicación del estoicismo en la Historia de la Filosofía

La escuela estoica coexiste con la epicúrea y escéptica en lo que en la Historia de la Filosofía se conoce por helenismo. Los precursores de este pensamiento helenístico son dos movimientos que algunos autores no consideran específicamente filosóficos: los cirenaicos y los cínicos. Resulta curioso observar cómo ha evolucionado el concepto de estoicismo, esceticismo y cinismo en la cultura actual. Se dice que soportamos estoicamente los males cuando lo hacemos con serenidad, que somos

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

escépticos cuando no creemos en algo salvo demostración categórica, y acusamos de cínicos a quienes se burlan de la moral y las convenciones. Esta reducción de lo que implicaban en su momento aquellas escuelas resulta algo simplista. También se podría decir que soportamos socráticamente las dificultades, que somos incrédulos como los cartesianos, o que nos burlamos positivamente (del positivismo) de las costumbres sagradas. Ambas formas de expresarse podrían ser igual de válidas.

Los cirenaicos (llamados así por ser Aristipo de Cirene miembro destacado) son los precursores del epicureísmo; y los cínicos dieron lugar a los estoicos y escépticos. Diógenes fue la figura más destacada del movimiento cínico por sus extravagancias. Se afirma de él que vivía como un mendigo en medio de la ciudad, con un tonel por albergue, y practicaba el sexo a la vista de todos, como los perros. Precisamente, de la palabra perro (*kynos*) parece que proviene el nombre de cínico. Por esta y otras muchas conductas tan deliberadas como respetables fue Diógenes mucho más famoso que su maestro, fundador de la escuela cínica, Antístenes, discípulo a su vez de Sócrates.

Antístenes preparó la escuela filosófica del escepticismo, pero se atribuye la consolidación de esta a Pirrón de Elis, un militar de las tropas de Alejandro Magno. Su posición ante el conocimiento resulta paradójica: parte de la imposibilidad de llegar a conocer ni afirmar nada con seguridad, y preconiza el silencio (afasia) como mal menor ante la duda, para conseguir al menos la ausencia de agitaciones y pasiones (ataraxia). Ante semejante mutismo, la única forma de conocimiento que ha llegado hasta nosotros no fue, lógicamente, recogida directamente por Pirrón, sino por su discípulo Aristóteles.

Frente al silencio del escepticismo y la rebeldía del cinismo y epicureísmo, el estoicismo contrasta con todas ellas por su búsqueda de la felicidad en la sabiduría y la virtud. Los estoicos dividen el estudio de la filosofía en lógica, física y ética, fundamentalmente, si bien dedican la mayor parte de su esfuerzo a filosofar sobre la tercera.

Tanto epicúreos como estoicos, escépticos y sus precursores cirenaicos y cínicos, no buscaban sino una respuesta a la gran cuestión: ¿cuál es la mejor forma de vivir?, ¿cómo conseguir la felicidad? Diecisiete siglos después, no hacemos sino buscar lo mismo que ellos, pero quizás nos apoyamos menos en la filosofía y más en el pragmatismo, para continuar desorientados en la eterna búsqueda.

Jesús Muñoz

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

EPICTETO

MÁXIMAS

Sobre los bienes verdaderos
y que nos son propios, y sobre los falsos y extraños

1. No existe nuestro bien y nuestro mal sino en nuestra voluntad.
2. De todas las cosas del mundo, unas dependen de nosotros y otras no. Dependen de nosotros nuestros juicios y opiniones, nuestros movimientos, nuestros deseos, nuestras inclinaciones y nuestras aversiones: es decir, todos nuestros actos.
3. Aquellas que no dependen de nosotros son: el cuerpo, los bienes materiales, la fama, las dignidades y honores; es decir, todas aquellas cosas que no entran en el ámbito de nuestro propios actos.
4. Las cosas que dependen de nosotros son libres por su naturaleza misma; nada puede detenerlas ni levantar ante ellas obstáculos. En cambio, las que no dependen de nosotros son débiles, esclavas; sujetas a mil circunstancias e inconvenientes y ajena por completo a nosotros.
5. Recuerda, pues, que si tomas por libres las cosas que por su naturaleza son esclavas, y por propias las que dependen de otros, no encontrarás más que obstáculos por doquier; te sentirás turbado y triste a cada paso y tu vida será una continua lamentación contra los hombres y los dioses. En cambio, si no tomas por propio sino lo que realmente te pertenece y miras como ajeno lo que pertenece a los demás, nadie podrá obligarte a hacer lo que no deseas ni impedirte que obres según tu voluntad. No tendrás entonces que quejarte ni acusar a nadie, y como nada, por leve e insignificante que sea, habrás de hacer contra tu deseo, no te saldrá al paso el daño, ni tendrás enemigos, ni te ocurrirá nada perjudicial ni molesto.
6. Y aspirando a bienes tan grandes, no olvides que no ha de ser poco el trabajo que emplees en conseguirlos. Has de tener, pues, muy presente que en lo que respecta a las cosas exteriores y que no dependen de ti, a la mayor parte debes renunciar y el resto te será forzoso dejarlo para más adelante. Porque si pretendes poder alcanzar, al tiempo que los verdaderos bienes, las dignidades y las riquezas, es casi seguro que por el simple deseo de aquellas te sean negadas estas; y, de todos modos, no alcanzarás ciertamente los bienes que te hubiesen proporcionado libertad y felicidad.
7. Así, cada vez que te sientas asaltado por una idea perturbadora, apresúrate a decir: te conozco; eres un puro engaño y no lo pareces. Después, examínala bien y para sondarla profundamente emplea las reglas que te son familiares por haberlas aprendido, sobre todo, aquella que te hace saber si las cosas dependen de ti o no. Y si pertenece a estas, piensa sin dudar: nada me importa.

8. Ten siempre muy en cuenta que el objeto de tus anhelos es obtener aquello que deseas, y el de tus recelos evitar lo que temes. Porque es cierto de toda certeza que el que no obtiene lo que desea es desgraciado, y es infeliz el que cae en lo que más temía. Si no tienes, pues, aversión sino a aquello que se opone a tu verdadero bien (que es lo que de ti depende), jamás caerás en aquello que temes; ahora bien, líbrate del temor a la muerte, a las enfermedades o a la pobreza, porque entonces vivirás infeliz y miserable. Es decir: aparta tus temores de las cosas que, por no depender de ti, son inevitables y colócalos en aquellas que de ti dependan. En cuanto a tus deseos, obra de igual modo; porque si eres tan loco como para desear algo que no puedes alcanzar, es señal evidente de que aún no estás en disposición de conocer aquello que se debe desear. Luego, mientras llegas a este estado sereno, conténtate con desear y temer las cosas suavemente, cautelosamente, examinándolas con cuidado y serenidad.

9. La enfermedad entorpece los actos del cuerpo, pero no los de la voluntad. Si me quedo cojo, será una dificultad para mis pies, pero no para mi espíritu. Piensa así en cuantos accidentes sufras y te convencerás de que podrán ser obstáculo para otra cosa, no para ti.

10. Cuando el cuerpo grazna, lo que dice es de mal agüero; no te dejes llevar por tu imaginación; al contrario, razona y di: ninguna de las desgracias presagiadas por ese augurio me concierne; si acaso, a este mi cuerpo débil o a mi escasa riqueza; quizá a mi fama o a mi esposa o a mis hijos, ya que para mí no hay, si me lo propongo, sino presagios felices, porque, ocurra lo que ocurra, de mí depende sacar en todo el mayor bien y provecho.

11. Ante cada una de las cosas que te alegran o que, por serte útiles y provechosas, sientas hacia ellas predilección, date cuenta de lo que verdaderamente son, comenzando por las más insignificantes. Así, por ejemplo, estimas una vasija de barro; pues bien, no dejes de decirte que se trata simplemente de una vasija de barro; así, el día que se rompa, no sentirás dolor. Si es en un hijo o en una mujer en quien depositas tu amor, repítete frecuentemente que amas a un ser mortal, con objeto de que si la muerte te los arrebata, tu pesar sea mucho menor.

12. Si quisieras que tus hijos, tu mujer o tus amigos viviesen eternamente, no querrías sino una locura, ya que equivaldría a pretender que dependiesen de ti las cosas que no pueden depender y que fuese tuyo y sujeto a tu voluntad lo que de ningún modo te pertenece. Asimismo, insensato eres si pretendes que no te falte nunca tu servidor, pues tanto equivaldría a querer que el vicio dejase de serlo para ser otra cosa. Así que si quieres que tus deseos nunca se vean frustrados, haz simplemente una cosa bien sencilla: no deseas sino aquello que de ti dependa.

13. Ten siempre muy en cuenta las siguientes consideraciones: ¿qué es lo que me es propio y mío? ¿Qué es lo que me es ajeno y extraño? ¿Qué es lo que me ha sido dado? ¿Qué es lo que los dioses quieren que haga y lo que me vetan? Piensa que hasta este momento han derramado sobre ti sus favores dándote tiempo de sobra para ocuparte de ti mismo, leer, meditar, escribir sobre las cuestiones más importantes; es decir, para prepararte para las mejores y más hermosas adquisiciones. Piensa que todo

este tiempo que te concedieron ha debido bastarte. Por eso ahora te dicen: ¡Ea!, combate; muestra lo que has aprendido; veamos si eres un luchador digno de nosotros y de ser coronado, o simplemente uno de esos tristes gladiadores de feria que recorren el mundo siendo humillados y vencidos en todas partes.

14. Jamás te envanezcas de lo que no dependa de ti, de un mérito que te sea ajeno. Si un caballo pudiese hablar y dijera: ¡qué hermoso soy!, sería al fin y al cabo tolerable, ya que, además de ser verdad, lo decía un caballo; pero que tú te envanezcas diciendo: “tengo un hermoso caballo”, no. Sin contar, además, que es envanecerse de bien poco, porque, ¿qué es lo que hay de tuyo en esto, fuera del mal uso que haces de tu imaginación? Solo cuando uses de ella de acuerdo con la naturaleza podrás envanecerte y vanagloriarte, ya que entonces te glorificarás de un bien que en realidad te es propio.

15. La nobleza del hombre procede de la virtud, no del nacimiento: “valgo más que tú porque mi padre fue cónsul y además soy tribuno, y tú no eres nada”. Vanas palabras, amigo. Si fuésemos dos caballos y me dijeses: mi padre fue el más ligero de los caballos de su tiempo y yo tengo alfalfa y avena en abundancia y además soberbios arneses, te contestaría: lo creo, pero corramos juntos. ¿No hay, asimismo, en el hombre algo que le es propio –como al caballo la velocidad–, algo por lo cual se conoce su calidad y se estima su verdadero valer? Y este algo, ¿no es el pudor, la honradez y la justicia?... Muéstrame, pues, la ventaja que en todo esto me llevas, hazme ver que como hombre vales más que yo y te consideraré superior a mí. Porque si no me dices sino que sabes rebuznar y dar coces, te contestaré que te envaneces de cualidades propias de un asno o de un caballo, pero no de un hombre.

Sobre la felicidad

1. Cualidades esenciales de la verdadera felicidad son la duración y la estabilidad; durar siempre y que ningún contratiempo pueda perturbarla. La felicidad que no reúne estos caracteres es engañosa.

2. No deberíamos alegrarnos con nuestros semejantes ni felicitarnos sino por aquellas cosas que son verdaderamente causa de regocijo por serles útiles y honrosas.

3. Jamás pueden vivir juntos el deseo y la felicidad.

4. Los días de fiesta deben ser para ti aquellos en que has vencido una tentación o, al menos, dominado el orgullo, la temeridad, la malignidad, la maledicencia, la envidia, la obscenidad en el lenguaje, el lujo o cualquiera de los vicios que te tiranizan. Esto es lo que debe alegrarte y merecer tus desvelos con mucho más motivo que haber obtenido un consulado o el mando de un ejército.

5. Cuando oigo llamar feliz a alguien porque cuenta con los favores de un príncipe, pregunto enseguida: –¿Cómo le ha favorecido? –Ha sido nombrado gobernador de una provincia. –Pero ¿ha obtenido al mismo tiempo cuanto es preciso para cumplir debidamente su misión? Cuando me dicen: –Fulano ha sido nombrado

pretor. –¿Cuenta con lo necesario para serlo debidamente? –pregunto. Porque no son las dignidades las que dan la felicidad, sino el desempeñar bien y acertadamente los cargos que van unidos a ellas.

6. Guárdate mucho viendo a alguno colmado de honores o alcanzar las más elevadas dignidades, de considerarle, arrastrado por tu imaginación, como un hombre feliz. Porque si la esencia del verdadero bien está en las cosas que dependen de nosotros, ni la envidia, ni la emulación, ni los celos tendrán cabida en ti y no desearás ser general, ni senador, ni cónsul, sino libre. Y piensa que para alcanzar esta libertad sólo hay un camino: no desear las cosas que no dependen de nosotros.

7. ¿Es infeliz el caballo por no poder cantar? En modo alguno. Lo sería, en todo caso, por no poder correr libremente. ¿Lo es el perro por no poder volar? Tampoco; lo que tal vez deplorese sería la falta de sentimiento. ¿Será desgraciado el hombre por no poder despedazar leones o ejecutar otras empresas enormes y contrarias a su naturaleza? De ninguna manera, puesto que no es para tales cosas para lo que fue creado. En cambio, será desgraciado, y como tal debe considerarse, si pierde el pudor, la bondad, la fidelidad, la justicia y cuantas excelencias imprimieron en su alma los dioses.

8. Hércules, puesto a prueba por Euristeo, no se consideró jamás infeliz; por el contrario, ejecutaba con la mayor diligencia y perfección los difíciles trabajos que el tirano le encomendaba. Entonces, ¿cómo tú, puesto a prueba por los dioses –a quienes tanto debes, empezando por tu nacimiento–, osas lamentarte y dejar oír entre gritos tu desgracia?... ¡Qué cobardía! ¡Qué miseria!

9. Nada tan frecuente como encontrar a poderosos que creen saberlo todo, sin saber nada, incluso ignorando las verdades más esenciales y rudimentarias. Como nacen en la riqueza y no carecen de cosa alguna, no llegan ni a imaginar que pueda faltarles lo que les sobra. Esto mismo decíale cierta vez a uno de nuestros más encumbrados magnates: –Ya sé que eres bien mirado del príncipe, que tus administrados son muchos y poderosos y que cuentas con muchos y principales amigos. Es decir, que dispones siempre con medios sobrados para servir a quienes te propongas y para perjudicar a quien así lo deseas. Todo esto lo sé muy bien. –¿Qué es, pues, lo que me falta?, dijo. –Lo más importante y necesario: poseer la verdadera felicidad; porque hasta ahora has hecho siempre todo lo contrario de lo preciso para alcanzarla. Nada sabes de lo que verdaderamente son los dioses y de lo que es el hombre; desconoces la naturaleza del bien y del mal, y –esto es lo que más va a sorprenderte–, ni tan siquiera te conoces a ti mismo. Pero ¡cómo! ¿Te vas disgustado de mi sinceridad? ¿Es que te he causado mal alguno? ¡No he hecho sino presentarte el espejo que te ha retratado tal cual eres!

10. Conserva bien lo tuyo y no codicies lo ajeno. Si lo haces, nada podrá impedirte el ser dichoso.

11. Sócrates quería mucho a sus hijos, pero los quería con conciencia clara de su cariño y sin olvidar que a quien es preciso amar ante todo es a los dioses. A ello se debe el que jamás dijese nada que no fuera digno de un hombre de bien, lo mismo cuando estuvo en la guerra o en el senado, y más tarde ante sus jueces. Pero a nosotros todo nos

sirve de pretexto para ser mezquinos y cobardes: bien un hijo, o una madre, o un hermano. Sin embargo, no deberíamos hacernos infelices por nadie, sino todo lo contrario: aprovechar para nuestra felicidad a todas las criaturas y aun a los mismos dioses que, si nos han creado, es para que seamos dichosos.

Sobre las riquezas

1. Todos tenemos en nuestro cuerpo la medida de nuestra riqueza, como tenemos en nuestro pie la medida del zapato que nos conviene. Basta atenerse a esta consideración para no salirse jamás del punto justo; pero desdichado de quien la traspasa, pues rodará por una pendiente en que nada será capaz de detenerle. Hasta con el calzado ocurre que aquel que sobrepasa el que le corresponde, pronto de los zapatos dorados pasará a los purpúreos y luego los querrá bordados; no hay final para aquel que rebasa lo que naturalmente le corresponde.

2. No depende de nosotros el ser ricos, pero sí el ser felices. Además, las riquezas no son siempre un bien, porque suelen ser poco duraderas. En cambio, la felicidad que proviene de la sabiduría perdura siempre.

3. La vida que se entrega a las riquezas y transcurre en brazos de la suntuosidad y de la molicie, es como un torrente de agua siempre turbia, espumeante, peligrosa, enfangada, violenta, tumultuosa y pasajera; mientras que la empleada en la virtud es como el manantial de agua eternamente pura, cristalina, sana, fresca e inagotable.

4. Has adquirido muchas cosas soberbias; muchos recipientes de oro y plata, muchas cosas valiosas, y rico te crees. Pero te falta lo mejor: careces de constancia, de sumisión a los divinos mandatos y de la tranquilidad de espíritu necesaria para apartar de ti los temores y sobresaltos. En cuanto a mí, aun siendo muy pobre, soy más rico que tú, pues ni me preocupa el carecer de protector en la corte ni lo que puedan decir de mí al príncipe; en cambio, no tengo que adular a nadie, y esto es para mí mucho más que los bienes de que carezca. Y a ti, ¿de qué te sirven tantos vasos de oro y plata, si todos tus pensamientos, deseos, inclinaciones y actos evidencian el barro de que estás hecho?

5. Es tan difícil para los ricos adquirir la sabiduría como para los sabios adquirir la riqueza.

6. No es la miseria la que verdaderamente nos aflige, sino la avaricia; asimismo, no son las riquezas las que nos preservan de los mil temores que ensombrecen nuestra vida, sino la razón.

7. ¿Estimarás una víbora por el simple hecho de verla en una caja de oro? ¿Dejará acaso de inspirarte menos horror y menos recelo su ponzoña e innata maldad? Haz lo mismo con el malvado, aunque le veas nadando en riquezas.

8. No es hablar razonablemente el decir: soy mejor que tú porque soy más rico; valgo más que tú porque soy más elocuente. Pero en verdad, el que así habla no podrá

ufanarse con justicia ni de rico ni de elocuente. Al contrario, si se quiere hablar razonablemente, es preciso decir: soy más rico que tú, porque mis bienes en la actualidad son superiores a los tuyos; mi elocuencia vale más que la tuya porque es mayor mi facilidad de expresión.

9. Son los ricos, los reyes y los tiranos los que dan los personajes a las tragedias; los pobres, en cambio, no aparecen en ellas, o –como mucho– confundidos con los coros y los danzantes. En cambio, suele ocurrir que mientras al principio de las obras los reyes prosperan, son respetados y honrados y en su honor se levantan altares y sus palacios son adornados con guirnaldas, al final se les oye exclamar: ¡Oh, Cíterea! ¿Por qué me acogiste tan favorablemente?

10. Cuando alguien tiene fiebre, su sed es muy distinta de la de un hombre sano. Este, en cuanto ha bebido, está satisfecho por haber aplacado su deseo; pero aquel, tras un breve momento de bienestar, padece mareos, le sienta mal lo que ha bebido, tiene vómitos dolorosos y le vuelve la sed aún más abrasadora. Así, otro tanto le ocurre al que posee riquezas, honores o una mujer hermosa con excesivo frenesí. La sed de este desdichado es la sed del calentamiento, de la que nacen los celos, los temores, las malas palabras, los deseos impuros y los actos obscenos. Tú, amigo mío, que eras antes tan comedido y tan pudoroso, ¿qué has hecho de tu pudor y de tu cordura? En lugar de leer a Crisipo y a Cenón, lees tan solo libros detestables; en lugar de admirar a Sócrates y a Diógenes y seguir su ejemplo, no admirás ni imitas sino a aquellos que son maestros en el arte de corromper y engañar a las mujeres. Por parecer hermoso, te emperifollas, adornas, tiñes y retocas cual si ello bastase; y vistes trajes magníficos y te arruinas con esencias y perfumes. ¡Vuelve en ti!; lucha contra ti mismo y gana de nuevo tu pudor, tu libertad y tu dignidad perdida; en una palabra: vuelve a ser hombre. Hubo un tiempo en que si te hubiesen dicho: «Fulano va a pervertir a Epicteto haciéndole incurrir en adulterio, conseguir que caiga en toda clase de lujos superfluos y que se presente en público teñido y perfumado», hubieras volado en mi auxilio, y aun creo que hubieras estrangulado a quien tal hubiese dicho. Pues bien: no se trata ahora de matar, sino de que te concentres en ti mismo, de que te hables a ti mismo. ¿Quién mejor que tú será capaz de persuadirte? Comienza, pues, por condenar tu conducta; pero pronto, antes de que el mal sea inevitable.

Sobre el conocimiento de uno mismo

1. Considera, en primer lugar, qué es lo que deseas, y examina luego tu propia naturaleza para ver si posees la fuerza necesaria para llevar a cabo tus deseos. ¿Quieres ser atleta o gladiador? Pues mira tus brazos, palpa tus muslos, observa la robustez y resistencia de tus espaldas, que no todos hemos nacido para conseguir las mismas empresas. ¿Estás seguro de que realizando esta profesión podrás comer como los que la practican, beber como ellos y –como ellos– renunciar a todos los placeres? Es preciso dormir poco, trabajar mucho, abandonar a padres y amigos, ser juguete de un niño, contentarte con llegar el último a la obtención de cargos y honores. Considera bien todo esto, y mira si a este precio puedes comprar la tranquilidad, la libertad y la constancia;

de lo contrario, aplícate a cualquier otra cosa y no hagas como los niños; no seas filósofo hoy, sicario mañana, pretor al otro día y, finalmente, privado del príncipe. Considera que todas estas cosas se conjugan muy mal entre sí. Es indispensable que seas un solo hombre, bueno o malo. Es preciso que te apliques a estudiar lo que corresponde a tu naturaleza y disposición y que trabajes por adquirir los bienes interiores o los exteriores; en una palabra, que te manifiestes con el carácter de un filósofo o con el de un hombre vulgar.

2. Uno quiere ser tribuno; otro pide el mando de un cuerpo de ejército; yo no pido ni deseo otra cosa que ser pudoroso y modesto, porque soy libre y amigo de los dioses y les obedezco de todo corazón. Así, es forzoso que prescinda de mi cuerpo, de los bienes, de las dignidades, de la reputación y de cuanto me sea ajeno, porque los dioses quieren que de todo esto haga caso omiso. Si su designio hubiese sido otro, habrían hecho que todas estas cosas hubieran sido para mí bienes reales; pero, puesto que lo han dispuesto como es, obedezco gustoso sus órdenes, seguro de que no me están destinados tales pretendidos bienes.

3. No hay hombre alguno que, de manera natural, no posea cierta noción del bien y del mal, de lo honrado y de lo infame, de lo justo y de lo injusto, de la felicidad y de la desgracia, del cumplimiento de los deberes y de los males de la negligencia. ¿Cómo puede ser entonces que nos equivoquemos tan frecuentemente al juzgar hechos aislados relativos a estas cuestiones? Pues, sencillamente, porque aplicamos mal nuestras nociones comunes y solemos juzgar por juicios mal establecidos; es decir, por prejuicios. Lo bello, lo malo, lo justo, lo injusto, son palabras que todo el mundo emplea indistintamente sin haber aprendido el modo de emplearlas con razón y equidad. De ello nacen las disputas, las riñas y hasta las guerras. Yo digo: esto es justo. Otro replica: es injusto. ¿Cómo ponernos de acuerdo? ¿Qué regla seguir para juzgar con certeza? ¿Bastará la opinión para guiarnos? No, puesto que somos dos y sustentamos opiniones opuestas. Por otra parte, ¿cómo puede la opinión ser juez seguro? ¿Acaso los locos no tienen también su opinión? Y, no obstante, es necesario que exista una ley para conocer la verdad, porque no es posible que los dioses hayan dejado a los hombres en completa ignorancia de lo que deben hacer para regirse. Busquemos, pues, esta regla que ha de librarnos de caer en el error y curar la temeridad y la locura de la opinión. Esta regla consiste en aplicar a la especie los caracteres que se conceden al género, a fin de que, conocidos y aceptados estos caracteres por todos los hombres, nos sirvan para enderezar los prejuicios que hayamos formado sobre cada caso concreto; por ejemplo, una vez formada la idea del bien, tratamos de saber si la voluntuosidad es un bien; para ello no hay sino examinarla del modo expuesto; sopesarla en esta balanza. Yo la peso con los caracteres del bien que son mis pesas, y si la encuentro ingrávida, la rechazo porque el bien es una cosa muy sólida y de gran peso.

4. Quizás alguna vez te vuelvas contra la Providencia; vuelve en ti en seguida y verás cómo la justificas. ¿Te parece que el malvado lleva mejor parte que tú? ¿Tal vez, porque sea más rico? Si es así, examina su interior, mira qué vida lleva y verás cuánto te pesaría ser como él es. Esto mismo le decía el otro día a un joven a quien la creciente prosperidad de Filostorgo irritaba: —¿Te acostarías con Sura con tal de verte como él se

ve? –¡No lo permitan los dioses! ¡Antes muerto! –Y entonces, ¿por qué te irrita que Filostorgo se cobre lo que vende a Sura? ¿Por qué ha de parecer feliz si lo que posee son cosas que tú aborreces? ¿No te ha favorecido la Providencia más que a él, puesto que te ha dado lo mejor que podía darte? ¿No vale más la sensatez que todas las riquezas del mundo? Anda, no te quejes, que tú eres el que posee lo más precioso.

5. ¡Cuán ciego e injusto eres! En ti está no depender más que de ti mismo, y te esfuerzas en depender de un millar de cosas que te son ajenas y que te alejan de todo verdadero bien.

Sobre el propio perfeccionamiento

1. Vas a Roma y emprendes tan largo viaje para alcanzar en tu patria un empleo más lucrativo que el que desempeñas. Pero, dime, ¿qué viaje has emprendido jamás para mejorar tus opiniones y sentimientos? ¿Se te ocurrió consultar a alguien siquiera una vez para corregir tus defectos? ¿En qué tiempo ni a qué edad te has tomado el trabajo de examinar tus opiniones? Recorre los años de tu vida y verás que siempre has hecho lo mismo que haces hoy.

2. ¡Qué no hará un banquero para examinar el dinero que le dan! Afina todos sus sentidos: la vista, el tacto, el oído, todos. Y no contento con hacer sonar la moneda una o dos veces, a fuerza de estudiar sus sonidos se vuelve casi músico. Pues bien: todos somos banqueros en aquello que nos interesa; con el fin de no ser engañados, no hay atención ni aplicación que no pongamos en juego. Pero si se trata de nuestra razón, de examinar nuestros juicios y opiniones con objeto de evitar que nos engañen, entonces nos volvemos perezosos y descuidados como si esto no nos interesara; y es que no sabemos apreciar los daños que semejante descuido nos causa.

3. El hombre está compuesto de dos naturalezas perfectamente distintas: de un cuerpo, que nos es común con los animales y de un espíritu, que nos es común con los dioses. Pero unos tienden hacia el primer parentesco, parentesco desdichado y muerto, y otros tienden hacia el segundo, hacia el feliz y divino; por eso, unos piensan noblemente, mientras otros –la inmensa mayoría– no conciben más que pensamientos bajos e indignos. En lo que a mí respecta, ¿qué soy? Un pobre desdichado, esto que compone mi cuerpo, algo enfermizo y miserable. Pero hay algo en mí mucho más noble; ¿por qué, pues, apartándome de aquel tan elevado principio, doy a lo bajo, al cuerpo, tanta importancia? He aquí la pendiente por donde se dejan resbalar la casi totalidad de los hombres; y por qué se encuentran entre ellos tantos monstruos, tantos lobos, tantos leones, tantos tigres y tantos cerdos. Ten cuidado, pues, y procura no aumentar el número de los brutos.

4. El verdadero bien del hombre está siempre en la parte que le distingue de las bestias. Conviene, por tanto, que esta parte se halle bien asistida y fortificada y que las virtudes sean sus centinelas avanzados, para mejor rechazar al enemigo y poder vivir con toda seguridad, exento de temores.

5. Has de sacar partido de cuanto ocurra. No digas nunca: ¿qué sucederá? ¿Qué te importa lo que pueda suceder desde el momento que puedes hacer de ello buen uso y sacar provecho, y puesto que hasta un contratiempo puede convertirse para ti en manantial de felicidades? ¿Acaso Hércules dijo jamás: «Dioses, no permitais que un león o un jabalí enorme se crucen en mi camino, ni que tenga que combatir con hombres monstruosos y feroz»?. No te preocupes, pues. Si un espantoso jabalí se te pone delante, mayor será el combate y más gloriosa la victoria; si te sorprenden hombres descomunales y feroz, mayor será tu mérito si logras librar de ellos al universo. –Pero ¿y si muero en la refriega? –¿Y qué? ¿No morirás como un héroe? ¿Y se puede desear suerte mejor?

6. Piensa siempre en la muerte, el destierro y cuantas cosas pasan por terribles y desdichadas, con objeto de que no te asalten jamás pensamientos bajos, ni deseas nada con exceso.

7. No olvides que eres actor en una obra, corta o larga, cuyo autor te ha confiado un papel determinado. Y ya sea este papel el de mendigo, príncipe, cojo o de simple particular, procura realizarlo lo mejor que puedas. Porque si, ciertamente, no depende de ti escoger el papel que has de representar, sí el representarlo debidamente.

8. Si nunca quieras ser vencido, no tienes sino que escoger combates en los que de ti dependa exclusivamente el salir victorioso.

9. Si intentas desempeñar un papel superior a tus fuerzas, no solo lo desempeñarás mal, sino que dejarás de representar aquel que hubieras desempeñado bien.

10. Sólo deseas vivir en palacios suntuosos, rodearte de servidumbre, ataviarte con magnificencia, poseer espléndidos carros, caballos magníficos y lujosos perros de caza, rodearte de comediantes y músicos. Pero ¿crees que envidio algo de todo ello? Por el contrario ¿has cultivado, acaso, tu entendimiento? ¿Te has preocupado de adquirir juicios y opiniones sanas? ¿Te has interesado jamás por la verdad? Y si nada de esto has hecho, ¿por qué te enfada que yo te aventaje en aquello que tanto has descuidado? –Es que esto que quieres es algo extraordinario y desacostumbrado. –Me alegro que lo reconozcas; pero ¿quién te impide alcanzarlo? En lugar de monteros, músicos y cómicos, rodéate de personas sensatas. Nadie mejor que tú puede procurarse más libros, maestros y el tiempo necesario para estudiar. Empieza, pues, y cede a tu razón parte del tiempo que te sobra y desperdicias. Escoge, y si todavíaquieres entregarte a las cosas puramente exteriores, es indudable que llegarás a poseer muebles más preciosos y más raros que otros; pero tu pobre inteligencia, así abandonada, no pasará de ser un mueble más.

11. A veces la fortuna te ha fallado, no has podido asistir a juegos, conciertos o a determinados placeres, y de tal modo te duele esta pérdida, que te muestras inconsolable. En cambio, después de haber perdido la fidelidad, el pudor, la dulzura o la modestia, parece como si no hubieras perdido nada. Y, sin embargo, los bienes exteriores, aquellos, los perdemos por una causa ajena a nosotros; es decir, de modo

involuntario, y, por consiguiente, no es vergonzoso perderlos. En cambio, estos últimos no los perdemos sino por nuestra culpa; y si vergonzoso y reprochable es el no poseerlos, aún es más digno de reproche y de vergüenza el que, teniéndolos, los dejemos perder.

12. Aquel que se entrega en cuerpo y alma a cualquier cosa que sea, es normal que lleve ventaja al que no se preocupa de ella. Unos se afanan toda su vida en crecer a costa de acumular riquezas; desde que se levantan no piensan sino en cómo podrán ganar a algún servidor estimado o a algún favorito del monarca; para ello se arrastran a sus pies y les colman de regalos. Además, en sus plegarias y sacrificios tan solo piden a los dioses que les concedan el don de caerles en gracia. Por las noches hacen el siguiente examen de conciencia: ¿qué he hecho hoy? ¿He olvidado algo de lo que debía? ¿Descuidé alguna lisonja que hubiese agregado? ¿Se me escapó quizás, imprudentemente, alguna verdad que pudo desagradarle? ¿He dejado de aplaudir alguno de sus defectos, de alabar alguna de sus injusticias o de dar mi aprobación a las malas acciones que ha cometido? Y si por casualidad ha salido de su boca una palabra digna de un hombre honrado y libre, se recrimina, se arrepiente y se considera perdido. Así es como obra para medrar y para amontonar riquezas.

Mientras que tú no halagas a nadie, ni a nadie adulas; cultivas tu alma, te afanas por adquirir conocimientos sabios, y tu examen de conciencia es poco más o menos este: ¿he descuidado algo –te dices– de lo que contribuye a la verdadera felicidad y es al mismo tiempo grato a los dioses? ¿He faltado a la amistad, a mis semejantes o a la justicia? ¿He dejado de cumplir con mi deber de hombre honrado? Con deseos tan opuestos, con sentimientos tan contrarios, con una intención y norma tan distinta, ¿podrás apenarte por no igualar a aquellos que tienen bienes y fortuna? Porque, por tu parte, no dudes que lo menos que les inspiras a ellos es envidia. Y esto porque ellos, sumidos en la ceguera y en la ignorancia, creen firmemente gozar de los verdaderos bienes, y de que tú no estás suficientemente iluminado ni tienes suficiente firmeza en tus principios para ver y conocer que toda la felicidad está de tu parte.

13. No tienes que librar a la tierra de monstruos porque no naciste Hércules ni Teseo; pero puedes imitarlos librándote tú mismo de los monstruos formidables que llevas en ti. En tu interior hay un león, un jabalí, una hidra; pues bien, procura dominarlos. Procura dominar el dolor, el miedo, la codicia, la envidia, la malignidad, la avaricia, la pereza y la gula. Y el único medio de vencer a estos monstruos es tener siempre muy presentes a los dioses, serles afecto y fiel y obedecer ciegamente sus mandatos.

14. Sacude el yugo, y una vez libre de esclavitud, levanta los ojos al cielo y di a tu dios: sírvete de mí, Señor, como mejor te plazca; nada he de rehusar de lo que te sirvieres enviarme; es más, justificaré tu conducta a los ojos de los demás hombres.

15. En vez de dispensar tu afecto a un rico, dispénsalo a un sabio. El trato de este jamás te hará ruborizar, y nunca volverás a tu casa sin haber aprendido algo. Si dudas de mis palabras, no tienes más que hacer la prueba. Hazla; que en modo alguno, sino al contrario, es vergonzosa.

16. En la vida, te has de conducir siempre como en un festín. ¿Que llega un plato hasta ti? Pues alarga la mano con decencia y sírvete con moderación. ¿Lo quitan? No trates de impedirlo. ¿Tardan en dártelo? Modera tu deseo y aguarda tranquilo a que llegue. Haz lo mismo con tus hijos, con tu mujer, con los cargos y dignidades y con las riquezas y te harás digno de ser admitido en la propia mesa de los dioses. Más aún: si cuando todo aquello se te ofrece, lejos de tomarlo, lo rehúsas y desprecias, no solo serás por este hecho huésped de los dioses, sino muy semejante y digno de reinar con ellos. No de otro modo llegaron Diógenes, Heráclito y algunos otros pocos hombres a ser semidivinos y como tales reconocidos por los demás.

17. Al igual que un niño introduce su mano en un frasco de dulces de abertura estrecha, y de tal modo y tantas coge, que luego le es imposible sacarla, viéndose precisado, entre lágrimas, a soltar la mayor parte para conseguirlo, tú eres ese niño: deseas mucho, y no puedes obtenerlo; desea menos, modera tu ambición, y verás colmados tus deseos.

18. Cuando se echa a los muchachos higos y avellanas, todos se golpean y empujan por recogerlas; pero los hombres no hacen de ello el menor caso. En cambio, distribuyen gobiernos de provincias, reparten pretorías y consulados, y se vuelven niños por atrapar lo que, bien mirado, no vale más que aquellos higos y avellanas. En cuanto a mí, si por casualidad ha venido a caer algo entre los pliegues de mi vestido, lo cojo y me lo como. No lo desprecio; pero ni he de empujar a nadie ni tan siquiera bajarme para recogerlo.

19. Ya estés solo o acompañado, prescríbete siempre una regla de conducta que marque en ti un carácter indeleble y jamás desmentido.

20. No te rías mucho tiempo, ni a menudo, ni excesivamente.

21. Rehúye el comer fuera de tu casa y evita los festines públicos. Pero si las circunstancias te obligan alguna vez a quebrantar este propósito, procura no caer en los bajos modales del populacho. Porque cosa cierta es que si uno de los comensales es sucio, necesariamente manchará al que esté a su lado, haga este lo que haga por evitarlo.

22. Guárdate de usar continuamente las cosas precisas al cuerpo, a menos que lo exijan las necesidades del alma –me refiero a la comida, a los vestidos, a la habitación, a la servidumbre, etc.–; y desde luego, rechaza aquello que únicamente la molicie o la vanidad te pidan.

23. Procura, siempre que puedas, guardar silencio, no hablar sino lo necesario, y aun esto con las menos palabras posibles. Si no hablaremos más que lo preciso, raramente despegaríamos los labios. Pero, sobre todo, abstengámonos de las conversaciones triviales y comunes, cuales son los combates de gladiadores, las carreras de caballos, los hechos de los atletas, de la comida o de la bebida y de los vestidos: temas todos obligados entre los hombres vulgares. Y menos aún hemos de hablar de los hombres, ya sea para denigrarlos o ensalzarlos, ya para establecer comparaciones entre ellos.

24. Procura que la conversación de tus amigos recaiga sobre asuntos razonables, decentes y dignos. De hallarte entre extraños, lo más prudente es el silencio.

25. Procura reunir en ti diversas cualidades, y a cada una de ellas exige el cumplimiento de determinados deberes. Desde luego, eres hombre, ciudadano del mundo, hijo de los dioses y hermano de todos los demás humanos. Además de todo esto puedes ser senador o desempeñar algún otro cargo, ser joven o viejo, padre, hijo o esposo. Pues bien: medita detenidamente en lo que cada uno de estos títulos te obliga y procura no deshonrar ninguno.

26. No tienes lo necesario para vivir, y me preguntas si para no morirte de hambre debes rebajarte hasta aceptar los oficios más abyectos. ¿Qué puedo contestarte a esto? Hay quienes prefieren el oficio más bajo a morirse de hambre; otros hay para quienes lo indigno es lo menos tolerable. No es, pues, a mí a quien debes consultar, sino a ti mismo.

27. Los hombres se fijan ellos mismos su precio –alto o bajo, según mejor les parece–, y nadie vale sino lo que se hace valer. Tásate, por lo tanto, como libre o como esclavo, ya que en tu mano está.

28. Quieres parecerme a la mayor parte de los hombres como un hilo de tu túnica se parece a los demás hilos de que está tejida. Yo, en cambio, prefiero parecerme a esa franja de púrpura que no tan solo resplandece por sí misma, sino que hermosea la túnica sobre la que está colocada. ¿Por qué, pues, me aconsejas que sea como los demás? Si fuese como el hilo, no sería como la púrpura

29. He aquí una hermosa frase de Agripino: «Jamás seré un obstáculo para mí mismo».

30. ¿A qué esperas para juzgarte digno de grandes empresas y para ponerte en estado de no herir jamás la recta razón? ¿Acaso no conoces ya los preceptos que debías aceptar y que has aceptado? ¿Por qué, pues, vas demorando siempre el momento de enmendar, cual si aguardaras la llegada de un maestro que nunca viene? Considera que ya no eres un niño, sino un hombre. Si te olvidas, si te distraes, si amontonas resolución sobre resolución, si cada día te señalias el siguiente para ocuparte de ti, pronto llegarás a una edad en que, a pesar tuyo, no habrás progresado nada. Entonces perseverarás en tu ignorancia toda la vida y aun después de muerto. ¡Ánimo, pues! Empieza a juzgarte desde hoy digno de vivir como un hombre; pero como un hombre que ha hecho ya algunos progresos en el campo de la sabiduría, y que, desde este momento, todo cuanto te parezca verdaderamente bello y bueno sea para ti como ley inviolable. Y si algo penoso o agradable, vergonzoso o glorioso se te ofrece, acuérdate de que está el combate abierto, que los juegos olímpicos te llaman y que no es tiempo de retroceder; y no olvides que de un solo momento, de un solo acto de valor o cobardía, depende tu victoria o tu derrota. De esta manera, Sócrates pudo llegar a la perfección: haciendo que todas las cosas sirvieran a su fin y perfeccionamiento y tan solo siguiendo y obedeciendo a la razón. Y aun cuando tú no seas Sócrates, no por ello debes dejar de vivir con el decidido propósito de llegar a serlo.

31. Has nacido de padres nobles y estás tan hinchado de tu nobleza que no cesas de hablar de ella y de marear con ella a todo el mundo. En cambio, olvidando lo que llevas en ti mismo, es decir, a la divinidad –paternidad común y por excelencia de todos–, olvidas esta verdadera nobleza y acabas por ignorar tu procedencia y tu verdadero abolengo. Y, sin embargo, ello es lo que más presente debieras tener en todos los momentos de tu vida. Para que no se te olvide, deberías repetirte continuamente: habiéndome creado la divinidad, en mí está y conmigo la llevo siempre dondequiera que vaya. ¿Cómo podré, entonces, mancharla con palabras obscenas, acciones viles y deseos infames?

32. Si los dioses te hubiesen confiado la custodia de un pupilo, tendrías de él sumo cuidado y por todos los medios procurarías que tan sagrado depósito fuese respetado. Pues bien, piensa que te han hecho custodio de ti mismo y que te han dicho: no podemos confiarle a un tutor más fiel y atento que tú mismo; consérvanos, pues, conservándote tal cual eres por naturaleza; es decir, pudoroso, fiel, valeroso, magnánimo y libre de pasiones y temores. Esto te han dicho los dioses, y tú lo has olvidado. ¡Qué torpeza!

33. Estoy seguro de que ante la estatua de los dioses te avergonzaría cometer actos deshonestos. ¿Cómo, entonces, puesto que te ven y te oyen siempre, no te ruboriza y espanta tener pensamientos obscenos y hacer actos impuros que les hieren, les deshonran y les afligen? ¡Ay, enemigo de los dioses! ¡Cobarde! ¡Miserable, que olvidas tu divina naturaleza!

34. Si fueras una estatua de Fidias –su Minerva o su Júpiter– y tuvieres conciencia, te guardarías muy bien, al acordarte del artista que te formó, de hacer algo que fuera indigno de él y de ti; por nada del mundo querrías aparecer en un estado indecente que deshonrase tu belleza. Pues bien: ¿no comprendes que no preocupándote por el estado en que apareces ante los dioses deshonras la mano que te ha formado? ¡Qué diferencia, no obstante, entre obrero y obrero y entre obra y obra!

35. Si alguien entregara tu cuerpo a la merced del primero que llegase, te irritarías. Pues ¿cómo no te avergüenza entregar tu alma al primer advenedizo?

36. Si haces alguna cosa convencido de que es tu deber hacerla, no busques medios para evitar que otros la vean, por desfavorable que pueda ser el juicio que de ti y de tu acción se forme. Porque si la acción es mala, no tienes más que no hacerla; pero si es buena ¿por qué has de temer a los que sin razón te condenan?

37. ¿Cómo es un hombre invencible? Únicamente el que está firme en sus convicciones y no vacila por ninguna de las cosas que dependen de otros, este y únicamente él debe ser admirado como un verdadero atleta. No basta haber sostenido un combate victorioso, es preciso sostener un segundo; no basta resistir la tentación del oro si no se resiste la de la carne; no es suficiente sostenerse a plena luz y cuando las miradas están fijas en nosotros; es preciso hacerlo a solas y en las tinieblas de la noche; hay que resistir a la gloria como a la calumnia y a la miseria, a la lisonja y a la muerte.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

En una palabra: hay que salir siempre victorioso, hasta en sueños. Este y no otro es el atleta que yo busco.

38. ¿Hubiera sido Hércules el heroico Hércules sin los leones, los tigres, los jabalíes, los bandidos y demás monstruos de que libró a la tierra? Y de no existir estos monstruos, ¿de qué hubieran servido sus brazos musculosos, su fuerza inmensa, su valor siempre creciente, su paciencia a toda prueba y sus demás virtudes?

39. Procura no jurar; si no tienes otro remedio, hazlo, pero cuando las circunstancias lo exijan imperiosamente.

40. Si tienes que sostener una conversación con un personaje elevado, imagínate lo que en las mismas circunstancias hubiera hecho Sócrates con Cenón. De este modo, no te sentirás perturbado ni cohibido para hacer lo que debas y para usar convenientemente de lo que se presente.

41. Si tienes que solicitar algo de un poderoso, procura convencerte de antemano de que no le encontrarás, de que no querrá recibirte y hasta de que te despachará con cajas destempladas sin querer mirarte a la cara. Si aun después de esto el deber te obliga a dar ese paso, sufre pacientemente lo que te suceda y no digas luego que no valía la pena de haber ido, pues estas son palabras solo dignas de aquellos para quienes las cosas exteriores tienen valor sobrado.

42. Cuando converses con los demás, guárdate mucho de hablar de ti y no te complazcas, si la ocasión no es oportuna, en referir tus proezas y los peligros y vicisitudes que hayas corrido; porque tan grato como te es a ti contarlo le es ingrato a los demás el oírlo.

43. Y aún pon más cuidado en desempeñar el papel de gracioso; porque además de ser tarea muy desairada, se trata de un camino tan resbaladizo que, insensiblemente, conduce a la grosería y a la liviandad, lo que ocasiona que los demás pierdan respeto y consideración hacia quien tal hace.

44. También es muy peligroso dejarse arrastrar por las conversaciones obscenas; así que, cuando te veas obligado a oírlas, no desperdigies toda ocasión de manifestar tu disgusto a quien la haya fomentado. Si esto no puedes hacer, guarda al menos el más absoluto silencio, dejando comprender por tu ceño y por la gravedad de tu expresión el desagrado profundo que tales conversaciones te producen.

45. Al ir a ver a un príncipe o a un magnate, palideces, tiemblas, te turbas. –¿Cómo me recibirá? ¿Cómo me escuchará?, te dices. –¡Insensato! Te recibirá y te escuchará como mejor le plazca. Pero si recibe mal a un hombre sensato, peor para él, que no has de ser tú quien pague por la falta cometida por otro. –Pero ¿cómo le hablaré? –Hablale como mejor te plazca, sin preocuparte de su grandeza. –¿Y si me turbo en su presencia? –¿Y por qué te has de turbar? ¿No sabes hablar con discreción, prudencia y palabra libre y honrada? ¿Por qué has de temer a otro hombre? Cenón no temía a Antígono; en cambio, Antígono, con todo su poderío, le temía a él. Sócrates no se turbó

un punto ante sus jueces, ni cuando habló antes con los tiranos. Tampoco se turbó Diógenes al hablar con Alejandro, ni con Filipo, ni con los corsarios, ni con el amo que le había comprado.

46. Ten siempre presente el valor de Laterano. Habiéndole enviado Nerón a su liberto Epafridores para que le interrogase acerca de la conspiración en la cual estaba comprometido, Laterano contestó sencillamente al liberto: –Cuando tenga algo que decir se lo diré a tu amo, no a ti. –Pues serás encarcelado. –¿Y crees que ello será capaz de entristecerme? –Irás al destierro. –¿Y quién me impedirá partir cantando, lleno de esperanza y contento de mi suerte? –Serás condenado a muerte. –En todo caso no moriré gimiendo ni lamentándome. –¡Ea!; dime tu secreto. –No lo diré. Como esto depende de mí exclusivamente, nada sabrás. –Pues mandaré que te carguen de cadenas. –¿Qué dices? ¿Me amenazas con encadenarme? ¿A mí? ¡Qué ilusión! ¡Prueba, infeliz, a ver si lo consigues! ¡Te desafío! A mis piernas y a mis brazos tal vez consigas cargarlos de hierro; pero a mí, a mi voluntad..., ¡eso ni el mismo Júpiter podría! –Ahora mismo te haré degollar. –¿He dicho yo alguna vez que mi testa tuviese el privilegio de no poder ser cortada? Los hechos correspondieron a tan valerosas palabras. Conducido al suplicio y no habiendo sido el primer tajo bastante fuerte para decapitarlo, flaqueó un instante; pero repuesto al punto, tendió nuevamente la cerviz con la mayor firmeza.

47. Si te encontrases preso y en vísperas de ser juzgado por una acusación grave, ¿podrías soportar que un hombre viniera a decirte: «¿Quieres que te lea unos versos que he compuesto?» «Amigo mío, le contestarías, ¿por qué vienes a importunarme con semejante despropósito? ¿Crees que no tengo en qué pensar sino en esas futilidades? ¿Ignoras que voy a ser juzgado mañana?» Pues bien: Sócrates, preso y en vísperas de ser condenado, ¡componía himnos!

48. Muchos eran los placeres de que disfrutabas en tu patria y que has perdido, pero te queda el de pensar que obedeces a los dioses y que actualmente cumples de verdad con los deberes del hombre sabio y bueno. ¿Y qué mejor cosa que poder decir lo siguiente?: “En este momento los filósofos predicen grandes cosas en sus escuelas; ellos explican los deberes de los hombres honrados, pero yo los practico. Yo no enseño con mi palabra, sino con mis propias virtudes. ¡Es mi propio panegírico el que sin saberlo, están haciendo! Porque precisamente lo que ellos enseñan y enaltecen es lo que estoy llevando a cabo”.

49. Los sicarios y satélites armados de espadas y lanzas son los que hacen formidables y temidos a los tiranos. No obstante, un niño se acerca a ellos y no experimenta temor alguno. ¿Por qué? Porque desconoce el peligro. Luego tú no tienes más que desconocerle para despreciarle.

50. Antes de emprender acción alguna, considera con la mayor atención qué es lo que la precede y qué es lo que debe seguirla; sólo después de este examen debes acometerla. Si no observas esta conducta sentirás placer por de pronto en todo lo que hagas sin tener en cuenta los resultados posteriores; mas al punto sobrevendrán estos, y la vergüenza y la confusión se apoderarán de ti.

51. ¿Qué hace el viajero prudente cuando oye decir que los caminos por donde tiene que pasar están infestados de bandidos? Evita continuar solo su viaje y se agrega a la comitiva de algún embajador, cuestor o procónsul; y gracias a esta precaución llega sin contratiempo al término de su viaje. Pues bien: lo mismo hace el sabio en el camino tan peligroso de la vida. Hállase este infestado de bandidaje, de tiranía, de ambiciones, de ruinas y calamidades. ¿Cómo no ha de sucumbir el que lo recorra si se abandona a sí mismo? ¿Se arrimará, pues, a un magistrado, a un cónsul o a un pretor? ¡Infeliz si tal hiciese, que estos son los peores enemigos! Se une a compañeros seguros, fieles, incapaces de dejarse sorprender; y estos compañeros son los dioses. A ellos, pues, se junta; y caminando con ellos pasa felizmente a través de todos los escollos de esta vida.

52. Así como cuando caminas procuras no poner el pie encima de un clavo ni dar un paso en falso, asimismo debes evitar dañarte la parte principal de ti mismo, que es la que te dirige. Si en cada acto de la vida observáramos esta conducta, con mayor seguridad andaríamos.

53. Conviene examinar a los hombres –sus palabras y sus acciones–, no para zaherirlos, sino para instruirse a sus expensas y tomarlos de ejemplo. Y observando sus faltas hay que decirse: ¿cometeré yo las mismas? Si las cometo, ¿cuándo dejaré de cometerlas? ¿Cuándo me corregiré? Y cuando, avergonzados, nos hayamos enmendado, demos gracias por ello a los dioses.

54. No te envanezcas porque hayas llegado a acostumbrarte a llevar una existencia frugal y a tratar a tu cuerpo con rigor; si no bebes más que agua, no vayas pregonándolo por todas partes. Pues si quieres para tu propia satisfacción ejercitarte en la paciencia y en la tolerancia, cuando la sed te atormente llénate de agua la boca y luego escúpela sin que nadie lo sepa.

55. Antes de hacer algo, sea lo que fuere, media y considera bien qué es lo que vas a ejecutar. Si, por ejemplo, vas a bañarte, piensa bien lo que en los baños acontece; que uno remoja a otro, que a este le insultan, que aquel empuja, que al otro le roban. De este modo, serás más cauto y te dirás que mejor que bañarse es conservar nuestro verdadero tesoro: la independencia. Y lo propio deberás hacer en cada cosa que te suceda, para que en cada contratiempo puedas decirte: «Quería bañarme, sí; pero también, y antes de ello, conservar mi libertad y mi independencia, lo que sería difícil si se me molestase».

56. No es necesario, ni mucho menos, asistir con frecuencia a los teatros y juegos públicos; pero, de asistir alguna vez, guardémonos de declararnos partidarios de alguno de los campos. Conservemos para nosotros mismos nuestro favor y nuestro entusiasmo; pero contentémonos con ser meros espectadores de lo que ocurra dejando, sin enojo, que la victoria favorezca al que la ha alcanzado. Este es el único medio de no enfadarnos ni contrariarnos nunca. Tampoco debemos prorrumpir en exclamaciones, carcajadas, ni palmotear y gesticular; y una vez fuera del lugar no nos complazcamos en charlas sin tasa de lo que hemos visto, porque ni ello ha de modificar nuestro modo de ser ni hacernos mejor de lo que somos. Lo único que demostrarían estas interminables

conversaciones es que una cosa tan nimia y fútil como es un espectáculo de circo había embargado por entero toda nuestra atención.

57. No asistas a las lecturas y declamaciones a que tan aficionadas son cierta clase de gentes; mas si, a pesar tuyo, te vieras obligado a asistir, conserva la gravedad y la moderación, y aun cierta dulzura que no deje traslucir ni malestar ni fastidio.

58. Son señales inequívocas de que un hombre adelanta en el camino de la sabiduría: el no censurar ni alabar a nadie; el no quejarse ni acusar a nadie; el no hablar de los demás; el no censurar ni culpar a otro de los obstáculos que se oponen a sus deseos; el burlarse en secreto de quienes le alaban y lisonjean; el no tratar de justificarse y ensalzarse si se ve reprendido; antes por el contrario, callar cual el convaleciente que teme con una imprudencia estropear el principio de su curación; el haber extirpado toda clase de deseos y el haber renunciado enteramente a cuantas cosas no dependen de nosotros; el cuidar de que todos sus impulsos sean moderados y sumisos; el no acongojarse al verse tratado de necio o ignorante; en una palabra: el estar siempre en guardia contra sí mismo, como contra quien de continuo le tiende lazos y es su más peligroso enemigo.

59. Si ves a alguien entrar en el baño muy de mañana, no digas que hace mal en meterse en el agua antes de tiempo; di simplemente esto: que se baña a destiempo, pero sin meterse a juzgar si hace bien o mal. ¿Que uno bebe mucho? No digas que hace mal en beber, sino que bebe mucho. Porque sin conocer la causa que le impulsa a obrar, ¿cómo te atreves a decir que obra mal? No juzgues, pues, de este modo; que puede ocurrir que veas una cosa y juzgues otra.

60. Si se ofrece ocasión de hablar delante de ignorantes de alguna cuestión de verdadera importancia, guárdate de hacerlo, porque es verdaderamente expuesto lanzar de buenas a primeras opinión sobre lo que no se ha meditado. Y si alguien te acusase de ignorante en vista de tu silencio, habrá un medio seguro de que sepas si empiezas a ser filósofo, y es que ese reproche no te moleste ni incomode. Que las ovejas no van a enseñar a sus pastores lo que han comido, les dan su leche y su lana. Del mismo modo tú no debes malgastar entre ignorantes bellas máximas; es mejor que, después de bien digeridas, las manifiestes mediante actos convenientes.

61. ¿En qué consiste que los ignorantes son siempre más fuertes que vosotros en las disputas y acaban por reduciros a silencio? Pues, sencillamente, en que si bien profesan errores, están firmísimamente persuadidos de ellos, mientras que vosotros lo estáis débilmente de vuestras verdades. Como no os brotan del corazón, sino de los labios, son débiles y mortecinas. Por ello también esa deleznable y enclenque virtud que predicáis se expone de continuo a la pública chacota y se derrite, en cuanto la atacan, como la cera con los rayos del sol. Alejaos, pues, del sol mientras no tengáis sino opiniones de cera.

62. No necesita un cítarista sino pulsar el laúd para saber que está desafinado, y fácil y prontamente lo afina. Pues bien: para vivir con seguridad entre los hombres, el sabio debe poseer el arte de hacer con ellos lo que el cítarista hace con las cuerdas de su

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

instrumento: ver cuáles están discordes y ponerlas a diapasón. Este fue el arte que Sócrates poseyó en grado insuperable.

63. Si quieres adelantar en el estudio de la sabiduría no temas en las cosas exteriores pasar por imbécil e insensato.

64. No intentes pasar por sabio, y si ciertas gentes te consideran como tal, desconfía de ti mismo. Porque has de saber que no es fácil conservar la voluntad propia de acuerdo con las cosas exteriores; necesariamente, de atender a estas, descuidarás aquellas.

65. Acabas de reñir a tus criados, de sembrar en tu casa el desorden, de perturbar y escandalizar a tus vecinos, y luego vienes, cual si fueses un hombre sensato, equilibrado y prudente, a oír cómo discurre un filósofo acerca de los deberes del hombre y de la naturaleza de las virtudes. Pues bien: todos estos nobles preceptos te son inútiles, porque como no vienes a escucharlos en la disposición necesaria, te marcharás como has venido.

66. «Compongo hermosos diálogos; escribo buenos libros». ¡Ay, amigo mío! Preferiría que me demostrasen que sabes dominar tus pasiones, moderar tus deseos y sujetar a la verdad todas tus opiniones. Pruébame que no temes ni la cárcel, ni el destierro, ni el dolor, ni la pobreza, ni la muerte. Sin esto creo que, a pesar de los más hermosos libros que pudieras escribir, eres un ignorante.

67. ¿Cuál es tu vida? Después de haber dormido bien, te levantas a la hora que te place, bostezas, te entretienes y te lavas la cara. Luego cogenes cualquier libro para matar el tiempo, o escribes alguna bagatela para hacerte admirar. En seguida, sales a hacer alguna visita, a pasearte o a divertirte. De regreso a tu casa te bañas, cenas y te acuestas. Luego...; pero no, no revelaré el secreto de esas tinieblas, porque es sobrado fácil adivinarlo. Y a pesar de tu epicúrea conducta de libertino hablas tratando de imitar a Cenón y a Sócrates. Cambia, querido, o de costumbres o de lenguaje. Aquel que fraudulentamente usurpa el título de ciudadano romano es castigado severamente; el que usurpa el gran título de filósofo, ¿lo hace impunemente? No; porque contraría a las inmutables leyes de los dioses, según las cuales la pena debe ser proporcionada al delito.

68. Los hábitos contraídos no se corrigen sino con hábitos opuestos. De acostumbrarte a la voluptuosidad, tendrás que dominarla por medio del dolor. Si vives en la holganza, preciso te será entregarte al trabajo. Si eres colérico, habrás de sufrir pacientemente las injurias. Si te has dado a la bebida, tendrás que abstenerte y no beber sino agua. Y si otro tanto haces con cuantos hábitos viciosos tengas, pronto te darás cuenta de que no has trabajado en vano. Pero no te expongases imprudentemente a la recaída antes de estar muy seguro de ti mismo, porque en estas circunstancias el combate es todavía muy desigual y el enemigo que te venció tantas veces volverá a vencerte.

69. No es el trato cosa indiferente. Si frecuentas a un vicioso, a no ser que tengas absoluto dominio de ti mismo, más fácil es que te corrompa que no que tú le corrijas. Y pues hay tanto peligro en el comercio con los ignorantes, preciso es obrar en él con gran prudencia y sabiduría.

70. Ejercítate incesantemente contra las tentaciones y los deseos y observa tus impulsos considerando si son o no verdaderos caprichos y apetitos de enfermo. No filosofes sino para ti mismo, sin que los demás lo adviertan. Así es como se templan los caracteres: que la simiente permanece largo tiempo en la tierra, y hasta llegar a su madurez se desarrolla lentísimamente, pues si por casualidad da una espiga antes de que el tallo sea robusto, seguramente o aquella será imperfecta o este quebrado. Así, si el deseo de vanagloria te hace aparecer antes de tiempo, perecerás de frío o de calor. Y aunque parezcas vivo porque tu cabeza eche algunas flores, en realidad estarás muerto, pues tu raíz se habrá secado.

71. «¡Qué desgraciado soy! No tengo tiempo de estudiar ni de leer». Amigo mío, ¿por qué estudias? ¿Es por mera curiosidad? En este caso eres, en efecto, muy desgraciado, porque el estudio sólo debe ser una preparación para bien vivir. Comienza, pues, desde hoy a vivir bien; cumple con tu deber en todas partes, y no olvides que lo que verdaderamente instruye no son los libros, sino las ocasiones.

72. Que ni las censuras ni las burlas de tus amigos te impidan mudar de vida. ¿Preferirías, quizá, seguir siendo un hombre vicioso para darles gusto a desagradarles volviéndote virtuoso?

73. No te desanimes por nada ni en ocasión alguna; imita, por el contrario, a los maestros de pugilato, que cuando ven a un novato rodar por el suelo le obligan a levantarse y volver a la lucha. Pues del mismo modo debes hacer con tu espíritu; nada hay más dócil que el espíritu humano: no hay más que querer, lo demás se hace solo. Pero si te acobardas, estás perdido, pues no volverás a levantarte en tu vida. Cuidado, pues, que tu pérdida o tu salvación están en tu mano.

74. Ni las victorias de los juegos olímpicos, ni las que se alcanzan en los campos de batalla, pueden dar al hombre la felicidad; las únicas que tal logran son las que se alcanzan sobre uno mismo. Las tentaciones y los contratiempos son los verdaderos combates. ¿Has sido vencido una vez, dos, tres?... Sigue combatiendo. Si al fin sales vencedor, serás feliz para toda tu vida, cual si hubieses vencido siempre.

75. A cada tentación que te amenace di para ti mismo: «¡He aquí un gran combate! ¡He aquí una acción digna de un dios, pues va en ella mi bienestar, mi libertad, mi felicidad y mi inocencia!». De este modo, y acordándote de los dioses y llamándoles en tu auxilio, no dejarán de venir a combatir contigo. ¿No invocas a Cástor y Pólux durante una tempestad? Pues bien: la tentación es para ti la más peligrosa de las tempestades.

76. Cuando te sientas atacado por una tentación, no dejes para otro día el combatirla, porque llegará ese día y tampoco la combatirás. Y de tal modo, de día en día

te sucederá que no solo serás vencido siempre, sino que caerás en una insensibilidad tal que acabarás por no darte cuenta de que pecas y tocarás palpablemente la gran verdad que encierra este verso de Hesíodo: “El hombre que aplaza de un día para otro sus resoluciones vive siempre agobiado de males”.

77. Si tu imaginación te presenta la imagen de alguna voluptuosidad, refúgiate en ti mismo ante el temor de que te arrastre. Di a esa voluptuosidad que aguarde un poco y tómate un plazo para reflexionar. Entonces compara los dos tiempos: el del goce y el del arrepentimiento que ha de seguirle; considera los reproches que has de hacerte tú mismo, y opón la satisfacción que sentirás y los elogios que te tributarás si resistes. Y si te parece oportuna la ocasión de gozar el placer que se te ofrece, cuida que sus atractivos no te desarmen y seduzcan y oponles el placer aún mayor de poder decir que los has vencido.

78. Debes medir tus deberes según los lazos que te unen con las personas. ¿Se trata de tu padre? Pues debes cuidar de él, obedecerle en todo, sufrir hasta sus injurias y sus malos tratos. —Pero es que si tal hace, es un mal padre. —¿Y qué? ¿Acaso tenía la Naturaleza la obligación de darte un buen padre? No; simplemente, un padre. ¿Que tu hermano es injusto contigo? No importa; trátale como debe tratarse a un hermano y no mires lo que hace él, sino lo que tú debes hacer y en qué estado quedará tu libertad si cumples con los deberes que tu naturaleza te exige; porque nadie podrá ofenderte si tú no quieras darte por ofendido, ni te sentirás herido más que cuando creas que te hieren. De esta manera estarás siempre satisfecho de tu vecino, de tu conciudadano y de tus superiores: acostumbrándote a tener presente ante tus ojos los lazos que con ellos te unen.

79. Es mucho mejor perdonar que vengarte. Perdonar es propio de una naturaleza buena y humana. Vengarse, sólo de una naturaleza feroz y brutal.

80. Al sol no hay que suplicarle para que dé a cada uno su parte de luz y de calor. Del mismo modo, haz todo el bien que de ti dependa sin esperar a que te lo pidan.

81. Acuérdate de lo que, en Homero, Eumeo le dice a Ulises cuando este le daba gracias por el buen acogimiento que recibía por su parte, pese a no haberle reconocido: «Extranjero, no me es permitido menospreciar ni maltratar al suplicante que llega a mi casa, aun cuando su estado fuese más vil y miserable que el tuyo; porque los extranjeros y los pobres nos los envían los dioses». Lo mismo debes decir tú, no solamente a tu hermano y a tu padre, sino a tu prójimo, sea quien sea. Diles: «No me está permitido tratarte mal, ni lo haría aun cuando fueras mucho peor de lo que eres, ya que los dioses te traen a mí».

82. Ante cada cosa que se te ofrezca, procura concentrar toda tu atención e indagar qué virtud posees que te permita usar de aquella debidamente. Si se trata de un joven gallardo o de una muchacha hermosa, la virtud que has de emplear es la continencia; si de algún pesar, el valor te servirá para remediarlo; si afrentas e injurias, en la resignación y en la paciencia hallarás lo que necesitas. De este modo, habituándote

a salir al paso de cualquier accidente de la vida con la virtud que la Naturaleza te ha dado para hacerle frente, siempre quedarás vencedor.

83. Porque has oído decir a los filósofos que hay que tener el valor de sostener las opiniones adoptadas, te empeñas en permanecer firme en tus juicios erróneos, en tus equivocaciones y en tus locuras. Mal camino, amigo; lo primero que hay que procurar es que las resoluciones que se adopten sean buenas, es decir, que sean conformes a la prudencia, a la verdad y al raciocinio. Porque si bien está que un hombre tenga nervios, preciso es también que estos nervios sean los de un cuerpo sano, de un cuerpo de atleta vigoroso y robusto. Y los que tú muestras no son sino nervios enfermos, de vesánico. Es decir, que, más que nervios, tienen debilidad nerviosa.

84. ¿Cuándo querrás, al fin, amigo, ser destetado y alimentarte de manjares sólidos? ¿Vas a estar siempre lloriqueando y echando de menos el pecho de tu nodriza y las canciones y sonatas que te adormecían de infante?

85. Podemos aprender la intención de la Naturaleza respecto a las cosas por medio de aquellas que no nos atañen; por ejemplo, cuando un criado del vecino le rompe una copa, en seguida, al oírla lamentarse, le dices que es un accidente vulgar y sin importancia; pues bien: si el percance te ocurre a ti, acostúmbrate a mirarlo con la misma tranquilidad e indiferencia que si se tratase de tu vecino. Y no dejes de aplicar este método aun a las cosas de mayor importancia. Cuando fallece la mujer de otro, enseguida le decimos que no se desespere, ya que se trata de algo inevitable e inherente a la condición humana; en cambio, si se trata de la nuestra, sin escuchar razones ni consuelos, nos deshacemos en gemidos y en llanto. Pues bien: se trata precisamente de acordarnos en las desgracias propias del estado de conformidad con que miramos las ajenas, si queremos ser menos desgraciados.

86. No es fácil dejar de cometer faltas, pero sí lo es tratar por todos los medios de no cometerlas. Y no poca cosa es esta ininterrumpida atención, que disminuye el número de nuestros errores impidiendo caer en muchos de ellos.

87. Cuando dices que te corregirás mañana es como si dijeras que quieres hoy ser deshonesto, libertino, cobarde, colérico, envidioso, injusto, interesado, pérfido, etc. ¡Oh, cuántos males te permites! ¿Por qué no corregirte hoy mismo? Ánimo, y empieza a corregirte en este mismo instante. No lo dejes para mañana, que, si lo dejas, mañana volverás a aplazarlo.

88. La atención es necesaria en todo, hasta en los placeres; pues ¿cómo es posible que exista algo que descuidadamente pueda hacerse mejor?

89. Te pregunto qué progresos has hecho en el camino de la virtud y de la sabiduría, y como respuesta me muestras un libro de Crisipo que te precias de entender. Me haces el efecto de un atleta que, al tratar yo de conocer su fuerza, me enseñase sus guanteletes en lugar de sus brazos nervudos y su torso poderoso. Y del mismo modo que me gustará saber qué había hecho el atleta en cuestión con sus guanteletes, quisiera saber qué has hecho tú con este libro. ¿Has aplicado sus preceptos? ¿Has hecho buen

uso de tus deseos y de tus temores? En lo que hacemos es donde se ve si progresamos. ¿Es tu alma grande, libre, fiel, casta y tan firme que nada es capaz de turbarla? ¿Has conseguido librarla de temores, gemidos y lamentos importunos? ¿Has meditado sobre lo que es la cárcel, el destierro y la cicuta? ¿Estás seguro de poder decir en toda ocasión: «Adelante por este camino, que es por el que me llama la divinidad»?

90. Del mismo modo que esta proposición: “es de día y es de noche” es razonable considerada separadamente en dos partes y disparatada cuando se juntan estas formando un todo complejo, del mismo modo en los festines nada hay tan disparatado como quererlo todo para sí, sin consideración alguna para los demás. Cuando se te invite a un banquete, acuérdate de pensar menos en la calidad de los manjares que se te sirvan que en la calidad del que te invita, y guarda con él toda la consideración y respeto que le son debidos.

91. Cuando llegue a tu conocimiento una mala noticia, piensa que nada tiene que ver contigo, puesto que no respecta a cosa alguna de las que de ti exclusivamente dependen, de las que están en tu poder. –Pero es que se me ha acusado de impiedad! –¿Y qué? ¿No se acusó también a Sócrates? –Pero podrán condenarme. –Sócrates también fue condenado. ¿Qué te importa, pues? Acostúmbrate a considerar que la pena no está más que donde está la culpa. Que es imposible que ambas cosas anden separadas. No te consideres, pues, desdichado. ¿Quién fue más desdichado, en tu opinión: Sócrates o quienes le condenaron? El peligro no lo es, por tanto, para ti, sino para los jueces; porque tú no puedes, en modo alguno, morir culpable; en cambio, ellos pueden hacer morir a un inocente.

92. Porque tienes que abandonar un lugar en que tan a gusto te encuentras, te indignas y lloras y te lamentas. Es decir, que te haces más infeliz que los cuervos y las cornejas, que dejan, sin tanto pesar, los lugares en que vivieron a su placer. –Pero ellos son animales irracionales. –¡Ah! ¿Es que crees, entonces, que los dioses te dotaron a ti de raciocinio tan solo para hacerte desgraciado? ¿O es que piensas que los hombres no son sino a modo de árboles que raízan en un sitio para no cambiar jamás de asiento? –Pero yo dejo amigos tras de mí. –¿Es que crees que no encontrarás otros allí donde vayas? ¡Pero si el mundo está lleno de hombres ligados a ti por la Naturaleza! Ulises, que tanto viajó, ¿no encontró amigos en muchas partes? ¿Y no los encontró Hércules, que recorrió el mundo entero?

93. No pruebas los placeres del amor, si te es posible, antes del matrimonio; y si los pruebas, que sea al menos según la ley. Pero no seas severo con los que usan de ellos, no les reprendas ni te alabes de tu continencia.

94. Si tu imaginación quisiera esclavizarte con alguna idea de lujuria, no te dejes arrastrar por ella. Dile al punto: «Aguarda, imaginación; aguarda un poco para que pueda examinar esto que me presentas». Y no la permitas pasar adelante ni le des tiempo para que vaya formando sus imágenes seductoras; porque si la dejas, estás perdido, te arrastrará. De modo que, en vez de estas seductoras y temibles visiones, oblígala a que te ofrezca otras imágenes más felices, más bellas y más nobles. Este es el único medio de escapar a sus garras.

95. ¿Quieres embellecer tu ciudad natal con una dádiva rara y verdaderamente estimable? Date a ella tú mismo después de haberte convertido en un modelo perfecto de bondad, de generosidad y de justicia.

96. ¡Ánimo, pues! Considera todas las facultades de que estás provisto y prepárate, confiado, a resistir toda clase de pruebas; bien armado estás y en disposición de sacar nuevas ventajas y utilidades aun de los accidentes más terribles.

Sobre la libertad y las esclavitudes

1. Ser libres o esclavos no depende de la ley ni del nacimiento, sino de nosotros mismos. Todas las cadenas y todo el peso de ciertas prescripciones legales serán siempre mucho más leves que el dominio brutal de las pasiones no sometidas, de los apetitos insanos no satisfechos, de las codicias, de las avaricias, de las envidias y demás desenfrenos. Aquellas, cuando más, solo podrán pasar sobre el cuerpo, y estas, además, sobre el espíritu. Por malo que sea el amo a que aquellas nos sometan, siempre tendremos momentos de respiro y esperanza de redención; estas nos someten a tantos y son tan crueles, que generalmente solo la muerte puede librarnos de su yugo.

2. El que se somete a los hombres se somete previamente a las cosas.

3. Aleja tus deseos y tus temores y no existirá para ti tirano alguno. Si tienes amor a tu cuerpo y a tus bienes, estás perdido; ya eres esclavo. Ello es tu verdadera cadena, tu punto vulnerable.

4. Los dioses me han concedido la libertad, y como conozco y acato sus mandatos, nadie puede hacerme esclavo, porque tengo el libertador y los jueces que necesito.

5. Ya que el hombre libre es aquel a quien todo le sucede como él lo desea –me dijo un loco–, yo quiero que todo me suceda como yo quiero. –¡Insensato!, ¿no sabes que la locura y la libertad jamás marchan juntas? La libertad no es tan solo muy bella, sino que además es muy razonable, y nada hay más absurdo ni más insensato que desear temerariamente y querer que las cosas sucedan a medida de nuestros deseos. Si tengo que escribir el nombre de Dios, preciso me será escribirlo tal como es, letra por letra, y no como a mí se me antoje; y lo mismo me sucederá con todas las artes y todas las ciencias. ¿Cómo pretendes que la más grande y más importante de todas las cosas –la libertad–, esté regida por el capricho y la fantasía? Desengáñate, amigo mío, la verdadera libertad consiste en querer que las cosas sucedan, no como se te antoja, sino como suceden.

6. ¿Crees que serías dichoso si vieras colmados tus deseos? ¡Qué equivocación, amigo! A penas te vieras en posesión de lo que tan ardientemente deseas, serías víctima, no solamente de las mismas, sino de nuevas zozobras, pesares, disgustos, temores y deseos. No consiste la felicidad en adquirir y gozar, sino en no desear. En esto es en lo que verdaderamente consiste ser libre.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

7. ¿Habrá alguno que quiera vivir sumido en el crimen, en la injusticia, en el engaño, en el terror, en la angustia y siempre celoso, envidioso, burlado en sus deseos y entregado incesantemente a toda suerte de temores? No, no lo hay; no hay malvado que lo sea por querer serlo y, por consiguiente, no hay malvado que sea libre.

8. Así como la menor distracción del piloto puede ocasionar la pérdida del buque, del mismo modo el menor descuido nuestro, la más ligera falta de atención puede ocasionarnos la pérdida de todos los progresos hechos en el estudio de la sabiduría. Vivamos, pues, siempre prevenidos. Lo que está confiado a nuestro cuidado es más precioso que una nave cargada de oro: es nada menos que el pudor, la fidelidad, la constancia, la sumisión a las órdenes divinas, la exención de dolores, turbaciones y miedos; en una palabra, es la verdadera libertad.

9. En busca de una falsa libertad se exponen los hombres a los mayores peligros: se arrojan al mar, se precipitan de lo alto de las torres más altas, ciudades enteras sucumben incendiadas por sí mismas... Y tú, por la libertad, ¿no quieres tomarte el menor cuidado ni hacer el menor sacrificio?

10. Recuerda que el deseo de honores, dignidades y riquezas no es el único que nos esclaviza; el deseo de reposo, de solaz, de los viajes, de todas las cosas exteriores nos someten y esclavizan desde el momento en que las codiciamos. Pero como el único y verdadero dueño de todos nosotros es aquel que tiene el poder de darnos o de quitarnos lo que queremos y lo que no queremos, todo hombre que quiera ser libre, deje de anhelar o de rehuir lo que no depende de él, pues, de lo contrario, forzosamente será esclavo.

11. No temas nada y nada será para ti terrible ni formidable, como no lo es un caballo para otro caballo o una abeja para otra abeja. ¿No comprendes que temores y deseos son los sicarios que tus amos mantienen en tu corazón, como en una ciudadela, para sujetarte? Echa fuera esa guarnición, entra en posesión de esa fortaleza que es tuya y serás libre.

12. Hay grandes esclavos y los hay pequeños. Los pequeños son los que se dejan esclavizar por cosas nimias, como banquetes, hospedajes y dádivas. Los grandes son los que se dejan esclavizar por un consulado o un gobierno de provincia. Todos los días ven esclavos ante los cuales andan lictores llevando haces, y estos son más esclavos que los otros.

13. Para juzgar si un hombre es libre no te detengas a observar sus dignidades, porque, al contrario, más esclavo es cuanto más elevado cargo desempeña. —Pero —dirás— veo a muchos que hacen lo que les place. —Aunque así sea, debo advertirte que estos no son sino esclavos que gozan durante más o menos días del privilegio de unas saturnales de las cuales se halla ausente su dueño. Espera a que haya terminado la fiesta o que el dueño regrese, y hablaremos. —¿Pero qué dueño es ése? —Cualquiera capaz de quitarles, como les dio, lo que deseaban.

14. ¿Quieres dejar de pertenecer al número de los esclavos? Rompe tus cadenas y desecha de ti todo temor y todo despecho. Arístides, Epaminondas y Licurgo fueron llamados el Justo, el Libertador y el Dios, respectivamente, no porque poseyeran muchas riquezas y muchos esclavos, sino porque, aun siendo pobres, dieron la libertad a Grecia.

15. ¡Mísero filósofo! –me dijo un gran señor que sepreciaba de libre y de independiente–, ¿te atreves a llamar esclavo a mí, cuyos antepasados fueron libres; a mí, que soy senador, que he sido cónsul y a quien el príncipe tiene por favorito? –Pruébame, ilustre senador, que tus antepasados no fueron esclavos como tú, esto ante todo. Pero sea; supongamos que te aventajaron en esto; en todo caso, ellos fueron generosos; tú eres miserable, interesado y timorato; ellos vivieron con cordura y templanza, al paso que tú vives en una orgía sin fin. –¿Y qué tiene que ver esto con la libertad? –Mucho; ¿o es que tú llamas ser libre a hacer lo que no se quiere? –Es que yo hago lo que quiero y nadie puede obligarme a otra cosa, a no ser el emperador, que es dueño de todo. –Con tus propias palabras, ilustre cónsul, nos acabas de confesar que tienes un dueño que puede obligarte. Y aunque añades que es dueño de todo y de todos, ello no te hace a ti más libre; no prueba sino que eres un esclavo más en una mansión donde hay muchos millones de esclavos.

16. Gracias a Felicidad has obtenido el consulado y el gobierno de una provincia. Yo, en cambio, ni vivir quisiera si para ello necesitase la gracia de Felicidad y tuviera que soportar su orgullo y su insolencia de esclavo; porque yo sé que no es más que esto: un esclavo cegado por la fortuna y que se cree dichoso. –¿Pero tan libre eres tú? –Yo trabajo para serlo, aunque no lo he conseguido todavía. Aún no puedo mirar a mis amos con ojos serenos; aún estoy ligado a mi cuerpo, y, aunque lisiado, deseo conservarle, confieso mi flaqueza. Pero si quieres que te hable de un hombre completamente libre, lo puedo hacer; me bastará nombrarte a Diógenes. –¿Y por qué era libre Diógenes? –Porque había roto todas las trabas de la esclavitud; porque se había desentendido de todo, aislado por sus cuatro costados y nada le sujetaba. ¿Le pedían sus bienes? Los daba. ¿Su pie? Lo daba. ¿Su cuerpo entero? Lo daba igualmente. En cambio, estaba fuertemente ligado con los dioses, y a nadie cedía en obediencia, respeto y sumisión hacia sus soberanos. He aquí de dónde venía su libertad. –Bueno; pero me citas como ejemplo a un hombre que vivía solo y a quien ningún vínculo ligaba con el mundo. –¿Quieres el ejemplo de otro que no vivía solo? Ahí tienes a Sócrates, que tenía esposa e hijos y no era menos libre que Diógenes, porque como Diógenes, lo había sometido todo a la ley divina y a la obediencia que a esta ley es debida.

17. Acabas de libertar a tu esclavo: hermosa acción; pero a ti, ¿quién te libertará? ¿Que eres libre, dices? ¿Pues no eres esclavo de tu dinero, de tu mujer, de tu hijo, de un tirano y hasta del último de los siervos de este tirano?

18. Casi todos estamos en este mundo como los esclavos fugitivos en los espectáculos públicos. Estos infelices no llegan a disfrutar enteramente de la pompa de los juegos y a admirar a sus anchas a los actores de la tragedia, porque la inquietud les desasosiega continuamente y, recelosos, mirando sin descanso por uno y otro lado,

acaban por escapar despavoridos si la casualidad hace que suene en sus oídos el nombre de su amo. Pues bien: otro tanto hacemos nosotros. Cuando más arrobados estamos mirando lo que nos rodea, el nombre de nuestro amo nos vuelve a la realidad y nos aterra. ¿Quién es este amo que tanto tememos? No un hombre, ciertamente, porque un hombre no puede ser amo de otro; es la muerte, la vida, el placer, el dolor, la miseria, la riqueza... Que venga César contra mí, solo, sin séquito, y le aguardaré impávido a pie firme; pero si viene con sus satélites, si llega imponente, deslumbrador, terrible y me sobrecoge el miedo ante su asombrosa presencia, entonces no queda de mí sino un esclavo fugitivo que se ha topado con su amo. En cambio, si no me inspira temor alguno, libre soy y sin más dueño que yo mismo.

19. Diógenes decía –y decía muy bien– que el único medio de conservar la libertad es estar siempre dispuesto a morir sin pesar.

20. Diógenes escribía también en cierta ocasión al rey de los persas: «Tan ajeno a tu poder es reducir a la esclavitud a los atenienses como a los peces del mar. Más tiempo vivirá un pez fuera del agua que un ateniense en la esclavitud».

21. Soy dueño de todo, todo lo puedo, –me dijo un tirano. –¿Lo crees de veras? ¿Y qué es lo que puedes? ¿Puedes, acaso, darte buen juicio? ¿Puedes quitarme a mí mi libre albedrío? ¿Qué puedes, pues? Dilo; cuando te hallas dentro de un barco, ¿no estás a merced del piloto? Cuando vas en un carro, ¿no dependes del auriga? –Pero todos ellos me rinden homenaje. –¿Te lo hacen acaso por tu personalidad como hombre? Cítame un solo caso de que te hayan estimado por tal, de que hayan querido imitarlo, de que fuese su gusto ser discípulos tuyos, como muchos lo deseaban ser de Sócrates. –En todo caso, su vida, como la tuya, está en mis manos. –Ahora dices bien; pero ello no hace sino convencerme de que es preciso rendirte homenaje como a las divinidades nocivas y ofrecerte sacrificios como a la fiebre, que también tiene altar en Roma. Y en verdad que aún más lo mereces tú, pues eres infinitamente más malvado y nocivo que ella. Pero a mí no me amedrenta ni tu pompa ni tu poderío como amedrenta y turba al populacho. Sólo yo mismo soy capaz, si abandono la virtud, de causarme espanto. De modo que, por mucho que me amenaces, no conseguirás turbar ni perturbar mi libertad. –¡Cómo! ¿Tú libre? –Sí, me ha libertado la Divinidad y no pienses ni remotamente que ella consintiese que uno de sus hijos pudiera estar bajo tu yugo. Hagas lo que hagas conmigo, lo más que llegarás será a ser dueño de un cadáver; pero sobre mí, sobre mí no tienes ni tendrás nunca poderío.

22. No enseñan los filósofos, al decir que el hombre es libre, a que desprecien la autoridad del emperador. Ningún filósofo ha enseñado jamás a rebelarse contra su soberano ni a negar a su poder cuanto le es debido. En lo que a mí atañe, mi cuerpo, mis bienes, mi reputación y mi familia en sus manos están, y si alguna vez enseño a los demás a retener estas cosas contra su voluntad, que se me condene a muerte. Pero no, no es esto lo que yo predico a quienes quieren escucharme: yo lo único que les enseño es la conservación de su pensamiento, que este sí, este es libre, enteramente libre, porque la Divinidad quiso hacerles dueños exclusivos de él.

23. La esclavitud del cuerpo es obra de la fortuna; la del alma lo es del vicio. El que conserva la libertad del cuerpo, pero tiene el alma esclava, esclavo es; pero el que conserva el alma libre, goza de absoluta libertad, aunque esté cargado de cadenas. A la esclavitud del cuerpo tan solo una cosa pone término: la muerte; a la del alma, en todo momento, la virtud.

Sobre el libre albedrío

1. ¿De quién es esta medalla? ¿De Trajano? La acepto y la conservo. ¿De Nerón? La rechazo y la maldigo. Haz lo propio con los hombres, según sean buenos o malos. ¿Qué es este? Es un hombre amable, sociable, bienhechor, paciente y amigo de sus semejantes. Pues le acepto y hago de él mi conciudadano, mi vecino, mi amigo, mi compañero, mi huésped. Y este otro, ¿qué es? Este tiene algo de Nerón; es colérico, malvado, implacable, no perdona jamás. Entonces le rechazo. ¿Por qué me has dicho que era un hombre? Un hombre colérico, vengativo y violento no es tal hombre; como una manzana de cera no es tal manzana; tiene de ella la forma y el color, pero nada más.

Sobre la religión y sobre los dioses

1. Los dioses han creado a los hombres para que sean felices; luego, si son desgraciados, es por su propia culpa.

2. Siempre prefiero lo que sucede, porque estoy persuadido de que lo que los dioses quieren es mejor para mí que lo que yo quisiera. A ellos, pues, mis movimientos, mis voluntades, mis temores. En una palabra: quiero lo que ellos quieren.

3. Un ciudadano, al recibir el nombramiento de tribuno del pueblo, regresa a su casa, que arde en fiestas y donde todo el mundo acude a felicitarle. Acto seguido se dirige al Capitolio y hace sacrificios a los dioses en acción de gracias. Y ahora yo pregunto: ¿quién de nosotros les sacrifica en acción de gracias cuando nos dispensan opiniones sanas y deseos prudentes y moderados?

4. ¡Cómo! ¡No lisonjeas a Flavio, sabiendo que su poder y riqueza son tan grandes? –Allá él, su poder y sus riquezas; yo no he nacido para adularle. ¿O es que crees que, por ventura, no tengo a quién lisonjear, a quién agradar y a quién servir? De los dioses hablo, que es en quienes reside el verdadero poder.

5. Comienza todas tus acciones con esta plegaria: «Condúceme, ¡oh poderosísimo Júpiter, y tú, invariable Destino!, hacia aquello que me tenéis destinado. Conducidme, que prometo seguirlos derechamente y de todo corazón. Además, ¿de qué me serviría tratar de oponerme a vuestros designios? ¿No me vería obligado, a la postre, a obedeceros a pesar mío?».

6. Lo primero que es preciso aprender es que hay un Dios que, con su providencia, lo gobierna todo, al cual no se le oculta ninguno de nuestros actos, como ninguno de nuestros pensamientos e inclinaciones. Luego hay que examinar cuál es su naturaleza. Conocida esta, es indispensable que los que quieran agradarle y obedecerle se esfuerzen en parecersele, y, por tanto, que sean libres, fieles, benéficos, misericordiosos y magnánimos. Por consiguiente, que todos tus pensamientos, todas tus palabras y todos tus actos sean los actos, pensamientos y palabras de un hombre que quiere imitar a Dios y parecersele.

7. Cuando de noche te halles en tu habitación a oscuras y cerrada la puerta, no creas por ello estar solo; no te figures jamás, estés donde estés y por completa que sea la soledad que te rodea, que en verdad estás solo, porque no lo estás.

8. ¿Cuál es la naturaleza de la divinidad? La ciencia, la diligencia, el orden y la razón. Por ello puedes colegir cuál es también la naturaleza de tu verdadero bien, bien que se halla comprendido en ella y solo en ella.

9. Sabes que el fundamento de la religión consiste en creer en los dioses, en tener de ellos opiniones rectas y claras, en no dudar que extienden su providencia sobre cuanto existe, que gobiernan el universo con probidad y justicia, que estamos en el mundo para obedecerlos y amarlos, para tener por bueno todo cuanto suceda, por emanado de ellos y para aceptarlo con buena voluntad y de todo corazón por tratarse de designios de una providencia tan buena como alta. Pensando de esta manera, nunca te quejarás de los dioses ni les acusarás de descuido hacia ti. Pero tales sentimientos no puedes alcanzarlos sino renunciando a cuanto de ti dependa; porque si juzgas ser un bien o un mal cualquier cosa extraña que te suceda, es natural y forzoso que, cuando no se cumpla lo que has deseado o se realice lo que has temido, te lamentes, te enfurezcas y abomines de los causantes de tu desgracia; pues todo animal ha nacido para abominar y huir de lo que le parece maléfico y nocivo, y para amar y buscar lo que le parece útil y bueno. Es, pues, imposible que aquel que se cree herido ame al que cree que le hiere; de donde se sigue que nadie se alegra ni se complace con su mal. Esta es la causa de que los hijos se desaten en injurias contra su padre cuando este no les deja intervenir en el manejo de sus bienes; he aquí lo que convirtió en enemigos irreconciliables a Teocles y Polinice, que juzgaban el trono un bien; he aquí por qué el labrador, el constructor y el comerciante maldicen de los dioses; y he aquí, en fin, la causa de las murmuraciones de los que pierden a sus esposas o a sus hijos. Así, pues, el hombre que cuida de conformar sus deseos y sus aversiones a las reglas antedichas, alimenta y fortalece su piedad. Observe cada cual en todos sus actos para con los dioses, ofrendas, sacrificios y libaciones, las costumbres establecidas en un país sin indiferencia, irreverencia ni mezquindad; pero también sin suntuosidad exagerada y superior a sus medios.

10. Agradece a los dioses los bienes que de ellos has recibido y no olvides los beneficios con que te han colmado. Tribútales, pues, continuas gracias por la vista y por el oído que te han dado; pero ¡qué digo!, por la vida misma y por los medios con que te han dotado para socorrerla y conservarla por medio de los diferentes alimentos que pródigamente, por su gracia también, procura la tierra. Pero que esto no te impida

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

acordarte de que aún te han dado algo más precioso todavía, que es la facultad de servirte de todas estas cosas, de analizarlas y de estimar cada una de ellas en lo que vale.

11. Un insolente preguntó cierto día a Diógenes: —¿Eres tú ese Diógenes que cree que no hay dioses? —Yo soy ese Diógenes —le contestó el filósofo—; y creo tan firmemente en los dioses, como seguro estoy de que te aborrecen.

12. Cuando asesinaron a Galba, alguien dijo a Rufo: —Ahora veo que la Providencia se cuida de las cosas de este mundo. —¡Miserable! —le contestó Rufo—. ¿Crees, acaso, que un Galba podía impedir a los dioses extender su voluntad por la tierra? Precisamente lo que te hacía dudar de la Providencia te la revelaba.

13. Cuando te acerques a los príncipes y a los grandes, no olvides que hay un príncipe mucho más grande que te ve, te oye y a quien, ante todo, debes agradar y reverenciar.

14. ¿Quieres ser grato a los dioses? Pues acuérdate de que lo que más aborrecen es la impureza y la injusticia.

15. Bastaría que te adoptase un príncipe para que reventases de orgullo; en cambio, ¡desdichado!, olvidas a la Divinidad, a quien tanto debes.

16. Apolo sabía sobradamente que Layo desobedecía a su oráculo; no obstante, no dejó de predecirle las desgracias que le amenazaban, porque la bondad de los dioses para con los mortales es tan grande y continua que jamás cesan de advertirles. ¡Falta hace que los hombres sean torpemente incrédulos, desobedientes y rebeldes para despreciar el manantial inagotable de las divinas bondades!

17. Es curioso y extraño que mientras la protección de un príncipe o de un simple magnate nos basta para vivir tranquilos, no nos baste, en cambio, la protección de los dioses, nuestros verdaderos curadores y padres, para alejar nuestras penas, inquietudes y temores.

18. Todo cuanto acaece en el mundo hace el elogio de la Providencia. Dame un hombre inteligente o agradecido y verá su mano en todo.

19. ¿De qué hubiese servido que la Divinidad hubiera hecho los colores, de no haber hecho también ojos para distinguirlos? ¿Y de qué los ojos y los colores si no hubiese creado la luz? ¿Quién ha hecho, pues, estas tres cosas que tan divinamente se completan? ¿Quién es el autor de esta maravillosa alianza? La Divinidad; luego hay una Providencia.

20. El hombre, en esta vida, debe ser el espectador de su esencia y de las obras de la Divinidad, su intérprete y su panegirista. Pero tú, ¡desgraciado!, empiezas y acabas por donde empiezan y acaban las bestias, pues vives sin sentir. ¿Por qué no acabas por donde la Divinidad ha acabado en ti? ¿No acabó dándote un alma inteligente y capaz de conocerla? Sírvete, pues, de este alma y no pretendas salirte de tan admirable espectáculo sin haber hecho más que entreverlo: mira, conoce, alaba y bendice.

21. Como estás dispuesto a emprender un largo viaje para ir a Olimpia a ver los juegos y, de paso, contemplar la magnífica estatua de Fidias, considerarías una gran desgracia morir sin haber alcanzado a gozar de tales maravillas. Pero ¿y esas otras obras, muy superiores a las de Fidias, esas obras que no necesitáis ir a buscar tan lejos, que no cuestan fatigas ni desazones y que puedes admirar en todas partes? Estas obras, ¿no sentirás jamás deseos de estudiarlas detenidamente? ¿No se te ocurrirá nunca pensar en quién eres y por qué has nacido? ¿Morirás sin haber prestado atención al admirable espectáculo de este universo que la Divinidad ha desplegado ante tus ojos para inducirte a conocerla?

22. La Divinidad te ha dotado de armas para hacer frente aun a los acontecimientos más espantables. Tales armas son, entre otras, la grandeza de alma, la fuerza, la paciencia y la constancia. Sírvete, pues, de ellas, y si no lo haces, confiesa, en vez de lamentarte, que has arrojado las armas con que te había hecho fuerte.

23. Si hay una Providencia –decía un epicúreo–, ¿por qué sin cesar me está mandando la nariz este humor que me tiene desolado? –¡Miserable esclavo! ¿Y no tienes manos para remediarte? –Pero ¿no sería preferible que no tuviese necesidad de emplear en este menester mis manos? –¡Y no es preferible el sencillo trabajo de sonarte a acusar a la Providencia?

24. La Divinidad nos llama a comparecer como testigos, y nos pregunta: ¿no es cierto que el bien y el mal existen solo en nuestra voluntad? ¿No es cierto que yo no he perjudicado a ninguno de vosotros? ¿Que a cada uno le di aquello que podía serle útil? –A esto, ¿qué contestas tú? Pues contestas diciendo que te abruman calamidades insoportables; que nadie se interesa por ti; que nadie te asiste; que todos te calumnian; que todos te condenan, y que eres la vergüenza de los hombres. ¡Miserable! ¿Es con este pesimismo injustificado como agradeces el honor que la Divinidad te ha dispensado, llamándote a comparecer como testigo para glorificarla, afirmando aquellas grandes verdades? Cuando ella pedía un testimonio de su mucha bondad, de su veracidad y de su justicia, tú, insensato, te conviertes en su acusador.

25. Entre los gladiadores de César vemos todos los días a algunos que se desazonan por no poder presentarse al combate, y hacen votos a los dioses para que les saquen del marasmo en que se consumen, pidiéndoles como señalada merced que les lleven al circo para poder lucir sus fuerzas y habilidades. Pues bien: mientras esto ocurre de continuo, yo no conozco a uno solo, gladiador o no, que haya implorado la ocasión de poder demostrar su amor a los dioses.

26. Mi deber, mientras disfrute de vida, es dar a los dioses gracias por todo, alabarles por todo, así en público como privadamente, y no cesar de bendecirles hasta cesar de vivir.

27. ¿Puede alguien impedirte que acates la verdad, una vez conocida, y obligarte, por el contrario, a que apruebes lo falso? ¿No? Dueño eres entonces de un libre albedrío que nadie puede quitarte. Porque si tu libertad pudiera ser amenazada por

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

otro, sería señal de que la Divinidad no tenía, como tiene contigo, el cuidado que un buen padre debe tener con su hijo, lo que no es posible.

28. Somos tan ingratos que, lejos de dar gracias a la Providencia por las maravillas que ha obrado en nuestro favor, la acusamos y aun nos quejamos de ella. Y, no obstante, por poco que nuestro corazón fuese sensible y agradecido, un solo detalle de la Naturaleza, aun el menor de todos, nos bastaría para revelarnos la Providencia y el cuidado que de nosotros tiene.

29. Si tuviésemos buen sentido, no haríamos en nuestra vida, tanto pública como privada, sino dar gracias a la Providencia por todos los bienes que de ella hemos recibido y de los cuales gozamos durante todos los momentos de nuestra existencia. Sí; de no ser tan ingratos, cavando o arando, comiendo o paseando, al levantarnos y al acostarnos, en todos y cada uno de nuestros actos, exclamaríamos: ¡cuán grande es la Providencia! Pero con tal constancia y frecuencia que el mundo retumbaría al son de estas verísimas palabras. Mas como sois ingratos y ciegos, fuerza es que lo reclame yo por vosotros y que viejo, cojo, pobre y débil ya como soy, sea yo el que repita sin cesar: ¡cuán grande es la Providencia!

30. Si fuera ruiseñor o cisne, haría como hacen cisnes y ruiseñores. Mas como soy hombre, y, por tanto, dotado de razón, ¿qué debo hacer para comportarme como tal? Alabar a la Divinidad. Sí; esto he de hacer mientras viva, e invitaré a los demás hombres a que hagan como yo.

31. Los soldados que se alistan en los ejércitos del césar están obligados a prestar determinado juramento. ¿Qué dice este juramento? Que para ellos es el césar antes que toda otra cosa; que le obedecerán en todo y que, incluso, están dispuestos a morir por él. Pues bien: piensa ahora en ti, y puesto que desde que naciste estás ligado a la Divinidad, no solo por haber nacido en sus filas, sino por los muchos beneficios que le debes, ¿no prestarás idéntico juramento? Y, una vez prestado, ¿serás capaz de quebrantarlo? Porque, ¿te has dado cuenta de la diferencia que hay entre ambos juramentos? El soldado jura que preferirá el bien del emperador a toda otra cosa en el mundo; pero tú lo que juras es preferir a todo tu propio y mayor bienestar.

32. ¿Cómo podrás persuadirme —preguntó uno a Epicteto— de que todas mis acciones las ve la Divinidad, sin que se le escape tan siquiera una? —Te parece —le preguntó a su vez el filósofo— que todas las cosas del mundo están encadenadas unas a otras o no? —Sí, creo que unas dependen de otras. —Crees, además, que las cosas terrenales están regidas por las celestiales o no? —Sí, tal creo. —Evidentemente. Tú y todos vemos que las cosas de la Naturaleza se suceden en un tiempo marcado de antemano, así como las estaciones llegan a su debido tiempo. Asimismo, según el Sol se aproxime o se aleje y según mengüe o crezca la Luna, cambia la faz de la Naturaleza. Y si todas las cosas de este mundo y hasta nuestros mismos cuerpos están unidos al gran todo, ¿cómo puedes imaginar que nuestra alma, de esencia infinitamente más próxima a la Divinidad que el resto del universo, vaya a estar sola y separada del ser que la ha creado? —Bien; pero lo que no comprendo es cómo puede la Divinidad ver a un mismo tiempo tantas cosas distintas entre sí y tan dispares y alejadas unas de otras. —Infeliz!

Pero ¿tu espíritu mismo, pese a los cortos límites a que puede alcanzar, no abarca una diversidad de cosas? ¿No llega a lo humano y a lo divino? ¿No raciocina, separa, abarca, consiente y niega? El Sol mismo, ¿no ilumina a un tiempo la casi totalidad del mundo y nada sino lo que él mismo envuelve naturalmente en sombras escapa a sus rayos? Y si esto puede el Sol, ¿qué no podrá quien le ha hecho como es, un punto, en suma, en medio del vastísimo universo? ¿Cómo no habrá de llenar e iluminar con sus luces la tierra entera? –Pero es que todas esas operaciones que, en efecto, mi espíritu es capaz de ejecutar, preciso me es ejecutarlas sucesivamente, pues ni aun los objetos puedo considerarlos si no es uno tras de otro. –¿Pero te he dicho yo acaso que tu espíritu sea tan vasto como el de la Divinidad? Mas, a pesar de ello, si nuestros ojos, ¡pobres gusanillos que somos!, siendo tan pequeños e insignificantes, son capaces de abarcar cuantos objetos encierra el horizonte, ¿cómo temes que puede escapar algo a los ojos de Aquel que ha hecho estos ojos nuestros? Reflexiona, reflexiona sobre esto y saca tú mismo la consecuencia.

33. Los dioses me han concedido escasos bienes; no han querido que nadara en la abundancia ni que viviera entre delicias. ¿Pero es que tengo derecho a quejarme sabiendo cómo trajeron a Hércules, que era hijo suyo y tan excelentísimo en todo?

34. Jamás se afligió Hércules ante la idea de poder dejar huérfanos a sus hijos. Y no se afligió porque muy bien sabía que no hay, en realidad, huérfanos en el mundo, ya que todas las criaturas tienen un padre que cuida de ellas y no las abandona jamás.

35. Consultamos temblando a los augures y, en nuestro miedo insensato, dirigimos a los dioses ardentes plegarias como esta: «¡Dioses, apiadaos de mí y permitid que salga con bien de esta empresa!». Vil esclavo, ¿cómo pretendo de ellos algo que no sea lo mejor para ti? ¿Y qué puede ser lo mejor para ti sino lo que ellos te deparan? ¿Por qué, pues, tratas de sobornar por cuantos medios están a tu alcance a tu juez y árbitro?

36. ¿Habrá algo más inútil que ir a consultar a augures y adivinos sobre las cosas que ya nos están señaladas? Y si se trata de exponerme a un peligro para salvar a un amigo, o morir por él, ¿qué necesidad tengo de adivino alguno? ¿No llevo en mi interior un adivino más infalible, el cual me ha enseñado la naturaleza del bien y del mal, ha revelado todas las señales mediante las cuales puedo reconocer todo lo que me sucederá?

37. La afición y debilidad de los hombres por los adivinos provienen de su timidez. Es que teme a los acontecimientos. Por ello, y no por otra cosa, profesa a los adivinos esa sumisión exagerada y los hace árbitros y jueces de todos sus negocios, al mismo tiempo que les confía cuanto posee. Además, si le predicen algo bueno, les colma de gracias cual si ellos fuesen los dispensadores del bien que no hacen sino predecir. ¡Qué ceguera! Si fuéramos razonables, consultaríamos a los adivinos como preguntamos cuando estamos de viaje qué camino hemos de tomar, sin preocuparnos si ha de ser el de la derecha o el de la izquierda. Porque, ¿qué es, al fin y al cabo, consultar a los adivinos? Es consultar a los dioses para conocer su voluntad y cumplirla. Deberíamos, pues, servirnos de los oráculos como nos servimos de los ojos. No rogamos a los

ojos que nos hagan ver tal o cual objeto, sino que vemos aquellos que ellos nos hacen ver. Hagamos, pues, lo mismo respecto a los augures: ni los halaguemos ni los roguemos. Hagamos únicamente aquello que nos ordenan.

38. Cuando vayas a consultar al adivino ten presente también –si eres filósofo– que vas a consultarle sabiendo de antemano la naturaleza de lo que ha de suceder, porque de ser alguna cosa de las que no dependen de nosotros no podía ser para ti ni buena ni mala. Acércate, pues, al adivino desprovisto de cualquier ánimo favorable o desfavorable; de lo contrario, irás temblando; en cambio, debes presentarte convencido de que todo lo que suceda te ha de ser indiferente, y que sea ello lo que quiera, nadie podrá impedir que saques de su práctica buen uso y el mejor partido posible. De modo que llégate a los adivinos con la misma serenidad y confianza con que te acercarías a los mismos dioses que se dignan aconsejarte y, una vez en posesión de sus consejos, acuérdate de quiénes son tales consejos y que despreciarías sus órdenes si los desobedecieses. Es decir, que no debes ir a los adivinos sino como quería Sócrates que se fuera: para aquellas cosas que no se pueden conocer más que por el acontecimiento mismo y que ni la razón ni las reglas de algún arte pueden prever. De suerte que al ofrecértete ocasión de exponerte a grandes riesgos, sea por un amigo, sea por la patria, no vayas a consultar al agorero, ya que es preciso que te sacrificues; porque si él te declara las entrañas de todo esto, debes socorrer a tu amigo y exponerte a herida o destierro. Pero la razón debe decirte que, a pesar de todo esto, debes socorrer a tu amigo y exponerte por el bien de tu patria. Así es que has de procurar obedecer a un adivino mucho más alto, grande y poderoso que al que ibas a consultar: a Apolo Pitio, aquel que arrojó de su templo al miserable que había dejado de socorrer a un amigo a quien asesinaban.

39. ¿De qué te quejas? La Divinidad te ha concedido lo más grande, lo más noble, lo más excelso, lo más divino de que disponía; el poder de hacer buen uso de tus opiniones y el de encontrar en ti mismo tus verdaderos bienes. ¿Qué más quieres? Vive, pues, contento y no ceses de agradecer y de rogar a un padre tan magnánimo y bondadoso.

Sobre la resignación

1. No pidas nunca que sucedan las cosas como tú deseas, sino deseas que sucedan como suceden, y prosperarás siempre.

2. Cuando estamos a punto de embarcar pedimos a los dioses vientos favorables con objeto de llegar pronto a destino; y mientras nos son concedidos, no hacemos sino observar consternados el viento reinante. ¡Ay de mí, siempre viento norte! ¿Cómo embarcar con este viento contrario? ¿Cuándo soplará viento sur? Amigo mío, soplará cuando le plazca o, mejor dicho, cuando le plazca al que es su amo y señor. ¿O es que eres dispensador de vientos cual otro Eolo? Acostúmbrate a que no podemos disponer más que de lo que depende de nosotros y hemos de tomar lo demás tal cual llega.

3. Trasca decía que prefería morir hoy a ser desterrado mañana. Oyendo esto, le replicó Rufo: –Si escoges el morir como lo peor, eres un loco; si, como lo mejor, ¿quién te ha dado derecho a escoger?

4. Aquel que se acomoda a lo que fatalmente sucede es sabio y apto para el conocimiento de las cosas divinas.

5. Siempre y en todo momento debemos hacer lo que de nosotros depende, permaneciendo firmes y tranquilos respecto a lo demás. Si me veo obligado a embarcarme, ¿qué debo hacer? Pues lo que está en mi mano y es acorde a mi razón: escoger el barco, el piloto, los marineros, la estación, el día y el viento favorable; he aquí cuanto depende de mí. Luego, si en alta mar sobreviene una tormenta, ya no tengo yo nada que hacer, todo es asunto del piloto. ¿Que la embarcación zozobra? Pues en vez de gemir, llorar o apesadumbrarme, me dispongo a hacer lo que esté en mi poder y facultades para salvarme; sin dejar de pensar que todo lo nacido tiene que morir, según ley general de la que yo no puedo librarme. Porque no soy la eternidad, sino simplemente un hombre, una parte del todo, como una hora es una parte del día. Y así como cada hora llega y pasa, yo, que he venido, debo pasar asimismo. Y si debo pasar, ¿qué más da la manera de hacerlo, ya sea por medio de la fiebre, ya por la acción del agua?

6. Nunca ni por motivo alguno debes decir: “he perdido tal cosa”, sino “la he devuelto”. ¿Ha muerto tu mujer? La has devuelto. ¿Te han desposeído de tu hacienda? Has hecho una simple restitución. ¿Que el que te desposeyó es un malvado? ¡Y a ti qué te importa de qué manos se sirvió el que te dio los bienes para desposeerte luego de ellos! De modo que no te quejes y disfruta de la vida, como el viajero disfruta de la posada que el camino le depara, mientras te permita hacerlo.

7. Si los dioses me abandonan como me han abandonado en la indigencia, en la oscuridad y en el cautiverio, no es porque me tengan odio; ¿qué amo es capaz de aborrecer a su fiel servidor? Tampoco es por descuido, pues los dioses no descuidan ni las cosas al parecer más insignificantes. Lo que quieren es ponerme a prueba para cerciorarse de si tienen en mí a un buen soldado, de si soy un buen ciudadano; es decir, que quieren, este es su fin inmediato, que les sirva de testigo ante los demás hombres.

8. Siquieres ver a un hombre contento con su suerte y que se conforma con que todo suceda como sucede, vuelve los ojos hacia Agripino. Cuando le anunciaron que el Senado estaba reunido para juzgarle, dijo: –Sea en buena hora. Voy a prepararme para tomar el baño, como de costumbre. Apenas salía del baño, recibió noticia de que había sido condenado. –¿A muerte o a destierro?, preguntó. –A destierro. –¿Y han dispuesto que me confisquen los bienes? –No, tus bienes serán respetados. –Partamos, pues, sin dilación. ¡Ea!, a comer a Aricia, que lo mismo se come en Aricia que en Roma.

9. Me han condenado al destierro. Pero ¿es que hay, acaso, más allá del mundo un lugar adonde puedan mandarme? ¿No he de encontrar en cualquier parte adonde vaya un cielo, un sol, una luna y unas estrellas? ¿Han de faltarme ilusiones para continuar viviendo y augurios para saber la voluntad de los dioses?

10. ¿Por qué presumes de estoico? Llámate como tus actos exigen que te llames y no te adornes con un nombre que no te corresponde y que no haces sino deshonrar. Hombres como tú que predicen máximas estoicas veo muchos; estoicos, ninguno. A ver quién es capaz de mostrarme a un estoico; es decir, un hombre que se cree siempre feliz, que se siente feliz en la enfermedad, en el peligro, despreciado y aun calumniado. ¿Dónde está siquiera el hombre que empieza a ser estoico, ya que no hay ninguno acabado y perfecto? ¡Ea!, muéstrame, si puedes, a un hombre conforme siempre con la voluntad divina, que jamás se queje de los dioses ni de los hombres, que nunca encuentre que se han frustrado sus deseos, a quien nada lastime, a quien no asalte la envidia, ni la cólera, ni la soberbia; que, con un cuerpo mortal, sostenga un secreto comercio con los dioses y que anhele despojarse de su perecedera vestidura corpórea para unirse con ellos en espíritu.

11. ¿Tienes calentura? Pues si la conllevas como es debido, en ella tienes lo mejor que puedes desear. ¿Que qué es conllevar la calentura como es debido? Pues sufrirla sin quejarse de los dioses ni de los hombres; no alarmarse por lo que pueda sobrevenir; pensar que todo irá bien y que si la muerte misma llega, aguardarla valerosamente como lo mejor; no alegrarte sobremanera si, por el contrario, el médico te asegura que vas mejor, ni afligirte si te afirma lo contrario. Porque ¿qué es estar peor? Simplemente acercarse al término en que el alma se separa del cuerpo. ¿Y, sinceramente, crees y llamas un mal a esta separación? Además, si no es hoy, ¿dejará de acaecer mañana? ¿O es que piensas que se va a acabar el mundo con tu muerte? Vive, pues, tranquilo y sosegado lo mismo en la calentura que disfrutando de cabal salud.

Sobre la filosofía y los filósofos

1. Los espíritus débiles escapan a los preceptos de la filosofía como los pececillos jóvenes a los anzuelos.

2. Te has imbuido de algunos conceptos filosóficos y tratas de enseñarlos por tu cuenta. ¡Da risa oírtelo! Vomitas de una manera grotesca lo que no has sido capaz de digerir, como esos malos estómagos que devuelven brutalmente los manjares que a toda prisa han ingerido... Digiere, amigo, digiere, que ya enseñarás más tarde, cuando tu espíritu, cambiado, demuestre los alimentos que le diste. —Y si Fulano ha abierto una escuela, ¿por qué no puedo yo abrir otra? —Vil esclavo! ¿Es que una escuela se puede abrir por puro capricho? ¿Es que crees que tal cosa se puede hacer sin haber alcanzado la edad de la experiencia, sin haber llevado una vida ejemplar y sin ser elegido de los dioses? Pues aprende que sin estos requisitos no serás más que un impostor y un impío. Serás como el que abriese una tienda de médico llena de ungüentos que no supiese aplicar ni para qué sirven.

3. El alma es un estanque lleno de agua: sus opiniones son la luz que ilumina este estanque. Cuando el agua está agitada diríase que la luz lo está también, y, sin embargo, no es así. Lo mismo sucede con el hombre: cuando está agitado, no por ello

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

las virtudes se trastornan y confunden, sino tan solo su espíritu. Basta que este se calme para que todo vuelva a su reposo normal.

4. El comienzo de la filosofía es conocer nuestra debilidad y nuestra ignorancia y los deberes necesarios e indispensables.

5. ¿Qué es un filósofo? Un hombre a quien si escuchas te hará seguramente más libre que todos los pretores juntos.

6. Cuando un cuervo te predice algo con sus graznidos, cree que es un dios y no un cuervo quien te habla. Cuando un filósofo te advierte, cree asimismo que quien te advierte es un dios y no un filósofo.

7. Considera atentamente la altura de miras de los filósofos y la claridad de sus espíritus y verás cuán clarividentes los encuentras. El mismo Argos con sus cien ojos te parecerá ciego si le comparas con ellos.

8. La escuela del filósofo, como el gabinete de un médico, son lugares adonde se acude, no para disfrutar placeres, sino lo que vale más, saludables dolores. Al luxado, al que padece un absceso, al que le atormenta una fístula y al que sufre de una úlcera, no el placer, sino el dolor ha de curarlos.

9. El bueno, el verdadero sabio, recordando siempre quién es, de dónde viene y quién le ha creado, guarda fielmente el lugar que se le señala, y procura demostrar siempre a los dioses su obediencia diciendo: —¿Queréis que aún permanezca aquí? Pues permanezco. ¿Queréis que abandone mi puesto? Pues lo abandono; pues como por vosotros estoy aquí, por vosotros salgo si os place; que jamás mis miradas y deseos se han de apartar de vuestros mandatos y prohibiciones.

10. ¿Te empeñas en ser filósofo? Sea; pero disponte a ser el hazmerreír de todos y a que la multitud te silbe y diga: ¡He aquí un filósofo que ha brotado de repente! ¿De dónde habrá sacado esa ridícula arrogancia? De modo que, en vez de ese aire vanidoso, procura adaptarte a las máximas que estimes mejores y más hermosas, y no olvides que si permaneces fiel observador de ellas, los mismos que antes se burlaban de ti te admirarán más tarde; al paso que, si cedes a sus insultos, se burlarán de ti dos veces.

11. No olvides que cuando, por complacer a los demás, miras hacia afuera, lo que haces, en realidad, es descender de la altura en que te encontrabas. No dejes, pues, por nada ni por nadie de ser filósofo; y si además de serloquieres parecerlo, conténtate de que esto sea a tus propios ojos solamente. Ello basta, créeme.

12. No te des jamás el título de filósofo ni pierdas el tiempo en predicar hermosas máximas ante los ignorantes: lo único que debes hacer ante ellos es practicar simplemente lo que estas máximas aconsejen. Por ejemplo, en un festín no te metas a predicar cómo debe comerse, sino práctalo, y acuérdate de que en todo y en todos los lugares, Sócrates, modelo vivo para todo hombre que se estima y ama la sabiduría y la sencillez, supo dominar todo fausto y ostentación. Cuando los jóvenes acudían a él para

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

que les recomendase a los otros filósofos, les acompañaba él mismo y soportaba sin quejarse el ningún caso que de él hacían.

13. No olvides nunca lo que decía Eúfrates: que le había ido muy bien ocultando durante mucho tiempo que era filósofo; porque, aparte de estar convencido de que obrando así no había hecho nada para llamar la atención de los hombres y sí de los dioses, había tenido el consuelo de que, como combatía solo, solo se exponía, sin exponer ni al prójimo ni a la filosofía con los errores que podía haber cometido; y, sobre todo, que había podido gozar del secreto placer de ser tenido por filósofo a causa de sus acciones y no de su traje.

14. Procura que tus austeridades y tus prácticas corporales no sean extraordinarias e increíbles; de no hacerlo así, serás más bien un saltimbanqui que un filósofo.

15. Lo que nos pierde es que, apenas hemos acercado a los labios la copa de la filosofía, ya queremos hacernos los sabios y ser indispensables a los demás; nos sentimos capaces de reformar el mundo. ¡Torpe vanidad, amigo mío! Lo primero, para poder mostrarse a los demás como un hombre a quien la filosofía ha reformado, es empezar por reformarse verdaderamente. Y si quieres ser útil a los demás, al tiempo de pasear y de comer con ellos, instrúyelos con buenos ejemplos, sé complaciente, cede a todos, dales preferencia, sufre hasta sus impertinencias y seles útil, en fin, enseñándoles cómo se es mejor que ellos.

16. Si queremos ser verdaderos filósofos, es preciso que pongamos nuestra voluntad en estado de aceptar y acomodarse a todo cuanto nos ocurra y a todo cuanto deje de ocurrirnos. Ello nos proporcionará la inapreciable ventaja de que nunca veamos defraudados nuestros deseos ni realizado el motivo de nuestros temores. Y podremos convivir con los hombres sin penas ni trastornos y conservar todas nuestras relaciones naturales o adquiridas; es decir, cumpliremos a la perfección con nuestros compromisos de padres, hijos, hermanos, ciudadanos, esposos, socios, magistrados y súbditos.

17. No hay arte ni ciencia que no sea despreciada y menospreciada por la ignorancia y los ignorantes. ¿Por qué, pues, la filosofía ha de ser una excepción haciéndoles caso y dejándose conmover por sus prejuicios y reproches?

18. Un médico visita a un enfermo y le dice: “como tienes calentura, abstente de tomar alimento alguno y no bebas sino agua”. El enfermo obedece al pie de la letra sus palabras, le paga y aun queda agradecido. En cambio, cuando un filósofo dice a un ignorante: “tus deseos son inmoderados; tus temores bajos y serviles, y tus opiniones, falsas”, se enfurece y se aparta de él asegurando que ha sido insultado. ¿De qué puede provenir esta diferencia? Sencillamente, de que el enfermo siente su mal y el ignorante no siente el suyo.

19. El ignorante no espera de sí mismo su bien y su mal, sino de los otros. El filósofo tan solo espera bien y mal de sí mismo.

20. ¿A qué viene esa fiereza y ese orgullo, miserable filósofo? –Espera un poco, amigo mío, y me verás todavía más orgulloso; espera a que tenga la debida firmeza en las máximas que he aprendido y a cuya aceptación he dado mi absoluto consentimiento; espera, que esto aún no es nada, pues conozco y temo todavía mi debilidad. Pero ya te digo que pronto, cuando esté enteramente seguro y fortificado, entonces será cuando veas todo mi orgullo y toda mi fiereza en su grado máximo. Y es que la estatua no está aún terminada; los dioses no le han dado todavía la última mano. Mas no creas que, una vez acabada, su fiereza será hija de su orgullo. No; será una fiereza de seguridad y confianza en la verdad. ¿Es orgullo lo que observas en la cabeza de Júpiter? No. Es firmeza, es estabilidad, es constancia, es seguridad en su poder; es, en suma, lo que debe brillar en la faz de un dios que te dice: “todo lo que he confirmado por medio de un signo de aprobación, jamás se engaño, fue irrevocable y nunca dejó de suceder”. Pues bien: yo trataré de imitar este gran modelo. Me verás fiel, modesto, valeroso e inaccesible a la turbación y a las emociones que causan los accidentes que llaman terribles. –Pero ¿te veré inmortal, exento de vejez y de enfermedades? –No; pero verás que sé morir, y ser viejo, y estar enfermo; verás qué sólidos y templados son los nervios de un filósofo. –¿Y en qué consiste esta solidez y esta templanza? –En no tener jamás deseos frustrados ni temores mal dirigidos; en prevenir todos los males; en arreglar convenientemente todos los movimientos del alma; en que todos los designios sean hijos de prudente y madura reflexión y en que las afirmaciones sean tan sólidas y certeras que jamás vayan seguidas del arrepentimiento.

21. La primera y más necesaria parte de la filosofía es aquella que trata de la práctica de los preceptos; como, por ejemplo, del que establece que no debemos mentir. La segunda es la que hace las demostraciones; como por qué no debemos mentir. Y la tercera es la que hace la prueba de estas demostraciones; como por qué son tales demostraciones y en qué consiste su certeza y verdad, y qué es demostración, consecuencia, oposición, verdad y falsedad. Esta tercera parte es necesaria a la segunda; la segunda, a la primera, y esta es la más necesaria de todas y en la que debemos detenernos y fijarnos más. Pero solemos invertir este orden y no acostumbramos a pasar de la tercera. De ordinario, ponemos todo nuestro empeño y estudio en la prueba, descuidando en absoluto lo primero, es decir, el uso de la práctica. ¿Qué resulta de ello? Pues que mentimos; pero, eso sí, siempre estamos dispuestos a demostrar que no debemos mentir.

22. Un discípulo mío, que se sentía inclinado hacia la filosofía cínica, me preguntó un día cómo debía ser el verdadero filósofo de esta secta y qué debía hacer para llegar a serlo. –Amigo mío –le contesté–, todo cuanto puedo decirte es que cualquier hombre que emprenda una cosa tan superior sin que a ello le llamen los dioses, será tan loco como aquel que entrase en una casa extraña sin consentimiento de sus dueños. –Pero –replicó– me avendré sin discusión a vestirme de harapos y a llevar un manto zurcido; dormiré en el suelo, no llevaré más que una alforja y un palo y me meteré audazmente con todo el mundo. –¡Ay, amigo mío! Si sólo por estas exterioridades juzgas la filosofía, ¡cuán mal la juzgas! Sabe que el filósofo cínico es un hombre lleno de pudor y que su vida está expuesta de continuo a la vista de los demás, pues nada hace que no sea decente; que los verdaderos cínicos son enviados de los dioses

para que reformen a los hombres y para que les enseñen con su ejemplo cómo desnudos, sin bienes, sin otro techo que el cielo ni más cama que la tierra, se puede vivir feliz; elegidos que tratan a los viciosos, por encumbrados que sean, como esclavos; hombres que, maltratados y apaleados, aman y bendicen a quienes los apalean; que miran a todos los demás hombres como si fuesen hijos suyos, que los soportan, juegan con ellos, les amonestan con bondad y ternura, como hacen los padres, como hacen los hermanos y como hacen los ministros de los dioses; hombres, en fin, a quienes, y a pesar de su humildísima condición, príncipes y reyes no pueden menos de tratar con respeto. Así y tal como te describo es como Alejandro Magno vio a Diógenes.

23. ¿Por qué los hombres no juzgan la filosofía como las demás artes? Si un obrero hace mal el trabajo, a él solo se le echa la culpa; todos dirán que es un mal obrero, pero a nadie se le ocurrirá por ello difamar de su oficio. En cambio, si un filósofo comete una falta, nadie dice: “¡es un mal filósofo!, ¡un filósofo de pega!”, sino que dicen todos: “¡valiente estupidez, la filosofía!” ¿De qué proviene semejante injusticia? De que no hay arte ni oficio que los hombres no cultiven mejor que la filosofía o, más bien, de que la pasión no ciega a los hombres respecto a las artes que les halagan o les son de visible utilidad y que, en cambio, les ciega respecto al que les molesta, les combate y les condena.

24. Hay gentes tan ciegas que ni al mismo Vulcano considerarían buen herrero de no verle tocado con su gorro de forjador. Necedad es, pues, quejarse de ser desconocido de un necio; de esos que únicamente distinguen a los hombres por sus trajes y sus atributos. He aquí por qué Sócrates fue desconocido por la mayoría de sus conciudadanos. A él, que era el filósofo por excelencia, acudían para que les llevase a algún filósofo; a lo que él accedía sin ofenderse, de buen grado. Y jamás se quejó de que no le considerasen como filósofo. Jamás puso rótulo en su puerta. Siempre estuvo satisfecho de ser filósofo sin parecerlo. Y, no obstante, ¿quién mejor que él, vuelvo a repetir, puede ostentar tan noble título? Haz, pues, tú otro tanto: que tu filosofía no se deje traslucir más que en tus actos.

25. ¿Es que basta haber comprado un libro de música o un instrumento para ser músico? ¿Habrá alguno tan insensato que tal se figura? Y tú, infeliz, ¿te figuras que basta llevar largas barbas, una alforja, un palo y un modesto manto para ser filósofo? Amigo mío: el hábito es conveniente al arte; pero el nombre es el arte quien lo da, no el hábito.

26. Así como la medicina aconseja el cambio de aires a los que padecen ciertas enfermedades crónicas, del mismo modo la filosofía aconseja a los que tienen vicios inveterados que nada puede fortificarlos como los lugares donde nacieron.

Sobre las mujeres

1. Es de ingratos y cobardes sostener que no existe diferencia entre la belleza y la fealdad. ¿Acaso una mujer fea agrada y embelesa la vista como una hermosa? Decir

tal cosa es, no solamente torpe, sino impío; lenguaje propio de las gentes que desconocen la naturaleza de las cosas y que temen arriesgarse a opinar por miedo a ser arrastradas y vencidas. No es negando la belleza como se sustrae el hombre a sus encantos; el mérito está en resistir reconociéndola.

2. ¿Sabéis lo que hace el hombre que persigue a la mujer de su prójimo? Pisotear las leyes del pudor y de la fidelidad; violar la vecindad, la amistad, la sociedad y todas las cosas más sagradas y las más sagradas leyes. El que tal hace no puede ya ser considerado ni como amigo, ni como vecino, ni como ciudadano. No llega ni a tener el valor de un esclavo; es un barco inútil que no vale sino para ser echado a pique.

3. Un libertino cogido en flagrante delito de adulterio decía a Diógenes que, por ley de la Naturaleza, las mujeres eran comunes. El filósofo le respondió: –También son comunes las viandas que se sirven a la mesa; pero, una vez hechas las partes y distribuidas, no tendría pudor ni vergüenza el que le quitase a su vecino la ración del propio plato. Común es también el teatro a todos los ciudadanos; pero, una vez tomados todos los sitios, no se puede ni se debe exigir que cualquiera de los espectadores abandone el sitio que ocupa para que lo tome el recién llegado. De esta manera, y no de otra, son comunes las mujeres: desde el momento en que el legislador las ha distribuido y ha dado a cada una su esposo, no habrá hombre honrado alguno que, en conciencia, se atreva a asegurar que es lícito no contentarse con la suya y tomar la del vecino. De modo que tú, que tal haces, no eres un hombre sociable y racional, sino un mono o un lobo salvaje.

4. Mientras las mujeres son jóvenes, sus maridos no cesan de elogiar su belleza y de llamarlas queridas y hermosas. De modo que, viendo ellas que sus maridos no las consideran más que por su belleza corporal y por el placer que les procuran, no piensan sino en componerse y engalanarse y todas sus esperanzas parecen cifrarse en sus atavíos. Nada es, por consiguiente, más útil y necesario que esforzarse en demostrarlas que se las honrará y respetará en tanto sean prudentes, pudorosas y modestas.

5. Si logro resistir a una mujer hermosa que está dispuesta a concederm sus favores, me digo: –¡Bravo!, Epicteto; esto vale más que haber refutado el sofisma más sutil. Porque, ciertamente, resistir sus provocaciones y rechazar sus caricias es victoria de la que puedo vanagloriarme con más justo título que si hubiese triunfado de los silogismos más peligrosos. Pero ¿cómo resistir a tentación tan seductora? Un medio hay muy eficaz: tratando a toda costa de agradarse a sí mismo y de parecer hermoso a los ojos de los dioses; queriendo a toda costa también conservar la pureza del cuerpo y del alma.

6. Amfiarao vivió largo tiempo en paz con su mujer; tuvieron muchos hijos y jamás se vio un matrimonio mejor avenido. Pero sobrevino el ofrecimiento de un collar, y ¡adiós mujer, esposa y madre!

Sobre los cuidados del cuerpo

1. Señal evidente de un espíritu torpe es consagrar un tiempo excesivo al cuidado del cuerpo, al ejercicio, a la comida y a la bebida, o a cualquiera otra de las necesidades corporales. Todos estos cuidados no deben constituir lo principal, sino lo secundario de nuestra vida, y hay que tenerlos, por tanto, como de paso. Porque nuestra grande y activa e incesante preocupación debemos consagrirla al espíritu.

2. ¿Eres hombre o mujer? Si eres hombre, atavíate como un hombre y no pretendas pasar por un prodigo de indumento, por una cosa nunca vista. Cuando Sócrates encargaba a Alcibíades que se embelleciese, le aconsejaba precisamente descuidar un poco la belleza del cuerpo para ocuparse de la del alma. Mas no creas por esto que es preciso ser desaseado y sucio; no. Nada de eso; pero sí importa mucho que tu aseo sea serio y digno de un hombre.

3. La limpieza es para el cuerpo lo que la pureza para el alma. La Naturaleza misma enseña a ser limpio. Como cuando se ha comido suele quedar algo entre los dientes, ofrece agua e invita a lavarse la boca a fin de que en ningún momento dejemos de ser hombres y nos acerquemos a los cerdos. Ella nos proporciona, además, baño, aceite, esparto y vitriolo para combatir el sudor y la grasa de nuestra piel. Pues bien, si no te sirves de todo esto que tan oportuna y generosamente te brinda, no eres un hombre. Y si cuidas de tu caballo y de tu perro, a los que haces bañar, limpiar y peinar como es debido, ¿vas a tratar tu propio cuerpo peor que el de tu caballo o el de tu perro? Lávalo, pues, y límpialo perfectamente; procura que a nadie dé asco y que nadie tenga que apartarse de ti con repugnancia; y ¿quién no se apartará asqueado de un hombre sucio y maloliente? Ahora bien: si prefieres esto, apártate de los demás y vive retirado, solazándote con tu propia porquería; pero lejos de la ciudad, en medio del desierto, a fin de no apestar a tus amigos y vecinos. Porque, ¿cómo, siendo basura, te atreves a frecuentar los templos, donde está prohibido el escupir y el sonarse?

4. ¿Cómo podrían atraerme, por hermosas que fuesen, las sentencias de un filósofo si él se me presentara sucio, desaseado y tan horrible como criminal que sale de la mazmorra? ¿Cómo podría hacerme amar una doctrina de la que él era tan desagradable representante? Por nada del mundo me resignaría a escucharle, y mucho menos a relacionarme con él. Cuidemos, pues, de la limpieza y de la decencia exterior. Y lo que digo de los maestros, dicho queda de los discípulos. Por lo que a mí respecta, cuando un joven desea dedicarse a la filosofía, prefiero y deseo que acuda a mis lecciones limpio y decentemente vestido, y no sucio y desgreñado. Detalle es este por el cual juzgo ya que posee alguna noción de la belleza y que se inclina a lo que es conveniente y honroso. Porque deduzco que, puesto que cuida de la belleza que le es conocida, es de esperar que cuidará también de la que le daré a conocer, esto es, de la belleza interior, que consiste en el perfecto uso de la razón, al lado de la cual es solo fealdad la belleza del cuerpo. Pero al que se me acerca sucio, astroso, cubierto de pringue y porquería, despeinado el cabello y con la barba hasta la cintura, ¿qué puedo decirle para darle a conocer la belleza, de la cual no tiene la menor idea, tratándose de un cerdo que preferirá siempre su muladar a la fuente más pura y cristalina?

Sobre la verdadera filosofía

1. ¿Que mi padre es malo? ¿Que mi vecino es malo? Lo serán, en tal caso, para ellos mismos, pero no para mí. Para mí son muy buenos, por el contrario, pues su manera de ser sirve para que yo ejercite y fortalezca mi dulzura, mi generosidad y mi paciencia; poderoso Mercurio, dame tu admirable varita; y no para trocar en oro cuanto toque, que ello sería ínfima y menguada cosa, al fin y al cabo, sino para cambiar en bienes todo cuanto pasa por males: la enfermedad, la pobreza, la ignominia y aun la muerte misma.

2. Porque tu hijo, a quien adoras, según dices, está muy enfermo y no tienes valor para verle sufrir, te apartas de él. Entonces, si tal hace el cariño, pronto se verá abandonado de cuantos le aman –su madre, su nodriza, sus hermanos, su preceptor–, y fuerza será que le cuiden los que no le quieren ni tienen nada que ver con él. ¿Y no es esto un inmenso y terrible disparate? ¿No es estar ciego y discurrir torpe y cruelmente? ¿Quisieras tú, en tus propias enfermedades contar sólo con personas que de este modo se interesasen por ti?

3. Te has convertido en perseguidor y tirano de tu prójimo por el simple hecho de ocupar un puesto eminentísimos. ¡Infeliz! ¿Olvidas, acaso, quién eres y a quiénes mandas? ¿No te das cuenta de que son tus hermanos y tu padre? ¿Qué dices? ¿Que porque has comprado el empleo tienes derecho a usar de ciertas prerrogativas y derechos? ¡Desgraciado! ¡Lodo y tierra únicamente son, de puro bajos, todos tus pensamientos, que solo miran a estas míseras leyes humanas, leyes de los muertos en suma, y no eres capaz de levantar los ojos hacia las únicas perfectas y admirables, hacia las divinas!

4. Puesto que compadeces a los ciegos y a los cojos, ¿por qué no compadeces también a los malvados? ¿No comprendes que lo son a pesar suyo, como los cojos y los ciegos?

5. Cada cosa ofrece dos aspectos distintos: uno que la hace fácilmente llevadera y otro que solo ofrece dificultades. Por ello, si tu hermano te hace una injusticia, no le cojas por el lado de la injusticia que te hace, pues por ahí no debes cogerle ni podrías llevarle; tómalo por el otro asidero, es decir, el que te muestra a un hermano, un hombre que se ha criado contigo, es decir, por el lado bueno, lo que te le hará soportable.

6. ¿Qué adelantarías con injuriar a una piedra que es incapaz de oírtre? Pues bien: imita a la piedra y no oigas las injurias que te dirijan.

7. Ten en cuenta que no es quien te injuria ni quien te pega quienes te maltratan, sino la opinión que de ellos tienes y que te hace mirarlos como enemigos. Del mismo modo, cuando alguno te aflige o incomoda, no es él verdaderamente quien tal hace, sino tu propia opinión. Procura, pues, que tu imaginación no te venza, pues si lo consigues empezarás a ser dueño de ti mismo.

8. Así como un maestro de gimnasia, ordenándome levantar pesos y hacer toda clase de ejercicio, endurece y desarrolla mis músculos, que tanto más se vigorizan

cuanto más acato sus órdenes, tal me ocurre con quienes me maltratan y me llenan de improperios, pues desarrollan mi paciencia, mi dulzura y mi clemencia. Y aun ¡cuánto mayor es el servicio que me presta este que aquel!

9. Cuando alguno te maltrata de obra o de palabra, acuérdate de que lo hace porque se cree con derecho a ello. Es decir, que no obra según tu juicio, sino según el suyo propio. De modo que si te juzga mal, él solo se perjudica, ya que él solo se engaña. Porque si alguien acusa de falso un silogismo justo y admitido por todo el mundo, no es el silogismo el atropellado, sino el que se engaña juzgándolo mal. Aprende a servirte bien y siempre de esta regla y podrás soportar con paciencia a cuantos hablen mal de ti, ya que cada vez que ocurra podrás decir: si tal dice es porque buenamente lo cree.

10. «¿No tengo razón en vengarme y devolver el mal que me han causado?». ¡Pero si nadie te ha causado mal alguno, puesto que el bien y el mal no existen más que en tu voluntad! Y si otro se ha herido haciéndote a ti una injusticia, ¿no es torpe que te hieras tú mismo devolviéndosela?

11. Si alguno te trae la noticia de que otro ha hablado mal de ti, no te complazcas en refutar lo que haya dicho; al contrario, límítate a contestar con sencillez: «El que te ha hablado de mí en estos términos ignoraba, sin duda, mis otros vicios y defectos, pues, de no ser así, no se hubiera contentado con citar únicamente estos».

12. El hombre cuerdo espera siempre recibir de los malvados mucho más daño que el que recibe. Si le injurian, agradece que no le hayan pegado; si le pegan, queda reconocido si no llegan a herirle; de herirle, se alegra de que no le hayan matado.

Sobre la amistad

1. La amistad es atributo sólo del sabio. ¿Cómo sería capaz de amar quien no sabe distinguir lo bueno de lo malo?

2. No es posible que ame a los hombres quien ama las riquezas, los placeres o la vanagloria. Solo el que ama lo honrado y lo decente es capaz de amarlos con verdad.

3. Para amar es preciso colocar al mismo nivel la utilidad, la santidad, la honradez, la patria, los padres, los amigos y la justicia. Si se separan estas cosas ya no es posible la amistad, porque donde domina el yo y lo mío, domina el animal, no la razón inteligente. Si el yo, es decir, lo mío, o sea, mi interés, está de acuerdo con la honestidad y la justicia, soy buen amigo, buen hijo, buen padre y buen esposo; pero si en un lado está mi interés y en otro aquellas virtudes, entonces adiós amistad y adiós todos los deberes más santos e indispensables.

4. Si quieres saber si dos hombres son amigos, no pregunes si son hermanos, si se han educado juntos, si tuvieron los mismos maestros y preceptores; pregunta tan solo en qué hacen consistir su intimidad. Y si esta intimidad estuviese basada en las cosas que no dependen de nosotros, guárdate mucho de decir que son amigos; no, no lo son,

como no son fieles, ni constantes, ni libres. En cambio, si basan su amistad en aquellas cosas que de nosotros dependen y la sostienen y cimentan con opiniones sanas, entonces no te preocupes de si los atan o no los lazos de la sangre, de si se conocen desde largo tiempo ni de sus protestas de amistad; porque ¿puede no haber amistad allí donde hay felicidad y comunicación en todo lo bello y honesto?

5. El alma del vicioso es incapaz de amistad por lo mismo que, entregada a la inconstancia y al desenfreno, va siempre de un lado para otro empujada por sus opiniones y jamás satisfecha.

6. ¿Ves esos perros que están jugando? Diríase que son los mejores amigos del mundo, a juzgar por sus fiestas, sus caricias, su bullicio y sus lametones, ¿verdad? Pues echa en medio de ellos un hueso y verás lo que ocurre. Esta suele ser la amistad entre padres, hijos y hermanos. En cuanto se ofrecen un motivo de disputa: dinero, tierras, una querida, bienes de cualquier clase, ya no hay padre, ni hijo, ni hermano.

Sobre la opinión engañosa de las cosas

1. Lo que perturba a los hombres no son precisamente las cosas, sino la opinión que de ellas se forman. Por ejemplo: la muerte en modo alguno es un mal; no obstante, opinamos todo lo contrario, y esto sí que es un verdadero mal. Así pues, cuando nos sintamos torturados, meditabundos o tristes, no acusemos de ello a nadie, sino a nosotros mismos, es decir, a nuestras propias opiniones.

2. Sé de un hombre que, descontento de su suerte, corrió a arrojarse a los pies de Epafrodito y le gimió que era el más desgraciado de los hombres, que estaba completamente arruinado y que ya no le quedaban medios de subsistencia, puesto que todo su capital se reducía a cincuenta mil escudos. ¿Y sabéis lo que contestó Epafrodito? ¿Imagináis que se burló de él? Nada de eso; antes al contrario, le contestó con la mayor seriedad y convencimiento del mundo: «Pero, desdichado, ¿cómo no me has hablado antes de esta terrible miseria? ¿Y cómo has tenido el inmenso valor de sobrellevarla sin morirte?».

3. ¡Cómo no hemos de estar llenos de falsos prejuicios si no nos enseñan otra cosa desde nuestra infancia! La nodriza, apenas empezamos a caminar, si tropezamos con una piedra y rompemos en llanto, lejos de reñirnos riñe a la piedra y hace como que la pega. ¡Por todos los dioses! ¿Habrá algo más insensato? ¿Qué mal ha hecho la pobre piedra? ¿Es que tenía que prever que íbamos a tropezar con ella y debió cambiar de sitio? Cuando somos mayores, si al volver del baño no encontramos dispuesta la cena, nos enfurecemos y armamos un escándalo atroz; y nuestros superiores, lejos de reprimir nuestro insensato furor, se echan a gritar por su lado y, si a mano viene, paga el cocinero. Yo diría a estos superiores que, teniendo el deber de educar, pervierten: ¿por qué sois tan celosos con el cocinero y tan descuidados con el joven? En fin, cuando adultos ya ocupamos algún cargo en la sociedad, tenemos siempre ante los ojos idénticos ejemplos. Por ello vivimos y morimos siendo siempre niños. Pero ¿qué es ser niños?

Muy fácil: así como hablando de las letras o de la música se llama niño al que no las sabe o las sabe mal, así en la vida es eternamente niño quien no sabe vivir o vive con opiniones falsas e insanas.

4. Cuando estoy embarcado y no veo más que mar y cielo, la vasta extensión del mar que me rodea me sobrecoge. Diríase que, caso de naufragar, hubiese de morir de no tragarme toda aquella inmensidad de agua, ¡cuando bastan un par de azumbres de agua para ahogarme! Del mismo modo, durante un terremoto, me imagino que la ciudad entera va a caérseme encima, como si no bastase una sola teja para romperme la cabeza. Y es que somos unos infelices esclavos de la imaginación mal dirigida.

5. «¡Ay de mí! ¡Cuándo volveré a ver Atenas!». Pero, amigo mío, ¿puedes ver acaso algo más hermoso que el cielo, el sol, la luna, las estrellas y el mar? Y si tanto te aflige haber perdido de vista Atenas, ¿qué harías si perdieras de vista al astro del día?

6. La regla y medida de nuestros actos son nuestras opiniones. ¿De dónde nació la Astrea, de Eurípides? De la opinión. ¿Y su Medea y su Hipólito? De la opinión. ¿Y el Edipo, de Sófocles? De la opinión igualmente.

7. ¿Que fue una gran desgracia para Paris el que los griegos entrasen en Troya, la pasasen a sangre y fuego, exterminaran a la familia de Príamo y se llevaran cautivas a todas las mujeres? Te equivocas, amigo mío. La gran desgracia de Paris fue el haber perdido el pudor, la fidelidad, la modestia y el respeto a la sagrada hospitalidad, que violó inicuamente. Asimismo, la desgracia de Aquiles no consistió en que mataran a su amigo Patroclo, sino en haberse encolerizado y suspirado por Briseida, olvidando que no había ido a la guerra a tener concubinas, sino para devolver una mujer a su marido.

8. ¿Has visto alguna vez una de esas ferias a las que acuden gentes de todas las comarcas vecinas? De ellas, unos van a comprar, otros a vender, unos por mera curiosidad, deseosos de ver la feria y enterarse de por qué se celebra y quién la estableció; otros por conveniencia; pues bien: otro tanto acontece en el mundo. En esta gran feria, unos se desviven por comprar, otros por vender; pocos, muy pocos, se contentan con admirar este sublime espectáculo para darse cuenta de lo que es, quién lo ha hecho, por qué lo ha hecho y cómo lo dirige –porque no es posible que no lo haya hecho alguien y que por alguien no esté regido-. Una ciudad, una casa, no existirían si no hubiese quien, rigiéndolas verdaderamente, se cuidase de ellas. Y si esto es con una simple casa, ¿cómo podría existir y perdurar tan vasta máquina como la del universo por pura casualidad? Esto es imposible. Hay, pues, alguien que la hizo y alguien que la mantiene y dirige. ¿Quién es y cómo la dirige? Y nosotros, también obra suya, ¿qué somos y por qué somos?... Muy contados son los que se hacen semejantes reflexiones y que, después de haber admirado la obra y bendecido al obrero, se sienten satisfechos y contentos. Y estos pocos, ¡mentira parece!, suelen provocar la risa de los demás, de la misma manera que en feria los mercaderes se mofan y hasta se irritan contra los simples curiosos y los tachan de necios y badulaques. Claro que también los bueyes y los puercos, si pudiesen hablar, se mofarían seguramente de todos aquellos que piensan y se ocupan en otras cosas que en sus codiciados pastos.

9. Hallándote de paso en esta ciudad, y mientras se apresta el bajel que ha de llevarte a otras tierras, te dices: «Vamos a ver a ese Epicteto y oigamos qué dice». Y, en efecto, vienes, me ves..., y esto es todo. Pero entendámonos, ¿qué es conversar con un hombre? ¿No es preguntarle cuáles son sus opiniones y exponerle las propias? ¿No es dejarse arrancar las ideas falsas y librar al contrario, asimismo, del error, si está en él? Pues bien: si esto es hablar con un filósofo, he aquí que tú, después de visitarme, descontento del trabajo que ello te ha dado, te marchas murmurando: «¡Valiente cosa este Epicteto! ¡Buen chasco me he llevado! ¡Si apenas sabe hablar! ¡Vaya un lenguaje toscio y vulgar el suyo!». Pero ¿es que se trataba de oírme brillantes y vacíos discursos? Así son los hombres; solo se dejan seducir por los amenos y altisonantes parlanchines, y, engañados, pasan la vida unos juntos a otros sin conocerse, sin examinarse a fondo y sin mejorarse. Pasar el tiempo y curiosear: ¡he aquí toda la preocupación de nuestra sociedad!

10. Dices que si Sócrates, en vez de negarse a huir de la prisión, se hubiese puesto a salvo, aún hubiera sido útil a los hombres. Pues bien: no, amigo mío. Lo que Sócrates dijo e hizo negándose a ponerse a salvo y muriendo por la justicia, nos es mucho más útil que cuanto hubiera podido decir y hacer si se hubiese escapado.

11. Epicuro enseña que, por ley natural, no existe sociedad alguna entre los hombres; que los dioses no se preocupan para nada de las cosas humanas; que no hay otro bien que la voluptuosidad. Pero, insensato, ¿valía la pena pasar tantas noches en vela para escribir después libros cuajados de semejantes preceptos? ¿No hubiera sido mejor, siguiendo estas mismas teorías, permanecer bien calentito en la cama y arrastrar la existencia de un gusano, toda vez que ella es la única capaz de que los que tal piensan se consideran dignos? Según él, la piedad y la santidad son puras invenciones de hombres arrogantes y sofistas; la justicia no es más que debilidad; el pudor, locura; no hay, en cuanto a las obligaciones, ni padres, ni hijos, ni hermanos, ni ciudadanos. ¡Oh, atrevimiento insensato! ¡Oh, audacia! ¡Oh, impostura inaudita! Orestes, agitado por las negras furias, no es poseído de demencia semejante a la tuya.

12. Así como no está en manos del hombre admitir lo que le parece falso ni desechar lo verdadero, tampoco puede rechazar lo que cree bueno. El epicúreo que dice que «el robar no es un mal, sino que el mal consiste en ser sorprendido robando», robará, de fijo, si está seguro de que puede efectuarlo sin ser advertido.

13. Cuando vas al anfiteatro, inmediatamente tomas partido por tal actor o tal atleta, pues crees que a él se le debe adjudicar el premio. Los demás, en cambio, juzgan que es otro quien alcanzará la victoria. Esta contradicción te irrita, pues como eres pretor crees que nadie debe contradecirte. Pero ¿es que acaso los demás carecen de opinión y de voluntad? ¿No tienen también derecho a incomodarse al ver que tú te opones a lo que ellos piensan? Si quieres estar tranquilo y que nadie te contradiga, no deseas que resulte premiado otro que aquel a quien se conceda el premio. O bien, si te obstinas en que sea premiado tu favorito, haz representar en tu casa, para ti solo, y entonces, sin temor a que nadie te replique, podrás proclamar en voz alta: «El vencedor

en toda clase de juegos es Fulano». Ahora bien: en público no te arroges lo que no te pertenece y respeta la libertad de las opiniones de los demás.

14. La desgracia de los hombres proviene siempre de que colocan mal su precaución y su confianza; se parecen al ciervo, que para evitar al ave que amenaza dejarse caer sobre él, se precipita en las redes que le tendió el cazador, en las cuales perece.

15. Dices que la precaución y la confianza son incompatibles, y estás en un error. Lo que ocurre es que de ti depende hermanarlas. Y para ello no tienes sino que aplicar la precaución a las cosas que dependen de ti y la confianza a aquellas otras que de ti no dependen; de este modo serás a un tiempo confiado y precavido, pues evitando por la prudencia los verdaderos males, harás cara valerosamente a los falsos de los que creas verte amenazado.

16. Se equivocan los que creen que soy enemigo de la elocuencia y que condeno el arte de bien decir y de escribir elegantemente. No; lo que condeno es que se consideren estas cosas como lo principal. Esto tampoco: hay algo mucho más importante.

17. Un hombre que deseaba entrar en la cofradía de los sacerdotes de Augusto, en Nicópolis, se me acercó a saber mi opinión sobre su propósito. —¿Qué interés tienes en ello? —le pregunté—. Desde luego me parece un dispendio inútil el que tendrás que hacer para conseguirlo. —¡Ah! Es que mi nombre, al quedar inscrito en los registros, vivirá por siempre. —Si no es más que esto lo que pretendes, escríbelo en una piedra y durará mucho más. Porque si lo piensas bien, ¿quién se acordará de ti, por inscrito que quedes, fuera de los muros de Nicópolis? —Es que, además, ceñiré una corona de oro. —Si tu ambición se cifra en ceñir corona, ¿por qué, en vez de oro, no te la ciñes de rosas? Te pesará menos y te sentará mejor.

18. Dicen que la senda de la filosofía es larga y penosa. Profundo error; no es ni penosa ni larga; porque, ¿sabes lo que se aprende recorriéndola? Pues a obedecer a los dioses, a refrenar los deseos y a hacer buen uso de las propias opiniones. Ahora bien: si quieras saber con precisión y detalle qué es esto de los dioses, de los deseos y de las opiniones, entonces sí que te diré que se trata de cosa larga. Pero ¿acaso los filósofos que te predicen la voluptuosidad siguen una senda más corta? ¿No dice Epicuro que el bien del hombre está en su cuerpo? Pues dime lo que es cuerpo, lo que es alma, lo que constituye nuestra esencia, y verás que es tarea no menos larga.

19. Certo hombre poderoso, gobernador en la actualidad, habiendo vuelto a Roma tras un largo destierro, vino a encontrarme. Una vez a mi lado hízome una pintura espeluznante de la vida cortesana; aseguró que estaba asqueado de ella, que por nada del mundo volvería a mezclarse en ella y que lo poco que le quedaba de vida estaba decidido a consagrarlo al reposo, lejos del tumulto y del peso de los negocios. Yo le repliqué que no haría nada de cuanto decía, que apenas pisara Roma olvidaría por completo tan sanos propósitos y que no bien se le presentase ocasión de acercarse al soberano la aprovecharía jubiloso. ¿Y qué sucedió? Que estando a poca distancia de

Roma recibió un mensaje del césar, y tener noticia de él y olvidarse de su promesa fue todo uno, y ahora está más metido que nunca en la corte, según le predije. «Pero ¿qué querías que hiciera? –me objetó un tercero–. ¿Hubieras preferido que pasase el resto de sus días sumido en la inacción y en la pereza?». «¡Cómo! –repliqué–. ¿Piensas, quizá, que un filósofo, un hombre que se dedica a cuidar de sí mismo, es más perezoso que un cortesano? No lo creas; al contrario, hay ocupaciones mucho más serias e importantes que las de estos».

20. Perdido estás si consideras una felicidad vivir en Roma o en Atenas. Y estás perdido porque o te sentirás desdichado si no puedes volver a ellas o, si te es dado volver, la propia alegría que experimentarás te será funesta. Guárdate, pues, de deshacerte en alabanzas sobre la hermosura de ambas ciudades y considera, en cambio, que la felicidad es mucho más hermosa. ¡Hay en Roma tantos quebraderos de cabeza y hay que adular, para vivir en ella, a tanta gente! En cambio, ¿cómo no te alegra poder cambiar por la verdadera felicidad tanta miseria?

21. Piensas: «Si abandono mis negocios, pronto arruinado, no tendré con qué vivir». Piensas también: «Si no reprendo a mi criado, pronto no podré soportarle». Pues bien: yo te digo que si deseas progresar en el camino de la filosofía has de olvidar tales razonamientos, pues cosa indudable es que es preferible morir de hambre, pero libre de temores y zozobras, que vivir en la abundancia cargado de inquietudes y pesares. Igualmente, es preferible tener un criado insoportable que vivir pendiente del látigo y lleno de inquietudes. ¿Que derrama el aceite o tira el vino? Di sencillamente: este es el precio que pago por la tranquilidad y por la libertad; nada se obtiene de balde. También debes hacerte a la idea de que no siempre que llames a tu criado ha de oírtte; o que muy bien pudiera oírtte y no acudir o acudir y hacer todo lo contrario de lo que le mandes, si hace algo. Claro que ya oigo que dices que tanta paciencia le estropeará pronto y de tal modo que, en breve, no habrá medio de hacer carrera de él. A esto yo te replicaré que habrás ganado más que perdido, pues habrás conseguido librarte de zozobras e inquietudes.

22. A mí también me gustaría, como a ti, ser coronado en los juegos olímpicos, ya que ello constituye una gloria. Pero antes de intentar conseguirlo, examina lo que precede a tamaña empresa y lo que la sigue. Desde luego, para estar en disposición de intentarla es preciso someterse a un régimen severísimo: no comer lo que de otro modo comeríamos, abstenerse de casi todo lo que incita nuestro paladar, hacer ejercicios a determinadas horas, haga frío o calor; no beber nada fresco, sea agua o vino; lo que se beba, hacerlo en pequeñas dosis y a sorbitos; en una palabra: es preciso entregarse enteramente en manos del maestro de gimnasia, como nos entregamos, estando enfermos, en las del médico. Y ya estás dispuesto; ya estás en el circo; ¿qué te espera en él? Combatir; recibir, probablemente, heridas; dislocarte algún miembro; tragar mucho polvo y más de una vez ser azotado. Conque medita sobre todo esto, y si aún te obstinas en ser atleta, corre a serlo. Ahora bien: no olvides que si no haces cuanto acabo de decirte, lo único que conseguirás es tontear como los niños, que ora imitan a los gladiadores, ora a los luchadores, ora tocan la trompeta, ora representan tragedias. Pues bien: otro tanto te ocurrirá a ti tan pronto seas atleta como gladiador o reciario; además

de esto, querrás ser filósofo y, en definitiva, acabarás por no ser nada. A semejanza de los monos, imitarás todo lo que veas hacer, y una cosa tras otra, todo te seducirá por no haber meditado sobre lo que pretendes hacer y haberte lanzado temerariamente, sin circunspección y guiado sólo por tu capricho. Y es que ocurre que muchos, viendo a un filósofo u oyendo que Eúfrates habla de un modo admirable e inigualado, ya quieren ser filósofos también, sin pararse a considerar más.

23. Decir simple y rotundamente que la salud es un bien y la enfermedad un mal, es falso. Lo que es un bien es usar bien de la salud, como un mal es usar mal. Como es un bien usar bien de la enfermedad, y un mal usar mal de ella. El bien puede encontrarse en todo, aun en la misma muerte. Meneceo, hijo de Creón, ¿no sacó de ella un gran bien cuando se sacrificó por la patria? Indudablemente, pues puso de manifiesto su piedad, su magnanimitad, su fidelidad y su valor. De haber tenido apego a la vida hubiese perdido todos estos bienes y hubiera demostrado poseer los vicios opuestos: ingratitud, pusilanimidad, infidelidad y cobardía. Desterrad, pues, toda clase de prejuicios y, si queréis ser libres, abrid los ojos a la verdad.

24. Dejas de estar atento y confías en que volverás a estarlo cuando te acomode. Te engañas. Una ligera falta descuidada hoy te precipitará mañana en otra mayor, y ese descuido repetido llegará a constituir un hábito que te será imposible corregir.

25. Porque has recibido noticias de Roma estás todo triste y dolorido. ¿Cómo es posible que lo que ocurre a doscientas leguas de aquí pueda afligirte? Dime, yo te lo suplico: ¿qué mal puede ocurrirte allí donde no estás?

26. Tu hijo y tu amigo han partido; se han marchado y lloras su ausencia. ¿Ignorabas, acaso, que el hombre es un simple viajero? Sufre, pues, la pena a tu ignorancia. ¿Cómo podías creer que habías de poseer indefinidamente a los seres que te son gratos y gozar siempre de los lugares y de las relaciones que te son queridas? ¿Quién te había prometido semejante cosa?

27. Que jamás te inquiete este pensamiento: «Siempre seré menospreciado; no seré nunca nada», porque si el ser menospreciado es un mal, tú, ni nadie, puede caer en el mal por voluntad de otro, como tampoco se puede caer en el vicio. Y puesto que no depende de ti el ocupar elevados destinos, como no depende el ser convidado a un festín, ¿cómo es posible que esto sea para ti motivo de deshonor o menosprecio? ¿Cómo es posible que no seas nunca nada, tú, que no debes ser algo más que en lo que de ti dependa y en lo cual puedes llegar, si quieras, a ser mucho? Pero te lamentas de que no podrás ser provechoso a tus amigos, y yo te digo: ¿Qué quieres decir con esto? ¿Que no podrás darles dinero ni nombrarles ciudadanos romanos? ¿Y quién te ha dicho que estas cosas son las que dependen de nosotros y no de otros? Luego ¿quién puede dar lo que no posee? «Recoge tú –suele decirse– para que también nos llegue a nosotros». Si es que puedo amontonar bienes sin perder el pudor, la modestia, la fidelidad y la magnanimitad, indicadme, desde luego, el camino que conduce a la riqueza para que sea rico. Mas si tratáis de que pierda los verdaderos bienes para adquirir los falsos, seríais conmigo injustos y desconsiderados. ¿Qué preferís vosotros: dinero o un amigo fiel? ¡Ea!, ayudadme a adquirir todas las virtudes enumeradas y no exijáis de mí nada que me

empuje a perderlas. Pero objetarás aún: «¡Mi patria no podrá esperar de mí ningún servicio!». ¿De qué servicios hablas? ¿Quieres decir que no te deberá ni pórticos ni baños? Tampoco le deberá zapatos al herrero ni armas al zapatero. Lo que importa es que cada cual cumpla con su obligación y haga lo suyo. Si dijeses, pues, a tu patria un ciudadano sabio, modesto y fiel, ¿no le habrías prestado un buen servicio? Claro está que sí, y uno muy señalado; luego ya no le serías inútil. «¿Y qué sitio ocuparía en la ciudad?». El que pudieras, conservándote fiel y modesto. Pues si por quererla servir pierdes estas virtudes, ¿qué provecho sacaría de ti, una vez convertido en un hombre pérvido y desleal?

Sobre la muerte

1. Temes nombrar la muerte, cual si solo su nombre fuese cosa de augurio funesto. Sin embargo, mal puede haber augurio funesto en lo que no hace sino expresar un acto de la Naturaleza. La pereza, la pusilanimidad, la cobardía, la impudicia, la lujuria, todos los vicios, en una palabra, son los que verdaderamente llevan en sí el mal augurio. Pero tampoco su nombre en sí, sino el caer en ellos; evítalos y no temas pronunciarlos.

2. ¿Cómo te gustaría que te sorprendiese la muerte? En lo que a mí respecta, yo quisiera que me sorprendiese ocupado en algo grande y generoso, en algo digno de un hombre y útil a los demás; no me importaría tampoco que me sorprendiese ocupado en corregirme y atento a mis deberes, con objeto de poder levantar hacia el cielo mis manos puras y decir a los dioses: «He procurado no deshonraros ni descuidar aquellas facultades que me disteis para que pudiera conoceros y serviros. Este es el uso que he hecho de mis sentidos y de mi inteligencia. Además, nunca me quejé de vosotros ni me irrité contra lo que me mandasteis, fuese lo que fuese. Mientras que lo habéis permitido, he usado de vuestros beneficios; ¿que ahora queréis quitármelos? Sea; os los devuelvo sin protesta; vuestros son, de modo que dispone de ellos como mejor os parezca. Yo mismo me pongo en vuestras manos».

3. Las espigas nacen para ser segadas una vez maduras, y a nadie se le ocurre dejarlas en los campos, cual si fuesen cosas sagradas e intangibles. Es más, ellas mismas, de tener sentidos, harían votos para que su destino se cumpliese, y considerarían como una verdadera maldición el no ser segadas. Del mismo modo, no hay hombre sensato que no considere como una maldición la posibilidad de no morir, pues para ellos no morir sería como para la espiga no ser segada.

4. ¿Qué te importa el modo como haya de morir? Que sea la fiebre, la espada, el mar, una enfermedad o un tirano, ¿qué más da? Todos los caminos que conducen a los infiernos son iguales, y uno de los más cortos es, precisamente, el que puede depararte con su injusticia un tirano. Jamás uno de estos hombres implacables y crueles tardó seis meses en desembarazarse de un hombre y, en cambio, calenturas hay que matan durante años enteros.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

5. Cuando sea llegada mi hora, moriré; pero moriré como debe morir un hombre que no hace más que devolver lo que se le confió.

6. Así como durante un viaje por mar, si el bajel se detiene en un puerto bajan los pasajeros a verle y comprar algo, pero atentos siempre a la menor señal del capitán, y apenas la advierten vuelven a bordo por miedo a ser castigados si con su tardanza retrasan la salida de la nave, del mismo modo en el viaje de la vida, cuando el capitán llama hay que abandonar cuanto hemos adquirido, mujer e hijos inclusive, y correr hacia el barco sin volver la vista atrás. Sobre todo si eres viejo, no te alejes mucho, no sea que el capitán te llame de pronto y no estés en disposición de acudir rápidamente.

7. Tarde o temprano, es fatal y preciso que la muerte venga a nosotros. ¿En qué nos encontrará ocupados? Al labrador, en el cuidado de sus campos; al jardinero, en el de sus plantas; al mercader, en el de su tráfico. En cuanto a mí, yo deseo de todo corazón que me encuentre ocupado en ordenar mi voluntad, a fin de llevar a cabo sin temor ni embarazo y como corresponde a un hombre libre este acto postrero. De este modo, podré decir a los dioses: «¡He desobedecido vuestros mandatos? ¡He abusado de los presentes que me hicisteis? ¡No os he sometido mis sentidos, deseos y opiniones? ¡Me he quejado alguna vez de vosotros? ¡Renegué jamás de vuestra providencia? Padecí enfermedades porque así lo quisisteis, y a ellas me avine gustoso; viví en la más humilde oscuridad porque tal fue vuestro deseo, y jamás me rebelé contra vuestra voluntad; nunca me abatieron vuestras decisiones ni me movieron a murmuración. Pues como hasta ahora, estoy en adelante dispuesto a sobrellevar cuanto os plazca mandarme; vuestra menor indicación es, como lo fueron siempre, una orden inviolable para mí. ¡Queréis ahora que abandone este magno espectáculo? Pues sea; me retiro y os doy las gracias por haberos dignado admitirme a gozar en él, admirar todas vuestras obras y haber tenido de manifiesto ante mis ojos absortos el orden admirable con que regís el universo».

8. Todos tememos la muerte del cuerpo. Pero la del alma, ¿quién la teme?

Máximas diversas

1. Jenofonte solía decir: «¡Qué admirable cosa es la Naturaleza y cuán fuertemente nos ata a la vida! ¡Cuántos cuidados dispensamos a nuestro cuerpo, por feo y asqueroso que sea! ¡Si tuviésemos que cuidar igualmente de nuestro vecino, ni cuatro días podríamos soportarlo!».

2. ¿Qué es el sentido común? Del mismo modo que poseen todos los hombres un común oído, que les permite discernir las voces y oír por igual las palabras que se pronuncian, y poseen otro oído artificial para discernir y apreciar los tonos, asimismo poseen todos ellos otro sentido natural que cuando su espíritu está en toda su integridad y salud hace que puedan distinguir lo que se nos propone. Esta disposición propia de todos los hombres es lo que se llama sentido común.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

3. Igual que los centinelas, pide el santo y seña a cuantos se relacionen contigo, con objeto de que jamás te veas sorprendido.

4. Nadie puede ser malo y vicioso sin pérdida segura y daño cierto.

5. ¿Qué ocurriría en una ciudad regida de acuerdo con las máximas de Epicuro? Pues que todo en ella andaría al revés: ni habría sociedad propiamente dicha, ni casamientos, ni magistrados, ni colegio, ni policía, ni urbanización. En ellas, todos sustentarían opiniones que ahora ni las mujerzuelas más descocadas se atreverían a sostener. Por el contrario, en una ciudad donde imperen las máximas que dicta la razón, reinará la decencia y el orden. Todo el mundo obrará guiado por opiniones sanas; serán honradas todas las virtudes; la justicia florecerá por sí sola; la policía estará bien reglamentada; los ciudadanos se casarán, tendrán hijos, los educarán y todos se esforzarán en servir a los dioses. El marido se contentará con su mujer, sin codiciar la del prójimo; con sus bienes, sin ambicionar los ajenos. En una palabra: todos los deberes serán cumplidos y todas las relaciones sociales debidamente conservadas.

6. Amigo Critón, pasemos valerosamente por aquí, ya que por aquí nos conducen los dioses y por aquí nos llaman. Anito y Melito podrán hacer que me sea quitada la vida, pero en modo alguno apartarme de mi camino.

7. Del mismo modo que el faro, al iluminarse, es un poderoso auxiliar para el barco que ha perdido el derrotero, asimismo, en una ciudad combatida por el mal, un hombre íntegro y justo es un faro inapreciable para sus conciudadanos.

8. Una dama romana quería enviar una importante cantidad de dinero a cierta amiga suya llamada Gratila, a la cual había desterrado Domiciano. Y como alguien le hiciese observar que de enterarse el emperador la interceptaría y confiscaría, replicó la dama: «¡No importa! Prefiero que Domiciano lo robe a no mandarlo».

9. Antes de presentarte al tribunal de los jueces preséntate al de la justicia.

10. A Agripino le preguntó cierto día Floro: —¿Te parece que vaya al teatro con Nerón? —¿Por qué no? —replicó Agripino—. Anda. —Y tú, ¿por qué no vienes? —Respecto a lo que yo deba hacer aún no he deliberado.

11. Vespasiano ordenó un día a Prisco Helvidio que se abstuviese de asistir al Senado. —Puedes —le replicó Helvidio— despojarme de mi cargo de senador; pero mientras no lo hagas no he de dejar de concurrir, pues tengo derecho. —Pues no olvides, si asistes, permanecer mudo. —No me preguntes mi opinión y no despegaré los labios. —Es que si estás presente no tendré más remedio que preguntarte tu parecer. —Y yo no tendré más remedio que contestarte lo que me parezca justo. —Entonces me veré obligado a matarte. —¿Te he dicho, acaso, que soy inmortal? Haremos, pues, ambos lo que esté en nuestra mano: tú, ordenar mi muerte; yo, soportarla sin quejarme. Me preguntas ahora: ¿qué ganó Helvidio con oponerse solo contra el príncipe? Pues bien; yo te digo a ti: ¿qué gana la cenefa de púrpura con ser sola en la túnica? Gana el

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

embellecerla, el adornarla, el inspirar a quienes la contemplan deseos de poseer otra igual.

12. ¿Qué hacen los hombres? Temblar con motivo de los que temen o gemir con motivo de los que sufren. ¿Y qué resulta de esta flaqueza? La murmuración y la impiedad.

13. Acusar a los demás de nuestras adversidades es propio de ignorantes; culparnos de ellas a nosotros mismos es señal de que empezamos a instruirnos; no acusarnos ni a nosotros ni a los demás, he aquí lo propio de un hombre ya completamente instruido.

14. Así como existe un arte de bien hablar, existe también el arte de bien escuchar.

15. Si consigues demostrar al malvado que hace lo que no quiere y que no hace lo que quisiera hacer, lograrás corregirle. Pero si no sabes demostrárselo, no te quejes de él, sino de ti mismo.

16. ¿A qué discutir con gentes que no se rinden ante las verdades más evidentes? ¿A qué discutir, si son piedras en vez de hombres?

17. No es cosa corriente ver desempeñar debidamente el papel que exige la cualidad de hombre. Como aunque animal mortal está dotado de razón –en lo cual se distingue de los demás animales–, cuando se aparta de ella y obra sin su concurso ocúltase el hombre y sale la bestia.

18. Tenemos un gran parecido con aquellos avaros que, no obstante disponer de abundantes medios, viven flacos y extenuados por no alimentarse debidamente. Asimismo, nosotros poseemos buenos preceptos, hermosas máximas; pero en vez de practicarlas no hacemos sino desmentir con nuestros actos nuestras palabras. Y suele ocurrir que cuando apenas somos hombres todavía, ya queremos representar el papel de filósofos, peso excesivo para nuestros hombros. Es como si un hombre de menguadas fuerzas pretendiese cargar con la piedra de Áyax.

19. Escribimos máximas muy hermosas; bien está. Pero ¿estamos bien penetrados de ellas y las ponemos en práctica? Y lo que se decía de los lacedemonios, «que eran unos leones en sus casas y unos monos en Éfeso», ¿no puede aplicarse a la mayor parte de los filósofos? Por regla general, somos unos leones ante nuestro reducido auditorio, pero unos monos en público.

20. Es preciso no alarmarse a la ligera. Enviamos a un mensajero a saber lo que ocurre; pero hemos escogido mal nuestro espía, porque hemos enviado a un cobarde que al menor ruido que escucha, vuelve espantado a nosotros, temeroso de su misma sombra, que le sigue, y clamando tembloroso: «¡He aquí la muerte, el destierro, la calumnia, la pobreza que se acerca!». Amigo, habla por ti. Lo que somos es unos imbéciles por haber escogido tan mal al hombre que debía informarnos. Diógenes, que lo hizo antes que tú, nos ha proporcionado noticias bien distintas; nos ha dicho que la

muerte no es un mal cuando no es vergonzosa; que la calumnia solo es un rumor de gentes insensatas. Pero ¿qué ha dicho del trabajo, del dolor, de la pobreza? Ha dicho que eran algo preferible a la púrpura. Nos ha dicho, en una palabra: «No he encontrado enemigos; todo está tranquilo y no tenéis para convenceros sino mirarme. ¿He sido golpeado? ¿He sido herido? ¿He emprendido la fuga?». He aquí los espías que es preciso enviar como exploradores.

21. Cuando alguien se enorgullece de comprender y explicar a la perfección los escritos de Crisipo, digo para mis adentros: «Si Crisipo no hubiera escrito en un lenguaje muy oscuro, este hombre no tendría de qué envanecerse». Pero, en fin, ¿qué es lo que yo pretendo? Conocer la Naturaleza y seguirla. ¿Quién la ha explicado mejor? Dícenme que Crisipo. Veamos; tomo a Crisipo y no le entiendo. Entonces busco un buen intérprete que me lo haga comprender y, una vez conseguido esto, no me queda ya más que servirme de los preceptos que me ha explicado y ponerlos en práctica. Ahora, que si me contento con aplicar lo que dijo Crisipo seré un gramático, pero en modo alguno filósofo.

22. ¿Te figuras que por el simple hecho de pasar las noches estudiando, trabajando o leyendo voy a llamarte laborioso? No; antes preciso me será saber qué provecho sacas de tal estudio y trabajo. Porque yo no llamo laborioso al hombre que pasa la noche rondando a su querida, sino simplemente enamorado. De modo que si pasas la noche en vela atento sólo a tu gloria, te llamaré ambicioso; si con el fin de ganar dinero, avariento o interesado. Solo si lo haces con el fin de cultivar y formar tu razón y acostumbrarte a obedecer a la Naturaleza y a cumplir tus deberes, te llamaré laborioso; porque este trabajo es el único digno del hombre.

23. Porque no puedes estudiar a causa de la calentura te quejas. Pero ¿no estudias para ser mejor, es decir, para ser paciente, constante y firme? Pues procura serlo con la fiebre y no sabrás poco. La calentura es un detalle de la vida, como el paseo o los viajes; y aun más útil, porque pone a prueba al sabio y le enseña los adelantos llevados a cabo.

24. Nada sujeta tanto a los animales como su propia utilidad. Todo cuanto le priva de lo que le es útil –padre, hermano, hijo, amigo– le es insopportable; porque no ama más que su utilidad, que para él equivale a padre, hermano, hijo, amigo, parentela, patria y aun Dios.

25. Epicuro dice que no debe alimentarse ni educarse a los hijos, porque nada hay más contrario al verdadero bien, que para él está en el placer. Pobre Epicuro: quiere que seamos más desnaturalizados que las bestias feroces, que jamás abandonan a sus crías. Sin embargo, la caridad del padre para con los hijos es tan natural que tengo la seguridad de que aunque un oráculo previniese a los padres de que los hijos algún día adoptarían opiniones tan insensatas, no por ello dejarían de quererlos, criárselos y educárselos.

26. Los hombres han levantado templos y altares a Triptolemo por haber hallado un alimento menos salvaje y grosero que los usados hasta él. Pero ¿quién se acuerda de

bendecir a los que han hallado la verdad, a los que la han hecho resplandecer ante nuestros ojos y han arrojado de nuestras almas las tinieblas del error y de la ignorancia?

27. Lo más insufrible para el hombre razonable es lo que carece de razón.

28. Existen nociones comunes en las cuales convienen todos los hombres. Las querellas, guerras y sediciones provienen, precisamente, de la aplicación de estas nociones comunes a cada caso particular. Que la justicia y la santidad son preferibles a todo, nadie lo pone en duda. Pero sobre lo que es justo y santo es sobre lo que ocurren las divergencias. Pues bien: desechemos esta fatal ignorancia, enseñaremos a aplicar las nociones justas a cada caso concreto y no habrá ya lugar a más disputas ni guerras; Aquiles y Agamenón se habrán puesto de acuerdo.

29. Si tu razón, que es quien ordena todos tus actos, está desordenada, ¿quién la ordenará?

30. Los locos son incorregibles; con razón dice el proverbio: «Antes se rompe un loco que se le endereza».

31. No hay que tener miedo de la pobreza, ni del destierro, ni de la cárcel, ni de la muerte. De lo que hay que tener miedo es del propio miedo.

32. A Paris le pareció bien robar a Helena y a Helena seguir a Paris. Si a Menelao le hubiese parecido bien, asimismo, prescindir de una mujer infiel, ¿qué hubiera sucedido? Pues que nos hubiésemos quedado sin Ilíada y sin Odisea; lo demás no tiene importancia.

33. El sabio salva su vida al perderla.

34. Es imposible que todo hombre que sea superior a los demás, o al menos se considere serlo, no se sienta hinchado de orgullo y no abuse de su autoridad, a no ser que sea muy instruido.

35. Felición era un simple de quien nadie hacía caso. Pero el príncipe le confió el cuidado de sus negocios, y hete aquí a Felición convertido en un hombre importante y lleno de ingenio. Todos decían: «¡Qué talento tiene Felición! ¡Qué elocuencia!». Dejad, dejad que pase el tiempo, y tan pronto como el príncipe le dejé de su mano ya veréis cómo vuelve a ser un imbécil.

36. He aquí otro rasgo que te dará justa idea de lo que es el cortesano. Epafroditó, capitán de los guardias de Nerón, tenía un esclavo, de oficio zapatero, pero tan ignorante y torpe que, no pudiendo obtener cosa alguna de provecho de él, le vendió. Un criado de Nerón le compró, y la casualidad hizo que el tal esclavo llegase a ser zapatero del príncipe y, finalmente, su favorito. Pues bien: desde el día siguiente, Epafroditó fue el primero en hacerle la corte y estuvo días enteros encerrado para deliberar los asuntos importantes con aquel hombre al que había vendido por considerarle inútil para todo.

37. El respeto que se tributa a aquellos que pueden dañar es como el altar que a la fiebre se ha erigido en medio de Roma. Se le presta culto, pero se le teme.

38. –¿Por qué andas tan tieso, que diríase llevas dentro un palo? –Es que quisiera ser admirado de todos los transeúntes y oír decir a derecha e izquierda: «Mirad, un gran filósofo». –¿Quiénes son, pues, esas gentes a cuya admiración aspiras? ¿No has dicho tú mismo muchas veces que eran un hatajo de imbéciles? ¿Cómo, pues, quieres ahora ser el primero entre ellos?

39. –Quiero sentarme en el anfiteatro, en el banco de los senadores. –Di, más bien, que quieres estar incómodo y oprimido. –Sí; pero es que desde otro sitio no se ven bien los juegos. –No los veas; ¿qué necesidad tienes de ver los juegos? Ahora, si es la envidia de sentarte en este banco lo que te hace ir, espera a que todos salgan y entonces tendrás para ti este banco que tanto anhelas.

40. Los hombres excusan fácilmente sus propias faltas, como a mí mismo me ha sucedido. Habiéndome reprendido Rufo en cierta ocasión, le repliqué, enojado: –¿Es que acaso he prendido fuego al Capitolio? –Vil esclavo –me contestó–, la falta que has cometido equivale para ti a haber pegado, en efecto, fuego al Capitolio.

41. Dos cosas hay que quitarles a los hombres: la vanidad y la desconfianza.

42. Nada grande se realiza de golpe y porrazo, ni una manzana, ni tan siquiera una uva. Si me dices: «Quiero ahora mismo una manzana», te contestaré: aguarda a que nazca, a que crezca y a que madure; da tiempo al tiempo. Y si esto es con los frutos de la tierra, ¿quieres que el espíritu dé de repente los suyos?

43. No quiero cartas de recomendación; guardadlas para los tímidos y para los cobardes; y, hasta si queréis que surtan efecto rápido, usad esta fórmula: «Aquí os recomiendo un cadáver, un pellejo lleno de sangre aún no coagulada». Así debe recomendarse a un hombre que no es capaz de pensar por sí mismo y saber que de él sólo depende ser desgraciado o feliz.

44. Diógenes contestó a un hombre que le pedía una carta de recomendación: «Amigo mío, aquel a quien me suplicas que te recomiende verá en seguida, sin necesidad de que yo se lo indique, que eres un hombre, y si además es perspicaz echará de ver al punto, asimismo, si eres bueno o malo, útil o inútil; pero de no serlo, no lo advertirá aunque le escriba cien cartas. Sé, pues, como una moneda de oro, que por sí sola se recomienda a cualquiera que sepa distinguir el oro bueno del falso».

45. Los que sostienen que no existe ninguna verdad conocida desmienten este principio con una pretendida verdad; sea verdadera o falsa para ellos esta afirmación, siempre será una verdad conocida.

46. Es preciso que un príncipe posea algún mérito verdaderamente extraordinario para que se le quiera desinteresadamente y por puro amor hacia él.

47. ¿Por qué soy cojo? –¡Vil esclavo! ¿Te atreves a volverte contra la Providencia por tener un pie contrahecho? ¿Qué es más racional: que la Providencia se someta a tu pie o que tu pie se someta a la Providencia?

48. ¿Por qué habré nacido de tales padres? Amigo mío, ¿acaso dependía de ti, antes de nacer: quiero que Fulano se case con Fulana y nacer de ellos? Y si tu nacimiento no ha sido ilustre, ¿no depende de ti corregirlo por medio de tus méritos?

49. La grandeza del entendimiento no se mide por su extensión, sino por la justezza y verdad de sus opiniones.

50. Un hombre te ha confiado un secreto, y consideras un acto de cortesía, de honradez y de justicia confiarle otro tuyo. Pues bien: eres un atolondrado y un estúpido. Acuérdate de lo que tantas veces has visto. Un soldado vestido de paisano se sienta junto a un ciudadano y a las pocas palabras empieza a hablar mal del césar. El ciudadano, halagado por tamaña franqueza y juzgando el secreto del soldado como prenda de su fidelidad, se explaya con él y se deshace en quejas contra el príncipe; entonces el soldado muéstrase tal cual es, se apodera de él y le conduce a la cárcel. Esto lo vemos todos los días. No olvides, por tanto, que el que te confía un secreto no lleva, comúnmente, más que la máscara y el disfraz de hombre honrado. Por otra parte, lo que hace contigo no es muestra de confianza, sino intemperancia de lengua; lo que te cuenta al oído se lo cuenta a cuantos pasan a su lado. Es un tonel agujereado, que así guardará tu secreto como ha sabido guardar el suyo.

51. Pruébame que tienes pudor, fidelidad, constancia y que no eres un cubo agujereado, y no aguardaré a que me confíes tu secreto, pues seré yo el primero en rogarle que oigas el mío; porque ¿quién no estaría encantado de encontrar un receptáculo tan a propósito, tan limpio y tan seguro? Y ¿quién se negaría a aceptar un depositario que pudiera ser al mismo tiempo un consejero que nos quiere bien y nos es fiel? ¿Quién no busca y recibe con sumo placer a un confidente caritativo al cual interesan nuestras debilidades y que nos ayuda a llevar nuestra carga?

52. ¿Ves ese hombre tan curioso y preocupado de las cosas que no son de nuestra incumbencia? Pues ten por cosa cierta que es un hablador y que no sabrá guardar tu secreto; que no será preciso acercarle la pez inflamada ni la rueda del suplicio para hacerle hablar. La mirada de soslayo de una muchacha, el menor halago de un cortesano, la esperanza de un empleo, la codicia de obtener un legado testamentario y mil otras cosas parecidas le arrancarán tu secreto, y ello sin el menor esfuerzo.

53. Cuando estás solo dices que te encuentras como en un desierto; cuando estás en plena sociedad dices hallarte en medio de bandidos, ladrones y granujas, y te quejas de tus padres, de tu mujer, de tus hijos, de tus amigos y de tus vecinos. Si fueses razonable, cuando estás solo dirías, por el contrario, que estás en reposo, en libertad, que gozas de ti mismo y que eres parecido a la Divinidad; y cuando te encontrases en plena sociedad, lejos de afligir y llamar a lo que te rodea tumulto y estorbo, lo llamarías fiesta o juegos públicos, y vivirías siempre contento.

54. ¿Quieres ser como los malos actores, que no son capaces de actuar sino en los coros?

55. El príncipe ha devuelto la paz a la tierra; no más guerras ni combates, no más pillaje ni piraterías. A todas horas y en todas partes puede uno ir por donde le plazca sin temor. Pero ¿puede el príncipe, lo mismo que la paz, librarnos de las enfermedades, naufragios, incendios, terremotos y rayos? No; esta paz tan solo los dioses pueden darla, y el heraldo que la publica es la razón. El que disfruta de esta paz sí que va tranquilo y solo sin peligro durante toda su vida.

56. ¿Qué hacen los niños cuando se encuentran solos? Se entretienen cogiendo guijarros y formando con arena castillos que destruyen seguidamente. Jamás les falta entretenimiento y diversión. Y lo que ellos hacen por pura gracia infantil, ¿no podrás hacerlo tú a fuerza de razón y sabiduría? En todas partes tenemos los hombres arena y guijarros, ¡y tenemos en nosotros mismos tanto para construir y demoler! No nos quejemos, pues, nunca de estar solos.

57. Te quejas de la soledad; pero ¿a qué llamas tú estar solo? ¿A vivir apartado de todo trato social y hallarte desprovisto de asistencia? No olvides que, con frecuencia, se halla uno solo en medio de Roma, pese a estar rodeado de parientes, amigos, vecinos y esclavos. Porque no es la presencia de un hombre lo que destruye la soledad, sino la de un hombre virtuoso, fiel y caritativo. Además, ¿de veras te crees solo alguna vez? Dios, contento siempre de Sí mismo, consigo vive eternamente. Procura, pues, asemejarte a Él, que esto sí está en tu mano. Habla contigo: ¡tienes tanto que decirte y que pedirte! ¿Para qué necesitas de los demás? Que no tienes quién te socorra; que no tienes padre, ni hermanos, ni hijo, ni amigos, pero, ¿no tienes un Padre inmortal que no cesa de velar por ti y de socorrerte en cuanto necesitas?

58. Cuando veas a alguno sumido en el dolor y deshecho en llanto por la muerte o ausencia de un hijo o por la pérdida de sus bienes, guárdate de dejarte arrastrar por tu imaginación hasta el punto de persuadirte de que verdaderamente ese hombre padece males ciertos por causas externas; al contrario, procura convencerte de que lo que le aflige no es lo que le ocurre –puesto que no aflige a los demás–, sino la opinión que él se ha formado. No obstante, si es preciso, llora con él y mira de calmar su dolor con buenas razones; pero evita que tu compasión vaya tan lejos que llegues a afligirte de veras.

59. Nada posees que no te haya sido dado. El que todo te lo dio bien puede quitarte algo. Eres, pues, no solo insensato, sino ingrato e injusto al pretender oponerle resistencia.

60. Quieres envejecer, pero no quieres ver morir a ninguno de los seres a quien amas. Es decir, quieres que todos tus parientes y amigos sean inmortales y que para ti solo cambien los dioses las leyes y el orden que rige el mundo. ¿Te parece esto justo y razonable?

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

61. Mantente firme en la práctica de todas estas máximas y obedécelas fielmente, como si fueran leyes que no puedes violar sin cometer impiedad; y que nunca te preocupe ni turbe lo que dirán de ti, porque esta es una de las cosas que no están en tu poder.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

SÉNECA.



DE LA BREVEDAD DE LA VIDA

I

La mayor parte de los mortales, oh Paulino¹, se queja de la malignidad de la Naturaleza, por habernos engendrado para un tiempo tan breve y porque este espacio de tiempo que se nos dio se escurre tan velozmente, tan rápidamente, de tal manera que, con excepción de muy pocos, a los restantes los destituye de la vida justo cuando para vivir se están preparando. Y no es solo la turba y el vulgo imprudente que gimen de esto que creen un mal común; también este sentimiento ha provocado quejas de claros varones.

De ahí viene aquella sentenciosa exclamación del príncipe de los médicos: *la vida es breve; el arte, largo*².

De ahí también aquella acusación, indigna de un hombre sabio, que a la Naturaleza hizo Aristóteles³, en lid con ella, a saber: que solo a los animales les otorgó vida con mano tan larga que la prolongan por cinco o diez vidas⁴, y que al hombre, en trueque, engendrado para tantas y tan grandes cosas, lo circunscribió a término tan angosto.

No es que tengamos poco tiempo, sino que perdemos mucho. Asaz larga es la vida y más que suficiente para consumar las más grandes empresas si se hiciera de ella buen uso; pero cuando se desperdicia en la disipación y en la negligencia, cuando a ninguna cosa buena se dedica, al empuje de la última hora inevitable sentimos que se nos ha ido aquella vida que no reparamos siquiera que anduviese. Y es así: no recibimos una vida corta, sino que nosotros la acortamos; ni somos de ella indigentes, sino manirrotos.

Así como las riquezas, aun copiosas y regias, si vinieren a poder de un mal dueño, en un momento se disipan, pero confiadas a un buen administrador, aunque mórdicas, se acrecientan con su mismo uso, así también nuestra vida es harto espaciosa para quien la dispone bienamente.

1 Cuando este ensayo fue escrito, en el año 49 de nuestra era o alrededor de esta fecha, Paulino era “praefectus annonae”, el oficial que supervisaba la provisión de granos en Roma; un hombre importante. Se cree que Paulino era un familiar cercano a la esposa de Séneca, Pompeya Paulina, y con asiduidad se le identifica como padre de Pompeyo Paulino, que cubrió altos cargos públicos a las órdenes de Nerón. Cayo Plinio Segundo el Viejo, *Historia natural*, libro XXXIII, capítulo 143; Tácito, *Anales*, libros XIII (LIII) y XV (XVIII).

2 El famoso aforismo de Hipócrates de Cos.

3 Cicerón, en su diálogo “Las Tusculanas” (III-69), había atribuido a Teofrasto esta reflexión.

4 Cinco o diez veces la vida del hombre.

II

¿Por qué nos quejamos de la Naturaleza? Benignamente se comportó; es larga la vida, si de ella sabes hacer buen empleo. A uno, insaciable avaricia le gobierna; a otro, hacendosa diligencia en tareas inútiles; el uno rezuma vino; el otro languidece en la inercia; fatiga a un tercero la ambición colgada siempre del juicio ajeno; a un cuarto, la temeraria codicia de un negocio que, con el sueño de la ganancia, le lleva por todas las tierras y todos los mares. A algunos atormenta el prurito de las batallas y nunca cesan de preparar peligros ajenos y de ansiarse por los propios; y no faltan quienes, sirviendo a ingratos superiores, se consumen en servidumbre voluntaria. A muchos abrevió la vida la envidia de la fortuna ajena o el afanoso cuidado de la propia; los más, sin objetivo fijo, flotan inconstantes, insatisfechos y agobiados, de aquí para allá en proyectos nuevos por una ligereza vaga. Muchos no tienen principios estables mediante los cuales dirigir sus vidas, y el destino los sorprende, marcescentes y soñolientos, hasta el punto de que yo no dudo de la certidumbre de aquello que, a estilo de oráculo, dijo el más grande de los poetas: *Pequeña es la parte de vida que realmente vivimos⁵; pues todo el otro restante espacio tiempo es, que no vida.*

Empújanlos y rodéanlos por todos lados los vicios y no les permiten erguirse ni levantar los ojos a la contemplación de la verdad, sino que los tienen sumidos y atollados en los fangales de las concupiscencias y nunca les consienten tomar a sí. Y si, por ventura, en alguna ocasión les acaece alguna calma, como sucede en alta mar, en donde tras el viento queda la marea sorda, andan fluctuando sin que jamás sus pasiones les den estable reposo.

¿Piensas que hablo yo de aquellos cuyos males son públicamente conocidos? Fija más aún tu atención en aquellos otros que atraen a todos a la admiración de su felicidad: en sus propios bienes se ahogan. ¡Para cuántos son pesadas las riquezas! ¡A cuántos la elocuencia, a fuerza de ostentar ingenio cada día, les hizo expectorar sangre! ¡Cuántos padecen por sus voluptuosidades continuas! ¡A cuántos la densa turba de los clientes no les deja un momento de respiro!

Recórrelos todos, en fin, desde los más bajos a los que más se empinan: este reclama defensa⁶, este la da, aquel peligra, aquel aboga, aquel sentencia; nadie se pertenece a sí mismo, cada cual se consume por otro. Infórmate de aquellos cuyos nombres se conocen de memoria y verás que resaltan por estas señas: este rinde servicios a aquel, aquel a este; nadie es para sí, ninguno es dueño de sí mismo. Finalmente, muy desatinada es la indignación de algunos: ¡quéjense del desdén de sus superiores porque no tuvieron holgura de recibirlos cuando a ellos se querían acercar!

5 Prosa de poeta desconocido. Podemos equipararlo con lo que dice Dion Cassio en su *Historia de Roma*: Similio, un excelente hombre, que sirvió al Imperio con Trajano y con Adriano alcanzando un alto rango y logrando, al fin, no sin problemas, retirarse de todo cargo público por el resto de su vida, siete años, y marchar a la quietud del campo, sobre su tumba mandó poner la siguiente inscripción: “Aquí yace Similio, que existió por tantos y más años, y vivió siete”.

6 No aquel que se hace cargo de la defensa misma, sino aquel que mediante su presencia y consejos presta apoyo en la corte.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

¿Osa alguno quejarse de la altanería de otro que no tiene un momento para sí? Y, sin embargo, alguna vez aquel personaje, seas tú quien fueres, con insolente rostro te miró, inclinó sus orejas a tus palabras, te admitió a su lado; y, en cambio, tú no te dignas ni mirarte ni oírte. No hay, pues, por qué tener por merecimientos delante de alguien haberle hecho objeto de estas oficiosidades, porque es cierto que cuando lo hacías, no era porque quisieras estar con otro, sino porque no podías estar contigo.

III

Aunque en esto solo convinieron todos los ingenios que en cualquier tiempo brillaron, nunca acabarán de admirar esta ceguera del alma humana: no admiten los hombres que nadie ocupe sus posesiones, y si surge la más pequeña diferencia acerca de la fijación de los confines, acuden a las piedras y las armas; pero toleran mansamente que los otros invadan su vida y hasta son ellos mismos quienes introducen a sus futuros detentadores. No se encuentra a nadie que quiera repartir su dinero; pero su vida la distribuye cada cual entre muchos. Son parclos en la guarda del patrimonio; pero cuando se trata de la pérdida del tiempo, son sumamente pródigos en este bien, único en que es honorable la avaricia.

Así que me place reprender a algunos de la turba de los viejos: «Vemos que llegaste a lo postrero de la vida humana. Ciento o más años te agobian; pues bien: llama a cuentas a tu existencia; computa qué porción de este tiempo se te llevó el acreedor, qué porción la amiga, qué porción el rey, qué porción el cliente, qué porción tomaron las peleas con tu mujer, qué parte la corrección de los esclavos, qué parte las caminatas por la ciudad en cumplimiento de los deberes de la cortesanía; añade a esta suma las enfermedades que tú mismo provocaste; añade el tiempo que sin provecho discurrió, y verás cómo tienes más pocos años en tu haber de los que cuentas.

Haz memoria de cuántas veces perseveraste en un propósito, de qué pocos días transcurrieron con el destino que les asignaste, de cuándo sacaste provecho de ti mismo, de cuándo tu rostro mantuvo una tranquila dignidad, de cuándo tu alma no sucumbió a la cobardía, de cuántas obras terminaste en tan largo plazo de vida, de cuántos te la defraudaron sin que tú sintieses la pérdida, cuánto de ella te restó el dolor vano, la necia alegría, la codiciosa avidez, la conversación complaciente, y cuán poco se te dejó de lo que era tuyo. Entonces comprenderás que tu muerte es prematura».

¿Cuál es la causa de todo esto? Que vivís como si tuvierais que vivir siempre; que nunca os viene a la mente la idea de vuestra fragilidad; que no medís el tiempo que ya ha transcurrido; lo perdéis como si tuvierais un repuesto colmado y abundante; cuando, por ventura, aquel mismo día de que hacéis donación a un hombre o a una cosa, será para vosotros el último. Teméis todas las cosas como mortales, y todas las deseáis como inmortales. Oirás a muchos que dicen: «A los cincuenta años me retiraré al descanso, y a los sesenta, dimitiré de mis cargos». ¿Y qué garantía tienes de tan larga vida? ¿Quién te autorizará para que esto pase como te propones? ¿No te avergüenzas de reservarte los desperdicios de la vida y destinar al cultivo de la cordura no más del tiempo que a ninguna otra cosa puede ya consagrarse? ¡Oh, cuán extemporáneo es comenzar a vivir cabalmente cuando ha de dejarse de vivir! ¡Qué necio olvido no es de nuestra mortalidad diferir para los cincuenta o los sesenta años los sanos planes, y querer datar el comienzo de la vida desde una fecha a la cual pocos llegaron!

IV

Verás cómo de la boca de los hombres más influyentes y encumbrados caen expresiones que dan a entender cómo desean el reposo, cómo lo encarecen, cómo lo anteponen a cualesquiera otra suerte de bienes. Entretanto, ansían apearse de aquella altura, si pueden hacerlo con seguridad; porque la fortuna, sin que ningún embate desde fuera la sacuda ni haga crujir, se rinde a su propio peso⁷.

El divino Augusto, a quien los dioses favorecieron con mayor larguezza que a otro mortal alguno, no cesó nunca de desearse el reposo y de pedir la franquía de los cuidados de la república. Todas sus conversaciones siempre volvían a esta idea fija de augurarse el descanso; con esta esperanza, aunque ilusoria siempre halagüeña, consolaba sus cuitas, a saber, que alguna vez iba a vivir para sí. En cierta carta enviada al Senado en la cual prometía que su ocio no perdería dignidad ni desdiría de su gloria primera, hallé estas palabras: «Pero estas cosas, más bellas son de hacer que de prometer; no obstante, el anhelo de este asueto y vocación tan deseada, me impele a saborear por anticipado un poco de su dulzura prometiéndolo de palabra, ya que la alegría de la realidad está lejana todavía».

Felicidad tan apetecible se le antojaba el reposo, que ya que no podía gozarlo, se lo tomaba con el pensamiento. Aquel hombre que veía pendientes de él todas las cosas, a quien la fortuna hacía árbitro de hombres, de naciones, con ilusión pensaba en aquel día en que se despojaría de su onerosa grandeza. Sabía por experiencia cuánto sudor y fatiga costaban aquellos bienes que por todas las tierras resplandecían, y cuán gran número de cuitas secretas ocultaban. Obligado a empuñar las armas, primero contra sus propios conciudadanos, luego contra sus colegas, por fin contra sus parientes, había derramado sangre por tierra y por mar.

Llevado por la guerra a Macedonia, a Sicilia, a Egipto, a Siria, a Asia y a casi todas las riberas del mundo, dirigió sus ejércitos, ahítos de sangre romana, a guerras exteriores. Mientras apacigua los Alpes y domeña a los enemigos que se habían infiltrado a perturbar la paz del imperio, mientras promueve sus fronteras allende el Rin, el Éufrates y el Danubio, en la misma Roma aguzábanse contra él los puñales de Murena, de Cepión, de Lépido, de Egnacio y de otros.

No bien se había librado de estas celadas, su hija⁸ y tantos jóvenes nobles, ligados a ella por el adulterio como por un juramento, aterrorizaban su ya cascada edad;

7 La idea es, y así lo pone claramente Séneca en boca del coro de mujeres de Micenas (véase su tragedia Agamenón), que “las grandeszas se rinden a su propia pesadumbre y la fortuna sucumbe a su propia carga”. No hay reposo apacible, “siempre un cuidado sucede a otro cuidado”.

8 Julia, única prole de Augusto, que luego de tres casamientos, y siendo una notoria adúltera, fue desterrada por su padre a la isla Pandataria por su libertinaje.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

y allí estaba Paulo, y por una segunda vez la necesidad de temer a una mujer ayuntada con un Antonio⁹.

Cuando había ya amputado estas úlceras¹⁰ juntamente con sus miembros, nacían otras; como un cuerpo pletórico de sangre, por una parte u otra siempre se rompía. Por eso deseaba el reposo; esperándolo y pensando en él, se aligeraban sus trabajos. Este era el deseo de un hombre que podía colmar los deseos de todos los hombres.

9 En el año 31 a. C. Augusto se enfrentó a Marco Antonio y Cleopatra; en el 2 a. C. el menor de los hijos de Marco Antonio, Julio Antonio (que había sido criado por su madrastra Octavia, hermana de Augusto, y que llegara a ser cónsul en el 10 a. C. –prueba del favor de que gozaba por parte del primer emperador romano–) es condenado a muerte en razón de su adulterio e intrigas con la hija del emperador. Paulo es, con seguridad, Lucio Emilio Paulo, casado con su nieta Julia.

10 El lenguaje en que Séneca nos habla es reminiscencia del que empleara Augusto para caracterizar a su hija Julia y a sus nietos Agripa y Julia (esta no solo recibió de su madre el nombre sino también la moral) en la obra que nos dejó escrita Suetonio: “Su trío de forúnculos y úlceras”. *Los doce césares* (Augusto, apartado 65)

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

V

M. Cicerón, asendereado entre los Catilinas y los Clodios, entre los Pompeyos y los Crasos, en parte enemigos manifiestos, en parte amigos dudosos, mientras fluctúa al par de la república y la detiene en el desfiladero y a la postre es con ella arrebatado al precipicio, ni quieto ni tranquilo en las prosperidades, ni paciente en las adversidades, ¡cuántas veces hubo de abominar de aquel consulado suyo, celebrado por él no sin razón, pero sin mesura! ¡Qué flébiles alardos no lanza en una carta a Atico cuando, vencido ya Pompeyo padre, todavía el hijo atizaba en España el ardor de sus armas derrotadas! «¿Me preguntas –dice– qué hago? Voy pasando el tiempo en mi Villa Tusculana, libre a medias». Añade, después, otras cosas en las que deplora la edad pasada, se queja de la presente, y desespera de la venidera. Libre a medias se proclama Cicerón; pero, a fe mía, jamás un sabio se abatirá a tomar un adjetivo tan deprimente; jamás será libre a medias; siempre su libertad será maciza y total, suelto y dueño de sí y más elevado que los otros. ¿Qué cosa hay que pueda estar encima de aquel que está por encima de la fortuna?

VI

Livio Druso¹¹, varón acerado y violento, habiendo con sus leyes nuevas promovido la sedición de los Gracos, rodeado de una ingente multitud venida de toda Italia, no previendo el resultado de una empresa que ni podía llevarse adelante ni de ella desistir una vez comenzada, cuentan que, maldiciendo su vida agitada desde sus principios, dijo que él era el único a quien ni aun de muchacho tocó el día de fiesta o asueto. Y así era; estando todavía bajo tutor y vestido de niño, se atrevió a recomendar reos a los jueces e interpuso en el foro su influencia, por cierto con eficacia tal que consta que algunos juicios fueron notoriamente impuestos por él. ¿Hasta dónde no se descomendaría tan agraz ambición?

Era previsible que una audacia tan precoz habría de reportar males sin cuento, privados y públicos. Tardíamente, pues, se quejaba de no haber disfrutado de vacación alguna desde su niñez, si cuando muchacho era sedicioso y peligroso en el foro. Discútese si él mismo se quitó la vida, pues cayó súbitamente abatido por una gran herida en la ingle; no falta quien duda si su muerte fue voluntaria; pero nadie duda que fue oportuna. Superfluidad es recordar a otros muchos que, pareciendo a los otros felicísimos, dieron de sí testimonio verídico, maldiciendo el drama de su vida; pero estas quejas no cambiaron a nadie ni aun a sí mismos, pues una vez que las palabras han sido proferidas, el corazón recae en los añejos hábitos.

Vuestra vida, a fe mía, por más que pasare de mil años, se contraerá a un espacio brevíssimo: porque vuestros vicios devorarían todos los siglos. El espacio que vosotros tenéis, al cual puede dilatar la razón, aunque naturalmente pase apurado, forzosamente se os escurrirá muy deprisa, pues que vosotros no lo asís ni lo retenéis ni conseguís retardar la más veloz de todas las cosas, sino que dejáis que corra, como cosa superflua y recuperable.

11 Livio Druso, siendo tribuno en el 91 a. C., propuso una ley de granos y otorgar la ciudadanía a todos los italianos.

VII

Entre los peores,uento a aquellos que a ninguna otra cosa se dedican sino al vino y al placer; nadie hay tan vergonzosamente ocupado¹² como ellos. Los otros viciosos, aunque les encante el señuelo de la vanagloria, yerran, no obstante, con alguna apariencia de dignidad; nómbrame a los avaros, si quieres; nómbrame a los iracundos, a los que ejercitan odios o guerras injustas; todos estos pecan con una virilidad mayor; pero de los que se sumieron en la glotonería o en la lujuria, la mancilla es deshonrosa.

Averigua el uso¹³ que de su tiempo hacen esos tales; observa cuánto tiempo invierten en calcular, cuánto en acechar, cuánto en temores, cuánto en obsequiosidades; cuánto tiempo les llevan los pleitos ajenos y los propios, cuánto tiempo dilapidan en banquetes, que ya vienen a ser deberes para ellos, y verás cómo no les dejan lugar a respiro ni los males ni los bienes. Finalmente, convienen todos en que ninguna profesión puede ser bien practicada por el hombre ocupado, ni la elocuencia, ni las artes liberales, siendo así que el espíritu ajetreado no profundiza nada, sino que todo lo rechaza como hombre harto.

El hombre agobiado de quehaceres en nada se ocupa menos que en vivir, y eso que la ciencia de vivir es la más difícil. Maestros de las otras, artes encuéñtranse en profusión; en algunas de ellas, se han visto niños que tan bien las habían aprendido que estaban en disposición de enseñarlas; pero de vivir, se ha de aprender toda la vida, y lo que acaso te sorprenderá más, toda la vida se ha de aprender a morir.

Muchos varones de los de mayor categoría, habiendo dejado todos los estorbos y renunciado a las riquezas, cargos y placeres, esto solo procuraron hasta su más provechosa vejez: poseer la ciencia de la vida; y con todo, los más de ellos dejaron la vida confesando que aún no la sabían. ¡Cuánto menos esos la sabrán!

Es, créeme, propio del varón más eminente, del que levanta su cabeza sobre todos los errores humanos, no dejar que caiga en el vacío la más pequeña partícula de su tiempo; y por eso su vida es sumamente larga, por cuanto dedicó toda su dimensión a su propio cuidado. Por ende, nada quedó inculto ni baldío, nada cedió a otro, porque, guardián parsimonioso, nada halló con qué cambiar su tiempo. Por eso, tuvo el suficiente; y era, empero, inevitable que faltase a aquellos de cuya vida la gente se llevó una gran parte.

Y no pienses que ellos alguna vez no comprendan su daño; y, no obstante, oirás a los más de aquellos a quienes una gran felicidad agobia, exclamar de tanto en tanto entre las piaras de sus clientes, el ajetreo de los procesos y otras miserias honorables: «No se me da oportunidad de vivir». Y ¿cómo habría de dársete lugar? Todos aquellos

12 A través de todo el ensayo, “occupati” (ocupados, atareados) es un término técnico que señala a aquellos que están absorbidos en los intereses de la vida, que no tienen tiempo para la filosofía, esto es, para buscar la verdad, para conocerse a sí mismos, para superar las tendencias esclavizantes de su personalidad terrena.

13 Y ahora nos detalla los varios tipos de “occupati”.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

que te llaman en defensa suya, te sustraen de ti. Aquel acusado, ¿cuántos días te quitó? ¿Cuántos aquel candidato? ¿Cuántos aquella vieja¹⁴, cansada de enterrar herederos? ¿Cuántos aquel que se fingía enfermo para irritar la avaricia de los que le cortejaban la herencia? ¿Cuántos aquel amigo poderoso que te festeja no por amistad, sino por ostentación? Computa, vuelvo a decirte, y repasa los días de tu vida; verás cómo son harto pocos y aun de desecho los que te quedaron.

Fulano, después de haber conseguido las «fasces»¹⁵, desea dejarlas y dice a menudo: «¿Cuándo se acabará este año?». El otro da juegos¹⁶ cuyo turno tuvo a gran suerte que le tocase, y exclama: «¿Cuándo me escaparé de ellos?». Tal abogado es empujado al foro y lo llena con un gran gentío que llega más allá de donde alcanza su voz, pero dice: «¿Cuándo vendrán las vacaciones?».

Todos precipitan su vida y, hastiados del presente, son acuciados por el deseo del futuro. Pero aquel que gasta todo su tiempo en su personal utilidad, que cuidadosamente planea cada uno de sus días como si fuera el último, ni desea ni teme el mañana. ¿Qué placer inédito puede reportarle una nueva hora? Todo es ya conocido, todo gustado por entero. Lo restante, que lo disponga a su antojo la fortuna veleidosa; la vida ya está asegurada. Podrá añadirse algo; sustraérsele, nada; y aun añadirsele como un nuevo bocado a quien ya está lleno y harto, que, como no le apetece, lo toma con diente displicente.

Por tanto, no has de decir que Fulano vivió mucho, porque tiene canas o arrugas; no vivió mucho, sino que duró mucho. ¿Pensarás acaso que ha navegado mucho aquel a quien una brava tempestad le asaltó ya a la salida del mismo puerto y le llevó asendereado de aquí para allá y el antojo de los contrarios vientos enfurecidos le hizo girar en un mismo remolino? No, no es que haya navegado mucho, sino que se ha mareado mucho.

14 Detrás de la cual corren los cazadores de testamentos.

15 «Fasces» era el emblema romano de autoridad y consistía en un haz de varas de olmo o abedul sujetos con una cinta roja.

16 La administración de los juegos públicos era tarea de los pretores.

VIII

Acostumbro a maravillarme de ver cómo algunos piden tiempo, y que aquellos a quienes lo piden son muy fáciles en darlo. Unos y otros hacen caudal de aquello por lo cual piden el tiempo, pero ninguno hace caudal del tiempo mismo. Pídese como nadería y como nadería se da; se juega con la cosa más preciosa del mundo; y lo que engaña es ser el tiempo incorporal, que no impresiona la vista, y por eso se le tiene por cosa despreciadísima, o mejor, de valor nulo.

Con suma complacencia perciben los hombres sueldos anuales y por ellos alquilan su trabajo, sus servicios, su diligencia; nadie estima el tiempo, todos lo malversan como si fuera cosa gratuita. Mas a estos mismos míralos enfermos, los cuales, si les ronda la muerte, se abrazan a las rodillas de los médicos; si temen la pena capital, muéstranse dispuestos a dar todos sus bienes a trueque de prorrogar su vida; tanta es la contradicción de sus sentimientos. Y si fuese cosa hacedera proponerles el número de años que les quedan de vida, como se hace con los que ya se han vivido, ¡cómo temblarían los que viesen ya disminuida y cerca de agotarse su reserva, y con qué mano tan escasa los administrarían!

Es cosa fácil, ciertamente, administrar aquello que, aunque exiguo, es seguro; pero con ahorro mayor debe guardarse aquello que ignoras cuándo ha de faltarte. No creas, sin embargo, que aquellos hombres ignoran la carestía del tiempo, pues tienen costumbre de decir a quienes aman apasionadamente que, de grado, por ellos darían una porción de sus años; los dan, pero estúpidamente; los dan de tal manera que se los quitan de sí sin utilidad ajena. Pero ellos mismos ignoran que se los quitan, y por eso les es soportable este desmedro y esta pérdida latente.

Nadie restituirá los años; nadie te los devolverá. Irá a su camino la edad y no modificará su dirección ni atajará su andadura; ningún ruido hará, ni te dará aviso de su velocidad; avanzará con pies de fieltro. Ni mandato alguno real ni favor de pueblo pondrán su meta más lejos; correrá con la misma prisa con que el primer día se abalanzó a la carrera; no se torcerá, no se detendrá. Y ¿qué ocurrirá? Que tú estás descuidado y la vida se apresura; y, entre tanto, se presentará la muerte, a cuyo poder, lo quieras o no, has de pasar.

IX

¿Aprovecha a alguno el tiempo de los hombres que se precian de preparar el futuro? Están tan intensamente ocupados preparándose para vivir mejor que ordenan la vida a expensas de la misma vida. Urden sus planes para un plazo largo, siendo así que la dilación es la quiebra máxima de la vida; suprimen siempre el día actual y, bajo promesa de tiempos futuros, defraudan los presentes. La rémora mayor de la vida es la espera que depende del día de mañana y pierde el de hoy. Dispones de aquello que está en manos de la fortuna y das rienda suelta a lo que está en la tuya. ¿Adónde miras? ¿Hasta cuándo haces cuentas que has de vivir? Todo lo que está por venir se asienta en terreno inseguro: vive desde ahora. Oye cómo clama el mayor de los poetas, quien, como inspirado por divina boca, canta aquel verso saludable:

El mejor día de la vida es el que huye el primero de los míseros mortales¹⁷.

«¿Por qué vacilas? –dice–. ¿Por qué te detienes? Si no le atrapas, huye». Y si le atrapas, huirá también; así que la velocidad en que lo usas debe competir con la rapidez del tiempo; hay que beber a toda prisa de ese torrente raudo, que no siempre ha de correr. Y es de notar que muy hermosamente, para reprobar la vacilación interminable, no dice el poeta la mejor edad, sino el mejor día.

¿Por qué tú, amodorrado en medio de tan rapidísima carrera del tiempo, te prometes con tanta seguridad meses y años en serie prolja, al capricho y a la medida de tu avidez? De un día te habla el poeta, de este mismo día de hoy que se nos va. ¿Hay, entonces, duda alguna de que para los míseros mortales, es decir, para aquellos que están frívolamente atareados, el mejor día es siempre el primero en huir? La vejez, a la cual llegaron no preparados e inermes, los sorprende, al tiempo que sus mentes son todavía de niños; nada previeron; bruscamente y sin pensarlo, cayeron en ella, pues no sentían cómo iba ella cada día acercándose con pie quedo. Así como una conversación o una lectura o una preocupación intensa engañan a los que van de camino y se dan cuenta de que llegaron antes que se acercaron, así también este continuado y velocísimo viaje de la vida, que dormidos o en vela andamos a paso igual, no lo perciben los atareados sino al final de la jornada.

17 Virgilio en *Las Geórgicas*, libro III, 66.

X

Si yo quisiera distribuir en partes y argumentos lo que he propuesto hasta ahora, se me ocurrirían muchas razones y pruebas de que es sumamente corta la vida de los atareados.

Acostumbraba a decir Fabiano¹⁸, que era todo un filósofo, no de los profesionales que sientan cátedra, sino de los auténticos y antiguos, que contra las pasiones se ha de luchar no con impetuoso denuedo, sino con astucia sutil, pero que su hueste ha de ponerse en fuga no con pequeños ataques, sino con amplias cargas; que no bastan las estratagemas, pues es menester aplastarlas, no pellizcarlas. No obstante, para reprobar a los hombres su error hay que ilustrarlos y no simplemente compadecerlos.

En tres épocas se divide la vida: la que fue, la que es y la que será; de estas tres, la que vivimos es breve; la venidera es dudosa; la que hemos vivido es cierta e irrevocable. Contra esta última perdió la fortuna todos sus derechos, puesto que no puede volver a voluntad de nadie. Esta pierden los ocupados estérilmente, pues no tienen espacio para mirar atrás, y si lo tienen, les es desabrido el recuerdo de aquello de que han de arrepentirse. Es a la fuerza, pues, como dirigen sus pensamientos al tiempo mal empleado y no se atreven a recordarlo porque la evocación pone sus vicios en evidencia, aun aquellos disimulados en su ocasión bajo el halago del placer momentáneo.

Nadie, nunca, sino aquel que siempre obró bajo la censura de su propia conciencia, que no se engaña jamás, de grado se tuerce a mirar el tiempo que pasó. Fuerza es que tema sus propios recuerdos aquel que ambiciosamente codició muchas cosas, que fue desdeñoso con altanería, que no se moderó en la victoria, que traicionó a mansalva, que arrebató con avaricia, que malversó con despilfarro.

Esta es, pues, la parte de nuestro tiempo sagrada e irrenunciable, exenta de todas las eventualidades humanas, sustraída al imperio de la fortuna, imperturbable a los ataques de la pobreza, del miedo, de las enfermedades. Esta no puede ser ni perturbada ni arrebatada; su posesión es perpetua y limpia de toda zozobra. Solo uno por uno y aun a minutos, son presentes los días; pero todos los días del tiempo pasado, cuando se lo mandéis, acudirán a vuestro emplazamiento y, dócilmente, se presentarán a vuestro examen, y en él se detendrán todo el tiempo que queráis; pero para esto no tienen holgura los absortos en nonadas y fruslerías.

Es propiedad del alma segura y sosegada discurrir por todos los tiempos de la vida; el espíritu de los atolondrados, de los ocupados, como están bajo el yugo, no se puede doblar ni mirar atrás. Su vida, pues, se va escurriendo en un hondón, y así como por más líquido que viertas nada aprovecha si debajo no hay un recipiente que lo recoja y lo conserve¹⁹, así tampoco importa nada el caudal de tiempo que se te dé si no hay

18 Maestro de Séneca, a quien este admiró mucho.

19 Alusión a la suerte de las Danaïdas, las cincuenta hijas de Dánao, las que en el Hades están condenadas a verter por siempre agua en un tonel cuyo fondo está agujereado.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

donde se deposite: se escurre a través de las grietas y agujeros del alma no trabajada. El tiempo presente es brevísimo, tan breve que algunos han negado su existencia, pues siempre está en curso, siempre fluye y se precipita; antes de que llegue ya deja de ser y no admite parada, no más que el universo y las estrellas, cuya agitación, siempre inquieta, no se detiene nunca en una misma posición. Los ocupados no tienen, pues, sino la actualidad, que es tan efímera que no se la puede agarrar, y ocupados en toda suerte de negocios, aun esta misma se les escapa.

XI

Finalmente, ¿quieres saber cómo no viven largo tiempo? Repara cómo desean la vida larga. Los viejos decrepitos mendigan la añadidura de unos pocos años; se finguen más jóvenes de lo que son; haláganse con la blanda mentira de esta lisonja, y tan a gusto se engañan como si, a una, engañasen también a los hados. Mas, si algún achaque les recuerda su mortalidad, se mueren del susto, no como si saliesen de la vida, sino como si de ella a la fuerza se los arrancara. Proclaman su insensatez por no haber vivido, y si salen de la crisis de este trance, prometen vivir en la quietud; comprenden cuán de balde acarrearon lo que no gozaron y cuán en el vacío cayeron todos sus sudores.

Y aquellos otros cuya vida discurre alejada de toda barahúnda de negocios, ¿cómo no habrán de tenerla larga? Ni un átomo de ella cedieron a otro; nada disiparon por aquí y allá; nada entregaron a la fortuna; nada se perdió por su negligencia; nada se sustrajo por su prodigalidad; nada les quedó baldío y superfluo; toda entera la vida, por decirlo así, fue puesta a producir. Por ello, por pequeña que sea, es más que suficiente; por ello, cuando viniere el postrer día, el sabio no titubeará en caminar a la muerte con paso recio y firme.

XII

Me preguntarás, por ventura, cuáles son los hombres a quienes llamo «ocupados». No creas que solo llamo así a aquellos a quienes hay que echar los perros²⁰ para que desalojen la sala del tribunal; los que ves estrujados de honores por la turba de sus secuaces o de baldones por la de sus enemigos; aquellos a quienes sacan de su casa los deberes de la cortesía para ir a romperse en los umbrales de la ajena; aquellos a quienes atrae la lanza²¹ del pretor con la esperanza de un logro infame que les supurará algún día. Hombres hay para quienes el mismo ocio es atareado; en su quinta o en su lecho, en medio de la soledad, por más que apartados de todos, ellos mismos son el origen de sus propios temores; su vida no ha de llamarse vida ociosa, sino ocupación desidiosa, negligente y perezosa²².

¿Llamarás tú ocioso²³ a aquel que con escrupuloso mimo acicala y adereza vasos corintios que la manía de algunos hizo preciosos, y consume la mayor parte de los días puliendo láminas que se comió el orín? ¿A aquel que en el departamento donde se engrudan con aceite los adolescentes del gimnasio (porque, ¡oh mengua, ni romanos son vuestros vicios!) se sienta a contemplar a los jóvenes combatientes? ¿A aquel que se entretiene en clasificar por edad y color las cabezas de sus yeguadas? ¿A aquel que festeja con banquetes a los atletas triunfantes en la última competición?

¿Qué más? ¿Llamas ociosos a aquellos que pasan muchas horas con el barbero, mientras se les recorta algún pelillo que les nació la noche pasada, echando consejos sobre cada uno de sus cabellos, volviendo a componer la cabellera ya lacia o repartiendo sobre la frente por igual la melena rala? ¿Cómo se enojan si el barbero es un poco negligente, si olvida que está trasquilando a todo un hombre? ¿Cómo se enfurian si cayó algún pelo de su tocado, si algo yace fuera de orden, si todos no caen en sus propios rizos y sortijas? ¿Quién hay de estos que no prefiriera una sedición en la república a un desorden en su atuendo capilar? ¿Quién no anda más solícito de la elegancia de su cabeza que de su salud? ¿Quién no prefiere ser más acicalado que honrado? ¿Ocioso llamas tú a esos hombres que se parten entre el peine y el espejo?

20 Referencia a los perros guardianes que eran soltados al caer la noche en la corte de justicia, y que cogían a los abogados ocupados todavía en sus tareas.

21 La lanza que el pretor clava en el suelo como señal de que una subasta pública va a tener lugar, en la que mercancías capturadas o confiscadas eran puestas a la venta.

22 Cita de las *Epístolas* de Plinio el Joven (libro primero, IX, 8); “Porque vale más, como dice Atilio con tanta competencia como espíritu, disponer a voluntad del tiempo que no hacer nada”. Y dice Cicerón en *Los oficios* (libro III, capítulo I): “nunca estaba menos ocioso que cuando estaba ocioso, ni más acompañado que cuando estaba solo”, queriendo decir que meditaba los negocios cuando no hacía otra cosa y que estando solo los trataba consigo mismo para no estar nunca sin hacer nada ni necesitar de compañía para hablar.

23 El significado técnico de “otiosi”, ocioso, está definido por Séneca al comienzo del capítulo 14. Coincidirá con los “divinos ocios” de que nos hablara Platón: dividido el día en cuatro partes iguales, una estaba dedicada a los ideales del cuerpo y otra a los ideales del alma (“divinos ocios”).

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

¿Qué te parecen aquellos que laboran prolíjamente en componer, oír, aprender tonadillas, que tuercen con las inflexiones de una blandengue melodía la voz viril, cuyo recto uso hizo la Naturaleza tan bueno y tan simple; que escanden siempre con el chasquido de sus dedos algún verso que miden entre sí; que tararean llamando la atención una tonada aun cuando se ocupan de negocios serios y hasta tristes? No tienen estos ocio, sino vano negocio, insustancial ocupación. No pondría yo, a fe mía, entre los ratos de descanso los banquetes de estos hombres, puesto que veo con cuánta solicitud ponen en orden la vajilla de plata, con cuánta diligencia ciñen la túnica de sus espigados donceles, cómo andan preocupados por la manera como servirá el jabalí el cocinero, y por la rapidez con que, a una señal, los depilados esclavos corran a sus servicios; por el arte con que serán trinchadas las aves en pedazos no demasiado grandes; por el cuidado con que los infelices esclavos limpian los esputos de los borrachos. Con estas exquisitez-ces se cobra reputación de esplendidez y de magnificencia, y hasta tal punto acompañan los vicios a tales hombres por todos los trances de la vida, que ni beben ni comen sin vanidosa ostentación.

Ni tampoco contarás entre los ociosos a quienes se hacen llevar de un lado a otro en silla o en litera y acuden puntualmente a la hora de hacerse llevar de esta manera, como si la no asistencia fuese pecaminosa; ni a aquellos a quienes otro advierte cuándo han de lavarse, cuándo han de nadar, cuándo han de cenar, y hasta tal punto se abando-nan a la languidez de su alma delicada, que ni aun por sí mismos pueden saber si tienen apetito.

Oigo decir de alguno de estos enervados por las delicias –si delicias han de llamarse desaprender la vida y las costumbres humanas– que al sacársele del baño a peso de brazos y colocarle en la silla, pidió por vía de interrogación: «¿Ya estoy sentado?». ¿Crees tú que ese que no sabe si está sentado sabe si vive, si ve, si está ocioso? No me sería fácil decir si me da más lástima ignorando realmente aquellas cosas o fingiendo ignorarlas. Experimentan, es cierto, el olvido de hertas cosas; pero de muchas lo simulan; algunos vicios los deleitan como si fuesen pruebas de vida feliz; parece ser propio de hombre villano y despreciable saber qué haces.

Anda ahora, y cree que los cómicos²⁴ exageran en exceso cuando ridiculizan nuestra molicie. A lo que yo creo, más cosas dejan que no fingen; y tan adelante llegó la copiosa invención de increíbles vicios de este siglo, en solo esto ingenioso, que ya podremos reprender a nuestros cómicos de negligencia. ¡Que exista un hombre tan disuelto en la molicie que ha de saber por otro si está sentado! Este tal no es un ocioso; otro mote has de imponerle: ese es un enfermo, ese es un muerto. Ocioso es aquel hombre que tiene conciencia de su ocio. Mas ese medio cadáver que ha menester que otro le indique la posición de su cuerpo para saberla, ¿cómo puede ser señor de algún tiempo?

24 Actores en las pantomimas, o farsas menores, que ven a menudo censuradas por sus indecencias.

XIII

Sería tediosa tarea ir siguiendo uno por uno a todos aquellos que consumieron la vida en el juego de ajedrez o de pelota o en el cuidado de tostarse el cuero a los rayos del sol. No son ociosos aquellos cuyos placeres les dan mucho trabajo. Porque ya no hay nadie que dude que trabajosamente no hacen nada los que se entregan a inútiles estudios literarios, de los cuales hay una gran multitud entre los romanos. Manía fue de los griegos averiguar el número de remeros que tuvo Ulises, si primero fue escrita *La Ilíada* que *La Odisea*, si son del mismo autor y otras cosas de igual monta que si te las guardares para ti en nada ayudan a tu íntima conciencia, y si las revelares, no parecerás más docto, sino más fastidiado y molesto.

He aquí que también a los romanos ha invadido el estéril afán de adquirir conocimientos inútiles. Estos días oí a uno que refería qué había hecho primero que otro cada uno de los caudillos romanos: Duilio fue el primero que venció en batalla naval; Curio Dentato fue el primero que llevó elefantes en su triunfo. Y aun estas cosas, aunque no conduzcan a la auténtica gloria, versan, no obstante, sobre casos ejemplares de civismo. Provecho ninguno reporta tal erudición, pero nos recrea con la graciosa futilidad de estos conocimientos.

Concedamos también que estos curiosos indaguen cuál fue el primero que persuadió a los romanos de subir a una nave. Este fue Claudio, a quien se le dio el apodo de Caudex (que vale tanto como código, porque código se llama en latín arcaico la ensambladura de muchas piezas de madera; de donde se llaman código las tablas públicas de la Ley; y ahora, todavía por costumbre venida de la Antigüedad, las naves que llevan por el Tíber las provisiones se llaman caudicarias).

Y no está, ciertamente, fuera de lugar saber que Valerio Corviño fue el primero que se apoderó de Mesina, y el primero también de la familia de los Valerios que, adoptando el nombre de una ciudad tomada, se llamó Mesana, que luego se convirtió en Mesala por una paulatina mutación de letras operada por el pueblo.

¿Permitirás también que alguno de estos eruditos se preocupe de si fue Sila el primero que presentó en el circo leones sueltos, cuando hasta entonces salían atrallados, y que para acabar con ellos envió arqueros el rey Boco²⁵? Permítasele esto también. Pero que Pompeyo fuese el primero que en el circo ofreció al pueblo la matanza de dieciocho elefantes, lanzando contra ellos a un pelotón de criminales ordenados como en batalla, ¿es de algún provecho saberlo? El primer ciudadano de Roma, varón –como la fama pregonó–, de bondad eximia entre los principales ciudadanos de la Antigüedad²⁶, tuvo por memorable linaje de espectáculo lo que era una manera nueva de hacer morir hombres. ¿Combaten? Es poco. ¿Son heridos? Es poco. Aplastados mueran por bestias de una corpulencia descomunal.

25 Rey de Mauritania, aliado de los romanos después de que estos derrotaron a su yerno, Yugurta, que apoyara a los cartagineses contra Roma en 108-107 a. C.

26 Tales como Mario, Sila, César y Craso.

Mejor fuera sumir en el olvido estas hazañas, no fuese que, conociéndolas, luego algún poderoso sintiese envidia y quisiera emular actos nada humanitarios²⁷. ¡Oh, con cuánta ceguera ofusca nuestros espíritus una sobrada prosperidad! Ya se creyó estar encumbrado sobre la Naturaleza, a la hora que lanzó un puñado mísero de hombres contra unas bestias nacidas bajo otro cielo, al concertar luchas entre criaturas de fuerzas tan dispares, cuando tanta sangre hacía derramar ante los ojos del pueblo romano, a quien harto pronto obligaría a derramar más aún. Pero él mismo, más tarde, traicionado por la perfidia alejandrina, ofreció su pecho para que lo traspasara el puñal del último de sus esclavos. En esta ocasión entendió finalmente cuán hueca sonaba la grandeza de su nombre²⁸.

Mas, para volver al asunto de que me aparté y demostrar aún, en otro sujeto, cuán superfluo es el atropellado quehacer de algunos, contaba aquél mismo de antes que Metelo, triunfador en Sicilia sobre los cartagineses, fue el único romano que llevó ciento veinte elefantes cautivos delante de su carroza triunfal; que Sila fue el último de los romanos que dilató el «pomerium»²⁹, ensanche acostumbrado en los antiguos, pero nunca por adquisición de territorio provincial, sino de dentro de Italia.

Más aprovecha saber eso que no que el monte Aventino cae fuera del «pomerium», como aquél afirmaba, por una de dos causas: o porque el pueblo se retiró allí o porque Remo, que fue a aquel lugar a consultar las aves, no obtuvo augurio favorable, y otras cosas sin cuenta que o están repletas de mentiras o son a las mentiras semejantes. Porque aun concediendo que lo digan de buena fe y que escriban a vista de las pruebas, ¿qué errores tales historias disminuirán?, ¿qué pasiones enmendarán?, ¿a quién harán más fuerte, a quién más justo, a quién más liberal? Por eso, decía nuestro amigo Fabiano que dudaba si era mejor abstenerse de todo estudio que enredarse con averiguaciones de esta suerte.

27 Cayo Plino Segundo (Plinio el Viejo), en su *Historia natural*, libro octavo, capítulo VII, nos dice que ante tales espectáculos la gente estaba tan movida por un sentimiento de piedad hacia los elefantes que se levantaron como un solo hombre y profirieron maldiciones sobre Pompeyo: "...y echaron crueles maldiciones a Pompeyo, las cuales le alcanzaron brevemente". Y Cicerón nos dejó sus impresiones al respecto en su *Epístola a los familiares* (libro VII, 1-3)

28 Pompeyo el Grande. Ptolomeo XII debía la corona de Egipto a los buenos oficios de Pompeyo, por lo que este último, habiendo recibido palabras de fidelidad y apoyo de parte de Ptolomeo al comienzo de su guerra con César, busca refugio en Alejandría al ser vencido en Farsalia. Al dirigirse César a Egipto, Pompeyo es traicionado y muerto, entregándole su cabeza al primero.

29 Pomerium era el espacio libre, inmediato a las murallas de Roma, por dentro y fuera, según Tito Livio en su *Historia de Roma* (libro I, 44), en el que no estaba permitido edificar ni cultivar.

XIV

De todos los hombres, los únicos realmente ociosos son los que se consagran a la sabiduría, los que la buscan, los filósofos; estos son los únicos que viven, pues no solamente aprovechan bien el tiempo de su existencia, sino que a la suya añaden todas las otras edades; toda la serie de años que ante ellos se desplegó, es por ellos adquirida.

Si no somos ingratos en grado superlativo, hemos de reconocer que los ilustres fundadores de las venerables doctrinas, por nosotros nacieron, a nosotros nos prepararon la vida. Por el trabajo ajeno somos iniciados en aquellas hermosísimas verdades que ellos de las tinieblas sacaron a la luz; siglo ninguno nos ha sido vedado, en todos se nos admite, y si por nuestra grandeza de espíritu salimos de las estrecheces de la debilidad humana, mucho tiempo tenemos donde campar y espaciarnos. Permitido nos es disputar con Sócrates, dudar con Carnéades³⁰, reposarnos con Epicuro, vencer con los estoicos la naturaleza humana y superarla con los cínicos.

Permitiéndonos la Naturaleza caminar en compañía de todos los siglos, ¿por qué no entregarnos con toda el alma desde este breve y caduco tránsito del tiempo a aquellas cosas que son inmensas, que son eternas, que nos son comunes con los mejores espíritus? Esos que van siempre atareados a cumplir oficiosidades, que se inquietan a sí y a los otros, cuando hubieren enloquecido de la barahúnda, cuando hubieren cada día recorrido todos los umbrales, sin pasar de largo por delante de ninguna puerta abierta, cuando hubieren repartido sus saludos no desinteresados por las casas más diversas, ¿cuántas personas habrán podido ver en una ciudad tan populosa y agitada por infinitas concupiscencias? ¿Cuántos serán aquellos a quienes el sueño, o la luxuria o la dureza de corazón habrán privado de recibirlos? ¿Cuántos los que, tras el tormento de una larga espera, serán desairados, so pretexto de una ocupación urgente? ¿Cuántos evitarán la salida por el atrio atestado de clientes y se escaparán por una puerta falsa, como si no fuese más inhumano engañar que excluir? ¡Cuántos, aún medio dormidos y mustios de la juerga de la noche anterior, apenas moviendo sus labios en medio del más insolente de los bostezos, solo después de que se les haya susurrado mil veces al oído el nombre de aquellos pobres infelices que rompieron su sueño³¹ por esperar el de otro, logran articularlo correctamente!

De quienes debemos decir que se consagran a los deberes auténticos de la vida es de aquellos que con cotidiano afán se esfuerzan por contraer la más estrecha familiaridad con Zenón, con Pitágoras, con Demócrito, con Aristóteles, con Teofrasto y restantes caudillos de las buenas doctrinas. Ninguno de estos sabios dejará de brindarse; ninguno dejará de licenciar a quien a ellos se acercare, más feliz y más devoto hacia su verdadero ser que cuando llegó; ninguno permitirá que de él se parta con las manos vacías; de día y de noche abierta tienen la puerta a todos los mortales.

³⁰ La Nueva Academia enseñó que la certeza de conocimiento era inalcanzable.

³¹ La “Salutatio”, salutación, visita para cumplimentar, tenía lugar por la mañana temprano.

XV

Ninguno de estos te obligará a morir; pero todos te enseñarán a morir; ninguno te hará perder tus años; antes, cada cual te prestará los suyos; ninguno trabará contigo conversaciones peligrosas; ni te ofrecerá una amistad que ponga en peligro tu vida o tu bolsillo. Tendrás de ellos todo lo que quisieras; no será error de ellos que tú no tomes tanto cuanto puedan contener tus brazos. ¡Qué bienandanza, qué hermosa ancianidad está reservada a quien se alistó en su clientela! Tendrá con quien deliberar de las cosas más pequeñas y de las más grandes, con quien consultar cada día acerca de sí, de quien oír la verdad sin injuria, de quien ser alabado sin adulación; tendrá un dechado de virtudes al cual seguir, modelo al cual aspirar.

Solemos decir que no estuvo en nuestra mano la elección de nuestros padres, que nos fueron dados por la suerte; pero depende de nuestra voluntad nacer a nosotros mismos. Existen numerosas familias de nobilísimos ingenios. Escoge aquella en la que quieres ser adoptado; su adopción no te dará sólo el nombre, sino también los bienes solariegos, que no tendrás que guardar ni sórdida ni malignamente, antes se acrecentarán cuanto mayor fuere el número con quienes los compartas. Ellos te abrirán el camino de la eternidad y te situarán en aquella altura de la cual nadie podrá derrocarte.

Esta es la única manera de delatar nuestra vida mortal, o mejor, de traducirla en inmortalidad. Honores, monumentos, todo lo que impuso la ambición mediante decretos o que construyó su laboriosa diligencia, pronto se arruina; una larga vejez todo lo demuele y lo aventa; pero ningún daño puede causar a aquello que consagró la sabiduría; ninguna edad lo abolirá, ninguna lo amenguará, la edad siguiente y las edades que después de ella vinieren añadirán veneración mayor a la que ya tenían; puesto que la envidia mora en nuestra vecindad, en aquello que está al alcance de las manos, mientras que somos más libres para admirar las cosas alejadas.

Muy espaciosa es, pues, la vida del filósofo y no la encierra el mismo límite que a las otras. Sólo el filósofo está exento de las leyes del género humano; todos los siglos le están sumisos como a un dios. ¿Un tiempo es ya pasado? Él, por el recuerdo, lo actualiza. ¿Es presente? Lo utiliza. ¿Es venidero? Él lo anticipa. Larga hace su vida la fusión en uno de los tiempos todos.

XVI

Brevísima es y agitadísima la vida de aquellos que olvidan el pasado; descuidan el presente y temen el futuro; cuando llegan a sus postrimerías, comprenden los cuitados, a deshora, que en sus días se afanaron en no hacer nada. No porque algunas veces invoquen a la muerte hemos de sacar la prueba de que es larga su vida; su frenesí los agita con pasiones desordenadas, que los empujan a aquello mismo que los amedrenta; hartas veces desean la muerte por lo mismo que la temen.

Tampoco has de creer que sea demostración de vida larga el que con frecuencia el tiempo les parezca largo, y que mientras llega la hora señalada para la cena, quéjanse de la pereza con que se arrastra; porque si alguna vez los dejan el estruendo y el tropel, abandonados en su ocio bullen en vanos hervores y no saben cómo utilizarlo o deshacerse de él. Así, que tienden a alguna suerte de ocupación, y el tiempo intermedio se les hace pesado, de igual manera, a fe mía, que cuando se anunció un combate de gladiadores, o están en espera de algún otro espectáculo o deporte favorito, querrían saltar por encima de los días intermedios.

Larga les resulta la dilación de toda cosa esperada; pero aquel tiempo por el que suspiran es breve y precipitado, y aun ellos le abrevian más por propia falta, ya que permanentemente se trasladan de un sitio a otro y no pueden detenerse en ningún deseo. No son largos los días para ellos; son aborrecibles; y, al contrario, ¡cuán fugaces les parecen las noches que pasan en brazos de las meretrices o atollados en la embriaguez! De ahí vienen las delirantes invenciones de los poetas, que con sus fábulas autorizan y alimentan los descarríos de los hombres, quienes fantasearon que Júpiter, engolosinado por el deleite del ayuntamiento carnal, duplicó la noche. ¿Qué otra cosa es sino cebar y echar leña a nuestros vicios, hacer autores de ellos a los mismos dioses y dar a nuestra morbosa licencia el ejemplo de la divinidad por excusa?³² ¿Pueden dejar de parecer brevísimas las noches a quienes las compran tan caras? Pierden el día en la expectación de la noche, y pierden la noche con el temor del amanecer.

32 En el libro X de *La República*, Platón había ya criticado a los poetas que elogiaban o despertaban sentimientos que, por el contrario, deberían ser erradicados: es que para Platón el arte no es un fin en sí mismo, sino un instrumento potencialmente útil que puede, o no, facilitar nuestro contacto con la verdad, fin supremo en esta vida terrestre. El fundador de la Academia dijo que sentía una gran admiración y reverencia por Homero, pero que, sobre sodas las cosas, amaba la verdad.

XVII

Sus mismos placeres son atolondrados y acuciados por temores varios, y en el espasmo del regocijo los asalta este ansioso pensamiento: eso, ¿cuánto durará? Este sentimiento hizo que los reyes lloraran por el poder temporal que poseían y no hallasen satisfacción en la grandeza de su fortuna; antes se espantaron del fin que algún día habría de sobrevenirles.

Con toda la insolencia de su orgullo, cuando por llanuras sin fin desplegaba sus huestes, tan grandes que había que calcularlas no por su número sino por la extensión de tierras que ocupaban³³, el rey de los persas derramó lágrimas al solo pensamiento de que, dentro de cien años, nadie quedaría de tanta flor de juventud³⁴; pero era el mismo que lloraba quien había de enfrentarlos con el hado, perdiendo a los unos en el mar, a los otros en la tierra, a los otros en la batalla, a los otros en la fuga, extenuando en poquísimo tiempo a aquellos mismos de quienes temía que no vivieran un siglo.

¡Pero si aun sus placeres conllevan miedos temblorosos! Porque no se asientan en bases sólidas, sino que la misma vanidad de que nacieron los zarandea y perturba. ¿De qué clase crees que es aquel tiempo suyo que ellos mismos confiesan miserable, si hasta ese mismo placer que los trae engréidos y encaramados por encima de los otros hombres es tan poco verdadero?

Los bienes más grandes se poseen con recelo, y ninguna fortuna inspira más desconfianza que la mejor. A fin de mantener la felicidad se necesita de otra felicidad, y hay que hacer votos por los votos que ya se cumplieron. Pues todo aquello que viene por azar es inestable, y cuanto más se encumbró, más propenso está a la caída. Más aún, lo que está destinado a desaparecer no trae placer a nadie; misérrima tiene que ser a la fuerza, y no efímera solamente, la vida de aquellos que con gran trabajo logran lo que han de poseer con otro mayor. Con gran sudor consiguen lo que quieren; y con zozobra mantienen lo obtenido. Ninguna atención prestan al tiempo que no ha de volver; ocupaciones nuevas sustituyen a las viejas; una esperanza aviva otra esperanza; una ambición otra ambición.

No se busca el fin de las malandanzas, sino que se muda su objeto. ¿Nuestros propios honores públicos fueron nuestros torcedores? Más tiempo nos hurtan los ajenos. ¿Terminamos los trabajos del candidato a un puesto público? Acometemos la elección de otro. ¿Nos hemos sacudido la molestia de ser acusadores? Aspiramos a la de ser juez. ¿Se terminó de hacer el juez? Se es presidente del tribunal de crímenes. ¿Fulano envejeció en la administración mercenaria de los bienes de otro? Ahora le absorben los

33 Jerjes invadió Grecia en el 480 a. C. Herodoto nos dice en su libro VII, 60, que sobre la llanura de Dorisco, en la Tracia, el inmenso ejército de tierra fue estimado en número de un millón seiscientos mil hombres contando el número de veces que fue llenado un espacio de terreno previamente determinado al colocar diez mil hombres juntos.

34 ibídем, apartados 45 y 46.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

suyos. ¿La sandalia militar jubiló a Mario? Ya ejerce el consulado. ¿Se apresura Quinto a desprenderse de la dictadura? Se le arrancará del arado para volver a ella³⁵.

Escipión, aún no maduro para tal empresa, irá a combatir a los cartagineses; vencedor de Aníbal, vencedor de Antíoco, honor de su consulado, garantía y prenda del de su hermano, si él no lo estorbara, se le hubiera encumbrado a los honores de Júpiter³⁶; no obstante, las revueltas civiles enojarán a este salvador de Roma, que habiendo en su juventud tenido hastío de honores que con los dioses le igualaron, de viejo le seducirá la ambición de un orgulloso destierro³⁷. Nunca faltarán motivos de ansiedad, nacidos de la felicidad o de la infelicidad; a través de zozobras pasará apretujada la vida; el ocio no existirá en realidad, sino en el deseo.

35 Su primer nombramiento le fue anunciado mientras estaba arando sus campos.

36 No permitió que su estatua fuese colocada en el Capitolio.

37 Desgustado de la política, murió en su exilio voluntario de Liternum, Campania.

XVIII

Sepárate, pues, del vulgo, Paulino carísimo, y surge, por fin, más vejado de lo que a tu edad conviene, en un puerto de más tranquila bonanza. Piensa cuántas borrascas has pasado, cuántas tempestades privadas sostuviste; de cuántas tempestades públicas te levantaste; harto se demostró tu virtud en pruebas trabajosas e inquietas; ensaya lo que con ella podrás hacer en el ocio.

La mayor parte de tu vida, y ciertamente la mejor, la has dado a la república; tómate un poco de tiempo para ti. Ni te invito a un reposo indolente e inactivo ni a que engolpes y ahogues toda la vivacidad de tu carácter en el sueño y en los placeres que contentan al vulgo; ello no sería descansar. Mayores ocupaciones hallarás que las que hasta aquí con denuedo ejercitaste, a las cuales te entregarás reposado y seguro. Tú adminstras los intereses de todo el orbe tan desinteresadamente como los ajenos, tan solícitamente como los tuyos, tan religiosamente como los públicos. Te conquistas el afecto de los hombres en un cargo en el cual es difícil evitar el odio; pero así y todo, créeme, es mucho mejor llevar la cuenta de la propia vida que la del abasto público.

Esta reciedumbre de espíritu tuya, capacísima de las cosas más grandes, sustráela de un ministerio honorífico a todas luces, pero poco apto para la vida bienaventurada, y piensa que tu temprana edad, cultivada con toda suerte de estudios nobles, no auguró precisamente que se te hubiese de encomendar el cuidado de muchos miles de fanegas de trigo; cosa mayor y más alta prometiste.

No faltarán para esos menesteres hombres de escrupulosa exactitud y de amor al trabajo. Pero los bueyes de carga son mucho más apropiados para llevar pesados bultos que los nobles corceles. ¿Quién se atrevería a arquear el lomo de un caballo de pura sangre con pesadas cargas? ¿Quién entorpeció con grave peso la gallardía de tu andar? Pondera, además, cuánta ansiedad te reporta exponerte a responsabilidad de tamaño volumen. Con el estómago humano te las has de haber, que ni admite razón ni la equidad le calma ni se doblega a súplicas la multitud hambrienta.

Muy recientemente, en aquellos pocos días que se pasaron de la muerte de Calígula –a quien mucho debía molestar, si es que sentimiento alguno existe en el infierno, morir viviendo aún el pueblo romano³⁸– quedaron provisiones para siete u ocho días. Y mientras él construía puentes con navíos³⁹ y jugaba con las fuerzas del Imperio, presentase el último de los males, aun para los sitiados, a saber: la falta de alimentos.

38 Suetonio, en su obra *Calígula*, apartado 30, nos dice que uno de los tantos desequilibrados deseos de este emperador era “que el pueblo romano tuviese todo un solo cuello”. Pero ya nos lo había dicho el mismo Séneca en su obra *De la ira*, libro III, apartado XIX: “(Calígula)... deseaba que el pueblo romano tuviese un solo cuello para reunir y consumar con un solo golpe y en un solo día todos sus crímenes, derramados por tantos lugares y tiempos”.

39 ibidem, apartado 19, nos dice que el “puente” tenía una extensión de cerca de 3600 pasos, entre Puteoli (la actual ciudad de Puzzuoli) y Baías, en el Golfo de Nápoles. Siendo un paso romano equivalente a 1,479 m, tenemos una extensión de 5324 m.

La imitación que Calígula hizo de un rey loco, extranjero y funestamente altanero⁴⁰ casi provoca el hambre, la destrucción de la ciudad y la violencia generalizada que al hambre sigue. ¿Cuál era, entonces, el estado de ánimo de aquellos a quienes estaba encomendado el grano público, expuestos a pedradas, a la espada, al fuego, a Calígula? Con sumo disimulo callaban la posibilidad de mal tan grande que anidaba en las entrañas del Estado. Y obraron con tino; porque algunas dolencias han de curarse ignorándolas los enfermos. Causa de muerte fue para muchos conocer su enfermedad.

40 Jerjes, que tendió un puente sobre el Helesponto (estrecho entre Europa y Asia, ahora llamado de los Dardanelos). Según Suetonio en la antes mencionada obra, este estrecho es mucho más corto que el de Baias, pero no era la intención de Calígula superar a Jerjes, sino ganar una apuesta al matemático Trasilo, quien en otros tiempos había dicho que Calígula sería emperador cuando atravesase a caballo el Golfo de Baias, como quien dice un imposible.

XIX

¡Acógete a aquellas ocupaciones más tranquilas, más seguras, más altas! ¿Crees tú que eso de vigilar que el grano sea ensilado en los alholíes sin disminución por fraude o negligencia de los acemileros, que no lo vicie la humedad o lo recaliente, que responda al peso y a la medida, admite parangón con el acercarte a ocupaciones santas y elevadas por las cuales puedes saber cuál es la naturaleza de Dios, cuál su gusto, cuál su condición y cuál su forma, qué destino espera a tu alma, en dónde nos coloca la Naturaleza cuando nos desata de los cuerpos, qué es lo que mantiene el equilibrio en las cosas más pesadas de este mundo, suspende más arriba las livianas, lleva al fuego encima de todo, excita los astros a voltear, y, por fin, todas las otras cosas llenas de grandes maravillas? ¿Quieres tú, abandonando el suelo, contemplarlas con el espíritu? Ahora, cuando aún está caliente la sangre, y en vigencia tu vida, has de levantarte a estas cosas soberanas. En este género de vida te esperan muchas artes nobles, el amor y la práctica de las virtudes, el olvido de las concupiscencias, la ciencia del vivir y del morir, la serena calma de la Naturaleza.

XX

Mísera es, ciertamente, la condición de los hombres ocupados; pero misérrima es la de aquellos que ni aun a sus ocupaciones propias se consagran, que duermen de acuerdo con el sueño ajeno, caminan a paso de otro, y a quienes les son impuestos el odio y el amor que sienten, que son las más libres de todas las cosas. Estos, si quieren saber cuán breve es su vida, calculen qué porción de ella es la suya. Así que, cuando vieres cómo con frecuencia toman la toga de magistrados, que su nombre es célebre en el foro, no los envidies; estas cosas se consiguen con menoscabo de la propia vida. Para que un año sea numerado con su nombre⁴¹, malograrán todos sus años; a algunos, antes que llegasen al pico de su ambición, la vida los abandonó en sus primeras luchas; a otros, cuando hubieron trepado a la cumbre de la dignidad a costa de mil indignidades, se dieron cuenta, los cuitados, de que habían trabajado solo para tener un epitafio; y a los últimos, en fin, mientras disponían de su decrepitud como de una mocedad rebosante de esperanzas, la vida les faltó en medio de vanos y agotadores esfuerzos.

Vergüenza para aquel a quien el espíritu vital abandonó mientras en juicio abogaba por litigantes oscurísimos y buscaba, viejo y todo, los aplausos de la ignorante concurrencia! ¡Baldón para aquel otro que, más cansado de vivir que de trabajar, sucumbió en medio de sus oficiosidades! Mengua para aquel tercero que, muriendo al tomar cuentas, fue la risa de su heredero impaciente⁴².

No puedo pasar de largo un ejemplo que se me ocurre. Turanio⁴³, viejo diligente y exacto, al pasar de los noventa años, recibió de Calígula la dimisión no pedida de su cargo de aprovisionador de Roma. Entonces se hizo poner en la cama y mandó que, como a difunto, le llorase toda la familia. Deploraba la casa toda la jubilación de su anciano dueño y no cesó el llanto hasta que su cargo le fue restituido. ¿Tan agradable es morir atareado?

Igual espíritu tienen los más de los hombres; más les dura el deseo que la facultad de trabajar; luchan con la debilidad de su cuerpo y juzgan que no es llevadera la vejez porque les jubila de su trabajo. La ley dispensa de la milicia a los cincuenta años; desde los sesenta, cesa de citar a los senadores.

Más difícilmente los hombres consiguen el reposo de sí mismos que de la ley. Y, mientras tanto, robando y siendo robados, rompiendo el uno el descanso del otro, haciéndose desgraciados mutuamente, su vida es sin fruto, sin gozo, sin provecho del alma; nadie tiene la muerte en perspectiva; todos alargan mucho sus esperanzas. Algunos disponen aun aquellas cosas que están más allá de la vida: la construcción de grandiosos mausoleos, la dedicación de monumentos públicos, las fúnebres ofrendas, los suntuosos funerales y los regalos para sus piras funerarias. Pero, a fe mía, más

41 El año romano era identificado con los nombres de los dos cónsules anuales.

42 Impaciente porque durante mucho tiempo esperó por su herencia.

43 Mencionado por Tácito en sus *Anales*, libro I (VII).

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

valiera que las exequias de estos hombres se hiciesen como si hubieran vivido muy poco, a la lumbre de antorchas y candeleros⁴⁴, como los entierros de los párvulos.

44 Como si ellos fuesen niños o jóvenes, cuyos funerales tenían lugar por la noche (Virgilio, Eneida, capítulo XI, apartado 143).

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

MARCO AURELIO



Libro I

1. Aprendí de mi abuelo Vero: su bondad y no enojarme con facilidad.
2. De la reputación y memoria dejada por mi padre: su pudor y carácter varonil.
3. De mi madre: su sentido religioso, su inclinación a dar cuanto tenía y abstenerse de cualquier acto de maldad, así como su vida sencilla, lejos de toda clase de lujos y vanidades.
4. De mi bisabuelo: no haber frecuentado las escuelas públicas; pero no haber desdeñado la presencia en su casa de los mejores maestros y haberlos remunerado como se merecían, sin reparar en gastos.
5. De mi preceptor: no tomar partido en quejas públicas; la resistencia y frugalidad; el cuidado de no encomendar a otro el trabajo propio, de no empezar cien asuntos a la vez y de no prestar oídos a los chismosos.
6. De Diognetes¹: la aversión a las futilidades; la incredulidad a las patrañas y mentiras sobre la manera de preservarse de los demonios y otras necedades parecidas; el no aficionarse a la crianza de codornices augurales ni otras manías semejantes; el soportar las opiniones de los demás cuando eran sinceras; el haberme familiarizado con la filosofía teniendo por maestros primero a Baquio y luego a Tandasio y a Marciano; el aprender a dialogar desde muy niño; el haberme habituado a cama humilde cubierta de piel y, en fin, a cuantas prácticas y disciplinas son propias de un verdadero filósofo griego.
7. De Rústico: el haberme convencido de que era preciso controlar mi carácter y vigilarme muy atentamente; el no haber compuesto tratados retóricos y engañosos discursos destinados a convencer a los demás; el no haber intentado sorprender mediante falsa apariencia de actividad o de beneficencia; el haber renunciado a la retórica, a la poesía, al estilo refinado; el no usar la toga dentro de casa y toda otra vanidad semejante; a usar en mis epístolas el estilo sencillo del que me dio buen modelo en la carta que escribió desde Sinuesa² a mi madre; a estar siempre dispuesto con respecto a quienes me hubiesen faltado y me hubiesen tratado bruscamente, a reconciliarme con ellos y a ir a su encuentro a la menor indicación que hiciesen de arrepentimiento; a leer con el mayor detenimiento y a no contentarme con considerar las cosas de un modo insuficiente y sumario; a no dejarme convencer por esas gentes que hablan de continuo

¹ Marco Aurelio se refiere en este libro a recuerdos de amigos y maestros que fueron ejemplos de virtud para él.

² Ciudad de la Campania, luego integrada en el Lacio; famosa por las aguas termales de las inmediaciones. La Vía Apia pasaba por la población.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

a tontas y a locas; en fin, haber podido leer, gracias a él, pues me los prestó de su biblioteca, los libros que nos conservan las lecciones de Epicteto.

8. De Apolonio: la independencia; el decidirme a obrar sin vacilaciones y sin entregarme ciegamente en manos de la suerte; el no tener otro guía que la razón en todo instante; el ser siempre dueño de mí mismo, aun afligido por grandes dolores, por largas enfermedades o aun por la pérdida de un hijo; el haberme mostrado con su nobilísimo ejemplo que la mayor energía y la más grande dulzura de carácter pueden aliarse perfectamente; el haber aprendido a ser paciente como él lo era en todas su explicaciones; el haberme enseñado con su ejemplo vivo y sencillo, pues era hombre tan modesto que en muy poco tenía aquella habilidad y experiencia con que participaba a los demás sus doctrinas; en fin, el haberme enseñado, asimismo, cómo es preciso acoger lo que entre amigos suelen considerarse como favores, es decir, a no dejarme ganar fácilmente por ellos, ni tampoco a despreciarlos groseramente.

9. De Sexto: la benevolencia y el ejemplo de una familia patriarcal; la concepción de lo que es la vida según la Naturaleza enseña; la gravedad exenta de afectación; la verdadera solicitud, esa que continuamente acecha los deseos de los amigos para complacerlos; la tolerancia con los lerdos y con los que acostumbran a opinar sin haber reflexionado previamente; el arte de ponerse a tono con todo el mundo, arte que él practicaba naturalmente, con tal perfección que, sin adulaciones ni bajezas, encantaba a cuantos le trataban, sin que por ello dejase de inspirarles el más profundo respeto; su habilidad en descubrir con absoluta precisión el mejor modo de ordenar aquellos principios por los que es preciso regular la vida; el no haber manifestado jamás cólera ni sombra de toda otra pasión indigna; muy por el contrario, evidenciar siempre un carácter tan tranquilo como afectuoso; en fin, su habilidad para hablar discretamente y para hacer gala, sin la menor pedantería, de sus vastos conocimientos.

10. De Alejandro el gramático: no criticar a nadie; no irritarse ni mirar con desprecio a los que no hablan con la propiedad debida; muy al contrario, enseñarles dulcemente manifestando con suavidad y sin reproche la palabra verdadera, envolviéndola en una respuesta discreta o entablando una discusión en común relativa al fondo de la cuestión, no sobre la forma, para herir menos, o por cualquier otro medio de sugerición directa no menos apropiado.

11. De Frontón: haber observado a qué grado de envidia, de disimulo y duplicidad llegaron los tiranos, y cómo, casi siempre, esas gentes que llamamos los «patricios» son incapaces de verdadero afecto para los demás.

12. De Alejandro el platónico: a no alegar con demasiada frecuencia ni sin necesidad, bien de palabra, bien por escrito, exceso de ocupaciones; a no eludir con demasiada persistencia los deberes que imponen las relaciones sociales pretextando estar abrumado por los trabajos.

13. De Cátulo: a no despreciar las quejas de los amigos ni aun siendo infundadas; por el contrario, a tratar de sacarles de su error y de afirmar nuevamente las

relaciones cordiales; a no decir sino bien de quienes nos enseñan, como hacían Domicio y Atenodoro, que siempre que hablaban de sus maestros lo hacían con el mayor respeto.

14. De mi hermano Severo: a amar al prójimo, a todo lo verdadero y a todo lo bueno; el haber conocido gracias a él a Tresa, Helvidio, Catón, Dión y Bruto; de haber adquirido también por él una noción clara de lo que es un Estado democrático, de un gobierno fundado sobre la igualdad y el común derecho de todos a exponer sus ideas; de un imperio en que sobre todas las cosas se respete la libertad de sus ciudadanos. De él aprendí también a rendir culto constante y sin desfallecimiento a la filosofía; la beneficencia y la libertad llevada al más alto grado; así como a no desconfiar del afecto que nos profesan los verdaderos amigos. Acostumbraba también a reprender a quienes tenía que hacerlo o a censurar a aquellos que a su juicio lo merecían con la mayor claridad y franqueza; de tal modo era sincero que jamás tenían sus amigos que perderse en conjeturas sobre lo que pensaba y sobre lo que quería, que una y otra cosa eran en todo momento en él cosa evidente.

15. De Máximo: el dominio de sí mismo y el no dejarse arrastrar por ninguna clase de impulsos, fueran cuales fuesen; el valor en todas las circunstancias, muy especialmente en el curso de las enfermedades; aquella dulce mezcla de dulzura y nobleza que daban tan grato sello a su carácter; aquel su ánimo generoso que le hacía cumplir sin esfuerzo cuantos trabajos se le deparaban; la confianza que sabía inspirar de que su pensamiento y su palabra eran una sola y única cosa y de que cuanto hacía era movido por la buena intención; el no asustarse ni asombrarse jamás; la falta de precipitación, de lentitud, de abatimiento, de temor, de cólera y de desconfianza; el prodigar el bien, la facilidad en el perdonar, la lealtad; el dar la idea siempre de un hombre justo y sincero, sin doblez; en fin, aquella su manera de ser que evidenciaba que a nadie miraba con menosprecio ni superioridad.

16. De mi padre: la mansedumbre, pero también la firmeza inquebrantable en sus decisiones una vez adoptadas tras madura reflexión; la indiferencia a esa vanagloria, compañera engañosa de los no menos engañosos honores; el amor y la perseverancia en el trabajo; la atención con que escuchaba a cuantos eran capaces de hacer algo útil al bien público; el otorgar franca e inflexiblemente a cada uno lo que le era debido por sus méritos; la habilidad en el conocer cuándo era preciso sostener un esfuerzo y cuándo detenerse; el haber renunciado a los amores de los adolescentes; la sociabilidad; el dejar en la mayor libertad a sus amigos, no exigiéndoles que se sentasen en contra de su voluntad a su mesa ni que por obligación le acompañasen en sus viajes; por el contrario, estos siempre le encontraban el mismo cuando, obligados por la necesidad, habían tenido que separarse de él el tiempo que fuese; aquel minucioso cuidado que tomaba siempre en examinar por sí mismo los asuntos que tenía en Lanuvio³; entre ellos, al recaudador de tributos de Túsculo, que solía pedírselo; y siempre obraba igual. Jamás se le vio airado, violento ni enfadado; jamás se empeñaba en trabajos sin calcular; al contrario, sus planes y propósitos estaban siempre tan bien pensados, tan sensata y acertadamente ordenados y dispuestos, tan perfectamente dirigidos que parecían más

³ Antigua ciudad del Lacio a unas 20 millas de Roma y a la derecha de la Vía Apia.

placer que obligaciones. Hubiera podido decirse de él, como de Sócrates, que sabía igualmente privarse del gozo de esos bienes, cuya falta hace a la mayor parte de los hombres caer en la tristeza y su disfrute en los excesos. Igualmente, su valor, su resistencia y su templanza en goces y privaciones –prueba palpable de su alma equilibrada e invencible– quedó bien patente durante la enfermedad que le ocasionó la muerte.

17. De los dioses: haber tenido buenos abuelos, un buen padre y una buena madre, una buena hermana, buenos maestros y buenos familiares y parientes, y amigos casi todos buenos, asimismo; el no haber llegado a faltarlos, lo que, dado mi carácter, hubiera podido muy bien ocurrir en uno de esos arrebatos que las ocasiones ofrecen algunas veces; luego es un gran favor que los dioses me han otorgado el que las circunstancias no hayan motivado, para confundirme, algo de lo que luego hubiera tenido que arrepentirme.

No menos les debo: el no haber sido educado demasiado tiempo en casa de la concubina de mi abuelo; el haber conservado la inocencia hasta bien entrada la juventud; el no haber hecho prematuramente ningún acto de virilidad; más aún, el que transcurriese mucho tiempo antes de iniciarme; el haber sido subordinado a un príncipe, mi padre, que debía con sus sanos ejemplos y consejos evitarme toda vanidad y ayudarme a comprender que se puede vivir perfectamente en sociedad sin necesidad de guardias, de trajes lujosos, de lampadarios, de estatuas y de otras cosas parecidas usadas solo para aparentar; es decir, a darme cuenta de que un príncipe puede reducir sus vanidades hasta el punto de llegar a no sobrepasar las de un particular, sin que por ello desprecie ni humille su rango ni descuide los deberes que debe ejercitar como soberano y los derechos que puede exigir, por ello mismo, en nombre del Estado; el haber tenido un hermano como el que tuve, capaz por su carácter de inducirme a tener mucho cuidado de mí mismo sin dejar por ello de encantarme por su gran afecto y consideraciones hacia mí; el no haber tenido hijos torpes ni contrahechos; el no haberme aficionado excesivamente a la retórica, a la poesía y a otros estudios que me hubieran movido a dedicarme a ellos totalmente de haber observado que pudiera hacer en ellos progresos; el haberme anticipado a los deseos de mis maestros colocándolos en las dignidades que me parecían ambicionar, sin dilatar el cumplimiento de sus deseos ni pretender que, puesto que aún eran jóvenes, más tarde podría realizar sus aspiraciones; el haber conocido a Apolonio, a Rústico y a Máximo; el haber comprendido muchas veces y con toda claridad lo que es la vida conforme a la Naturaleza, de tal modo que el que no viviese de acuerdo con ella no dependería en modo alguno de los dioses, de sus comunicaciones, inspiraciones y ayudas, sino de mi propia culpa por no tener en cuenta precisamente sus advertencias, es decir, sus lecciones; la resistencia extraordinaria de mi cuerpo, no obstante mi trabajosa vida; el no haber tocado a Benedicta ni a Teodoto; el haberme curado pronto y sin dolor, más tarde, cuando el amor me hizo su víctima; el no haber empeorado con hechos de los que luego hubiera tenido que arrepentirme, mis enfados con Rústico; el que mi madre, que estaba destinada a morir joven, pudiese pasar a mi lado sus últimos años; el que cuando se me ocurrió socorrer a un hombre necesitado o que por alguna razón necesitaba ayuda, pudiera hacerlo; el no haber necesitado a mi vez que otro me ayudase con sus préstamos; el haber desposado a una

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

mujer tan obediente, amante y sencilla; el haber tenido buenos maestros para mis hijos; el haber soñado diversos remedios para mis males, especialmente para corregir mis mareos y los espasmos sanguinolentos que con frecuencia arrojaba, como me sucedió estando en Gaeta; el no haber caído en manos de los sofistas cuando me aficioné a la filosofía, ni para pasar el tiempo en el análisis de autores y silogismos o perderle, igualmente, ocupándome de la física celeste. Forzosamente, tanta ventura me fue concedida por los bondadosísimos dioses y por la Fortuna. Esto lo escribo en el país de los Cuados⁴, al borde del río Gran.

⁴ Pueblo germánico de origen suevo, que habitaba al norte del Danubio.

Libro II

1. Apenas amanezca, piensa todos los días: hoy encontraré a cualquier persona que tenga alguna de estas faltas: que sea un indiscreto, un ingrato, un insolente, un embuster, un envidioso, un egoísta. Los desgraciados que tienen estos defectos es porque no distinguen los verdaderos bienes y los verdaderos males. Pero yo, que he aprendido que el bien verdadero consiste en lo que es honesto y el mal verdadero está en lo vergonzoso, yo, que conozco la naturaleza de quien comete la falta, que sé que es hermano mío, no de sangre y de carne, sino por nuestra común participación en un mismo espíritu procedente de Dios, no puedo sentirme ofendido por su parte, ya que nada de cuanto hago podría avergonzarme. En efecto, nadie podría despojar a mi alma de la honradez; es imposible que llegue a enfadarme con un hermano y que pueda odiarle. Ambos hemos sido hechos para obrar de común acuerdo, como los pies, las manos, los párpados; como dos hileras de dientes, superior la una e inferior la otra. Obraríamos, pues, contra la Naturaleza si fuésemos enemigos; y obraríamos así si expresásemos disgusto y aversión con estos desdichados.

2. Todo lo que constituye mi ser no es más que un poco de carne con un aliento de vida y dotado de la facultad de pensar. Abandona tus libros, suprime las diversiones, pues nada de eso te está permitido, y pensando que eres perecedero, desprecia esta carne, montón de sangre y de huesos, tejido de nervios, de venas y de arterias. Considera también lo que es tu respiración: aire, solo aire, siempre distinto, arrojado continuamente y aspirado sin cesar. Solo queda, pues, la parte principal, la que piensa. Ahora bien, habla contigo mismo; eres viejo; no tengas por más tiempo esclavizada esta facultad maestra y por deseos incompatibles con el bien de la sociedad, no consentas que sea sacudida como un muñeco. No te quejes de tu suerte presente ni temas la futura.

3. Las obras de los dioses están ya previstas; las de la Fortuna dependen de la Naturaleza, que es enlace y encadenamiento de las causas que rige la Providencia. Esta es, pues, el origen de todo, y todo lo que ocurre es necesario por cuanto contribuye al orden perfecto de este universo en el cual estás. Todo lo que entra en los planes de la Naturaleza y que tiende a conservarla en buen estado es bueno para cada una de sus partes integrantes; luego la buena marcha del mundo depende tanto de las múltiples variaciones de los elementos como del cambio de los seres que lo constituyen. Ten presente esto para que estas verdades te sirvan de norma. Abandona esos libros que con todo interés estudias, mira que vas a maldecir la muerte algún día en vez de recibirla con alma tranquila y bendiciendo a los dioses de todo corazón.

4. Piensa cuánto tiempo hace que estás dejando para otro día esas ocupaciones tan importantes y cuántas veces has desperdiciado las ocasiones que te ha ofrecido la Providencia. Es necesario, pues, que recapacites que hay un mundo, del cual formas parte, y que este universo se halla regido por un Ser supremo, cuya esencia se refleja en tu espíritu, y que tu vida está estrechamente circunscrita al tiempo. Por lo tanto, si no lo aprovechas para buscar la tranquilidad de tu alma, desaparecerá contigo y ya no podrás lograrlo.

5. Siempre, a cualquier hora del día, procura conducirte como un buen romano, como ciudadano digno de este nombre, sin darte importancia, con amor hacia tus semejantes, con libertad, con justicia. Procura librarte, entonces, de otras preocupaciones, y seguramente lo conseguirás si cumples cada acto de tu vida como si fuese el último de tu existencia, es decir, sin precipitación, sin pasión alguna que te impida escuchar la razón; sin hipocresía, sin amor propio y sin indignación contra el destino. No son muchos preceptos, pero el que los observe puede estar seguro de llevar una vida dichosa, próspera y acorde a la Divinidad. Porque realmente esto es lo único que exigen los dioses.

6. Avergüénzate, alma mía, avergüénzate. Ya no tendrás tiempo de honrarte. La vida del hombre es corta; la tuya casi ha pasado y no solamente no te honras todavía, sino que fundas tu felicidad en lo que pasa en el alma de los demás.

7. No te dejes embargar demasiado por los acontecimientos exteriores. Abandoná esa vida febril de cuando en cuando y dedica tus momentos de ocio a instruirte en algo bueno. Procura evitar asimismo cualquier otro error. Es una locura trabajar toda la vida si nuestra imaginación y nuestros esfuerzos no tienden hacia un objeto determinado.

8. No es fácil que un hombre sea desdichado por no haber prestado atención a lo que sucedía en el alma de otro; pero los que no han estudiado nunca los movimientos de su propia alma, estos tienen que ser desgraciados forzosamente.

9. He aquí las reflexiones que continuamente debes hacerte: ¿cuál es la naturaleza del universo y cuál es la mía? ¿Qué relación existe entre esta y aquella? ¿Qué parte del universo soy y qué es este? Convéncete de que nadie puede impedirte obrar y hablar de acuerdo con la naturaleza de la cual formas parte.

10. En la comparación que hace Teofrasto⁵ de los pecados, según ideas corrientes, dice, como buen filósofo, que las faltas cometidas por concupiscencia son más graves que las que origina la cólera. En efecto: el hombre dominado por la cólera experimenta evidentemente una clara angustia y una pena que le aprieta el corazón cuando de modo brutal y ciego se aparta de la razón. Por el contrario, cuando se peca por concupiscencia, es decir, vencido por la voluptuosidad, se demuestra ser más cobarde y afeminado. Con razón ha dicho Teofrasto, cual filósofo digno de este nombre⁶, que el crimen cometido con una sensación de placer es más execrable que el que se comete con un sentimiento de dolor. En una palabra, el que se encoleriza lo hace a la fuerza y casi obligado por el dolor de una ofensa que ha recibido, en tanto que el otro se rebaja voluntariamente a satisfacer su concupiscencia.

11. Obra, habla y piensa siempre como si estuvieras a punto de salir de esta vida. Desaparecer de entre los hombres no es, en verdad, terrible; si existen dioses, porque

5 Filósofo griego, discípulo de Aristóteles, siglos IV y III a. C., y referencia a su obra *Caracteres morales*.

6 El nombre Teofrasto significa de habla o estilo divino.

estos no querrían hacerte de nuevo desgraciado; y, por el contrario, si no existen, o si no se preocupan de las cosas terrenales, ¿para qué vivir en un mundo sin dioses ni Providencia? Pero sí; hay dioses que se cuidan de las cosas humanas y que han dado al hombre todo lo que necesita para que no caiga en el mal irremediablemente. Si en todo lo demás hubiese algún mal verdadero, lo habrían previsto los dioses y nos hubieran dado los medios para sobrellevarlo. Pero lo que no es capaz de hacer malo al hombre, ¿cómo podría hacer mala su existencia? La Naturaleza que gobierna el mundo no hubiera consentido semejante desorden, sino únicamente no pudiendo prevenir ni remediar tanto mal. No; es inadmisible que por impotencia o incapacidad se hayan equivocado hasta el extremo de repartir indistintamente los bienes y los males entre los justos y los pecadores. Luego la muerte y la vida, la gloria y la oscuridad, el dolor y el placer, la riqueza y la indigencia, son cosas que, por naturaleza, no son buenas o malas, y participan de ellas sin distinción los justos y los pecadores. Por tanto, no son ni verdaderos bienes ni verdaderos males.

12. ¡Qué rápido termina todo! ¡En el mundo nuestros cuerpos y en el tiempo los recuerdos! Del mismo modo se desvanecen todas las cosas que distraen nuestros sentidos y, más aún, las que nos atraen con el placer, nos aterrorizan por el dolor o adulan nuestra vanidad. ¡Qué frívolo y despreciable nos parece todo esto a la luz de la razón! ¿Qué son esos hombres cuyas opiniones y favores dispensan la gloria? ¿Qué es la muerte? Si se la considera por sí misma, es decir, separando con el pensamiento lo relativo a la imaginación, se verá en ella únicamente la obra de la Naturaleza. Luego sería pueril atemorizarse por algo natural. ¿Qué digo? No es solamente la obra de la Naturaleza, sino algo sumamente útil. Lo esencial es saber qué tiene el hombre de Dios, cuál de sus partes y cómo está dispuesta esta parte.

13. No hay nada tan digno de compasión como el hombre que va de izquierda a derecha, que escudriña, como dice el poeta, hasta las entrañas de la tierra y que intenta adivinar lo que sucede en los demás sin darse cuenta de que sería suficiente para su felicidad ser constante con el alma que reside en sí mismo si le consagrara sincera devoción. Esta devoción consiste en preservar a su alma de las pasiones, de la irreflexión, de toda la vanidad y la impaciencia para todo lo que proviene de los dioses y de los hombres, porque lo que proviene de los dioses es respetable, por su virtud y supremacía, y lo que proviene de los hombres lo es también y debe sernos querido, puesto que son hermanos nuestros. Algunas veces, no obstante, debemos tener cierta compasión de estos últimos, por la ignorancia en que se hallan de los verdaderos bienes y de los verdaderos males. Este defecto es tan perdonable como la debilidad de un ciego que no puede distinguir lo blanco de lo negro.

14. Aunque viviesen tres o treinta mil años, no olvides jamás que nadie pierde más vida que la que tiene, ni goza de otra vida distinta de la que pierde. Así pues, la vida más larga y la más corta vienen a ser lo mismo. El presente es de igual duración para todos y lo que se pierde es también igual y, en definitiva, sin importancia. En cambio, no podríamos perder ni el pasado ni lo venidero, porque ¿acaso se le puede arrebatar a uno lo que no tiene? Acuérdate de estas dos verdades: la una, que todo exteriormente es de idéntico aspecto, que pasa por los mismos ciclos y que es

indiferente ver el mismo espectáculo durante un siglo o dos que por toda la eternidad; la otra, que el que muere muy joven pierde igual que otro que ha vivido muchos años. Ambos pierden solo el instante presente, que es el único que poseen, puesto que no podrían perder lo que no tienen.

15. Las palabras atribuidas al cínico Mónimo: «Todo es opinión», son evidentes. Sobre todo por el provecho que se puede sacar de ellas si se toma únicamente lo que contienen de verdadero⁷.

16. El alma del hombre se deshonra a sí misma: primero, cuando produce en la sociedad los mismos efectos que un tumor en el cuerpo humano, es decir, que se vuelve una partícula molesta en el organismo de la Naturaleza. En efecto, enfadarse contra los acontecimientos es como una deserción respecto a la Naturaleza, de la que forman parte las naturalezas de los demás seres que la integran. Y en segundo lugar, cuando tiene odio a otro individuo o lo maltrata, como sucede cuando se encoleriza. También se deshonra cuando se deja vencer por el placer o el dolor, cuando emplea la hipocresía, el disimulo y la mentira en sus actos o palabras y, finalmente, cuando no dirige hacia un objeto determinado su conducta y sus esfuerzos, haciendo todo sin cuidado ni orden, siendo así que hasta las cosas más insignificantes deben conducir al mismo fin. Luego el fin de los seres racionales está en vivir conforme a la razón y a las leyes del universo, que es el Gobierno más antiguo y el mejor legislador.

17. ¿Cuál es la duración de la vida del hombre? Un punto en el espacio. ¿La sustancia? Variable. ¿Las sensaciones? Oscuras. ¿Qué es el cuerpo? Futura putrefacción. ¿Su alma? Un torbellino. ¿Su destino? Enigma. ¿Su reputación? Dudosa. En una palabra, todo lo que proviene de su cuerpo es como el agua de un torrente, y lo que dimana de su alma, como un sueño, como el humo. Su vida es un combate perpetuo, un destierro en suelo extranjero; su fama después de la muerte, un olvido absoluto. ¿Qué es, pues, lo único que puede guiarnos en este mundo? Una sola y única cosa: la filosofía. Esta consiste en velar por el genio que reside en nuestro interior, de suerte que no reciba ni afrenta ni heridas, que no se deje arrastrar por los placeres ni por los dolores, que no haga nada a la ventura, que no emplee los embustes ni la hipocresía, que no cuente nunca con lo que otro haga o deje de hacer, que acepte todo lo que suceda o que le corresponda como procedente de su mismo origen y, en fin, que aguarde la muerte con paciencia y no viendo en ella sino la disolución de los elementos que constituyen el organismo de todo ser viviente. Si estos elementos no sufren daño alguno al transformarse perpetuamente de un estado a otro, ¿por qué ha de inspirar la muerte desconfianza y temor? Todo se halla regido por la Naturaleza, luego no hay peligro alguno. Esto ha sido escrito en Carnuta⁸.

7 Mónimo de Siracusa fue un filósofo griego de la escuela cínica; sus obras se han perdido; solo se conocen referencias que hace Diógenes Laercio, del que fue discípulo.

8 Ciudad junto al Danubio donde Marco Aurelio residió durante períodos de descanso entre campañas de guerra.

Libro III

1. No se debe pensar sólo que cada día que pasa abrevia la vida y que, por consiguiente, la parte que nos resta por vivir es más corta; no, es preciso pensar que si se llega a una edad madura (si bien no es más segura), no es probable que se conserve la misma claridad para los negocios y para entregarse a un detenido estudio de las cosas divinas y humanas. Verdad es que cuando un hombre cae en la infancia no por eso deja de respirar, de nutrirse, de emitir ideas, de expresar sus deseos y de llevar a cabo tal o cual función por el estilo; pero la facultad de disponer de sí mismo, de darse cuenta exacta de todos su deberes, de analizar sus ideas, de saber si ha llegado la hora de terminar sus días y, en fin, de examinar cuerdamente todas las cuestiones que lleva consigo el ejercicio de la razón, esta facultad, vuelvo a decir, se extingue en él mucho antes que las anteriores. Es preciso, pues, aprovechar el tiempo, y ello no solo porque cada instante es un paso más que damos hacia la muerte, sino por el hecho de que antes de morir perdemos la capacidad de concebir las cosas y de prestarles la atención que merecen.

2. Es necesario tener en cuenta verdades como las siguientes: todo lo que resulta de las obras de la Naturaleza, aun las cosas accesorias, tiene su gracia y su atractivo. Examinemos el pan, por ejemplo: al cocerse se producen algunas grietas; y estas grietas, que por un lado causan el disgusto sin duda del panadero, celoso de su arte, no dejan de dar al pan un aspecto agradable y de excitar el apetito de un modo especial. El higo, asimismo, se agrieta cuando llega a su plena madurez, y las aceitunas bien maduras, las que quedan en el árbol casi podridas, conservan un atractivo particular. Igualmente, la inclinación de las espigas hacia la tierra, las arrugas que surcan la frente del león, la baba que cae del hocico de los jabalíes y otra multitud de cosas, consideradas aisladamente, carecen del menor encanto; y, sin embargo, como partes integrantes que son de las obras de la Naturaleza, la embellecen y agregan todavía un nuevo atractivo.

Así pues, todo individuo que tenga un alma sensible y una inteligencia capaz de discernir con claridad, no verá en todo lo que existe en el mundo nada desagradable desde el momento que se halla ligado de algún modo al conjunto de las cosas. Este hombre no verá con menor placer las fauces desmesuradas de las fieras que las imágenes que de ellas hacen el pintor o escultor. Hasta en una mujer anciana o en un viejo, su ojo experto verá la madurez, el ocaso de la vida; y sus miradas no estarán impregnadas de lascivia al mirar los encantos de la juventud. Otro tanto podría decirse de muchos casos semejantes que únicamente el hombre verdaderamente familiarizado con la Naturaleza y sus obras es capaz de apreciar.

3. Hipócrates⁹, después de haber curado a muchos enfermos, cayó a su vez enfermo y murió. Los caldeos¹⁰, que predijeron la muerte a no pocas personas, fueron a su vez arrebatados por la ley del destino. Alejandro, Pompeyo y César, después de arrasar poblaciones enteras y de segar la vida de millares y millares de infantes y jinetes

9 Médico griego, siglo V a. C., llamado el padre de la medicina.

10 Famosos astrólogos y matemáticos de la baja Mesopotamia, entre los siglos VII y VI a. C.

en los campos de batalla, abandonaron asimismo este mundo. Heráclito¹¹ murió de hidropesía y cubierto de boñiga, a pesar de sus sabias disertaciones como físico acerca del destino final del universo. Demócrito¹² pereció cubierto de miseria y a Sócrates otra miseria aún peor le acarreó la muerte. ¿Qué se deduce de esto? Te embarcaste, has navegado y llegaste hasta el final del viaje, pues sal del barco: si es para otra vida, todo en ella estará lleno de la Divinidad, los dioses están allí; si, por el contrario, es para entrar en el reino de la insensibilidad, ya no estarás expuesto a los dolores y a los placeres de hallarte ligado a ese cuerpo, que no es ni siquiera el limo del ser que encierra y a quien obedece: porque este es un espíritu, una divinidad, mientras que lo demás sólo es una mezcla vil de sangre impura y polvo.

4. El corto espacio de tiempo que te queda por vivir no lo malgastes en pensar en los asuntos ajenos, a menos que estos no sean un bien para la sociedad. No podrás ocuparte de lo que otro hace y por qué lo hace, de lo que dice o piensa, de las intrigas que trama o de otra cosa cualquiera por el estilo, so pena de faltar a alguno de tus deberes. Obrando de este modo, irías contra tu conciencia y te alejarías del estudio de esta parte de tu ser que ha sido hecha para dirigirte.

Es preciso excluir de nuestros pensamientos todo aquello que pueda tener un objeto frívolo y vano, y con mayor motivo lo que solo sea efecto de la inquieta curiosidad o de una maldad habitual. Acostúmbrate, pues, a pensar tan noble y rectamente que si de súbito te hicieran esta pregunta: «¿En qué piensas?», pudieras contestar inmediatamente y con toda franqueza: «Pienso en esto o en aquello», y de modo que, por tu respuesta, se viera en seguida que tu alma está llena de sencillez, de bondad, que es digna de un ser destinado a vivir con sus semejantes, de un ser indiferente a los placeres y, en general, a todo lo que halaga los sentidos, sin odio, sin envidia, sin rastrera desconfianza y, en fin, de todas aquellas pasiones que te producirían vergüenza si tuvieras que aceptar que existían en el fondo de tu corazón.

El hombre que es de esta manera, que en todo momento se esfuerza en rivalizar con los más virtuosos, puede ser considerado como un sacerdote o un ministro de los dioses, ya que se consagra al culto del ser que reside en su corazón, de ese dios que le preserva de las manchas de la voluptuosidad, de las heridas del dolor y de los ataques de la injuria, que le vuelve insensible a la maldad de otro, que hace de él un atleta en el más noble de los combates, que le protege de todas las pasiones, le concede un temperamento de justicia, le permite aceptar benévolamente los acontecimientos y conformarse con todo aquello que el destino le depara, sin preocuparse nunca de lo que otro dice o piensa, no siendo esto de absoluta necesidad al interés público.

Un hombre así sólo se ocupa de lo que debe hacer por sí mismo y no pierde nunca de vista la parte que le ha correspondido en este mundo; continúa siendo honrado en todos sus actos, y está convencido de que su parte es buena, puesto que la suerte que

11 Filósofo del siglo V a. C. Nacido en Éfeso, cuya doctrina característica se basa en el principio de la relatividad universal.

12 Filósofo griego presocrático.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

le ha tocado a cada individuo está en relación con sus intereses particulares y con el orden universal. No olvida, sin embargo, que todo ser racional es de su misma familia y que el hombre, por naturaleza, se halla inclinado a interesarse por sus semejantes.

Desde luego, no debe buscar indistintamente la estima de todos los hombres, sino de aquellos que viven conforme a su naturaleza. En cuanto a los demás, es decir, a los que viven de otro modo, no olvida en ningún momento su manera de vivir, en casa y fuera de ella, por la noche y durante el día, lo que son y las compañías que frecuentan. En resumen, no hace el menor caso de la estima de tales individuos, ya que empiezan ellos por no estimarse a sí mismos.

5. No hagas nada sin querer, ni que sea malo para la sociedad, ni sin maduro examen, ni por espíritu de contradicción. No adornes superfluamente tus pensamientos. Procura hablar poco y no emprendas a la vez muchos asuntos. En todo caso, que el dios que llevas contigo reine en un ser realmente hombre, digno de respeto y cuidadoso del bien de sus conciudadanos, ya sea un simple romano, ya el propio emperador, de un hombre tan ordenado con lo suyo propio que su actitud siempre sea la del soldado que se halla dispuesto a abandonar esta vida a la primera señal, sin necesidad de fórmulas de juramento ni de testimonio de nadie. Conserva, además, siempre la misma serenidad; procura no llamar en tu ayuda al vecino y no cuentes nunca con obtener la tranquilidad de espíritu fiándote en otro. En una palabra, hay que ser recto, pero no enderezado.

6. Si encuentras algo en la vida humana que valga más que la justicia, la verdad, la templanza, el valor o, mejor aún, más que la virtud de un alma que se basta a sí misma en las circunstancias en que está permitido obrar según la recta razón y que se confía al destino en todo aquello que no depende de ella; si quizás encuentras algo preferible, vuelvo a decir, dirige hacia esto toda la potencia de tu alma y hazte con tan precioso hallazgo.

Pero si, por el contrario, no ves nada mejor que el genio divino que reside en tu interior, que ordena tus propios deseos, que examina el fondo de tus pensamientos, que huye de los ataques de los sentidos, como decía Sócrates, que se somete por sí mismo a los dioses y que ama a los hombres; si todo lo demás te parece vil e insignificante en comparación de este genio, deséchalo, no sea que te impida conceder toda tu estima y desvelos a ese bien particular de los seres de tu especie y el único que verdaderamente te pertenece.

Este bien, privilegio de la razón y principio de las virtudes sociales, no puede sustituirse ni aun inocentemente con otro cualquiera, como las alabanzas de la plebe, las dignidades, las riquezas o la voluptuosidad. Todas estas cosas puede que algunas veces nos convengan y hasta estén de acuerdo con nuestra naturaleza; pero este es precisamente su gran peligro, pues a la menor tolerancia se sobreponen a la virtud y nos arrastran a la perdición. Elige, pues, con claridad y como hombre libre el bien superior, y una vez elegido, ¡cuidado no lo pierdas! «Pero lo mejor –dirás tú– es lo útil». Perfectamente; y si esta utilidad está de acuerdo con tu condición de ser razonable y espiritual, no la desdeñas. Pero ¿y si solo te es útil en cuanto ser animal? Conoce tú

mismo este punto antes de decidirte y conserva sin alardes tu decisión para que te sirva de fundamento en tus exámenes íntimos.

7. Guárdate muy bien de juzgar como de un interés capital todo aquello que pueda obligarte algún día a violar la fe jurada, a carecer de pudor, a odiar a alguien, a pensar mal o maldecirle, a obrar con disimulo o a desear alguna cosa que solo pueda hacerse detrás de una pared o a través de un tupido velo. El hombre que, ante todo, se ocupa de su alma, de ese genio divino que le ilumina y al cual rinde el justo homenaje debido a su poder, no será seguramente un papel ridículo ni lanzará estériles exclamaciones. Que se encuentra en el más completo aislamiento o rodeado de una corte numerosa, ¿qué puede importarle? Y dichosamente vivirá sin buscar ávidamente nada, pero también sin huir de las cosas. ¿Permanecerá, acaso, su alma corto o largo tiempo en la envoltura carnal? Esta pregunta apenas si le interesa. ¿Que es preciso dejarla al instante? Pues partirá tan libre y tranquilo cual si se tratase de cumplir otra función cualquiera que pudiera llevarse a cabo con decencia y dignidad. La única cosa por la cual velará muy especialmente en el transcurso de su vida será por impedir que su alma se aparte de los deberes de un ser dotado de razón y nacido para vivir en sociedad.

8. En el espíritu del hombre que ha sabido corregirse y purificarse rigurosamente no encontrarás nunca ninguna huella de corrupción, la menor tacha ni la más leve cicatriz. No se verá jamás sorprendido por la muerte antes de haber terminado por completo su vida, como el actor que no abandona la escena antes de acabar su papel y dar fin a la tragedia. Tampoco verás en él ni bajeza, ni afectación, ni violencia, ni despropósito, ni sujeción alguna, ni incomprensibles misterios.

9. Que tu entendimiento, que juzga todo, te inspire una especie de culto. El punto esencial estriba en no admitir ninguna opinión contraria al orden general del mundo o a la naturaleza de un ser racional. Esta exige la ausencia de precipitación en nuestro raciocinio, el amor a la Humanidad, la obediencia a los dioses.

10. Ten presente, pues, estas prescripciones y deja a un lado todo lo demás. No olvides tampoco que la vida se limita para cada uno de nosotros al tiempo presente, que sólo es un fugaz intervalo; el resto de la existencia no existe, o es incierto. Por consiguiente, la vida de todo ser no representa casi nada; el lugar donde transcurre no es más que un rincón insignificante de la Tierra, y la reputación más duradera que uno deja tras de sí apenas si vale algo, pues se transmite mediante una sucesión a individuos insignificantes que, a su vez deben morir también, que no se conocen a ellos mismos y que, como es natural, conocen mucho menos todavía al que murió hace mucho tiempo.

11. A todas estas reglas saludables hay que agregar todavía otra, y es la de la definición clara del asunto que venga al pensamiento, con objeto de ver clara y distintamente lo que es en sustancia, considerándolo todo y en sus partes separadas, y poder decirse a sí mismo su verdadero nombre, así como el nombre de las partes que lo componen y en las que debe resolverse. Porque no hay nada que pueda educar y engrandecer tan bien el alma como el analizar con método y precisión todo aquello con que se tropieza en la vida y como el examinar siempre todos los objetos de tal modo que se pueda conocer inmediatamente a qué orden de cosas pertenece, cuál es su utilidad,

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

qué importancia tiene en el universo y con relación al hombre, verdadero ciudadano de esta urbe celeste en la cual las demás ciudades, por decirlo así, solo representan las casas.

Es preciso, además, saber qué es cada objeto, qué elementos lo componen, cuánto tiempo debe durar, qué actividades ha de poner en práctica con este motivo: si la paciencia, si la firmeza, si la sinceridad, si la buena fe, la resignación, la frugalidad o cuál otra. He aquí por qué ante cualquier acontecimiento es preciso decir: esto me viene de Dios; eso otro es una consecuencia necesaria del sistema general, de la relación y concordancia de todas las cosas, cuyo resultado es esta coincidencia fortuita; aquello proviene de mi conciudadano, de mi pariente, del amigo que desgraciadamente ignora lo que le prescribe nuestra naturaleza; pero yo, que no lo ignoro, le trataré con benevolencia y justicia, según la ley natural de la convivencia. No obstante, y aun cuando se trata de cosas indiferentes, me aplicaré por mi parte a calcular cada una de ellas en su justo precio.

12. Si cumples tu cometido en el presente según la recta razón, con cuidado, persistencia, alegría y serenidad, sin distraerte en nada extraño; si conservas constantemente puro el genio divino que te anima, como si tuvieras que restituirlo en cualquier instante; si unes a estas excelencias el no verte atado por el deseo o por el temor; si te limitas a hacer lo que haces conforme a la naturaleza de tu ser y decir sencillamente la verdad en todos tus discursos y en todas tus palabras, vivirás feliz. Y ciertamente que nadie puede impedirte el que te conduzcas de este modo.

13. Así como los médicos tienen siempre a su alcance los aparatos e instrumentos ya preparados para servirse de ellos en caso de operaciones imprevistas, procura asimismo estar animado de los principios necesarios que te den a conocer tus deberes para con los dioses y para con los hombres, con objeto de que no pierdas de vista, aun en el asunto más insignificante, el encadenamiento estrecho que existe entre estas dos clases de deberes; pues ten presente que no podrás cumplir bien tus deberes en las cosas humanas si no consideras la conexión que guardan con las divinas, y recíprocamente.

14. No te abandones más, porque no tendrías luego tiempo de repasar tus recuerdos, ni la historia antigua de los romanos y de los griegos, ni los trozos escogidos que has guardado para cuando llegues a viejo. Apresúrate, pues, a ir derecho hacia el fin que te hayas propuesto; desecha las esperanzas frívolas y procura ayudarte a ti mismo antes de que se haga tarde, si tienes realmente interés.

15. El vulgo no conoce el verdadero alcance de estas palabras: sustraer (el tiempo a las obligaciones debidas), sembrar, comprar, vivir en paz y ver lo que se debe hacer; porque estas cosas no se ofrecen a simple vista sino que requieren el más refinado discernimiento.

16. Cuerpo, alma sensitiva, inteligencia. Al cuerpo, sensaciones; al alma sensitiva, pasiones; a la inteligencia, principios. Tener la imaginación impresionada puede suceder aun a las bestias. Verse agitado, cual un muñeco, por las pasiones, les sucede a

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

las fieras, a los hombres que solo tienen de tal el nombre, a un Falaris¹³ y a un Nerón. Saber comportarse exteriormente con buenos modales, los ateos no lo ignoran; lo mismo que los traidores a la patria y los que hacen lo que les parece a puertas cerradas. Luego si todas estas propiedades son comunes a los diferentes seres que acabo de citar, la única virtud que le queda al hombre de bien como propia es la de aceptar y conformarse con todo lo que le sucede por estar urdido, por decirlo así, con la trama de sus días; no ultrajar nunca al genio divino que reside en su corazón: impedir que sea atormentado por las múltiples quimeras de la imaginación y, en fin, conservar su benevolencia rindiéndole modesto homenaje como a un dios, sin decir jamás ninguna palabra que no sea verdad ni hacer nunca nada que no sea justo. Y aunque muchos no se hallen persuadidos de la sencillez, de la modestia y de la tranquilidad de su vida, no por eso se indigna con ellos ni se aparta del camino que conduce al término de la vida, al cual debe llegar íntegro, tranquilo, libre y voluntariamente sometido a la ley de su destino.

13 Tirano de Akrapas (Agripento), siglo VI a. C., que se hizo odioso en su tiempo por sus crueles arbitrariedades.

Libro IV

1. Cuando el genio que mora en nuestro interior ordena y manda de acuerdo con la Naturaleza, toma frente a los acontecimientos una actitud tal que pueda en todo momento y según las circunstancias modificarla sin esfuerzo ni pesar. No tiene preferencia por una materia determinada, y si adopta un sistema, solo es bajo condición. Cuando tropieza con algún obstáculo hace de este un motivo de ejercicio, y, cual el fuego, se apodera de todo cuanto encuentra a su paso. Que la luz de un farol se apagaría, pero una hoguera consume todo lo que se le echa y las llamas son cada vez más grandes.

2. No hagas nada sin reflexión ni fuera de las reglas que determina el arte.

3. Para descansar se buscan las apacibles soledades del campo, las orillas del mar o las serenas montañas. Tú también deseas esto ardientemente y con frecuencia. Y, sin embargo, todo esto no es sino prueba de vulgaridad de espíritu, ya que en cualquier momento que elijamos podemos buscar un retiro incomparable dentro de nosotros mismos.

En ninguna parte, en efecto, puede hallar el hombre un retiro tan apacible y tranquilo como en la intimidad de su alma, sobre todo si posee esos dones preciosos que, por sí solos, constituyen la libertad del alma, y entendiendo por libertad del alma el estado de un alma en que todo está perfectamente ordenado. Goza, pues, sin cesar de esta soledad y recobra en ella nuevas fuerzas.

También encontrarás pensamientos breves y fundamentales que, cuando se presenten a tu memoria, disiparán en seguida tus inquietudes y te darán ánimos para soportar sin indignación y contrarrestar todo lo que te salga al paso. En consecuencia, ¿de qué te indignas? ¿De la maldad de los hombres, acaso? Tranquilízate, pues, y ten presente que todos los seres racionales han sido creados para soportarse y convivir unos con otros, que esta paciencia forma parte de la justicia y que sus faltas son involuntarias. Recuerda también que los que pasaron su vida en enemistades, sospechas, odios y querellas hoy ya están en la tumba reducidos a cenizas. Esto te ayudará a adquirir la necesaria calma.

Pero ¿es que, quizá, te hallas descontento con la parte que te haya correspondido en la repartición de los destinos? Si es así, ten en cuenta que el mundo o es la obra de una Providencia o una reunión fortuita de átomos, y en esta alternativa se te ha indicado claramente que es como una verdadera ciudad.

¿Te ves importunado, en todo caso, por las sensaciones del cuerpo? Piensa que nuestro entendimiento no toma parte alguna en las impresiones agradables o disciplinantes que el alma sensitiva experimenta, acaso porque, encerrado dentro de sí mismo, solo reconoce sus propias fuerzas. Recuerda también todo lo que te han enseñado acerca del placer y del dolor, y no olvides que has aceptado esta doctrina.

¿Será que te atormenta el deseo de la vanagloria? Si es así, considera la rapidez con que cae en el olvido todo lo de este mundo, el inmenso abismo de la eternidad que

te ha precedido y que te seguirá, la vanidad de las glorias humanas, la inestabilidad de las cosas, el favor inestable del vulgo, su carencia de discernimiento y, en fin, el estrecho espacio en que se halla circunscrita la fama. La tierra, por sí sola, no es más que un punto en el espacio y un rincón habitado insignificante; ahora bien: ¿por cuántos y por qué clase de individuos serás recordado en este mísero rincón?

Para terminar, acuérdate, pues, de buscar un retiro en el fondo de tu corazón, y, sobre todo, no te desanimes; huye de la obstinación inconsiderada y permanece libre. Considera todas las cosas con una firmeza varonil, como hombre, como ciudadano, como un ser destinado a morir. Y cuando examines interiormente tus principios morales, observa, en primer lugar, que los objetos que no se relacionan con el alma permanecen inmóviles, y que sus perturbaciones provienen solo de la opinión que se ha formado dentro de sí misma, y en segundo lugar, que todo lo que ves ahora ha de cambiar de un momento a otro y será reducido más tarde a la nada. ¡No lo olvides nunca! El mundo no es más que una transformación, y la vida, una opinión.

4. Si la inteligencia nos es común a todos, la razón por la cual somos criaturas racionales nos es igualmente común; en consecuencia, una misma razón nos prescribe lo que se debe hacer o evitar. Esto admitido, una ley común nos gobierna; somos ciudadanos que vivimos sometidos a un cuerpo político común; luego el mundo entero no es más que una gran ciudad. En efecto, ¿de qué otro cuerpo político común podríamos decir que forma parte el género humano? La inteligencia, la razón, la ley, si no nos vienen de ahí, de esta alta sociedad, ¿de dónde proceden entonces? Porque lo que hay en mí de terrestre me viene de alguna tierra; lo que tengo de líquido dimana de otro elemento, y hasta el aire, el calor y el fuego que tengo en el interior proviene de orígenes que le son propios, puesto que no hay nada que no provenga de otra cosa ni que vuelva a la nada; luego mi inteligencia tiene que venir de alguna parte.

5. La muerte es un misterio de la Naturaleza, como el nacimiento; otra combinación de los mismos elementos que, si se disuelven, es para formar seres nuevos. Por consiguiente, no puede humillarnos; no tiene nada que repugne a la esencia de un ser inteligente ni al plan de su formación.

6. Tales cosas, siendo como son quienes las producen, se originan fatalmente. Querer que no sea así es lo mismo que pretender que una hoguera no destile un jugo lechoso. Mientras tanto, acuérdate de esto: tú, como él, moriréis dentro de muy poco tiempo, y vuestro nombre será olvidado muy pronto.

7. Suprime la forma y suprimirás el «se me ha herido». Suprime «se me ha herido» y suprimirás el daño que crees haber recibido.

8. Lo que no empeora al hombre tampoco empeora su vida ni le perjudica interior o exteriormente.

9. Forzosamente, la naturaleza de lo útil ha de producir utilidad.

10. Todo lo que sucede en el mundo se halla dentro del orden natural, como lo compruebas si eres buen observador; y no solamente por lo que se refiere al orden de sucesos, sino también en lo tocante a las reglas de la justicia, cual si fuera enviado por alguien que distribuye las cosas según el mérito. Continúa, pues, cumpliendo como lo has hecho hasta aquí, y todo lo que hagas en adelante hazlo con la sola intención de hacerte hombre de bien, y digo hombre de bien en la verdadera acepción de esta palabra... Que todas tus acciones vayan guiadas siempre en este sentido.

11. No te asocies a las opiniones que los insolentes juzgan verdaderas, sino que debes examinar las cosas en sí mismas y por lo que son en realidad.

12. Hay que tener continuamente presentes estas dos reglas de conducta: la primera, hacer sólo lo que sugiera la razón que reina y hace las leyes en el corazón de los hombres para mayor dicha suya, y la segunda, cambiar de parecer cuando alguno nos disuade o nos aleja de tal o cual idea preconcebida; pero siempre que este cambio vaya determinado por un motivo plausible de justicia de interés público u otra causa semejante, y de ningún modo por la satisfacción o por la pura vanagloria que pudiera procurarnos.

13. —¿Estás dotado de razón? —Sí. —¿Por qué, pues, no te sirves de ella? Si funciona como debe funcionar, ¿para qué quieres más?

14. Tu existencia forma parte de un todo, y te será quitada por el que la ha producido o, mejor dicho, será recibida para ser transformada en el seno de este sabio creador.

15. Varios granos de incienso destinados a quemar han sido esparcidos en el mismo altar. Unos han caído más pronto, otros más tarde; ¿qué importa?

16. Antes de diez días pasarás por un dios a los ojos de los que te consideran hoy como una fiera o como un mono si vuelves otra vez a tus máximas y al culto de la razón.

17. No hagas como si tuvieras que vivir diez mil años. Lo inevitable pende siempre sobre ti. Luego, mientras vivas, procura en lo posible hacerte hombre de bien.

18. ¡Cuánto tiempo se gana no preocupándose de lo que los demás dicen, hacen o piensan y cuidándose únicamente de los propios negocios, de modo que estén de acuerdo con las leyes divinas y humanas y sean dignos de un hombre honrado! No hay que mirar a nuestro alrededor los vicios de los demás, sino que se debe correr en línea recta sin volver la vista ni a un lado ni a otro.

19. El que se preocupa de su fama póstuma es que no piensa que todos los que se podrán acordar de él morirán también, y que lo mismo sucederá a los que vengan después, hasta que toda esta fama se desvanezca de igual modo al cabo de algunas generaciones. Figúrate, no obstante, que los que se acuerdan de ti sean inmortales y que tu memoria sea imperecedera como ellos, ¿ganarás algo por eso? No quiero decir únicamente que no ganes nada después de la muerte; durante tu propia vida, ¿de qué te

servirá la fama si no es para ayudarte a prosperar? Entretanto, no desperdices la ocasión de cultivar en ti los dones de la Naturaleza por ocuparte exclusivamente de lo que podrán decir los demás de ti.

20. En todo caso, lo bueno, en cualquier cosa, es bello por sí mismo, puesto que es único y no se halla mezclado con la menor partícula de alabanza. De modo que una cosa, por alabada que sea, no llega a ser ni mejor ni peor; y digo lo mismo de todo lo que se llama comúnmente bello en las producciones materiales de la Naturaleza y del arte. ¿Acaso le falta algo a lo que es bueno por esencia? Lo mismo sucede en lo que respecta a las leyes, a la verdad, a la benevolencia o a la modestia. ¿Pueden embellecerse estas virtudes con las alabanzas o estropearse con la crítica? Por ventura, ¿ pierde algo de su belleza la esmeralda por no ser elogiada? ¿Y qué diremos, del oro, del marfil, de la púrpura, de una lira, de una espada, de una flor o de un árbol?

21. Si las almas siguen viviendo, ¿cómo desde el comienzo de los tiempos puede contenerlas el aire? Y la tierra, ¿cómo puede contener todos los cuerpos que en ella han sido sepultados desde hace tantos siglos? Es que así como los cuerpos se transforman y se disuelven después de haber permanecido algún tiempo enterrados para dejar el espacio libre a los demás muertos, de igual modo las almas se transforman, se disipan y se inflaman, al cabo de un tiempo, en el aire, para ingresar en el seno fecundo de la suprema sabiduría que gobierna el universo y dejando libre el espacio a las que vengan detrás. He aquí lo que se puede responder, suponiendo que las almas sobrevivan. Y no hay que pensar únicamente en la multitud de cuerpos sepultados de este modo en la tierra, sino también en el número de animales; porque, bien calculado, ¿cuántos no perecen, por decirlo así, en las entrañas de los que con ellos se alimentan? Sin embargo, todos van a parar al mismo sitio, porque dentro del cuerpo se transforman en sangre, en vapor, en aire y en calor.

¿De qué medio valerse, pues, para conocer la verdad? Analizando los objetos en su materia y en su esencia.

22. Huye de la irresolución; en todas tus empresas confórmate con lo que es justo, y en todos tus pensamientos detente sólo en lo que has concebido claramente.

23. ¡Oh, universo! Todas tus obras me complacen. Todo lo que llega a tiempo para ti no puede ser para mí ni prematuro ni tardío. ¡Oh, Naturaleza! Lo que me traen tus estaciones es para mí siempre sazonado fruto. Todo proviene de ti, todo reside en ti, todo vuelve a ti.

24. No hagas muchas cosas –dicen– si quieres vivir tranquilo. ¿No sería mejor decir: haz lo que es necesario, lo que la razón por naturaleza exige y como exige que sea hecho? Este es el medio más seguro que podemos emplear para gozar de la tranquilidad, y no solamente de la que nos pueda procurar el cumplimiento de nuestros deberes, sino también de la que se disfruta haciendo pocas cosas a la vez. En efecto; la mayor parte de nuestras palabras y de nuestras acciones son inútiles; luego suprimiéndolas tendremos más tiempo libre y menos preocupaciones. Es necesario, pues, repetirse a cada instante: «Esto, ¿puede serme acaso de alguna utilidad?». Y no solo debemos evitarnos las

acciones, sino también los pensamientos que no son necesarios. De esta manera, las acciones que ellos arrastran no llegarían a tener realidad.

25. Procura ver si te da buen resultado la vida siendo hombre de bien, es decir, aceptando con resignación la parte que te ha concedido en este mundo el destino, conduciéndote en él con justicia y conservando en tu corazón una benevolencia inagotable.

26. ¿Has visto aquello? Pues ve también esto. No te turbes por nada; escudriña lo más profundo de tu corazón y lee únicamente lo que te dicta. ¿Qué alguien ha caído en falta? La culpa es para él solo. ¿Que te ha sucedido algo? Perfectamente. Todo lo que te sucede se relaciona con el orden general del universo; está determinado desde su origen, se halla urdido en la trama de tu existencia. Es indudable que la vida es corta. Procura, pues, aprovechar lo que se presenta, inspirándote en la razón y en la justicia. Y si interrumpes tu labor, que sea brevemente.

27. O el mundo está bien ordenado o solo es un conjunto de materias que se han amontonado sin orden. Pero, ¿cómo puede ser que en ti exista un orden y que en el universo reine el desorden, sobre todo cuando los elementos todos están tan bien combinados, fundidos conjuntamente?

28. Hay caracteres sombríos, caracteres afeminados, tercos, feroces, brutales, jocosos, cobardes, fingidos, bufones, astutos y tiránicos.

29. Tan extraño es uno en el mundo ignorando lo que hay como desconociendo lo que en él se hace. Es desertor el que procura esquivar las leyes de la sociedad; ciego, el que tiene cerrados los ojos de la inteligencia; pobre, el que necesita de otro y no posee en sí mismo lo que contribuye al bienestar de la vida; enfermedad del género humano es el que se subleva y se niega a las condiciones de nuestra común naturaleza, maldiciendo los accidentes que le ocurren, porque la que los produce es la que le ha dado el ser y, en fin, es un miembro amputado de la ciudad el que separa su alma de las de los demás seres racionales, porque en el mundo hay una sola y única razón.

30. Este filósofo no tiene túnica; aquel no posee ningún libro. Otro, medio desnudo. «Me falta pan –dice–, pero sigo fiel a la razón». «Y yo, aunque no dispongo de los recursos que procuran los estudios, le soy también fiel».

31. Conserva el arte humilde que has aprendido, busca en él tu reposo y, puesto que has dejado voluntariamente tu destino al cuidado de los dioses, vive en paz el resto de tus días; no seas el tirano ni el esclavo de nadie.

32. Considera, por ejemplo, los tiempos de Vespasiano, y verás en ello lo mismo que ves hoy: individuos, que se casan, que educan hijos, que caen enfermos, que mueren, que guerrean y que celebran fiestas. Verás también comerciantes, labradores y viles cortesanos; caracteres arrogantes, desconfiados, conspiradores, personas que desean la muerte de alguien, que se lamentan del estado de las cosas, que se preocupan de vanos amores, que amontonan tesoros, que aspiran al consulado y a la realeza. Pues

bien: ¡toda esta generación de gentes ha desaparecido! Pasa ahora a los tiempos de Trajano: el espectáculo será semejante. Esta generación se ha desvanecido de igual modo. Considera también las demás épocas de la Historia, escudriña los anales de todas las naciones, y verás cuántos hombres, después de haberse atormentado durante la vida, han dejado de existir y se han disuelto en sus propios elementos. Recuerda, sobre todo, los que has conocido tú mismo, preocupándote activamente de frivolidades, sin hacer caso de lo que exigía su condición ni contentarse con su suerte. Es preciso también que tengas presente que para cada cosa debes poner un cuidado relativo a su importancia; y, de este modo, no lamentarás nunca el haber consagrado un tiempo precioso a lo que no lo mereciese.

33. Las palabras que en otros tiempos estaban en boga han caído hoy en desuso. Lo mismo sucede con los nombres de los personajes célebres de otras épocas: Camilo, Cesón, Voleso, Leonato y otros muchos han sido relegados al olvido; más tarde lo serán Escipión y Catón, y la misma suerte correrán luego Adriano y Antonino. Todo desaparece y queda reducido a fábula, hasta que se pierde por completo su memoria. Y debo advertir que me refiero únicamente a los nombres de los personajes más extraordinarios e ilustres; porque respecto a los demás, en cuanto han exhalado el postrer suspiro, caen de una vez en el olvido y ya no se habla más de ellos. Luego ¿qué es, en suma, la fama imperecedera? Pura vanidad. ¿Qué debemos, pues, ambicionar y a qué dedicar todos nuestros cuidados? A esto únicamente: a tener pensamientos justos, acciones útiles a la sociedad, un lenguaje sinceramente riguroso y una conformidad absoluta con todos los accidentes de la vida, considerándolos como necesarios y familiares, puesto que provienen del mismo principio y del mismo origen que nosotros.

34. Abandónate voluntariamente a Cloto¹⁴ y déjale urdir tu destino a su gusto.

35. Todo es efímero y lo que rememora un recuerdo, pronto es ello mismo rememorado.

36. Considera sin descanso que todos los acontecimientos son únicamente el resultado de una transformación, y acostúmbrate a la idea de que la naturaleza universal se complace en cambiar las cosas existentes para hacer de nuevo otras semejantes. Todo lo que existe es, por decirlo así, la semilla de lo venidero. Pero tú crees que la única semilla es la que fecunda la tierra o el seno de una madre, y eso es harto ingenuo.

37. Vas a morir sin tardanza y no posees todavía ni sencillez de alma ni quietud perfecta; aún temes algún acontecimiento extraño, y no guardas una benevolencia total para con tus semejantes, como tampoco fundas únicamente la sabiduría en la práctica de la justicia.

38. Examina detenidamente a qué móviles obedecen los hombres sabios; observa lo que evitan y lo que buscan.

14 Una de las tres parcas, hija de la Noche, cuyo nombre significa “la hilandera”. Encadena los acontecimientos del destino humano.

39. Tu mal no puede provenir del espíritu de otro ni de ninguna modificación o alteración de la materia que envuelve el tuyo. ¿Dónde está, pues? En la parte de tu ser que juzga tus males. Que no se pronuncie por ninguno y todo va bien. Aunque el cuerpo, que se halla tan próximo a esta parte, estuviese dividido, quemado, podrido o ulcerado, que permanezca tranquilo; o, más bien, que lo que puede suceder igualmente al hombre perverso y al hombre honrado no es ni un mal ni un bien. Porque bien considerado, lo que sucede al que vive en oposición con la Naturaleza como al que vive de acuerdo con ella, no está ni en pro ni en contra suya.

40. Represéntate siempre el mundo como un solo ser, compuesto de una sustancia única y de un alma común. Considera cómo todo lo que en él sucede se relaciona con un solo principio, cómo se halla todo en movimiento por la misma impulsión y cómo todas sus producciones son el resultado de varias causas reunidas. Admira, pues, su relación y su encadenamiento.

41. Tú no eres más que un alma ínfima que sostiene un cadáver, como ha dicho Epicteto.

42. El transformarse no es un mal para los seres, como tampoco es un bien para ellos la transformación.

43. El tiempo es como un río, cuya rápida corriente arrastra todo lo que lleva consigo. Tan pronto como hay una cosa nueva, es arrastrada como, a su vez, lo serán todas las siguientes.

44. Todo lo que sucede es tan natural y tan poco sorprendente como las flores en primavera y el fruto maduro en el otoño; así pues, la enfermedad, la muerte, la calumnia, las conspiraciones, en una palabra, lo que puede causar alegría o pesar a los necios, no tiene nada de extraordinario.

45. Los hechos posteriores tienen siempre con los antecedentes determinada afinidad. No son una continuación de nombres cuyo valor fuese necesariamente respectivo e independiente; es un encadenamiento lógico, y de igual modo que todos los seres han sido clasificados por orden para formar un conjunto armonioso, así mismo los que nacen después no presentan una simple relación, sino una afinidad admirable.

46. No olvides nunca estas palabras de Heráclito: «La muerte de la tierra será convertirse en agua; la del agua, en volverse aire; la del aire, en tornarse en fuego, y recíprocamente». Acuérdate también del viajero que ignora dónde acaba el camino que ha emprendido. Y aun de lo siguiente: «por asiduas que sean sus relaciones con la razón que gobierna el todo, no pueden entenderse con ella; aquello de lo que diariamente son testigos, continuamente les parece extraño». No olvides tampoco «que no se debe obrar ni hablar como si estuviéramos durmiendo», porque cuando dormimos nos hacemos también la ilusión de obrar y de hablar; y, en fin, ten presente que no es preciso adoptar al pie de la letra las opiniones de nuestros antepasados, ni repetir como una criatura: «Así nos lo han enseñado nuestros padres».

47. Si algún día viniesen a informarte de que debes morir mañana o, lo más tarde, pasado mañana, no te debería importar mucho que sea un día u otro, a no ser que fueses el hombre más cobarde del universo. ¿Acaso, pues, representa algo este plazo? Piensa igualmente que lo mismo da morir mañana que dentro de varios años.

48. Calcula sin cesar cuántos son los médicos que han muerto después de haber frunciido el ceño tantas veces a la cabecera de sus enfermos; cuántos astrólogos que habían predicho con énfasis la muerte de otros individuos; cuantos filósofos que habían pregonado una infinidad de sistemas acerca de la muerte y de la inmortalidad; cuántos guerreros célebres que habían inmolado a millares de enemigos; cuantos tiranos que habían abusado con terrible ferocidad del derecho de vida y de muerte sobre sus vasallos, como si ellos mismos hubiesen sido inmortales; en fin, ciudades enteras, tales como Hélite, Herculano, Pompeya¹⁵ y otras muchas han muerto, por decirlo así. Echa luego una mirada sobre todos los que tú mismo has conocido y verás que el uno está ya en la tumba, el otro ha sido llevado a la hoguera fúnebre por un tercero, este lo ha sido a su vez por un tal otro, y todo esto sucesivamente y en un espacio de tiempo relativamente corto. En una palabra: no pierdas nunca de vista la fragilidad y la inconsistencia de las cosas humanas. El hombre era ayer un simple germen; mañana será una momia, o menos aún, ceniza. Pasemos, pues, este corto instante de la vida conforme a nuestra naturaleza; sometámonos voluntariamente a nuestra destrucción como la aceituna madura que, al caer, parece que bendice la tierra que la ha producido y da gracias al árbol que la ha llevado.

49. Sé como un promontorio contra el cual vienen a estrellarse continuamente las olas del mar: siempre inmóvil, a su alrededor la furia se hace impotente. «Soy desdichado –dices– porque me ha ocurrido tal accidente». Di, pues, al contrario: «me considero feliz porque, a pesar de este accidente, no experimento el menor contratiempo ni estoy agobiado por el presente ni atemorizado por el porvenir». Lo mismo hubiera podido sucederle a otro cualquiera y quizás no hubiese mostrado semejante resignación. ¿Por qué ha de ser, entonces, una desgracia este accidente, más bien que un acontecimiento feliz? ¿Acaso llamas desgracia para el hombre a lo que no puede impedirle conseguir el fin que debe proponerse? ¿Crees, por ventura, que no puede obtenerlo debido a un acontecimiento que no se halla en contradicción con los propósitos de la Naturaleza acerca de su destino? ¿Y cuáles son estos propósitos? Sin duda, debes conocerlos. Lo que acaba de suceder, ¿te impide, quizás, el ser justo, magnánimo, sobrio, razonable, sereno en tus juicios, modesto, libre y tener, en fin, todas aquellas virtudes que permiten a la naturaleza del individuo conseguir su objetivo? Desde ahora en adelante, siempre que algún acontecimiento te cause pesadumbre ten presente esta máxima: «Sufrir percances no es una desgracia; en cambio, soportarlos con valor es una virtud meritaria».

50. Un remedio vulgar, pero práctico para despreciar la muerte consiste en pensar en los ancianos, que son los que más apego tienen a la vida. ¿Qué ventaja tienen,

¹⁵ Ciudades desaparecidas: Hélite fue destruida por el mar en el 373 a. C., y Herculano y Pompeya por la erupción del Vesubio en el 79 d. C.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

pues, sobre los que mueren jóvenes? Todavía deben encontrarse en algún sitio las tumbas de Cadiciano, de Fabio, de Juliano, de Lérido, y de otros muchos que, después de haber llevado a tantos a la hoguera fúnebre, fueron conducidos en su momento también. La vida es corta de duración, y aun así, ¡en qué miserias, en qué sociedad, en qué cuerpo tan mezquino tiene lugar! Luego, ¿qué interés puedes tomarte en ella? Considera el inmenso abismo de los tiempos que hay detrás de ti y el infinito que se te abre delante; en esta inmensidad, ¿qué diferencia puede haber entre el niño de tres días y el hombre que tenga tres veces la edad del Gerenio¹⁶? Sigue siempre el camino más corto, que es el de la Naturaleza. Le seguirás si todas tus acciones y todas tus palabras están inspiradas únicamente por la razón. Esta línea de conducta te ahorrará muchas penas, muchas contrariedades, y no te dejará obrar con astucia e hipocresía.

¹⁶ Apodo de Néstor, héroe legendario de la época homérica, que pasó una parte de su vida en Gerenia.

Libro V

1. Por la mañana, cuando tengas pereza de levantarte, reflexiona de este modo: –Tengo que trabajar y cumplir mi deber como hombre; por eso es preciso levantarme. ¿Acaso he de ir en contra de mi voluntad a las ocupaciones en este mundo y para las cuales he sido creado? ¿He nacido, quizás, únicamente para permanecer envuelto entre mantas al dulce calor del lecho? –Bien; pero esto es más agradable –dirás tú–. Pero ¿es que has recibido el ser sólo para disfrutar de los placeres o para trabajar y hacer algo útil? ¿No ves cómo las plantas, los pajarillos, las hormigas, las arañas, las abejas, se entregan a sus tareas para contribuir por su parte a la perfecta armonía del mundo? ¡Y tú te niegas a cumplir tus deberes como hombre y eludes el trabajo que la Naturaleza te prescribe! –Sí; pero es necesario también el descanso –dirás aún–. No cabe duda. La Naturaleza ha puesto límites, sin embargo, a esta necesidad, como los ha puesto a la de comer y beber. Pero tú traspasas estos límites y vas más allá de la necesidad; mientras que en lo referente al trabajo obras de otro modo y no haces ni siquiera lo necesario. Y es que no te aprecias a ti mismo, porque si supieras apreciarte harías con gusto lo que tu naturaleza te ordena. Los artistas que tienen pasión por su arte, consagran toda su vida a la obra y se privan de baños y alimentos. ¿Acaso haces tú tanto caso de tu naturaleza como un cincelador de su industria, o un pantomimo de su juego, un avaro de su dinero, o un petímetro de lo que halaga su vanidad? Cuando estos se interesan por algo no piensan ni en comer ni en dormir, sino en llevar a buen término lo que traen entre manos. ¡Y vas a dar tú menos importancia a los actos útiles a la comunidad y a dedicarles menos cuidados?

2. ¡Cuán fácil es desterrar del espíritu y borrar en él todo pensamiento que turba o importuna el alma y recobrar en un instante la calma perfecta!

3. En tu dignidad está el hacer y decir siempre lo que conviene a tu naturaleza. No te preocupes de los juicios y las calumnias de otro. Si lo que has de hacer o decir es bueno, no creas jamás que es indigno de ti. Si los demás hablan a su modo y tienen sus sentimientos personales, no te importe; no hagas caso de ellos. Sigue siempre la buena senda; déjate guiar por tu propia naturaleza y por la naturaleza común. Tanto para la una como para la otra solo hay un camino.

4. Yo no me apartaré de la senda de los deberes que me prescribe la Naturaleza hasta que no sucumba y encuentre el reposo, hasta que no exhale mi postrer aliento en esta atmósfera que respiro todos los días, hasta que no caiga en esta tierra de la que mi padre ha extraído la sustancia primitiva de mi ser, mi madre su sangre, mi nodriza su leche; en esta tierra que me proporciona todos los días y al cabo de tantos años de qué saciar mi hambre y apagar mi sed; que estoy hollando con mis pies mientras me sostiene, y que con tanta frecuencia abuso de sus dones.

5. La vivacidad de ingenio no es una cualidad que nos es dado a todos poseer. Conforme; pero hay otras muchas cosas de las cuales no te está permitido decir: «No tengo aptitudes para eso». Procura hacer, por lo menos, todo lo que dependa de ti. Sé sincero, formal, laborioso, comedido, resignado con tu suerte, bondadoso, libre, sencillo, enemigo de frivolidades y magnánimo. ¿No ves cuántas cosas puedes hacer

desde ahora en adelante sin alegar tu ineptitud e incapacidad? ¡Y que continúes, no obstante, en tu voluntaria inacción! ¿Consiste, acaso, en la falta de aptitudes o en la necesidad de que tu carácter no sea firme, que tengas placeres ruines, que adules tu cuerpo después de haberle acusado de tus defectos, que seas vanidoso y que abandones tu alma a tan frecuentes conmociones? No, ¡por los dioses! Solo ha consistido en ti el haberte librado a tiempo de semejantes defectos. Si has nacido con la imaginación torpe y desprovista de facilidad, podías darte cuenta, por lo menos, de este defecto y debías de intentar corregirlo, en vez de achacarle mera importancia y complacerte en tu indolencia estúpida.

6. Hay individuos que cuando hacen un favor a su prójimo se apresuran a echárselo en cara. Algunos no llegan a este extremo; pero en su fuero interno consideran a su favorecido como un deudor, y siempre tienen presente el servicio que le han hecho. Otros, en fin, ignoran al parecer hasta el favor que han podido prestar, del mismo modo que la viña no exige nada por haber llevado la uva y se halla, por el contrario, muy satisfecha de haber producido el fruto que le correspondía; como el caballo que ha dado una carrera, como el perro que ha levantado la caza, como las abejas que han elaborado la miel. El verdadero bienhechor no reclama nada, sino que se prepara a otra buena acción; como la viña, que al llegar la estación da otra vez fruto. –¿Luego hay que ser de los que, por decirlo así, no saben ellos mismos lo que hacen? –Indudablemente. –Sin embargo –dirás tú–, no es fácil ignorar lo que uno ha hecho; porque la propiedad de toda persona es reconocer que ha llevado a cabo una acción para la sociedad y, ¡por Júpiter!, de querer que hasta su conciudadano lo reconozca. –Verdad es; pero si tratas de interpretar a tu modo el sentido de mi frase, serás de aquellos de quienes te hablé primeramente, porque también tienen sus razones maravillosas que los inducen al error. Si, por el contrario, observas mejor lo que te he dicho, no temas que esto te haga omitir nunca ningún deber de sociabilidad.

7. Plegaria de los atenienses: «Haz que llueva, ¡oh Júpiter!, haz que llueva en las tierras cultivadas y en las llanuras del Ática». Así se debe rogar: con sencillez y de buen corazón; si no, es preferible no rogar.

8. Lo mismo que decimos: Asclepios ha ordenado al enfermo montar a caballo, tomar baños fríos o andar descalzo, podemos decir también de la naturaleza del universo: que ha ordenado a tal o cual individuo una enfermedad, un padecimiento, una pérdida sensible u otra cosa análoga. En efecto, en el primer caso, la frase «ha ordenado» significa verdaderamente: el médico ha puesto en orden los medios adecuados para reestablecer la salud del enfermo, y en el segundo caso significa también que la Naturaleza ha puesto lo que a cada uno de nosotros nos sucede en el orden que conviene a la existencia universal, y decimos «convenía» en el sentido de esta palabra empleado por los arquitectos cuando dicen que las piedras de sillería son a propósito para un muro o una pirámide, porque se adaptan bien las unas con las otras para formar un conjunto. En suma, solo hay una armonía; y así como el conjunto de todos los cuerpos forma el mundo entero tal como existe, del mismo modo el juego de todas las causas produce un efecto particular que se llama destino.

Lo que estás diciendo ahora, hasta los más ignorantes lo conciben. ¿Acaso no dicen estos: «Su destino lo ha querido», es decir, la coordinación inmutable de las cosas? Acojamos, pues, lo que nos sucede como acogemos las órdenes de los médicos. Hay, en efecto, muchas cosas desagradables en lo que estos ordenan, y, sin embargo, nos sometemos a ello voluntariamente, con la esperanza de vernos curados. Ejecuta y cumple, como si se tratara de tu salud, aquello que la Naturaleza ha creído conveniente. Es preciso, pues, someterse gustoso a todo lo que te sobrevega, desde luego, porque ha sido destinado para ti, coordinado para ti y que te pertenece en cierto modo por estar relacionado allá arriba con tu existencia por una sucesión de causas que desconoces, y la segunda, porque lo que corresponde a cada uno en particular contribuye al éxito de las miras del ser superior que gobierna todas las cosas, dando a estas perfección y consistencia. El gran Todo se vería mutilado si pudieras sustraerle una parte solamente de las que lo constituyen, solo una causa de las que aseguran su continuidad; luego, cuando soportas con dificultad algún accidente considerándolo en cierto modo fuera del orden natural, es como si hicieras esa sustracción.

9. No te apures, ni te desanimes, ni te impacientes de ningún modo si tus acciones no corresponden siempre a tus buenos principios. ¿Te has apartado de ellos? Pues vuelve a la carga y considérate feliz si tus acciones en general han sido dignas de un hombre, y ensalza esta filosofía cuyas huellas vuelves a seguir. No continúes por este camino como un chiquillo cuando va a la escuela, sino como el enfermo de la vista que va en busca de una esponja o una venda, como el que se dispone a tomar una loción o a ponerse una cataplasma. No aceptes conformarte en todo con la razón, sino busca dentro de ella la tranquilidad. Ten presente que la filosofía solo quiere lo que tu naturaleza, y tú quisieras otra cosa aun en contra de tu naturaleza. ¿Cuál de estas cosas procura mayor satisfacción? ¿Acaso no es por ahí, precisamente, por donde los placeres nos halagan? Reflexiona, pues, si lo que procura mayor satisfacción no es la grandeza del alma, la libertad, la benevolencia, la lealtad y la pureza de las costumbres. ¿Hay algo más agradable que la prudencia, si consideras que, descubriendo los principios verdaderos y las consecuencias de las cosas, nos hace huir del error y triunfar en nuestras empresas?

10. Todas las cosas se hallan cubiertas de un velo tan espeso, por decirlo así, que más de un filósofo de mérito ha pensado que era absolutamente imposible descubrir el fondo. Desde luego, hasta los mismos estoicos piensan que este descubrimiento es difícil, por lo menos, y que todas nuestras opiniones están sujetas a cambios. ¿Acaso, pues, hay alguien que no cambie de idea? Examina ahora los objetos que poseemos. ¡Cuán corta es su duración! ¡Y cuán despreciables son, puesto que un libertino, una cortesana o un bandido, o cualesquiera, pueden poseerlos del mismo modo que nosotros! Echa luego una mirada sobre las costumbres de los que viven contigo: el más agradable de todos ellos es apenas soportable; ¿qué digo?, difícilmente habrá alguno que pueda soportarse a sí mismo. Ahora bien; me pregunto: en estas tinieblas, en este pútrido fango, en este torrente avasallador que arrebata el tiempo y la materia, ¿puede haber algo que merezca la estima o el menor aprecio? Al contrario, se ve uno reducido a consolarse a sí mismo, esperando la propia y natural disolución, sin impacientarse por su tardanza y ateniéndose únicamente a estas dos consideraciones: primeramente, que no puede sucederme nada que no se halle de acuerdo con la naturaleza universal, y en

segundo lugar, que solo consiste en mí el no obrar contra mi dios y mi genio, porque ninguna fuerza en el mundo puede obligarme a desobedecerlos.

11. ¿Cuál es el uso que hago de mi alma en ese momento? Esto es lo que debe uno preguntarse continuamente y lo que es preciso examinar. ¿Qué ocurre ahora en esta parte de mi ser que le sirve de guía? ¿De quién es, y cómo, el alma que tengo? ¿Acaso es de un niño; de un joven; de una mujercilla; de un tirano; de un animal desprovisto de instinto; de una fiera?

12. ¿Qué entiende la gente por verdaderos bienes? He aquí una observación que puede enseñártelo. Si se le hace a un individuo descripción de lo que es esencialmente bueno, por ejemplo, de la prudencia, de la templanza, de la justicia y de la fortaleza, no admitirá de buena gana que se le agregue a esta imagen una palabra ridícula, porque la juzgará inconveniente según la idea que se ha formado del bien. Pero si se le pinta lo que se entiende comúnmente por bienes, admitirá sin dificultades que se añada a la descripción algún chiste cómico. Así pues, el vulgo conoce también la diferencia, porque, de lo contrario, le extrañaría el chiste y lo creería impropio del caso. En efecto, todos lo aceptamos y aun lo encontramos a propósito e intencionado cuando se trata de riquezas, de lujo o de ostentación. Ve, pues, y pregunta si deben apreciar y considerar como verdaderos bienes las cosas cuya descripción es susceptible de esta broma: «Tiene tantas riquezas amontonadas en su casa que no le queda sitio ni para un bacín».

13. Estoy compuesto de un principio que obra en mí cual una causa y de un elemento puramente material. Ni el uno ni el otro serán aniquilados, puesto que ninguno de los dos ha sido hecho de nada. Así, pues, todas las partes que me constituyen serán transformadas en alguna parte del mundo. Esta se transformará a su vez en otra, y así sucesivamente hasta lo infinito. Nada me impide el emplear aquí esta palabra, si bien es verdad, no obstante, que el gobierno del universo se halla sujeto a fatales y periódicas revoluciones.

14. La razón y el modo de razonar son facultades que se bastan a sí mismas y a las operaciones que les están encomendadas. Su actividad radica en su propia energía y van directas al objeto que hay delante de ellas; de ahí proviene la expresión «sentido recto», por alusión a la línea recta que sigue siempre la razón.

15. No debe considerarse como un bien individual ninguno de los pretendidos bienes que no acrecientan nuestros méritos como hombre. No pueden ser atributos del hombre, puesto que su naturaleza no los exige, como tampoco pueden ser perfecciones de esta naturaleza. Luego no reside en ellos el fin natural del hombre, ni aun lo que permite alcanzar este fin: la honradez. Además, si alguno de estos bienes fuese un mérito para el individuo, dejaría de serlo desde el momento en que lo despreciaba o lo rechazaba con desdén; de modo que todo aquel que se pasara sin ellos, o mejor dicho, cualquiera que despreciase alguno de ellos, dejaría de ser apreciable, sobre todo tratándose de verdaderos bienes. Pero, por el contrario, cuanto más se priva uno de estos pretendidos bienes y de todo lo que a ellos se refiere, tanto más se resigna uno a verse privado de ellos, y con tanta mayor felicidad se pasa por hombre de bien.

16. Semejante a la naturaleza de tus ideas será el fondo de tu alma, porque nuestra alma se impregna de nuestras ideas. Impregna, pues, continuamente la tuya de reflexiones como estas, por ejemplo: en cualquier parte se puede vivir y vivir bien. Además, todos los seres se inclinan hacia el objeto para el que han sido creados; este objeto es su fin, y únicamente en su fin podrán encontrar el reposo y el bienestar. Así pues, el bienestar de un ser racional se halla en la sociedad humana; y que es este el objeto para el que hemos sido creados es un punto demostrado desde hace mucho tiempo. ¿No es evidente que los seres menos perfectos han sido creados para los que lo son más, y estos para los primeros? En efecto, lo que está animado vale más que lo que no lo está, y entre los seres animados la superioridad pertenece a los que se hallan dotados de razón.

17. Perseguir lo imposible es una locura; luego es imposible que los perversos no hagan alguna perversidad.

18. Nada sucede a cualquier hombre que no sea capaz de soportarlo. Figúrate que a otro le ocurren los mismos accidentes que a ti, y bien por falta de sentimiento o por hacer ostentación de grandeza de alma permanece firme e impasible a los reveses de la fortuna. ¿No es verdaderamente extraordinario que la arrogancia y la estupidez sean más constantes que la prudencia?

19. Los objetos exteriores no pueden cambiar de ningún modo el alma; ni tienen acceso, ni pueden operar en ella el más leve movimiento. Solo el alma puede modificarse y moverse por sí misma. En cuanto a los objetos exteriores, cree deber admitirles en su juicio tales como son a su parecer.

20. Desde un punto de vista, todo hombre se halla ligado estrechamente conmigo y tengo el deber de procurarle el bien y soportarle; no obstante, si alguno pone obstáculos a los actos que me son propios, este individuo se vuelve para mí un ser tan indiferente como el sol, el aire o un animal feroz, que pudieran también poner obstáculos a mis acciones. Pero ninguno de estos puede ponerlos al movimiento de mi corazón ni a mi voluntad, porque he puesto en ellos una condición y puedo transformarlos; en efecto, mi alma tiene poder para transformar todo lo que se opone a su acción; de suerte que el obstáculo que detiene un trabajo proyectado se convierte en el propio trabajo, y que lo que impide el paso hace construir un camino.

21. Honra en el universo a la fuerza más grande: la que dispone de todo. Honra también dentro de tu persona a la fuerza más grande: esta es de la misma naturaleza que aquella. Es la que dispone de todo lo que posees y la que dirige tu vida.

22. Lo que no es perjudicial a la ciudad no lo es tampoco al ciudadano. Ten por norma esta máxima siempre que te figures que has recibido una ofensa. Si esta ofensa no alcanza a la ciudad, no te puede alcanzar a ti tampoco; y aun suponiendo que la alcance, no debes encolerizarte contra el culpable. ¿De qué te serviría mirarle mal?

23. Considera la rapidez del torrente que arrastra todo lo que existe y lo que nace; porque la naturaleza de las cosas se asemeja mucho a la corriente de un río

inagotable: sus obras son solo transformaciones continuas cuyas causas son también resultado de mil variaciones; nada es duradero, por decirlo así, ni aun lo que parece muy seguro. Considera también el abismo incommensurable del pasado y del porvenir, en el cual todo se desvanece y acaba. ¿Acaso no es una locura enorgullecerse, o bien atormentarse o indignarse por semejantes cosas, como si hubieran de durar infinitamente?

24. Acuérdate de la naturaleza universal, de la que sólo formas una ínfima molécula; de la continuidad de los tiempos, de cuyo reparto te ha tocado un espacio insignificante, apenas un intervalo, y del destino, que cuenta por una unidad, pero ¡cuán pequeña!

25. ¿Que alguien se hace culpable para conmigo? Solo a él debe importarle: suya ha sido la voluntad, suyo es el acto. Por mi parte, sólo tengo en este momento lo que la naturaleza común quiere que tenga, y hago únicamente lo que mi naturaleza individual exige que haga.

26. Que la parte esencial de tu alma, facultad directora y soberana, no se estremezca con las bruscas y agradables impresiones que la carne experimente, y que en vez de fundirse con la carne se encierre en sí misma y mantenga las pasiones en el límite de los propios miembros. Si por simpatía, cuya causa no depende de ella, estas afecciones llegan hasta el alma a consecuencia de su unión con el cuerpo, no hay, pues, por qué rechazar una sensación que se halla dentro del orden natural, no obstante que tu facultad directora no la tome por un bien o por un mal.

27. Vivir con los dioses. Vive con los dioses todo aquel que en cualquier ocasión les muestra un alma satisfecha con su destino y dócil con las aspiraciones del genio que Júpiter nos ha dado a cada uno por dueño y guía, y que es una partícula destacada de su propia sustancia. Luego este genio es nuestro espíritu y nuestra alma.

28. ¿Acaso te enfadas con alguien porque despides mal olor? ¿Te disgustas con otro porque exhala un aliento fétido? ¿Quizá puede impedirlo? La boca de uno será siempre lo mismo; el cuerpo de otro no puede cambiar; luego uno y otro no tienen más remedio que oler de ese modo. —Sin embargo —dirán algunos—, el hombre está dotado de razón y puede reconocer fácilmente lo que le hace ser culpable. ¡Muy bien! Por consiguiente, tú también te hallas dotado de razón; sírvete, pues, de ella para excitar la suya; enséñale su deber y adviértelle su falta. Si te comprende le curarás, y no te incomodes. No hay que hacer el trágico ni la cortesana.

29. Puedes vivir desde hoy como te propones hacerlo en la vejez. Si no se te deja vivir en libertad, abandona esta vida; pero abandónala cual hombre que no experimenta ningún contratiempo. ¿Que sale humo de la casa? Pues me voy. ¿Y crees, por ventura, que eso es de gran importancia? Mientras que ningún motivo semejante me obligue a salir, me quedo tranquilamente, y nadie puede impedirme el hacer lo que quiera. Luego quiero sencillamente lo que se halla de acuerdo con la naturaleza de un ser racional y sociable.

30. El espíritu del universo es un espíritu social. Por consiguiente, ha criado seres inferiores para los más perfectos, y ha procurado armonizar los unos con los otros. ¿Ves cómo ha sabido subordinarlos, dar atributos a cada uno según sus méritos y reunir en sociedad a los más dignos por una comunidad de sentimientos?

31. ¿Cómo te has conducido hasta hoy con tus dioses, tus parientes, tus hermanos, tu mujer, tus hijos, tus amos, tus gobernadores, tus amigos, tus íntimos y tus criados? ¿Observaste hasta ahora con todos ellos el precepto de no hacer ni decir algo malo?

Acuérdate también de los percances que has sufrido y que has podido soportar. Ten presente que la historia de tu vida está completa y que has llegado al término de tu carrera. ¿Cuántos ejemplos grandiosos has presenciado? ¿Cuántas veces has desdeñado el placer y el dolor, y despreciado la vanagloria? ¿Con cuántos hombres injustos te has mostrado justo?

32. La confusión de un alma inulta e ignorante, ¿por qué ha de comunicarse a otra culta e instruida? ¿Qué se entiende por alma culta e instruida? La que conoce el origen de los seres y su fin, como también el genio que informa la Naturaleza entera y preside el gobierno del mundo durante los siglos, testigos de fatales y periódicas evoluciones.

33. Dentro de breves instantes tu cuerpo no será más que cenizas, osamentas desecadas; solo quedará un nombre, ¿qué digo?, ni esto siquiera: el nombre no es más que un ruido vago, un eco lejano. Lo que en mayor estima se tiene en esta vida es solo vanidad, podredumbre, miseria; y esto nos recuerda a los perros juguetones, que terminan por pelearse, o a los niños caprichosos, que ríen un momento y lloran después. La buena fe, el pudor, la justicia y la verdad han huido hacia el Olimpo, lejos de la faz terrena. ¿Qué es, pues, lo que te retiene todavía en este mundo si los objetos sensibles no tienen consistencia ni estabilidad; si tus sentidos, desprovistos de sutileza, están sujetos a sufrir engañosas impresiones; si tus órganos vitales no son más que un vapor de la sangre; si la comunicación entre los mortales es tan efímera? ¿Qué hacer entonces? Esperar con paciencia que tu alma se extinga o que emigre de tu cuerpo. Y en tanto que llegue este momento, ¿qué debes hacer para vivir satisfecho, sino honrar y bendecir a los dioses, hacer bien a los hombres y soportarlos y no hacerles el menor perjuicio, y, en fin, tener presente que todo lo que es ajeno a tu miserable carne y al débil aliento que la anima no es tuyo ni depende de ti?

34. Tus días pueden transcurrir perpetuamente dichosos, si quieres seguir por el buen camino, es decir, si piensas y obras con rectitud. Hay dos prerrogativas comunes al espíritu de Dios y al del hombre como ser racional: la de no hallarse obstruido por otro y la de fundar el bien en intenciones y en actos que están de acuerdo con la justicia, limitando en ella todas sus aspiraciones.

35. ¿Por qué, pues, atormentarme, si lo que me sucede no depende de ninguno de mis vicios, ni es el efecto de mi naturaleza, ni trastorna el orden del perfecto universo? Desde luego, no podría tampoco trastornarlo.

36. No te dejes arrastrar inconsideradamente por la imaginación, sino ayuda a tus semejantes a medida de tus fuerzas y según sus necesidades, aunque no se hallen privados del bienestar exterior. No te imagines por eso que esta privación sea una desgracia, término impropriamente empleado, no; y ten presente el ejemplo de aquel antiguo gobernador que, estando un día fuera de casa, reclamaba la peonza de su discípulo, aunque no ignoraba para qué sirve una peonza. Obra, pues, como él. Cuando declamas en la tribuna o en el foro, ¿olvidas, joh, mortal!, lo que es la declamación? –No –dirás tú–; pero esa gente vuelve loco a cualquiera. –¿Y es esto una razón para que seas tú loco como ellos? –Esto me ha sucedido más de una vez. Dondequieras que te encuentres abandonado, puedes ser un hombre feliz; entiendo por hombre feliz el que sabe procurarse una buena situación; y por buena situación, quiero decir buenos principios, nobles aspiraciones y actos ejemplares.

Libro VI

1. La materia que constituye el universo se presta fácilmente a todas las combinaciones; y la sabiduría que dispone de ellas no lleva en su esencia ningún principio maligno. Por lo tanto, no encerrando ninguna maldad, no puede hacer daño ni perjudicar, sino que vela por la creación de todas las cosas y por llevarlas a un buen fin.

2. Cuando cumples con tu deber no te preocupe si tienes frío o calor, si tienes necesidad o no de dormir, si te aplauden o te critican, y si corres algún peligro o vas a morir. El hecho de morir es uno de los actos de la vida, y tanto en esto como en lo demás, lo esencial es hacer bien lo que se está haciendo.

3. Examina a fondo todas las cosas y procura no equivocarte ni en su cualidad ni en su verdadero valor.

4. Todo lo que se ofrece a nuestra vista se transformará en un instante: los cuerpos simples se evaporan y los demás se disuelven en sus diversos elementos.

5. La sabiduría que gobierna el mundo conoce su propia naturaleza, sabe perfectamente lo que hace y lo que ejecuta.

6. El mejor procedimiento para vengarse de los malos es procurar no asemejarse a ellos.

7. Pasar sucesivamente de una acción social a otra debe ser tu único goce, tu sola distracción; pero acordándote siempre de Dios.

8. Lo que nos guía es la facultad que posee el alma de dirigirse a sí misma, de componerse según su voluntad y de considerar todo lo que sucede desde el punto de vista que juzga conveniente.

9. Todo se realiza según el orden de la naturaleza universal; y jamás por las leyes de otra naturaleza que pudiera envolverlo exteriormente o encerrarlo en su seno, como tampoco por otra causa independiente de ella.

10. Todas las cosas, o no son más que una oscura combinación de elementos que se mezclan desordenadamente para dispersarse luego, o, por el contrario, son todo unión, orden y Providencia. Dada la primera hipótesis, ¿para qué, pues, desearía permanecer más tiempo en medio de esta amalgama fortuita y dentro de semejante confusión? ¿Acaso debo preocuparme de saber cómo he de convertirme en polvo un día? ¿Por qué he de alarmarme entonces? La fuerza de dispersión ha de alcanzarme, haga lo que hiciere. Pero en la segunda hipótesis, no tengo más remedio que inclinarme con respeto y tranquilidad ante el ser que gobierna el universo, depositando en Él toda mi confianza.

11. Cuando, bajo el imperio de las circunstancias, experimentes involuntariamente una especie de trastorno, vuelve en tí mismo en seguida y, sobre todo, no

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

interrumpas la marcha de tu conducta más de lo necesario. Cuanto más constantemente recobres tu conducta, tanto más dueño te harás de ella.

12. Si tuvieses al mismo tiempo una madrastra y una madre, testimoniarías a la primera un profundo respeto, pero volverías asiduamente cerca de la segunda. Este ejemplo lo tienes actualmente con la filosofía y el poder; vuelve, pues, hacia la primera y échate en sus brazos; ella es quien te ayuda a soportar el poder y quien te hace soportable en él.

13. Ante los exquisitos manjares y otros alimentos que me son presentados, puedo perfectamente decirme: esto es un cadáver de pescado, aquello un cadáver de pollo o de cerdo; o también, este falerno es un poco de zumo de uva, aquel vestido de púrpura no es más que un tejido de lana vieja de oveja teñido del color de sangre extraído de una concha. En cuanto a los placeres del amor, solo son un contacto de cuerpos, un friccionar de nervios, que produce el espasmo y la excreción de una materia espermática. Y del mismo modo que estas ideas, que van directamente al hecho y penetrando en lo más recóndito de los objetos, dan a conocer lo que son en realidad, es necesario obrar con todas las cosas de esta vida. Cuando un objeto aparezca a la imaginación como muy estimable, hay que examinarlo interiormente, considerar su valor intrínseco y despojarlo de todo aquello que puede darle una dignidad ficticia. Una brillante apariencia es de seducción peligrosa; por eso, cuanto mayor apego tienes por una cosa que te parece buena, tanto más grande es luego tu desilusión.

14. La mayor parte de las cosas que el vulgo iletrado admira se reduce a los objetos más comunes, que le llaman la atención por sus propiedades constitutivas o vegetativas, como las piedras, la madera, el bosque, las higueras, la viñas, los olivos. Los seres algo más cultos se interesan por los animales, por ejemplo, por el ganado, por los grandes rebaños. Los individuos más ilustres todavía, aprecian a los seres dotados de razón, aunque no siempre de razón universal, sino más bien de esa facultad que les hace aptos para las artes o para una industria cualquiera, o, del mismo modo, desean poseer una multitud de esclavos sin más objeto que su número. Pero el que aprecia la inteligencia suprema, la razón que gobierna al mundo y al género humano, no se preocupa de lo demás; únicamente procura coordinar todas sus afecciones y sus movimientos con lo que le exigen esa razón universal y el interés de la sociedad, y ayuda a sus semejantes a obrar como él.

15. Siempre, unas cosas se apresuran a ser y las otras a dejar de ser; y aun de lo que alcanza a ser, una parte está ya extinguida; desapariciones y transformaciones renuevan el mundo sin cesar, como la incesante huida del tiempo renueva continuamente la duración infinita. En medio de este torrente, donde todo pasa fugaz y en el cual es imposible detenerse, ¿podría dar alguien quizás la menor importancia a cualquier cosa? Sería igual que apasionarse por una de esas aves que vuelan por encima de nosotros y que en un momento se las pierde de vista. La vida por sí misma y para cada uno de nosotros solo es un vapor de la sangre y un aliento del aire que respiramos. En efecto, el aire, una vez aspirado, se exhala; esto lo hacemos continuamente; pues

bien: lo mismo sucede cuando exhalas por última vez esta fuerza de respiración que adquiriste ayer o anteayer, la restituyes a quien te la había dado.

16. No está el mérito en vegetar como las plantas, ni respirar como los animales domésticos o salvajes, ni tener la imaginación pendiente de las impresiones de los sentidos, ni estar sujeto como un muñeco a los impulsos de las pasiones, ni agruparse, ni tomar los alimentos, función esta del mismo orden que la de operar la excreción de la comida.

¿Qué es lo que hace, pues, apreciable al hombre? ¿Acaso las calurosas ovaciones? No; ni tampoco las aclamaciones, puesto que las alabanzas que prodiga la multitud solo es un murmullo de voces. Apartémonos, pues, de esta gloria despreciable. ¿Queda algo, entonces, que pueda realizar la dignidad del hombre? Lo único, a mi parecer, es adaptar la conducta de cada uno a la organización interior de su ser, haciendo de esto el único objeto, como si se tratara del estudio y de las artes. En efecto, todo arte tiende a concordar las cosas con el objeto para que han sido hechas. Así proceden el jardinero, el viñador, el domador de un potro y el adiestrador de un perro.

He aquí, pues, lo que hace al hombre verdaderamente digno de aprecio; si llegas a conseguir esta perfección, los demás objetos te parecerán indiferentes. ¿Acaso podrás luego dar importancia a otras cosas? ¿No serás libre nunca, ni capaz de bastarte a ti mismo, ni estarás exento de perturbación? Sin duda tendrás envidia, celos y sospechas de los que pudieran arrebatarte estos bienes imaginarios; y quizá también tiendas lazos a los que poseen lo que en tanta estima tienes. Luego es imposible que con semejantes deseos no te halles perturbado y no protestes, incluso, en contra de los dioses. Si, por el contrario, respetas y honras tu alma, estarás siempre contento de ti mismo, en buena inteligencia con los hombres y de acuerdo con los dioses; sí, los bendecirás por todo lo que te envían y por todo lo que te han destinado.

17. Los átomos se mueven en todos los sentidos: hacia arriba, hacia abajo, en círculo; pero la virtud no se mueve en ninguna de estas direcciones. Tiene ocultas sus vías, las sigue, y llega sin tropiezo a su término.

18. ¡Qué manera de obrar más extraña tienen los hombres! No quieren elogiar a sus contemporáneos que viven con ellos, y dan una importancia enorme a las alabanzas de la posteridad, es decir, de personas que no han visto ni verán nunca. Es lo mismo que si tú lamentaras que los hombres de pasados siglos no te hubiesen elogiado.

19. Cuando te parece difícil de ejecutar una cosa, no pienses que es imposible para el hombre. Por el contrario, si una cosa es del dominio del hombre y entra en sus deberes, puedes estar seguro de que también se halla a tu alcance.

20. Si durante los ejercicios físicos o en el gimnasio alguien nos hiere o nos da un cabezazo, no mostramos la menor indignación; si nos creemos ofendidos, procuramos evitarle, pero no cual si fuera un enemigo; obramos con discreción, mas no sospechamos de él en lo más mínimo. Que sea, pues, así en todas las demás circunstancias de la vida y dispensemos benévolamente muchas cosas a los que, en

cierto modo, se ejercitan con nosotros. Conforme acabo de decir, nos está permitido evitar a cierta clase de individuos, pero sin sospechas ni odios.

21. Si alguien puede probarme y convencerme de que pienso o me porto mal, me corregiré con gusto; porque, buscando como busco la verdad, que nunca ha extraviado a nadie, sería extraviarse, en cierto modo, persistiendo en la falta o en la equivocación.

22. Por mi parte, cumple con mi deber permaneciendo insensible a todo lo demás, a esos seres inanimados, desprovistos de razón o extraviados y que ignoran el buen camino.

23. Trata dignamente y con normalidad a los animales y, en general, a todos los objetos de que dispones, como debe tratar un ser racional a todo lo que se halla desprovisto de razón. Y puesto que los hombres participan de la razón, como tú, trátalos como miembro que eres de su sociedad, invocando, en cualquier circunstancia, la ayuda de los dioses. Y no te preguntes con inquietud cuánto tiempo tendrás que obrar de este modo: aunque solo empleares en ello tres horas sería suficiente.

24. Alejandro de Macedonia y su mozo de mulas quedaron reducidos al mismo estado después de su muerte: o fueron reabsorbidos por las esencias generadoras del universo o se dispersaron de igual modo en átomos.

25. Piensa cuántas y qué distintas cosas suceden a la vez en cada uno de nosotros, en nuestro cuerpo lo mismo que en nuestra alma, y de este modo no te asombrarás de mucho de lo que ocurre. ¿Qué digo? De todo lo que pasa al mismo tiempo en el ser único y universal que llamamos mundo.

26. Si te preguntan cómo se escribe el nombre de Antonino, ¿acaso te resistirás a deletrear todas las letras? Si llegan a incomodarse, ¿te incomodarás tú del mismo modo? ¿No preferirás mejor deletrear el nombre tranquilamente y letra por letra? Del mismo modo, en la vida acuérdate de que tu deber se compone de cierto número de acciones simultáneas: es preciso cumplirlas sin titubear e ir derecho a sus fines sin enfadarse con los que se enfadan.

27. Impedir o no permitir a los hombres inclinarse hacia lo que parece ser de su conveniencia o de su interés es, en cierto modo, inhumano. Sin embargo, tú se lo impides, al parecer, cuando te indignas de sus faltas. Solo se inclinan, vuelvo a decir, hacia lo que les parece de su conveniencia o interés. Sí, dirás tú; pero se engañan. Pues bien: desengáñalos y procura instruirlos sin enfadarte.

28. La muerte pone fin a la rebelión de los sentidos, a la violencia de las pasiones, a los desvaríos del pensamiento y a la esclavitud que la carne nos impone.

29. Es vergonzoso que mientras tu cuerpo no decae, tu alma sucumba antes que aquél.

30. No abuses del título de césar, ni te dejes corromper; desgracias estas harto frecuentes. Procura, pues, ser siempre sencillo, bueno, formal, serio, justo, religioso,

bondadoso, afable y constante en la práctica de tus deberes. Acrecienta tus esfuerzos con el fin de que permanezca tal como te ha formado la filosofía. Venera a los dioses y respeta a los hombres. La vida es corta: la única ventaja que nos proporciona la existencia en este mundo es la de poseer la virtud en el corazón y obrar por el bien de la sociedad.

Muéstrate en todo cual verdadero discípulo de Antonino. Imita su constancia, haciendo únicamente lo que se halla de acuerdo con la razón, la uniformidad de su carácter en todas las circunstancias, su piedad, la serenidad de su rostro, su mansedumbre, su aversión por la vanagloria y la solicitud con que llevaba a cabo todos su negocios. Antonino no dejaba pasar absolutamente nada sin haberlo visto antes a fondo y haber concebido una idea clara. Soportaba con paciencia los reproches injustos que se le hacían y jamás contestaba con otros reproches. No obraba nunca precipitadamente, ni escuchaba la delación, y se enteraba de las costumbres y las acciones de todos con minucioso cuidado. La insolencia, la timidez, la desconfianza y la pedantería se hallaban desterrados de su persona. ¡Con cuán poco se contentaba! Ve, si no, sus habitaciones, su cama, sus vestidos, su mesa y sus criados. Ten presente, asimismo, su actividad y su constancia en el trabajo; gracias al régimen sencillo que llevaba, podía permanecer en el mismo sitio hasta la noche sin molestarte ni aun para las necesidades naturales, aparte de las horas que la costumbre le había fijado. Siempre era constante en sus amistades y de ningún modo se ofendía cuando le contradecían libremente sus opiniones; si le proponían una idea mejor que la suya, la adoptaba con satisfacción. Ten presente, por último, su piedad sólida y exenta de superstición, y obra de modo que tu hora última te sorprenda sin remordimientos y con los mismos sentimientos que él.

31. Vuelve de tu alucinamiento y recupera tus facultades. Despierta y examina detenidamente lo que te distraía; solo eran sueños. Y ahora que has despertado, considera lo que te turba, como has considerado el objeto de tus ensueños.

32. Estoy formado por un cuerpo mezquino que lleva consigo un alma. Al cuerpo todo le es indiferente, puesto que es incapaz de discernir en absoluto. En cuanto a mi espíritu, todo lo que no se halla dentro de sus propias obras le es también indiferente, y lo que se halla dentro de sus obras depende exclusivamente de él; por sus propias obras debemos entender las presentes, porque las venideras o pasadas le son en el presente indiferentes.

33. Ni los pies ni las manos hacen un trabajo superior a su naturaleza, mientras desempeñan las funciones que les incumben. Del mismo modo, el hombre no hace un trabajo superior a su naturaleza mientras cumple sus deberes como hombre. Lo que no se halle por encima de su naturaleza no será nunca un mal para él.

34. ¡En qué voluptuosidades no se han revolcado los bandidos, los pervertidos, los parricidas y los tiranos!

35. Por muy poco versadas que se hallen las personas en un arte, ¿no ves cómo obran? Si con la voluntad de los particulares se conforman solo hasta cierto punto, no por eso dejan de observar las reglas de su profesión, y jamás se apartan de ellas. ¡No es

verdaderamente asombroso que un arquitecto o un médico tengan más respeto por las reglas de su arte que el hombre por su razón, prerrogativa que posee en comunidad con los dioses?

36. Asia, Europa, no son más que unos rinconcitos del mundo. El conjunto de los mares es como una gota de agua en el universo, y el monte Atos una molécula de tierra. La sucesión de los siglos solo es un punto en la eternidad. Todas las cosas son pequeñas, inconsistentes, perecederas. Todas provienen del mismo origen, de la razón universal, bien sea directamente o por consecuencias. Así pues, tanto las fauces del león como el veneno, las espinas como el barro, y todo lo que hay de perjudicial, es un complemento necesario de la magnificencia y de las cualidades de la Naturaleza. Luego no te imagines que sean estas cosas extrañas al Ser que tú adoras, sino eleva tu pensamiento hasta el origen de todo.

37. Quien ha visto lo que hay en el tiempo presente, ha visto todo, tanto del pasado como del porvenir, porque todas las cosas persisten en su propia naturaleza e incluso presentan el mismo aspecto.

38. Piensa de cuando en cuando en la indisoluble unión de todas las cosas terrenales y en la relación íntima que existe entre ellas, porque todas están, por decirlo así, entrelazadas unas con otras y, por consiguiente, reina entre ellas una estrecha simpatía; la una se inclina hacia la otra por afecto de la tendencia, del concurso y de la comunión de todas las partes de la materia.

39. Acostúmbrate a lo que el destino te ha preparado y quienquiera que sean los hombres con los cuales tienes que vivir, ámalos, pero de verdad.

40. Un instrumento, un objeto, un utensilio cualquiera que se apreste al uso para el que ha sido hecho, es bueno; no obstante, el obrero que lo ha fabricado no está en él. No sucede lo mismo con los seres que la Naturaleza lleva consigo: la potencia que los ha formado reside y obra en ellos persistentemente. Por eso mismo debes reverenciarla mucho más y creer que, si te conduces conforme a su voluntad, asegurarás tu dicha. Por eso también, hasta el ser universal encuentra la felicidad perfecta en el cumplimiento de sus designios.

41. Admitamos que consideres como un bien o un mal cualquier cosa que no dependa de tu voluntad; si llega a sucederte este pretendido mal, o si no alcanzas este bien en cuestión, necesariamente te desatas en reproches contra los dioses, y los hombres, autores verdaderos o pretendidos de tu mala suerte o de tu desgracia, te son antipáticos. Hasta la lucha que sostenemos a propósito de estos bienes o males nos hace cometer mil injusticias. Si, por el contrario, hacemos consistir únicamente estos bienes o males en lo que depende de nosotros mismos, no nos quedará ningún pretexto para acusar a los dioses ni para revelarnos contra el hombre.

42. Todos cooperamos con el cumplimiento de un solo y único designio; unos, sabiéndolo y comprendiéndolo perfectamente; otros, sin darse cuenta. Por eso pretende Heráclito, si no me engaño, que hasta los que duermen trabajan, y son obreros que

contribuyen en cierto modo a lo que sucede en el mundo. El uno contribuye de una forma, el otro de otra. El que murmura contra los accidentes de la vida y trata de conjurarlos y aun de eludirlos, contribuye del mismo modo, porque el orden general del mundo necesita la intervención de ese cooperador. Ve, pues, en qué clase de trabajadores quieras colocarte. En cualquiera de ellos que te coloques, el Ser que gobierna el universo sabrá perfectamente servirse de ti, como de los demás obreros que utiliza en sus empresas. Pero tú procura no ser en el conjunto de esos obreros lo que es en una comedia el verso chabacano y ridículo citado por Crisipo¹⁷.

43. Por ventura, ¿se mezcla el sol en lo que incumbe a la lluvia y Esculapio en lo que es propio de la tierra fecunda? ¿Y qué decir de cada uno de los astros? ¿No tienen acaso atribuciones distintas y, sin embargo, concurren al mismo fin?

44. Si los dioses han decidido sobre mí mismo y de lo que debe sucederme, su decisión tiene que ser buena forzosamente, porque no se puede concebir un dios desprovisto de sabiduría. Además, ¿cuál sería el motivo que los impulsara a hacerme daño? ¿Qué beneficios podían sacar de esto, para sí mismos o para el universo, objeto principal de sus cuidados? Y suponiendo que no hayan deliberado particularmente acerca de mí mismo, por lo menos han establecido un plan general; y puesto que todo lo que me sucede es una consecuencia forzosa de este plan, mi deber es acogerlo como es debido y llevarlo resignadamente. Ahora bien: si los dioses no deliberan acerca de nada (suposición impía), entonces no debemos hacer ni sacrificios, ni plegarias, ni votos, ni ninguna de esas prácticas religiosas que se dirigen a los dioses, a quienes consideramos como estando presentes y viviendo entre nosotros; pero aun suponiendo esto, que los dioses no quieran mezclarse en nada de lo que nos concierne, podemos pensar perfectamente acerca de nosotros mismos, y este pensamiento tendrá como único objeto nuestro propio interés. Luego el interés de cada individuo está en velar por su propia constitución y por su naturaleza particular; y yo, por naturaleza, soy un ser razonable y social. Como Antonino, tengo por cuna y por patria Roma; como hombre, el mundo. Por consiguiente, para mí no hay más bienes verdaderos que los que sirven los intereses de ambas patrias

45. Todo lo que nos sucede a cada uno es bueno para el universo. Esto sería bastante. Sin embargo, observa atentamente las cosas y verás también que todo lo que le sucede a un individuo es útil para los demás. Pero atribúyase aquí a la palabra *útil* el sentido que le da la gente al hablar de cosas indiferentes, es decir, de lo que en el fondo no es ni un mal ni un bien.

46. Las representaciones dadas en el anfiteatro, o en otra escena del mismo género, te molestan porque son siempre semejantes, y la uniformidad de este espectáculo acaba por desagradarte: lo mismo debe sucederte durante toda la vida, porque tanto arriba como abajo todo pasa y se repite en este mundo con perpetua uniformidad. ¿Hasta cuándo, pues?

17 Estoico de extraordinaria actividad literaria, que vivió entre el 280 y el 208 a. C.

47. Reflexiona continuamente cuántos hombres han muerto de todas las clases, de todas las profesiones, de todos los países. Desde el comienzo de los siglos desciende hasta la época de Filistión, de Febo, de Origanión¹⁸, y considera luego las demás razas de los hombres. Así pues, es preciso que vayamos también donde tantos oradores eminentes y tantos graves filósofos nos han precedido, los Heraclitos, los Pitágoras, los Sócrates; tantos héroes de la Antigüedad, sin olvidar tampoco tantos generales y reyes, y con estos los Eusodios, los Hiparcos, los Arquímedes¹⁹ y todos los personajes que se han distinguido por la cultura de su espíritu, la elevación de sus pensamientos y su amor al trabajo, por sus maldades y su presunción, por sus burlas acerca de la vida de los hombres, tan corta y efímera, por ejemplo Menipo²⁰, y otros muchos como él. Piensa en todos ellos y piensa también que hace mucho tiempo que han muerto. En resumen, ¿qué puede haber en esto de lamentable para ellos y, por consiguiente, para tantos y tantos, cuyos nombres han caído en el olvido? En definitiva, solo hay en este mundo una cosa digna de nuestros esfuerzos: practicar la verdad y la justicia y tratar con tolerancia a los mentirosos y a los hombres injustos entre los cuales vivimos.

48. Cuando quieras estar contento, piensa en las cualidades de los que viven contigo; por ejemplo, en la actividad de este, en la modestia de aquel, en la generosidad del otro. No hay nada que alegre tanto el alma como la imagen de las virtudes que sobresalen en las costumbres de los que viven con nosotros. Procura, pues, tener siempre este cuadro ante los ojos.

49. ¿Acaso estás molesto porque pesas tantas o cuantas libras en vez de pesar trescientas? Pues no te apures tampoco si te quedan tantos o cuantos años de vida en vez de vivir mucho más. Del mismo modo que aceptas con resignación la cantidad de materia que te ha correspondido, resígnate también a la duración de tu vida.

50. Procura convencer a los demás por la persuasión, y siempre que la justicia te lo exija, cumple con tu deber, aun a despecho de ellos. Si recurren, no obstante, a la fuerza para impedírtelo, sopórtalo con paciencia, pues la violencia que emplean contigo despierta en ti otra virtud. Ten presente que tu propósito era únicamente una posibilidad y que no pretendías lo imposible. ¿Qué te proponías? Hacer un esfuerzo hacia el bien. Pues has conseguido tu objeto. No porque nuestros esfuerzos sean contrarios dejan de ser esfuerzos.

51. El hombre ambicioso de gloria hace consistir su deber en la actividad ajena; el voluptuoso, en sus propias sensaciones; el sabio, en actos personales.

52. Respecto a tal o cual asunto, me es fácil no opinar, y de este modo me evito el trastorno de la conciencia; porque las cosas no tienen por sí mismas la virtud de imponernos nuestros juicios.

18 Nombres de médicos de la época de Marco Aurelio.

19 Matemáticos y físicos, siglos II y III a. C.

20 Filósofo cínico y poeta satírico griego, del siglo III a. C.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

53. Acostúmbrate a escuchar sin distracción todo lo que otro dice y a penetrar todo lo posible en el espíritu del que habla.

54. Lo que no es bueno para la colmena no lo es tampoco para la abeja.

55. Si los marineros desobedecen al piloto y los enfermos al médico, ¿a quién van a obedecer? ¿Cómo podría aquél llevar a puerto seguro a los pasajeros y este devolver la salud a los que cura?

56. ¡Cuántas personas con quienes había entrado en este mundo han desaparecido ya!

57. La miel para los que padecen de ictericia tiene un gusto amargo; los que han sido mordidos por un animal rabioso tienen miedo del agua y los niños encuentran linda la pelota más insignificante. ¿Por qué, pues, he de enfermar? ¿Acaso te figuras que el error tiene menos influencia en el hombre que la bilis en el que sufre de la ictericia y el virus en el que está atacado de hidrofobia?

58. Nadie te impedirá vivir según los principios de tu naturaleza; como tampoco te sucederá nada que no esté dentro del orden del universo.

59. ¿A qué clase de personas quieren complacer estos individuos? ¿Qué es lo que pueden ganar en ello? ¿Cuáles son los medios que emplean? ¡Ah! El tiempo no tardará en tragárselo todo. ¡Cuántas cosas se ha tragado ya!

Libro VII

1. ¿Qué es el vicio? Lo que has visto muchas veces. Así pues, siempre que la ocasión se presente, di para ti: «Eso lo he visto muchas veces». Por doquier, arriba como abajo, encontrarás parecidas maldades, abundan en las historias antiguas, modernas y contemporáneas; en las poblaciones y en las familias. No hay nada nuevo, todo es muy conocido y provisional.

2. ¿Por qué razón van a extinguirse tus principios si las ideas que corresponden a ellos y que debes sostener continuamente no se extinguieren?

Soy libre de pensar lo que conviene para tal o cual objeto. Luego, si soy libre, ¿por qué confundirme? Todo lo que hay fuera de mi alma no tiene ningún imperio sobre ella. Piensa de este modo y vivirás con rectitud.

En tu poder está el revivir: vuelve a considerar las cosas como antes las considerabas; eso se llama revivir.

3. El placer de las representaciones pomposas es un placer frívolo; el espectáculo de las comedias en el teatro, el de un desfile de animales grandes y pequeños, el de los combates de gladiadores, ¿puede compararse al de los perros cuando se les arroja un hueso, al de los peces cuando se les echa un pedazo de pan y lo engullen, al de las hormigas transportando activamente su pesada carga, al de los movimientos ágiles de los ratones cuando se los espanta o al de las marionetas? Luego si es preciso que asistas a aquellas representaciones, procura comportarte en ellas bondadosamente y sin arrogancia; has de tener presente, sin embargo, que la estima que merece cada individuo debe ser igual a la estima que tengan sus inclinaciones.

4. Interpreta bien las palabras en lo que se dice y las intenciones en lo que se hace. Procura adivinar, por un lado, el fin que se proponen y, por otro, el sentido exacto de las expresiones.

5. ¿Tengo o no tengo bastante conocimiento para hacer esta obra? Si tengo bastante voy a servirme de él como de un instrumento que la naturaleza universal ha puesto en mis manos; pero si no tengo bastante, voy a dejar la obra a quien pueda hacerla mejor que yo, no siendo esta de mi exclusivo deber; o si no, la haré como pueda, tomando una ayuda de otro. Porque todo lo que yo haga, solo o con ayuda, debe tener únicamente por objeto el interés y el buen orden de la sociedad.

6. ¡Cuántos personajes célebres en otros tiempos han caído ya en el olvido! y ¡cuánta gente que los felicitaba ha desaparecido!

7. No te avergüences de que te ayuden. Tu deber es como el del soldado que está en la brecha. ¿Qué harías tú, pues, estando herido en una pierna y no pudiendo subir solo, si te fuera posible hacerlo con ayuda de otro?

8. ¡Que el futuro no te atormente! Si es necesario, lo afrontarás con el auxilio de la misma razón que te ilumina en las cosas presentes.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

9. Todas las cosas se hallan entrelazadas las unas con las otras, formando un encadenamiento sagrado, y quizá no haya ninguna que se halle independiente de la otra. Todas están subordinadas y su conjunto constituye la belleza del universo. Porque no hay más que un universo que abraza todo, un solo Dios que está en todas partes, una materia elemental única, una ley que es la razón común de todos los seres inteligentes y una sola verdad, del mismo modo que solo hay un estado de perfección para las criaturas del mismo género y para los seres que participan de la misma razón.

10. Todo lo que es material se confunde pronto con la masa de la sustancia universal; toda causa es absorbida en un instante en la razón universal; todo recuerdo se funde al instante en la eternidad.

11. Para el ser razonable, acción natural y acción razonable son una misma cosa.

12. Si no eres recto, enderézate.

13. La conexión que existe entre los miembros de un mismo cuerpo existe también entre los seres racionales, por muy distintos que sean unos de otros; porque han sido organizados para cooperar en una misma obra. Comprenderás mejor todavía este pensamiento si razonas de este modo: «Yo soy un miembro del cuerpo constituido por los seres racionales». Pero si consideras sencillamente que formas parte de la sociedad humana es que no amas todavía de veras a todos los hombres; es que no experimentas aún verdadera satisfacción en practicar con ellos el bien; es que lo haces solo por conveniencia; es que todavía no tratas a cada uno de ellos como a ti mismo.

14. Que venga de fuera lo que quiera a esos órganos que están expuestos a tal o cual accidente. Que sufran; ya se quejarán, si quieren. Por mi parte, si creo que este accidente es un mal, yo todavía no estoy herido. Luego de mí depende el no creerlo.

15. Aunque digan o hagan lo que quieran, es preciso que yo sea hombre de bien, lo mismo que el oro, la esmeralda o la púrpura lo son siempre; aunque ellos digan o hagan lo que quieran, es preciso que yo sea esmeralda, que tenga mi brillo propio.

16. El espíritu, nuestro guía, no se turba jamás por su propio impulso, quiero decir que no se causa a sí mismo ningún temor y que no experimenta ninguna pasión. Algun agente extraño puede infundirle miedo o causarle pesar; pero por sí mismo, ni por sus propias opiniones, jamás se afectará. Que nuestro miserable cuerpo procure protegerse contra el dolor, si puede, y si sufre, que se queje; pero nuestra pobre alma, que atormentamos y entristecemos, y que es la que nos dice en definitiva sobre lo que experimenta, que permanezca insensible. Mal podríamos persuadirla, en efecto, de que eso es un peligro.

Mientras que nuestra alma se posea, es decir, en tanto que no se prive de sus recursos propios, se basta a sí misma. Por ello es impenetrable y libre, y si sufre algún trastorno, si tropieza en obstáculos es porque libremente lo acepta.

17. La felicidad consiste en poseer un buen espíritu y una recta razón. ¡Oh, conciencia mía! ¿Qué haces tú, aquí? Vete, en el nombre de los dioses, del mismo modo

que has venido; porque no te necesito. Has venido según tu antigua costumbre; no te odio; pero vete.

18. ¿Se teme el cambio de estado? Pero ¿acaso puede hacerse alguna cosa sin un cambio de estado? ¿Hay en esto alguna discordancia con el gusto y las costumbres de la naturaleza universal? Tú mismo, ¿podrás tomar un baño caliente si la leña no cambia de estado? ¿Podrás alimentarte si tus alimentos no se transforman? Por ventura, ¿puede hacerse algo útil sin una transformación? ¿Y no ves, quizás, que sucede en ti lo mismo que en los demás y que tu cambio de estado es igualmente necesario a la naturaleza universal?

19. Todos los cuerpos pasan como un torrente a través de la sustancia del universo. Con él han nacido y contribuyen a su obra, del mismo modo que nuestros órganos se ayudan mutuamente.

¡Cuántos Crisipos, cuántos Sócrates, cuántos Epictetos se ha tragado ya la tierra! Piensa del mismo modo en lo tocante a otra persona o a otra cosa.

20. Solo una cosa me atormenta, y es el temor de hacer algo contra la naturaleza del hombre, contra sus deseos o contra lo que debe hacer en las circunstancias actuales.

21. En un instante habrás olvidado todo; en otro instante todos te habrán olvidado.

22. Está en el deber del hombre el amar aun a los que le ofenden. El medio de conseguirlo lo hallarás fácilmente reflexionando que son para ti como hermanos; que si son culpables, no es a sabiendas, sino por ignorancia; que sin tardar mucho tiempo habréis desaparecido unos y otros; y, sobre todo, que no te han hecho ningún mal, puesto que no han hecho a tu alma peor de lo que era antes.

23. La naturaleza universal emplea la materia común de todas las cosas como si fuese cera. Hace un momento ha modelado el cuerpo de un caballo, luego, ha destruido su labor mezclándola a otros elementos para hacer un árbol, después ha obrado del mismo modo para hacer un hombre u otro cualquiera, y cada uno de estos seres sólo ha subsistido un instante. ¿Tiene eso algo de sorprendente? Más trabajo cuesta montar un cofre que deshacerlo.

24. La alteración de los rasgos causada por la cólera es seguramente contraria a la Naturaleza. Si se reproduce a menudo, la fisonomía pierde su expresión, la tez acaba por marchitarse y no puede ya recobrar su brillo. Ve, pues, en esto una prueba de que la cólera es también contraria a la razón. Además, si esta pasión te hace perder el sentimiento de tus faltas, ¿para qué necesitas vivir más tiempo?

25. La Naturaleza transformará sin tardanza todos los objetos que tienes a la vista; de su sustancia formará otros, y otros aún de la sustancia de estos, de modo que el mundo tenga una juventud eterna.

26. Si llegara a suceder que alguien te faltase, pregúntate enseguida cuál es la opinión que ha debido de hacerse de lo que es el bien y de lo que es el mal para que haya podido ocurrir en esa falta. Una vez aceptado este punto, solo experimentarás para con él un sentimiento de compasión, sin demostrar por eso ni asombro ni cólera. Es posible también que la opinión que tú mismo tengas sobre el bien sea semejante o casi semejante a la suya; en este caso, debes comprender. Y si su opinión acerca del bien o del mal no es precisamente la tuya, solo debes mostrarte indulgente con un hombre que más que nada está ciego.

27. No pienses en las cosas que te faltan como si ya las tuvieras, sino elige entre las que posees las que más te gusten, y al considerarlas, pregúntate lo que harías para procurártelas si no las tuvieses. Sin embargo, guárdate muy bien de acostumbrarte a ellas y de apreciarlas hasta el punto de atormentarte si un día te llegaran a faltar a causa del placer que te proporcionan.

28. Recógete en ti mismo. Por naturaleza, la razón que te sirve de guía se basta a sí misma, siempre que practique la justicia. En estas condiciones, goza de una tranquilidad perfecta.

29. Borra de tu espíritu lo que solo es pura imaginación. Domina el ímpetu de tus pasiones. Pon límite al tiempo presente. Reconoce lo que está previsto que sea para ti o para otro. Distingue y separa en el objeto que te ocupa el principio de la sustancia. ¿Qué alguien ha cometido una falta? Pues deja la falta donde está.

30. Que tu inteligencia siga atentamente a todo lo que se dice y que penetre los hechos y sus causas.

31. Adorna tu alma con la sencillez, la modestia y la indiferencia para todo lo que ocupa el término medio entre la virtud y el vicio. Sé el amigo del género humano. Obedece a Dios; porque, según dice el poeta, «todo se halla sometido a sus leyes». ¿Y si no hay más que los átomos elementales? Entonces, basta con que recuerdes que todo se halla sujeto a leyes constantes, o, por lo menos, con muy pocas excepciones.

32. La muerte: o es una dispersión, si estoy compuesto de átomos, o la unión con mi principio; en todo caso, es una extinción o el paso de una vida a otra.

33. El dolor: si es insoportable, mata; si dura mucho tiempo, es soportable. En este caso, el alma se repone y conserva su tranquilidad; y la razón, que es nuestra guía, no sufre ninguna alteración.

En cuanto a los órganos afectados por el dolor, que se quejen si pueden.

34. La gloria: considera los pensamientos de la plebe; ve lo que son, de lo que se sustraen, los objetos a que se apegan y ten presente esta reflexión: así como las arenas de la orilla del mar se cubren con otras que traen las olas y estas con otras todavía, del mismo modo sucede en este mundo; el presente borra en seguida las huellas del pasado.

35. ¿Crees tú que un individuo dotado de grandeza de alma y de una penetración suficientemente poderosa para contemplar a la vez la inmensidad de los tiempos y el conjunto de los seres puede considerar la vida humana como un bien extraordinario? Seguramente que no.

36. Es de almas grandes considerarse pagado en calumnias del bien que se hace.

37. Es una vergüenza que el rostro obedezca y que se mantenga o se acomode a los dictados del alma, como lo es también que el alma por sí misma no sepa mantenerse o acomodarse a su voluntad.

38. No conviene irritarse contra cosas que para nada toman en cuenta nuestra ira.

39. Sé para los dioses inmortales, así como para nosotros, un motivo de alegría.

40. La vida es segada como una espiga de trigo, una veces en plena madurez, otras prematuramente.

41. Si los dioses me abandonan, y lo mismo a mis hijos, será por alguna razón.

42. El bien y la justicia están conmigo.

43. No te lamentes con nadie ni por nadie te inquietes.

44. Con mucha razón podría contestar a un individuo así: ¡Oh, amigo mío! Pretender que un hombre, aunque se ocupe de una cosa insignificante, debe calcular las probabilidades de vida o de muerte, sin limitarse a considerar en lo que hace si la acción es justa o injusta, y si es de un hombre de bien o de una mala persona, es hablar inconsideradamente.

45. Sí, atenienses, y esto es precisamente lo que sucede en realidad; si alguien se ha colocado por sí mismo en un puesto que ha creído excelente, o si ha sido colocado en este por el arconte, estimo que debe permanecer a toda costa, sin preocuparse de la muerte ni de otra cosa, excepto del deshonor.

46. No obstante, amigo mío, cuida mucho que la honradez y el bien consistan únicamente en velar por la salvación de los demás y por la nuestra propia, pues la virtud no está en prolongar indefinidamente nuestra existencia. El hombre que es verdaderamente hombre debe dejar a las cosas seguir su curso sin apegarse a la vida; no obstante, acerca de este punto, debe confiarse a Dios y decir, como las mujeres, que no se puede sustraer a su destino. Es preciso, sobre todo, que examine con cuidado cuál es el mejor empleo que puede hacer del tiempo que ha de vivir²¹.

47. Contempla las evoluciones de los astros y piensa al mismo tiempo que evolucionas con ellos; y reflexiona continuamente cómo los elementos cambian unos en otros. Estas elevadas meditaciones purifican el alma de las mancillas de su vida terrestre.

21 El autor extrae pasajes de algunas obras de Platón.

48. Hermoso pasaje de Platón: cuando se quiere hablar de los hombres, es preciso elevarse en cierto modo sobre la tierra y observar desde lo alto lo que se extiende a la vista: muchedumbre, ejércitos, trabajos en los campos, matrimonios, divorcios, nacimientos, muertes, tumulto en los tribunales, comarcas desiertas, naciones bárbaras de todos los colores, regocijos, lamentaciones, ferias y mercados, la confusión de todo esto y la armonía del mundo formado de tantos y tan contrarios elementos.

49. Echa una ojeada hacia el pasado, hacia la caída de tantos Estados poderosos, y, de este modo, podrás prever fácilmente lo que será el porvenir. El espectáculo será semejante; todo irá al mismo paso y en iguales condiciones que lo que en la actualidad sucede. Es, pues, indiferente ser espectador de la vida humana durante cuarenta años que por espacio de mil; porque, en resumen, ¿podrías ver algo más?

50. Lo que proviene de la tierra vuelve otra vez a la tierra; pero lo que tiene un origen celeste torna luego a la esfera de los cielos. De otro modo, este fenómeno de la muerte es una separación de átomos que se hallaban unidos entre sí; una dispersión de elementos desprovistos de sensibilidad.

51. Recurren a manjares, a brebajes y a prácticas de magia para desviar el curso de las cosas y evitar la muerte. Pero el aliento de la Divinidad los empuja a su voluntad; es preciso, pues, que se sometan en las penas y los dolores.

52. Aunque otro sea luchador más hábil que tú, no debe importarte; no obstante, debes procurar que no sea más afable, más modesto, más resignado a los accidentes de la vida y más benévolos para los errores del prójimo.

53. Desde el momento en que una cosa puede ejecutarse conforme a la razón, que es la luz común a los dioses y a los hombres, no hay que temer las consecuencias. En efecto, en un asunto en que todo va bien y que se lleva a cabo mediante un plan preconcebido, puede ganarse algo; lo que está fuera de duda es que no hay nada que perder.

54. Por respeto a los dioses, en todo lugar y en cualquier ocasión depende de ti el aceptar voluntariamente lo que te sucede en la actualidad, tratando a los hombres según las reglas de la justicia y analizando cuidadosamente la idea que se presenta a tu espíritu, con objeto de que no se introduzca nada en ella furtivamente y sin examen.

55. No te preocupes de la opinión de los que te rodean, sino dirige más bien tus miradas hacia el objeto a que te lleva la Naturaleza: la del universo, por todo lo que te sucede de su parte, y al mismo tiempo la tuya, por las obligaciones que te impone. Todo ser debe obrar conforme a su condición; luego todos los seres han sido creados para ser razonables, como, desde luego, en todas las cosas lo que hay de menos bueno se halla en relación con lo que hay de mejor. Los seres razonables han sido hechos los unos para los otros. Así, tenemos que el primer privilegio de la condición humana es la sociabilidad. El segundo es el saber resistir a las pasiones; porque en un movimiento que emana de la razón y del alma, es recomendable circunscribirse en sus límites naturales y huir de la peligrosa influencia de los sentidos y de los apetitos desordenados,

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

éstos dueños soberanos del animal. Pero el alma reivindica para sí la supremacía y repudia su imperio; tiene derecho a ello, en efecto, puesto que si existen es para que se sirva de ellos. El tercer privilegio de un ser racional es poder protegerse contra cualquier error o falta. Que el espíritu preparado de este modo marche, pues, con rectitud; todo lo que pertenece a su naturaleza lo posee.

56. Como si hubieras muerto y el instante presente fuera el término de tu vida, es preciso que pases los años que te quedan de acuerdo con la Naturaleza.

57. Interésate únicamente por los acontecimientos que se hallen ligados a tu destino. ¿Acaso puede haber algo más interesante?

58. Siempre que te ocurra algún accidente, piensa en otros semejantes que les han ocurrido a los demás antes que a ti, y que han provocado su indignación, su asombro y sus maldiciones. ¿Qué ha sucedido con ellos? Ya no existen. ¿Pues obrarías de igual modo? ¿No vale más abandonar estas demostraciones intempestivas a los individuos que se desmoralizan y están desmoralizados y reunir todos tus esfuerzos con el fin de sacar provecho aun de estos mismos accidentes? De esta manera, encontrarías una buena ocasión de practicar tu virtud. En todo lo que hagas procura merecer tu propia estimación acordándote de las dos condiciones esenciales. En cuanto al objeto mismo de tu acción, no debe importarte mucho.

59. Busca dentro de ti mismo. Ahí está el manantial del bien, tanto más inagotable cuanto más se profundiza.

60. Es necesario que el cuerpo conserve una actitud firme y que ni en sus movimientos ni en sus gestos se note la menor descompostura; la expresión de gravedad y decoro de un alma noble comunicada al rostro debe reflejarse en todo el individuo. No obstante, se debe huir de cualquier afección.

61. La ciencia de la vida tiene más relación con el arte de la lucha que con el arte de la danza, porque es preciso estar siempre preparado a sostener con firmeza circunstancias súbitas e imprevistas.

62. Considera frecuentemente lo que son las personas cuya aprobación tratas de obtener y cuál es el espíritu que las guía; porque, penetrando hasta el origen de sus opiniones y de sus deseos, o las perdonarás si se engañan por ignorancia o podrás desdeñarlas.

63. El alma, a pesar de ser el alma, se halla privada de la verdad, dice el filósofo Platón. Luego, siendo así, el alma se halla también privada de justicia, de templanza, de humanidad y de cualquier otra virtud semejante. Es preciso, pues, no olvidar esto, y de este modo serás cada vez más indulgente para con tu prójimo.

64. Cuando experimentes algún dolor, ten presente que no es una infamia, que no te envilece el alma que te gobierna y que no la altera ni en su sustancia ni en sus cualidades de sociabilidad.

Por otra parte, en la casi totalidad de los casos en que sufras, puedes recordar este pensamiento reconfortante de Epicuro²²: «En los sufrimientos no hay nada eterno, ni imposible de soportar, si consideras que todo tiene límites y si no añades a ello tus prejuicios». Acuérdate también de esto; que hay muchos contratiempos, parecidos al dolor, que nos causan una irritación oculta; por ejemplo, la somnolencia importuna, el excesivo calor, la falta de apetito. Si estas molestias te impresionan, puedes decir que sucumbes al dolor.

65. Guárdate siempre de mostrar a las personas insociables el humor que estas muestran a los demás.

66. ¿En qué nos fundamos para presumir que Telaugio no era más virtuoso que Sócrates? Que Sócrates haya muerto más gloriosamente, que haya mostrado más agudeza en sus discusiones con solo sofistas, más resistencia contra el frío durante las noches pasadas al aire libre o más grandeza de alma al negarse a cumplir la orden de prender al habitante de Salamina²³, y que se haya paseado luego con orgullo por las calles, hecho que daría que pensar si no fuese calumnioso, no basta; el punto que se debe examinar es este: ¿cuál era el alma de Sócrates? ¿Acaso fundaba únicamente su felicidad en la práctica de la justicia para con los hombres y de la devoción para con los dioses, sin indignarse inútilmente contra el vicio ni ensalzar hipócritamente la ignorancia de nadie, sin desconcertarse en lo más mínimo por los accidentes relacionados con el orden general del mundo, o considerándolos como superiores a sus fuerzas y sin confiar nunca su corazón a las viles sensaciones de la carne?

67. La Naturaleza no te ha unido a la carne tan íntimamente para que no puedas disponer de ti mismo y ejercer libremente las funciones que solo dependen de ti. Puede suceder, en efecto, que un hombre divino sea, al mismo tiempo, un hombre desconocido para todos. Acuérdate siempre de esta verdad: el arte de vivir dichoso requiere pocos conocimientos. Admitiendo que no tengas ya esperanzas de llegar a ser un dialéctico o un filósofo, ¿es quizás esto una razón para que desconfíes de ser un hombre libre, modesto, sociable y resignado a las voluntades de Dios?

68. Puedo vivir libremente en la plenitud de los goces del alma, aun cuando se empeñaran los hombres en llenarme de injurias y aunque las fieras hiciesen añicos los miembros de esta masa de carne que me cubre. En estos momentos, ¿puede haber algo, acaso, que impida a mi espíritu guardar su tranquilidad, juzgar cueradamente lo que sucede a mi alrededor y sacar un provecho inmediato de todo lo que se presente? Así pues, mi razón puede decir entonces al accidente: «En realidad, tú no eres más que esto, aunque la opinión te presente como otra cosa»; y mi provecho puede también decir: «Te buscaba». Porque lo que sucede es siempre materia de virtud para mí en cualidad de ser racional y sociable, y, en general, materia para la obra del hombre o de Dios. En efecto, todo lo que sucede se relaciona con Dios o con el hombre; no hay nada nuevo ni difícil de manejar ; todo es conocido y de sencilla ejecución.

22 Filósofo griego; nació en Samos en el 341 a. C.

23 Isla de la costa de Ática. El autor se refiere a un personaje de la *Apología de Sócrates*.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

69. La perfección de las costumbres consiste en obrar cada día como si debiera ser el último, es decir, sin agitación, sin abandono y sin hipocresía.

70. Los dioses, que son inmortales, no se indignan por tener que soportar sin descanso y durante tantos siglos a los hombres tal cual son y a tan gran número de malvados como hay. Aún más: los rodean de toda clase de cuidados. Y tú, que tan corta vida tienes, te sublevas a pesar de ser uno de tantos malvados.

71. Es verdaderamente extraordinario que no te sustraigas a tu propia malignidad, pudiendo, y que trates de sustraerte a la malignidad de los demás, siendo una cosa imposible.

72. Lo que el alma, potencia razonable y social, encuentra extraño a la inteligencia y al interés de la sociedad, está, con justa razón, muy por encima de su cometido.

73. Cuando practicas el bien y alguien ha aprovechado tu buena obra, ¿quieres más? ¿Quizás esperas otra cosa, como los insensatos: la reputación de hombre bienhechor o un testimonio de reconocimiento?

74. No hay quien se canse de recibir favores. Luego si hacer un favor es llevar a cabo un acto conforme a la Naturaleza, trata de favorecerte a ti mismo al favorecer a los demás.

75. La naturaleza del universo ha obedecido a su propio movimiento al crear el mundo. Por consiguiente, todo lo que sucede ahora es una consecuencia necesaria de sus primeras voluntades pues, de lo contrario, el dueño soberano del mundo hubiera colocado en él, sin reflexión y a la ventura, hasta las criaturas que figuran en el primer orden y por las cuales vela tan particularmente. Este pensamiento te tranquilizará en muchas ocasiones, si procuras tenerlo presente.

Libro VIII

1. He aquí una reflexión que puede ayudarte también a desterrar la vanidad: si has practicado las máximas de la filosofía toda tu vida o, por lo menos, desde tu juventud primera, hacerlo no ha sido mérito tuyo, pues muchas personas saben, y tú mismo también, que has estado muy lejos de ello. Hete aquí, pues, confundido; desde ahora en adelante ya no te será fácil adquirir el honroso título de filósofo: tu situación misma te lo impide. Luego si juzgas bien el estado de las cosas, no te preocupes más de la reputación que hubieras podido dejar después de la muerte y conténtate con pasar el resto de tus días tal como tu naturaleza sea.

Que tu reflexión te lleve a conocer los deberes que el espíritu te impone y que por ningún pretexto te apartes de este estudio. Has querido buscar la felicidad en esta vida, y ¿por cuántos caminos no te has extraviado? En los sofistas de las escuelas, en las riquezas, en la gloria, en los placeres, en ninguna parte has podido encontrarla. ¿Dónde está, pues? En la práctica de las acciones que la naturaleza del hombre exige. ¿Y el medio de practicarlas? Ateniéndose siempre a los principios que son el origen de nuestros deseos y de nuestras acciones. Pero, ¿cuáles son estos principios? Los que engendran los verdaderos bienes y los verdaderos males, es decir, los que nos hacen discernir que solo es bueno en el hombre lo que le hace justo, moderado, valeroso, libre; y que solo es malo lo que produce en él el efecto contrario a estas bellas cualidades.

2. Antes de llevar a cabo cualquier acto, pregúntate: ¿para qué me servirá? ¿Me arrepentiré? Dentro de poco ya no existiré, todo habrá desaparecido para mí. ¿Qué puedo esperar más, si mi acto presente es digno de un ser inteligente, sociable y sometido a la misma ley de Dios?

3. ¿Quiénes son Alejandro, Cayo, César y Pompeyo en comparación a Diógenes, Heráclito y Sócrates? En efecto; estos penetraban las cosas a fondo, en sus principios y en su sustancia, y por nada se trastornaba el equilibrio de su alma. Por el contrario, los primeros, ¡cuántos cuidados, qué esclavitud!

4. No, no dejarás de hacer lo mismo, aunque te costara la vida el hacerlo.

5. Desde luego, no te preocupes, porque todo acaece según las leyes de la naturaleza universal. Tu misma persona, antes de lo que te figuras, se habrá desvanecido como la de Adriano, como la de Augusto. Después, mira detenidamente, examina con mucho cuidado el objeto que te llama la atención y acuérdate al mismo tiempo de que es preciso que seas hombre de bien. Aquello que la naturaleza del hombre te exige puedes hacerlo sin titubear. Di lo que tú creas más justo, pero siempre con dulzura, modestamente y sin disimulo.

6. La misión de la naturaleza del universo es la de trasladar allá lo que está aquí, de cambiarlo de estado y, en fin, de volverlo a quitar de este sitio para llevarlo a otro. Todo es una mudanza continua. Vive, pues, sin miedo, que no sucederá nada nuevo ni extraordinario; todo se halla repartido en justa proporción.

7. El ser, en general, se encuentra satisfecho cuando lleva a cabo las funciones que le están encomendadas. Luego para que el ser razonable lleve bien a cabo sus funciones, es preciso que no admita en su criterio incertitudes ni falsedades; que dirija únicamente sus esfuerzos hacia un fin útil a la sociedad; que no manifieste ni deseos ni temores, salvo en lo que dependa de nosotros mismos, y que acepte fríamente la suerte que le haya sido asignada en la Naturaleza de la cual forma parte, como la hoja lo forma también de la planta. En cuanto a esto, hay, sin embargo, una diferencia: porque la hoja forma parte de un ser desprovisto de sentimiento y de razón y expuesto a sufrir múltiples violencias, en tanto que el ser humano depende de una naturaleza que no admite sujetaciones, que en ella todo es inteligencia, todo es justicia, y que distribuye a cada individuo, equitativamente y según el puesto que ocupa en la sociedad, una parte de duración, de materia, de razón, de fuerza y de accidentes. Sin embargo, has de tener en cuenta que no hallarás esta distribución equitativa comparando un individuo con otro, sino que habrás de comparar toda una especie con el conjunto de otra.

8. No te es posible aprender todo de la lectura; pero puedes abstenerte de cualquier acto de violencia; puedes sobreponerte al placer; puedes despreciar el orgullo; puedes evitar la ira contra los malvados e ingratos; ¿qué digo?, hasta puedes ayudarles.

9. Que nadie te oiga quejarte desde ahora de la vida social ni de la tuya.

10. El arrepentimiento es una especie de reproche que se hace uno a sí mismo por haber despreciado algo útil. Luego es preciso que el verdadero bien sea asimismo algo útil y que un hombre virtuoso y honrado consagre a ello todos sus esfuerzos. El hombre verdaderamente honrado y virtuoso no podrá arrepentirse de haber despreciado el placer: por consiguiente el placer no es ni útil ni un bien.

11. Esto, ¿qué es en sí mismo por su propia constitución? ¿Cuál es su sustancia y cuál su materia? ¿Dónde empieza su acción? ¿Qué hace en este mundo? ¿Cuánto tiempo durará?

12. Cuando te cueste trabajo levantarte, acuérdate de que una de las prerrogativas de tu organización particular y de la naturaleza humana consiste en dedicarse a ocupaciones útiles a la sociedad y que si continúas durmiendo serás como el bruto. Desde luego, todo lo que se halla de acuerdo con la naturaleza de cada individuo le sienta mejor, le presta mayor servicio y es hasta más apropiado a sus gustos.

13. A medida que te venga un pensamiento a la imaginación, considera, a ser posible, su naturaleza, su carácter moral y la parte de verdad que puede contener.

14. Cuando vayas a hablar con alguien empieza por preguntarte a ti mismo: «¿Cuáles serán las opiniones de ese individuo acerca de los verdaderos bienes y de los verdaderos males?». Porque has de tener presente que si hay ciertas opiniones acerca del placer y del dolor, de las causas de uno y otro, del honor y del deshonor, de la vida y de la muerte, no debes maravillarte y encontrar extraño que haga esto o lo otro. Recordaré, pues, que no puede dejar de obrar tal como lo hace.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

15. Si ridículo es encontrar extraño que una higuera dé higos, no lo es menos asombrarse de los acontecimientos que continuamente se repiten en el mundo. Es lo mismo que si un médico y un piloto se extrañesen, el uno, de que su enfermo tuviese fiebre y, el otro, de que su navío navegara con el viento contrario.

16. Ten presente que aun cambiando de idea forzosamente y obedeciendo al que te corrige, no por eso dejas de ser libre, porque tu acción, siendo un efecto de tu voluntad y de tu discernimiento, proviene directamente de tu alma.

17. Si el acto depende de ti mismo, ¿por qué lo haces? Si depende de otro, ¿a quién podrás pedir cuentas: a los átomos o a los dioses? Sería esto una verdadera locura en cualquiera de ambos casos. ¿Quizás a un hombre? No tienes por qué dirigirle ningún reproche. Si, en efecto, puedes conducirle por el buen camino, condúcelo; si no te fuera posible, corrige sencillamente el acto. Y si aun esto no pudieras, ¿por qué habrías de quejarte? Ten en cuenta que no debe hacerse nada en vano.

18. Lo que muere no cae fuera de este mundo. Luego si permanece en él, tiene forzosamente que transformarse y disolverse en sus elementos, que son los del mundo y los tuyos propios. En consecuencia, estos elementos se transforman, pero no mueren.

19. Todos los seres han sido creados para un objeto; el caballo, la vid, por ejemplo. ¿No te parece muy natural? El Sol te dirá: «He sido creado para hacer tal cosa», y los demás dioses te dirán lo mismo. Pero ¿y tú? ¿Para qué has sido creado? ¿Acaso para divertirte? Ve, pues, por ti mismo, si esta respuesta tiene sentido común.

20. La Naturaleza ha considerado igualmente el principio, la duración y el fin de sus obras. Ha sido lanzada en el aire, ¿es un bien? Si, por el contrario, desciende y cae a tierra, ¿es quizás un mal? ¿Es un bien para una burbuja de aire cuando permanece en la superficie o un mal cuando estalla? Idéntica comparación puede hacerse hablando de una lámpara.

21. Considera este cuerpo bajo todos sus aspectos; examina bien lo que es y las evidencias de la vejez, la enfermedad y el libertinaje. Una vida corta es la suerte del que celebra y del que es celebrado, del que recuerda y de quien es recordado. Además, la vida se pasa en un rincón de este mundo, y aun en este lugar reducido los hombres no se hallan nunca de acuerdo. ¿Qué digo? El hombre no está de acuerdo consigo mismo, y en el espacio, la Tierra entera no es más que un punto.

22. Cuídate bien de lo que tienes entre manos, de lo que piensas, de lo que haces y de lo que quieras dar a entender. No experimentas en vano estas inquietudes; tú quieras ser virtuoso, pero mañana mejor que hoy.

23. Si realizo un acto, lo hago pensando en el bien de la Humanidad; si me sucede algún accidente, lo acepto teniendo en cuenta que viene de los dioses y del origen de todas las cosas y de todos los acontecimientos.

24. ¿Qué ves del baño que tomas? Grasa, sudor, agua sucia, cosas repugnantes. Pues lo mismo ves en cada una de las circunstancias de tu vida y en todo lo que está al alcance de tu vista.

25. Lucila ha enterrado a Vero; más tarde, a Lucila le llega su turno; Segunda, a Máximo, y en seguida a ella; Epitincán, a Diótimo, y luego Epitincán; Antonino, a Faustina, y después él; Celer, a Adriano, y al poco tiempo Celer; y siempre lo mismo. En cuanto a esos hombres que tenían tanto talento, tan gran previsión o tanto orgullo, ¿dónde están? Aquellos genios sutiles, tales como Clarax, Demetrio el platónico, Eudémonos y tantos otros que han existido, ¿qué ha sido de ellos? Solo han durado un día; todos han muerto ha mucho tiempo. Algunos no han dejado ni siquiera un recuerdo; de otros, solo su nombre ha pasado a las leyendas, y la mayor parte, hasta de las leyendas ha desaparecido. Acuérdate, pues, de esto: el compuesto insignificante de tu ser tiene que dispersarse y el débil principio de tu vida habrá de apagarse o emigrar y ocupar un puesto en otro sitio.

26. No hay nada que colme tanto de alegría al hombre como el comportarse de acuerdo con la naturaleza humana. Luego es propio en el hombre amar a sus semejantes, despreciar todo lo que afecta a los sentidos, distinguir lo falso de lo verdadero, observar cuidadosamente la naturaleza universal y acatar todos los acontecimientos que las leyes nos aporten.

27. Tengo tres analogías: una con el medio que me rodea; otra con la causa divina, de donde procede todo lo que sucede a los seres en general, y la tercera con los que viven conmigo.

28. O el dolor es un mal para el cuerpo (¡en este caso, que se queje!) o lo es para el alma. Pero depende de esta el guardar la presencia de espíritu y la tranquilidad que le son propias y no admitir que sea un mal. En efecto: todo lo que es discernimiento, voluntad, deseo y aversión reside dentro de nosotros mismos y ningún mal puede penetrar hasta allí.

29. Borra de tu pensamiento lo que solo es pura imaginación y háblate interiormente así: «En este mismo momento solo depende de mí el que no exista en mi alma ningún vicio, ninguna pasión, en una palabra, ningún desorden; para esto me basta únicamente con ver cada cosa tal como es y hacer de ella el uso que merezca». Acuérdate de este poder del cual estás investido por la Naturaleza.

30. Hablar en el Senado con más dignidad que elegancia, y lo mismo en las conversaciones particulares; emplear un lenguaje sincero.

31. La corte de Augusto, su mujer, su hija, sus nietos, sus yernos, su hermana Agripa, sus parientes, sus cortesanos, sus amigos, Ario, Mecenas²⁴, sus médicos, sus arúspices, todo ha sido segado por la guadaña de la muerte. Torna luego tus miradas por otro lado: ve, no la muerte de cada individuo en particular, sino la de toda la familia de

24 Amigos y confidentes del emperador Augusto.

Pompeyo, por ejemplo. Lee también este epitafio en los mausoleos: «Aquí yace el último de su estirpe». ¿Cuánto no trabajaron los antiguos por dejar un heredero de su nombre? No obstante, ha sido necesario que uno de sus descendientes quedara el último y que con él desapareciese toda su raza.

32. Es preciso que ordenes tu vida acto por acto; y si cada uno de ellos lo haces como debe hacerse, puedes estar satisfecho. Luego nadie puede impedirte que observes como debes. —¿Y si sobreviene algún obstáculo extraño? —preguntarás, acaso—. —No; nada puede impedirte que seas, por lo menos, justo, moderado y razonable. —¿No habrá, quizás, otra circunstancia que me arrebate cualquier medio de obrar? —dirás todavía—. En este caso, resígnate ante el obstáculo mismo; obra como te esté permitido, sin protestar, y de ello provendrá luego otra acción, que entrará, igualmente, en el plan de vida que debes seguir.

33. Recibir sin orgullo los favores de la fortuna; perderlos sin lamentarse.

34. Acaso hayas visto alguna vez una mano, un pie o una cabeza cortados y separados por completo del resto del cuerpo; pues precisamente es la imagen del que se niega a aceptar los accidentes de la vida en lo que de él depende y se desliga del mundo o causa algún ataque a la sociedad. Obrando así te has arrojado fuera del seno de la Naturaleza; al venir al mundo formabas parte de ella, y ahora te has apartado. No obstante, a ti te queda el recurso de poder volver a reunirte con ella, privilegio que Dios no ha concedido a ninguna criatura integrante de la Naturaleza; estas, una vez cortadas y separadas, no pueden ya unirse al todo. Ve, cuán grande es la bondad suprema al haber dotado al hombre de una prerrogativa tan noble. En primer lugar, te ha concedido la facultad de no separarte por completo de la sociedad, y luego, la de reunirte a ese gran cuerpo, arraigar en él y ocupar el puesto que te corresponde.

35. Cada uno de los seres racionales ha recibido de la Naturaleza las facultades que su condición puede admitir; hay una particularmente que todos hemos recibido. Así como la Naturaleza aparta y dispone todo aquello que parece ser un obstáculo para el cumplimiento de sus designios, de igual modo el ser racional tiene la facultad de aprovechar el obstáculo para el bien y hacer uso de él para su conducta.

36. No te alarmes ante la idea que te vas formando en tu vida entera. No consideres en conjunto las dolorosas pruebas de todo género que, sin duda, habrás de sufrir, sino a medida que las vayas experimentando dirígete esta pregunta: «¿En qué consiste o qué es lo que en este momento no puedo soportar?». La contestación te avergonzará seguramente. Ten en cuenta, luego, que no son ni el porvenir ni el pasado los que nos apenan, sino el presente. Luego las penas presentes no son casi nada si las reduces a su intensidad real y si te reprochas a ti mismo el no poder soportar una carga tan liviana.

37. ¡Están sentados todavía Pantea o Pérgamo cerca de la tumba de Vero, y Cabrias o Diótimo en la de Adriano! ¡Curiosas preguntas! Pero, aun cuando estos libertos estuvieran sentados allí todavía, ¿se darían cuenta de ello los muertos? Y suponiendo que pudiesen notarlo, ¿se alegrarían acaso? ¡Serían por eso inmortales esos

libertos? El destino de todos, hombres y mujeres, ¿no es el de envejecer y luego morir? Y cuando estos mueran, ¿qué será de los que vengan después? Todo esto no es más que hediondez y putrefacción dentro de un sudario.

38. Si eres capaz de ser claro, sé claro en tus juicios poniendo en ellos toda la prudencia posible.

39. En la constitución de un ser racional no conozco ninguna virtud que se oponga a la justicia; pero sí conozco una en oposición a la voluptuosidad: la continencia.

40. Si logras separar de lo que al parecer te aflige la opinión que te haces de ello, estarás tú mismo completamente seguro. –¿Quién? ¿Tú mismo? –Tu razón. –Pero yo no soy únicamente razón. –De acuerdo; pero que tu razón no se atormente, y si alguna otra parte de tu ser se halla afligida, que haga lo que tenga que hacer.

41. Un impedimento en los apetitos es igualmente un mal para la naturaleza animal. En el reino vegetal, cualquier impedimento en la vegetación es un mal para la planta. Y de igual modo un impedimento cualquiera en la inteligencia es un mal para la naturaleza inteligente. Aplícate, pues, a ti mismo todas estas consideraciones. ¿Que sufres algún ataque de dolor o de placer? Esto sólo tiene que ver con los sentidos. ¿Que tropiezas con algún impedimento en la satisfacción de tus deseos? Si los has formado sin condición ni reserva, es un mal para ti como ser racional. Pero si consideras el impedimento como un hecho común y ordinario, no podrá herirte, y en este caso no será ya impedimento. Si tu espíritu no lleva a cabo las funciones que le están encomendadas, nadie, sino tú, es quien lo impide. En efecto: ni el fuego, ni el hierro, ni un tirano, ni la calumnia, ni nada, en una palabra, puede hacer presa de él; cuando se encierra en sí mismo, forma una especie de esfera cuya superficie es inalterable.

42. No debo causarme pesar a mí mismo, ya que jamás se lo he causado a nadie, o por lo menos a sabiendas.

43. Unos se regocijan de una cosa, otros de otra; el mayor gozo para mí sería si lograse poseer una guía razonable que no tuviese aversión por ningún hombre ni por nada de lo que con ellos se relacione; pero que mirara y acogiese todo con benevolencia, sin dar a ningún objeto más valor de lo que tuviese en realidad.

44. Procura, pues, aprovecharte únicamente del presente. Aquellos que tratan sobre todo de dejar un nombre a la posteridad no quieren creer que los hombres del porvenir serán exactamente iguales a los que hoy les soportan a duras penas, y que unos y otros serán mortales. Además, ¿qué pueden importarte las vanas aclamaciones de esas gentes y la opinión que lleguen a formar de tí?

45. Llévame y arrójame adonde quieras. El genio que reside en mí permanecerá por doquier tranquilo; quiero decir que estará contento si piensa y obra como lo exige la condición humana. ¿Es, acaso, importante que mi alma sufra y se degrade, que se hu-

mille, se agobie y caiga en la consternación por una cosa tan insignificante? ¡Cómo! ¿Quizá crees que merece la pena?

46. No puede suceder nada a ningún hombre que no sea accidental en él; como tampoco puede suceder nada a un buey que no sea accidental al buey; ni a una vid lo que no sea accidental en la vid; ni a una piedra lo que no sea accidental a la piedra. Por consiguiente, si lo que sucede a cada uno de los seres es un caso ordinario e inseparable de su existencia, ¿por qué razón habrás de indignarte? Ten, pues, en cuenta que la común naturaleza no ha hecho insoportables las cosas excepcionalmente para ti.

47. Si te afliges por una cosa que está fuera de tu alcance, no es la cosa precisamente lo que te aflige, sino la idea que tú te formas; luego en ti está el borrar esta idea de tu espíritu. Si lo que te apesadumba es una secreta disposición de tu alma, ¿quién te impide corregir tu opinión, que es la causa de ello? Del mismo modo, si estás triste por no poder hacer tal o cual cosa, que a tu parecer está de acuerdo con la sana razón, ¿por qué no haces un supremo esfuerzo en vez de entristecerte? –Una fuerza superior me lo impide –dirás acaso–. –No te lamentes, pues, porque la causa que te impide obrar no depende de ti. –La vida es una infamia si no hago esta acción –replicarás todavía–. –En este caso sal de la vida con tanta tranquilidad como tiene al morir el que la ha hecho, y, al mismo tiempo, perdona a los que te han obligado a ello.

48. Ten presente que el espíritu que te guía se vuelve invulnerable cuando se recoge en sí mismo; escucha sólo a él y haz únicamente lo que él te ordene, aun cuando sea por una loca obstinación. ¿Qué será, pues, si, guiándose solo de la razón, ha formado una opinión firme después de maduro examen? De este modo, el alma, libre de toda pasión, es una especie de ciudadela. El hombre no podrá jamás encontrar un asilo donde se halle más seguro de huir para siempre del poder de un dueño. El que no conoce este asilo ha sido mal instruido y el que, conociéndolo, no se refugie en él, es un miserable.

49. No agregues nada a la impresión primera de tus sentidos. Que te anuncian que tal o cual habla mal de ti: te anuncian esto, pero no te dicen que te han herido. Veo que mi hijo está enfermo: en efecto, pero no veo que el peligro sea inminente. Atente siempre a la primera impresión que ofrecen los objetos sensibles; no agregues nada interiormente y no habrá lugar a emocionarte. Figúrate, más bien, lo que debe pensar de estos objetos un hombre instruido y al corriente de todo lo que suele suceder en el mundo.

50. ¿Que este cohombro está amargo? Déjalo. ¿Que hay espinos en el camino? Apártate. Basta con esto; y, sobre todo, no digas: «¿Por qué se halla en el mundo tal o cual cosa?», pues servirías de mofa al hombre que ha estudiado la Naturaleza, del mismo modo que se burlarían de ti el carpintero y el zapatero a quienes les afearas el dejar a la vista en sus talleres las virutas y los recortes de su trabajo. Sin embargo, estos tienen sitios donde guardar los desperdicios, en tanto que la naturaleza del universo no tiene nada que se halle fuera de sí misma. Precisamente, lo que más te debe admirar es el arte de la Naturaleza, que, sin haberse asignado más límites que los propios, cambia y aprovecha todo lo que le parece corrompido, viejo o inútil, para hacer nuevas produc-

ciones. La Naturaleza no necesita materia extraña ni lugar para verter lo que se desperdicia. Ella sola se basta y encuentra todo lo necesario: lugar, materia y arte.

51. Obra inteligentemente. En tus conversaciones no seas difuso. No divagues en tus pensamientos. Evita, asimismo, el aspecto taciturno y las agudezas de ingenio. No consumas tu vida en los negocios. Que matan, que asesinan, que llenan de maldiciones (a los emperadores), ¿acaso puede impedirte todo esto el que conserves un alma pura, sabia, prudente y justa? Supongamos que un manantial de agua pura y cristalina fuese maldito por un transeúnte: el manantial no por eso dejaría de dar un agua excelente; y si arrojase en él basura o lodo, pronto haría desaparecer estas inmundicias sin que su agua se alterara. ¿Cómo harías tú para poseer interiormente un manantial inagotable como este? Vigilándote a ti mismo continuamente para proteger tu libertad, y con esta, tu bondad, tu sencillez y tu dignidad.

52. El que ignora que hay un mundo, ignora dónde está; el que ignora para qué ha nacido, ignora qué clase de ser es y lo que es el mundo. Y el que carece de cualquiera de estos conocimientos, no puede siquiera decir para qué ha nacido. Ahora bien: ¿qué dirás del que teme la crítica o busca las alabanzas y los aplausos de esos individuos que no saben ni dónde viven ni qué clase de seres son?

53. ¿Pretendes ser alabado por un hombre que se maldice a sí mismo tres veces en una hora? ¿Quieres complacer a un individuo que aun consigo mismo es desagradable? ¡Cómo! ¿Acaso puede agradarse a sí mismo un hombre que se arrepiente de todo lo que hace?

54. No te limites a respirar en común el aire que te rodea, sino comienza a inspirarte en común del espíritu de cuya inteligencia soberana se halla rodeado el universo. Esta inteligencia soberana se extiende por doquier y se comunica a todo ser que tiene la facultad de atraérsela hacia sí, tan fácilmente como el aire que circula en los pulmones de todos los seres que respiran.

55. El vicio, considerado en términos generales, no causa perjuicio al universo; y considerado aparte, no es un mal para los demás. Sólo es perjudicial a quien no tiene la facultad de contrarrestarle oponiendo una firme voluntad.

56. La voluntad de mi prójimo es tan diferente de la mía como su alma y su cuerpo. La Naturaleza nos ha hecho, indudablemente, los unos para los otros; sin embargo, la razón que nos guía tiene su dominio aparte en cada uno de nosotros. De lo contrario, la perversidad de mi prójimo sería un mal para mí: Dios no lo ha permitido, por temor a que dependiese de la voluntad de otro el hacer desgraciado a uno mismo.

57. El sol parece fundirse en claridad; lo que hay de cierto es que pasea su luz por todos los ámbitos del universo. Pero no se agota, y su difusión no es más que una extensión. Por eso, en griego, sus rayos se denominan *aktinés*, del verbo *ekteinesthai*, que quiere decir *extender*. Ahora bien: ¿qué es un rayo? Puede uno formarse la idea de lo que es observando la luz del sol que penetra en una habitación oscura por un pequeño agujero; primeramente se dirige en línea recta, pero al tropezar con el cuerpo sólido que

separa la habitación oscura del aire exterior se divide, por decirlo así, y lo que queda afuera se detiene, sin escurrirse ni caer. Así, pues, deben ser exteriormente la confianza y la función de tu alma. Esta debe llegar hasta los objetos sin disiparse ni tropezar con violencia contra los obstáculos que encuentra y sin que nada pueda derribarla. Es preciso que se detenga sencillamente y que ilumine todo aquello que sea susceptible de que sus rayos penetren. En cuanto a los corazones impenetrables, que se entiendan por sí solos, si se ven privados de claridad.

58. El que tiene miedo a la muerte, tiene miedo de verse privado de todo sentimiento o de tener otros distintos. Mas si no tiene ningún sentimiento, no sentirá, por consiguiente, ningún mal, y si adquiere otra facultad de sentir, será un ser de diferente especie y no cesará de vivir sin temor.

59. Los hombres han sido hechos los unos para los otros. Instrúyelos, pues, o toléralos.

60. La flecha y el espíritu vuelan, aunque no de igual modo. El espíritu siempre toma mil precauciones, considerando el objeto sobre todos sus aspectos y yendo más directamente y con mayor seguridad al fin que se propone.

61. Penetra hasta el interior del corazón de cada uno y permite también que todos puedan penetrar hasta el interior del tuyo.

Libro IX

1. Cometer una injusticia es cometer una impiedad. La naturaleza universal ha creado, en efecto, a todos los seres racionales para que se presten mutuo apoyo en tanto que su dignidad se lo permita y para que no se causen el menor perjuicio con ningún pretexto. Tal ha sido su designio; aquel que lo desconociere faltaría evidentemente al respeto de la más antigua de las divinidades. Mentir es cometer también otra impiedad con la misma diosa; porque la naturaleza universal es la madre de todos los seres, y estos se hallan unidos entre sí por estrecho parentesco. Además, a la naturaleza universal se la denomina con razón la verdad, puesto que es el origen de todo lo verdadero. El que miente intencionadamente comete una impiedad, porque, al engañar, hace una injusticia; y el que miente sin querer comete también otra, porque deshace la armonía establecida por la naturaleza universal y perturba el orden, contrariando la naturaleza del mundo. Se la contraría, en efecto, empleando falsedades aun en contra de nuestro propio corazón, ya que este ha recibido de la Naturaleza un sentimiento de aversión por lo falso, y que, precisamente por no haberlo tenido en cuenta, no puede establecer ahora la diferencia que existe entre lo verdadero y lo falso.

Es un impío, asimismo, el que busca los placeres como si fueran verdaderos bienes y huye de los dolores como de verdaderos males. Hay quien critica a la común Naturaleza el haber repartido injustamente los bienes entre los buenos y los malos, puesto que sucede muchas veces que los malos gozan de todos los placeres y adquieren en abundancia todo aquello que pueden procurárselos, en tanto que los buenos se ven acosados por dolores y sometidos a los más duros trances. En primer lugar, el que teme los dolores temerá también todo lo que debe sucederle un día en este mundo, demostrando con esto que es un impío, y en segundo, el que busca sin cesar los placeres de los sentidos no se arredará ante una injusticia, y esto es la impiedad manifiesta. Luego es preciso que el que quiera conformarse al orden de la Naturaleza tiene que mirar con indiferencia todas las cosas que ha hecho igualmente esta; porque no las habría hecho así si no hubiesen sido del todo iguales a su parecer. Por consiguiente, es un impío el hombre que no considere con la misma indiferencia los placeres y los dolores, la vida y la muerte, la gloria y el olvido, cosas estas que la naturaleza universal envía indistintamente a los buenos y a los malos.

Cuando digo que la común naturaleza las envía sin distinción, quiero decir que llegan indiferentemente según el orden y la relación de todo lo que debe ocurrir, en virtud de cierto movimiento primitivo que la Providencia imprimió cuando, en una época determinada, estableció definitivamente este arreglo, después de haber concebido por sí misma las combinaciones de todo lo que debía existir y de haber sembrado por doquier los gérmenes y los principios de los distintos seres, de sus transformaciones y de la sucesión en el mundo en que vivimos.

2. El hombre verdaderamente virtuoso debe salir de esta vida sin haber conocido ni la mentira, ni el disimulo, ni la molicie, ni la ostentación. Pero a falta de una virtud semejante, hay otra: la de morir aborreciendo estas miserias. ¡Cómo! ¿Preferirías corromperte en el vicio? ¿No te ha persuadido todavía la experiencia de que debes huir

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

de tal peste? Porque la corrupción del alma es una peste mucho más perniciosa que la intemperie y la insalubridad del aire. Esto es una epidemia para el animal, únicamente como animal, en tanto que la otra es la epidemia del hombre como hombre.

3. No desprecies la muerte, sino considérala sin sobresalto y como una de las obras de la Naturaleza. Si es un hecho natural el llegar a la adolescencia y envejecer luego, el crecer y adquirir la plenitud de las fuerzas, el tener dientes, más tarde barba y finalmente cabellos blancos, el procrear, el llevar un niño en su seno, y después darle a luz; en una palabra: el pasar por todas las condiciones y todas las fases de la vida, también es un hecho semejante el caer en la nada.

Cuando se trata de la muerte, el hombre reflexivo no debe mostrar ni temor, ni indignación, ni desdén; al contrario, debe esperarla como otra obra más de la Naturaleza. Así como aguardas pacientemente el hijo que tu mujer lleva en su seno, acepta de igual modo y con resignación la hora en que el alma se escapa de su envoltura. Y si quieres aún otro consejo reconfortante aunque vulgar, si quieres hallar casi una satisfacción en la muerte, echa una ojeada entre los objetos de los que va a librarte, hacia las malas costumbres con que tu alma dejará de estar en contacto. No obstante, no debe uno irritarse contra los malvados; es necesario soportarlos con benevolencia y hasta interesarse por ellos; sin embargo, has de tener presente que la muerte, al arrancarte de una sociedad de individuos que no tienen los mismos principios que tú, es para ti más bien una redención. Si alguno hubiera capaz de tenerte en este mundo y de apegarte a la vida, sería únicamente por la esperanza de pasar tus días con un hombre que practicara fielmente tus propias máximas. ¿No ves cuán penosa es para ti la necesidad de vivir en la sociedad actual, debido a la incompatibilidad de costumbres? Forzosamente tienes que decirte: «¡Oh, muerte, date prisa en venir, no sea que llegue a olvidarme de mí mismo!».

4. El que peca, peca contra sí mismo; el que comete una injusticia se perjudica también a sí mismo, puesto que se convierte en un malvado.

5. A veces es uno tan injusto sin hacer nada como haciendo algo.

6. Si en el momento presente te hallas penetrado de la verdad de tus principios, ocupado únicamente en acciones útiles a la sociedad y dispuesto con toda tu alma a recibir todo lo que llega o emana de la causa suprema, te basta, y todavía puedes estar muy contento.

7. Controla tu imaginación, domina los sentimientos de tu corazón, apaga tus deseos y procura que tu alma sea dueña de sí misma.

8. Una misma especie de alma ha sido reservada a los animales desprovistos de razón y un mismo alma inteligente ha sido destinada a los seres racionales. Así, no hay más que una sola Tierra para todos los seres terrestres, una sola y misma luz, un solo y mismo aire respirable para todo los seres que, como nosotros, ven y respiran.

9. Todos los seres que tienen alguna afinidad entre ellos sienten una propensión a asociarse, como seres que son de la misma especie. Todo lo que es terrestre se inclina hacia la tierra por su propio peso; lo que es líquido procura mezclarse con los líquidos, y lo mismo ocurre con los fluidos aeriformes. Solo permanecen separados cuando se les retiene con algún obstáculo y a viva fuerza. El fuego se eleva hacia el cielo atraído por el fuego elemental, y este está siempre presto a confundirse con los fuegos terrenales. Así, todas las materias secas se inflaman con rapidez porque no contienen nada que impida su inflamación.

Lo mismo ocurre con todo ser que participe en común de la naturaleza inteligente. Se dirige hacia aquello que es de su especie. Cuanto más un ser es superior a los demás, mayor tendencia siente a unirse y asociarse íntimamente con su semejante. Así, entre los seres irracionales existen sociedades formadas por un cierto amor, enjambres de abejas, manadas, bandadas de pájaros, porque estos seres poseen una misma especie de alma. Pero esta propensión a unirse en sociedad es, principalmente, privilegio del ser superior y no se encuentra en el mismo grado en la planta, en la piedra o en la madera.

Los seres racionales se constituyen en gobiernos, forman familias, amistades, asambleas. Hasta en los tiempos de guerra, pactan capitulaciones y treguas. En fin, entre los seres todavía más perfectos reina, a pesar de la distancia que los separa, cierta unión, como, por ejemplo, entre los astros. Por muy alejados que estén los unos de los otros, experimentan, en virtud de su misma perfección, una recíproca simpatía.

Considera ahora lo que actualmente ocurre. Los seres racionales son los únicos que han olvidado esta mutua afección, esta concordia y atracción común. Ya no se ven ejemplos. Mas los hombres pueden procurar huir; pero la Naturaleza, más fuerte que ellos, los alcanza y los detiene. Si observas bien de cerca, verás la verdad de lo que te digo. Sería más fácil encontrar un cuerpo terrestre separado de la Tierra que hallar a un hombre que haya roto toda relación con la Humanidad.

10. Y el hombre, Dios y el mundo producen su fruto. Cada cual lo produce en su tiempo. La costumbre no aplica naturalmente la palabra *fruto* sino a la viña y a otras plantas semejantes, pero no por eso es menos verdad. La razón produce su fruto para la sociedad, como también para la persona del hombre. Y de ahí nacen otros frutos de la misma especie que la razón.

11. Perfecciona a los hombres si puedes, y, si no puedes, recuerda que para ellos te ha sido dado el sentimiento de benevolencia. Los mismos dioses tratan con indulgencia a esos extraviados, y su bondad es tal que les ayudan a procurar muchas cosas; por ejemplo, la salud, la riqueza, la gloria. Te es fácil además ser benévolos; dime si no: ¿quién te impide serlo?

12. Trabaja, no como un miserable ni con el deseo de hacerte compadecer o admirar; no deseas más que una cosa y es que no haya en tu vida ni acción ni reposo que no se aplique al interés de la sociedad.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

13. Hoy he salido de todo embarazo, o mejor dicho, he arrojado de mí todo embarazo; pues no estaba en mí mismo, estaba en mi opinión.

14. Todos estos objetos nos son familiares a causa de su frecuente uso, pero bien pronto serán destruidos por el tiempo; la materia que los compone es de origen vil: todos están hoy como estaban en tiempos de aquellos a quienes hemos enterrado.

15. Los objetos permanecen tal cual son, aislados de nosotros. No se conocen ellos mismos y no nos revelan sus propiedades. ¿Quién nos descubre esas propiedades? El espíritu, nuestro guía.

16. Lo que constituye un mal o un bien para un ser racional y sociable no depende de las sensaciones que experimente, sino de la fuerza activa puesta en juego; lo mismo que sus virtudes y sus vicios no consisten en simples afecciones, sino en una fuerza que acciona y reacciona.

17. La piedra lanzada en el aire ha caído de nuevo. Esto no es un mal para ella, como no es un bien el haber ido muy alto.

18. Penetra en el fondo del corazón de esos hombres y verás qué jueces temes y qué jueces son para ellos mismos.

19. Todas las cosas están en estado de transformación. Tú mismo sufres una alteración continua y una especie de agotamiento. Lo mismo ocurre con todo el universo.

20. La falta ajena hay que dejarla donde está.

21. Cuando una acción termina y un deseo, un pensamiento se evaporan, hay una especie de muerte sin la sombra de un mal. Ahora piensa en los períodos de la vida, en la infancia, en la adolescencia, en la juventud, en la vejez. El paso de uno a otro período es una verdadera muerte. ¿Y hay algo en esto de malo? Piensa ahora en los años que has pasado con tu abuelo, después con tu madre, luego con tu padre. Frente a otros muchos acontecimientos que, en el curso de tu vida, han originado diferencias, cambios, mudanzas de estado, pregúntate a tí mismo: ¿ha habido en eso algo malo? Lo mismo será la muerte: cesación, interrupción o cambio de toda la existencia.

22. ¿Acaban de offenderte? Inmediatamente piensa en tu alma, en la del universo, en la de ese hombre. En la tuya, para inculcarle el espíritu de justicia; en la del universo, para recordar el conjunto del cual formas parte; en la de ese hombre, para saber si ha obrado por ignorancia o con intención premeditada. Considera al mismo tiempo que, como hombre, es tu hermano.

23. Lo mismo que tu personalidad superior hace del Estado un cuerpo entero, cada una de tus acciones debe procurar mantenerlo en perfecta integridad. Así pues, si una sola de tus acciones se separa de cerca o de lejos de este objetivo, aísla tu vida de la del Estado. Ya no formas con él un todo; tu vida es sedicosa como lo es el hombre que, formándose un partido en una república, destruye su armonía.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

24. Disputas de niños, juegos de niños, almas que soliviantan los cadáveres, a fin de hacer más emocionante la evocación de los Manes.

25. Procura conocer la calidad del principio activo de cada cosa y, haciendo abstracción de lo que es material, obsérvalo atentamente. Determina en seguida cuánto tiempo este principio particular debe subsistir según el orden de la Naturaleza.

26. Has sufrido innumerables penas por no haberte limitado a seguir los consejos de tu razón, ese guía que cumple fielmente la misión para la cual fue creado. Ya es bastante.

27. Cuando seas objeto de la censura, del odio o de la maldición de ciertos hombres, ve directamente a su alma, penetra en su fuero interno y mira lo que son. Reconocerás que no vale la pena incomodarte por haber formado esa opinión de ti. Sin embargo, hay que desechar bien, pues la Naturaleza los ha hecho tus amigos. Además, los dioses les ayudan de todas maneras por medio de los sueños y los oráculos para hacerles adquirir hasta esos falsos bienes que con tanta inquietud ambicionan.

28. Las cosas de este mundo son siempre las mismas; van y vienen, a su vez, las unas abajo, las otras arriba, de generación en generación. Es posible que la inteligencia del universo obre sobre cada ser particularmente: si es así, sométete a sus impulsos. Mas tal vez ha dado de una vez para siempre movimientos al conjunto y este movimiento se comunica sin interrupción a todos los seres y a su organismo, pues en verdad todo no es sino átomos y elementos indivisibles. De cualquier manera, si existe un Dios, todo está bien, y si todo marcha al azar no te dejes, como el resto, llevar al azar. Bien pronto la tierra nos cubrirá a todos: después la misma tierra cambiará; todo tomará otras formas en el infinito, y todavía otras. Que se reflexione en estas transformaciones, en estas alteraciones que se suceden como las olas rápidamente y no sentiremos más que una profunda indiferencia por todo lo que es mortal.

29. El principio activo del universo es un torrente que arrastra en su curso a todos los seres. ¿Que hago poco caso de esos mezquinos personajes políticos que tienen la pretensión de dirigir como filósofos todos los negocios? ¡Qué prodigiosa ineptitud! ¡Oh, hombre! ¿Qué haces? Confórmate con lo que la Naturaleza exige en la situación presente. Prueba oportunamente a corregir a los otros con tal que lo hagas sin ostentación. Pero no esperes jamás poder establecer la república de Platón. Conténtate si consigues hacer a los hombres un poco mejores; esto ya no es poco, puedes creerlo. Porque, en fin, ¿quién les hace cambiar de opinión? Y sin este cambio, ¿qué harás? Esclavos que gemirán de su servidumbre, hipócritas bajo la máscara de obediencia. Y ahora, háblame de un Alejandro, de un Felipe, de un Demetrio de Falera. ¡Han conocido lo que exigía de ellos la común naturaleza? ¡Se han gobernado a sí mismos? Esto es cosa suya. Mas si no han hecho más que ruido sobre la escena del mundo, yo no estoy condenado a imitarles. Simple y modesta es la obra de la filosofía. ¡Jamás induce a tomar aires afectados y solemnes!

30. Contempla desde la altura esas innumerables multitudes, esos millares de ceremonias religiosas, esas navegaciones de todo género, bajo la tempestad o en la

calma de los mares, esa diversidad de seres que nacen, viven juntos un poco y mueren. Piensa en los que vivieron antes que tú en otros reinos, en los que vivirán después de ti y los que viven en las naciones bárbaras. ¡Cuántos de ellos ignoran hasta tu nombre! ¡Cuántos lo habrán olvidado bien pronto! ¡Cuántos que tal vez hoy te bendicen te maldecirán mañana! ¡Ah! ¡Cómo esta fama, esta gloria, todo cuanto es vanidad es despreciable!

31. Conserva la tranquilidad del alma, cuando lo que te ocurre proviene de una causa exterior. Confórmate con la justicia en lo que se produce por un motivo que emana de ti; es decir, en toda intención, acción, no te propongas otro objeto que el bien de la sociedad, finalidad eminentemente en relación con la Naturaleza.

32. Te es fácil desterrar lejos de ti mil preocupaciones, causas de inquietud, puras quimeras que ocupan tu imaginación. A fin de librarte y conquistar el campo, lanza una mirada sobre el conjunto del mundo; represéntate la duración infinita de los tiempos, observa el rápido cambio de cada ser en particular. ¡Qué corto espacio entre su nacimiento y su disolución! ¡Qué abismo de siglos antes de su nacimiento! ¡Qué otro abismo insondable de siglos después de que haya desaparecido!

33. Todos los seres que tienes a la vista caerán bien pronto convertidos en polvo y los que los habrán visto caer caerán convertidos en polvo a su vez. Así, entre el que muere en la extrema vejez y el que en la flor de la edad es llevado, existirá igualdad.

34. ¡Qué espíritu el de esos hombres! ¡Qué miserias y qué cosas a las que le dan importancia y que te producen su amistad y sus reverencias! Mira el fondo de su alma como si estuviese desnuda. Esta gente imagina que nos entristecemos por sus censuras o halagamos por sus elogios. ¡Qué presunción!

35. La pérdida de la vida no es otra cosa que un cambio de estado. No hay en eso más que un juego de la naturaleza universal que tan bien lo hace todo. En todo tiempo lo ha hecho así y continuará haciéndolo hasta el fin de los siglos. ¿Por qué dices que todo ha estado y estará siempre mal? ¿Que tantos dioses no han tenido bastante poder para corregir ese desorden y que el mundo ha sido condenado a males perpetuos e incurables?

36. La descomposición de la materia que constituye un cuerpo cualquiera produce agua, polvo, huesos y basuras. El mármol no es más que una simple callosidad de la tierra. El oro y la plata, simples sedimentos; esta ropa, pelo de animal; el color púrpura, sangre; todo el resto tiene un fondo análogo. Hasta el mismo elemento incorporeal no es de naturaleza diferente, puesto que pasa de un ser a otro.

37. Basta de existencia miserable, basta de murmuraciones y muecas ridículas. ¿Qué es lo que te turba? ¿Qué hay de nuevo en lo que te sucede? ¿Qué te desalienta? ¿Es la causa primera? Considérala en ella misma. ¿Es la materia? Considera su estado. Fuera de una y otra no existe nada más. En el porvenir, muestra a los dioses un corazón más simple y más honrado. Haber conocido el mundo durante cien años o durante tres es absolutamente lo mismo.

38. ¿Ha cometido una falta? Para él es el mal. Pero tal vez no la haya cometido.

39. O bien todo lo que sucede proviene de un solo origen inteligente, como para un solo cuerpo, y la parte no debe quejarse de lo que se hace para el todo, o bien no es más que el efecto de un torbellino de átomos que se dispersan al azar y nada más. ¿Por qué alarmarte? Di a tu guía interno: «has muerto; ya no eres lo que eras; te has convertido en una bestia feroz; a pesar de todas las apariencias, te mezclas con las manadas y te sacias como un bruto.

40. O los dioses no tienen poder alguno, o son todopoderosos. Si no tienen ningún poder, ¿para qué dirigirles súplicas? Pero si son todopoderosos, ¿por qué no les ruegas que te concedan el favor de no experimentar ni temor, ni deseo, ni penas, ocurra lo que ocurra, en lugar de pedirles que tal cosa suceda o no suceda? Porque, en fin, si los dioses pueden venir en auxilio de los hombres, pueden muy bien concederles este favor. Pero tal vez dirás: «gracias a los dioses soy dueño de mis sentimientos». Si es así, ¿no vale más disponer de lo que de ti depende y conservar tu libertad que atormentarte por lo que está fuera de tu poder y te sujeta a una baja servidumbre? Pero ¿quién te ha dicho que los dioses no vienen en nuestra ayuda hasta para aquello que depende de nosotros? Empieza, pues, por implorar su socorro especialmente con este objeto y ya verás. He aquí a un hombre que ruega diciendo: «Que yo pueda conseguir que esta mujer sea mi amante». Otro dice: «Que yo no tenga necesidad de librarme». Otro: «Que yo no pierda a mi querido hijo». Tú: «Que yo pueda no temer su pérdida». En una palabra, dirige tus súplicas en ese sentido y verás el resultado.

41. Epicuro dice: «Durante mi enfermedad ya no llevaba la conversación a los sufrimientos de mi cuerpo miserable. Con las personas que venían a verme, no tenía este asunto de conversación, sino que les hablaba de mis meditaciones sobre las cuestiones más importantes en el estudio de la Naturaleza. Me afanaba, sobre todo, en hacerles ver cómo nuestra alma, sin ser insensible a las emociones de la carne, podía estar exenta de confusión y mantenerse en el goce tranquilo del bien que le es propio. No daba ni aun a los médicos ocasión de tomar ese aire de suficiencia que hace creer que prestan servicios inapreciables; los recibía con serenidad y calma».

Toma ejemplo de este filósofo, no solamente durante una enfermedad, si la tienes, sino en todo accidente de la vida. Pues hay una obligación común a todas las sectas filosóficas, y es de no separarse jamás de sus principios, por desagradables que sean las circunstancias, de evitar los comentarios frívolos de un vulgar ignorante, mal iniciado en el estudio de la Naturaleza, a fin de fijar únicamente su atención sobre lo que se hace en el momento presente y sobre el instrumento empleado para hacerlo.

42. Cuando alguno te haya ofendido por su descaro, pregúntate inmediatamente: «¿es posible que en el mundo no haya imprudentes? No; eso no es posible». No pidas, pues, lo imposible. Ese hombre es uno de esos imprudentes que necesariamente debe tener el mundo. En cuanto al trapacero, al traidor, en una palabra, al culpable, cualquiera que sea, hazte la misma reflexión. Acordándote de que es imposible que no existan gentes de esa especie, tendrás más indulgencia para cada uno de ellos. Es también de

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

gran utilidad preguntarte, en primer lugar, qué virtud la Naturaleza ha dado al hombre para defenderse contra las faltas ajenas.

Le ha dado, en efecto, la dulzura como preservativo contra la brutalidad y, por decirlo así, diversos antídotos, unos contra un defecto, otros contra otro. Después de todo, solo de ti depende poner en buen camino a quien está extraviado. Pues todo hombre que falta a su deber yerra el objeto de su vida: se ha equivocado de camino. Además, ¿en qué te ha podido perjudicar la ofensa? Piensa, y encontrarás que ninguno de los que han provocado tu indignación ha podido, a pesar de todo, alterar las cualidades de tu alma; y solo en eso consiste el verdadero mal y el daño.

¿Qué mal hay para ti o qué hay de extraño en que un hombre sin educación se comporte como el que no la tiene? Ten cuidado de no tener, más bien, que reprocharte a tí mismo el no haber esperado de tal hombre tal ofensa. Era una cosa probable; la luz de tu razón debía hacértelo presumir; sin embargo, por no haber pensado te extrañas de su falta. Sobre todo, cuando tienes que quejarte de la perfidia de un hombre o de su ingratitud, lanza una mirada sobre tí mismo. Pues, sin duda, falta tuya es haber creído que un hombre sin fe sería fiel, o haber tenido, al hacer el bien, otro objeto que hacerlo y gustar en el momento mismo todo el fruto de tu buena acción. Has prestado servicio a un hombre; está bien; ¿qué más quieres? ¿No te es suficiente haber obrado conforme a tu naturaleza? ¿Necesitas que te paguen? Es como si el ojo pidiese una recompensa porque ve, o los pies porque marchan. En efecto, lo mismo que esas partidas del cuerpo que han sido organizadas para un fin especial y que, obrando según su organización, no hacen más que la función que les es propia, lo mismo el hombre, habiendo sido creado para ser bienhechor, no hace sino las funciones de su organización particular cuando hace bien a alguien o contribuye a procurarle ventajas exteriores. Entonces habrá cumplido su misión.

Libro X

1. ¡Oh, alma mía! ¿Vendrá un día en que tú seas buena e inocente, siempre lo mismo y completamente desnuda, todavía más al descubierto que el cuerpo que te envuelve, un día en que tú no experimentes sino sentimientos de afecto y amor? ¿Vendrá un día en que te halles plenamente satisfecha, sin ninguna necesidad y sin ninguna pena, en que tú no deseas nada, ni animado ni inanimado, donde no encuentres alegría, nada, ni el tiempo para que los placeres sean más largos, ni un lugar o país preferido, o un aire más dulce para respirar o una sociedad más adecuada a tus gustos; sino, al contrario, amoldándote a tu situación te gustaría todo cuanto existe, persuadida de que tienes todo lo necesario, que todo va bien para ti, que no hay nada que no venga de los dioses, que todo cuanto quieren mandar y lo que mandarán no puede ser sino bueno para ti y en general para la conservación del mundo, este ser animado que es en todo perfecto, bueno, justo, hermoso, que produce, abarca, contiene todos los demás seres y recibe en su seno a todos cuantos se disuelven para reproducir otros semejantes? ¿Vendrá un día en que tú puedas vivir ante los dioses y ante los hombres sin proferir una sola queja contra ellos y sin que puedas ser mal visto?

2. Observa lo que exige tu naturaleza, como ser sometido a la naturaleza vegetativa, y también confórmate y déjate llevar de sus exigencias, con tal que tu naturaleza sensitiva, como animal no sea alterada. En seguida, es necesario que observes lo que exige tu naturaleza sensitiva, como animal, y que no deseches ninguna de sus exigencia, al menos que tu naturaleza, como ser racional, no sufra alguna alteración y quien dice ser racional dice también ser sociable. Sigue sin variar estas reglas de conducta y no busques más.

3. O la Naturaleza te ha dado bastantes fuerzas para soportar todo cuanto te suceda o no. En caso de que tengas bastantes para soportar lo que te suceda, no te indignes, sino llévalo con naturalidad; y si el accidente está por encima de tus fuerzas, ten paciencia, porque al consumirte él también se consumirá. Sin embargo, ten presente que, por tu naturaleza, puedes soportar todo lo que es tolerable y soportable, considerando para ello tu verdadero interés y tu deber.

4. Si se equivoca, corrígele con afecto, haz que reconozca su error; pero, si tú no puedes convencerle, no acuses a otro, sino a tí mismo, o no te acuses.

5. Aquello que te sucede estaba preparado para ti desde el comienzo de los siglos; la combinación de los hechos estaba ya formada de antemano para traerla y hacerla coincidir con tu existencia.

6. Bien se admite la reunión fortuita de átomos o bien la naturaleza particular, es preciso sentar primeramente que yo soy una parte del Todo que está regido por la naturaleza universal; después, que existe cierta analogía entre yo y las partes que son de mi especie. Penetrado de este pensamiento, que soy una parte del Todo, no recibiré de mala gana nada de cuanto me esté reservado; porque aquello que es útil al Todo no puede ser perjudicial a la parte, y no hay nada en el Todo que no le sea esencialmente útil. Esto es de un carácter común para todos los seres; pero, además, la naturaleza del

universo tiene el privilegio de no estar obligada por ninguna razón exterior a producir aquello que la pueda perjudicar. Del mismo modo, recordándome que soy una parte del universo tal como existe, me someto con gusto a todo cuanto me acontezca; y puesto que existe cierta afinidad entre yo y las partes que son de mi especie, no haré nada que sea perjudicial para la sociedad; ¿qué digo?, me ocuparé particularmente de mis semejantes, dirigiré toda mi actividad hacia todo lo que contribuya al bien general, evitando cuanto le sea perjudicial. Del cumplimiento del deber, así comprendido, resulta necesariamente una vida dichosa. Para darte una idea, figúrate la dulce existencia de un hombre que, en todas sus acciones, no piensa sino en el bien de su conciudadanos, prestándose con gusto a todo cuanto la ciudad le pida.

7. Las partes del gran Todo, quiero decir todas aquellas que están comprendidas en el mundo visible, es evidente que se corrompen, y por esta palabra entiendo alterarse para formar otros seres. Si digo que esto es para ellas un mal, y un mal necesario, entonces este mundo no estaría bien regido, estando sus partes sujetas a las alteraciones y hechas de una manera o de otra para corromperse.

¿Es que la Naturaleza habrá querido, expresamente, deteriorar las partes que la componen, someterlas al mal, crearlas para hacerlas caer inevitablemente; o bien todo esto pasará sin que ella lo sepa? Ni la una ni la otra hipótesis son admisibles. Luego admitamos que alguien, sin mencionar el nombre de la Naturaleza, diga solamente: «las partes del mundo están hechas de esta manera». ¡Cuán grande no sería su ridiculez! Es contradictorio aceptar que las partes del mundo están hechas para cambiar de forma, y también lo es extrañarse y hasta afligirse de estos cambios como si fuesen hechos contra la Naturaleza, sobre todo cuando se ve cada ser reducirse a los elementos de que está constituido. Porque la corrupción produce, o la dispersión de los elementos del cuerpo, o su transformación; aquello que es sólido cae a tierra y todo cuanto es volátil se evapora en el aire; ambos elementos vuelven de nuevo a la masa del universo para ser consumidos un día con él o para renovarle por continuas vicisitudes. Pero no te imagines que estos elementos sólidos y volátiles del cuerpo existen en él desde su concepción; porque todos ellos son de ayer o del día anterior, y sólo provienen de los alimentos y de la respiración. Esto es, pues, lo que cambia y no lo que la madre ha echado al mundo.

8. Cuando te hayas dejado conceder los adjetivos de bueno, modesto, sincero, prudente, paciente, magnánimo, procura no merecer todos los contrarios, y si llegaras a perder el derecho a tan lisonjeros calificativos, trata de recuperarlos cuanto antes. Pero no olvides que la palabra *prudencia* significa para ti la costumbre de examinar cuidadosamente y sin distracción la naturaleza de cada objeto, la *de paciencia*, la conformidad espontánea a todo cuanto la naturaleza común te da en su reparto; la de *magnanimidad*, la elevación del alma por encima de todas las impresiones agradables o desagradables de la carne, de la vanagloria, de la muerte y de todas las demás.

Luego si te esfuerzas por merecer estos títulos, sin desear que los otros te los concedan, entonces cambiarás por completo y conseguirás una nueva vida; porque permanecer lo mismo que hasta aquí, continuar esta existencia en que el alma se deja

hostigar y envilecer, es ser un insensato y vil esclavo de la vida; esto es, parecerse a los gladiadores que, medio devorados en un combate contra las fieras y cubiertos de heridas, de sangre y de polvo, piden, sin embargo, que se les reserve hasta el día siguiente para ser entregados a las mismas garras y los mismos dientes.

Entra, pues, en el camino que conduce a la posesión de este reducido número de títulos, y, si puedes permanecer en él, permanece con tanto júbilo cual si hubieses sido llevado a un sitio comparable a las islas de los dichosos. Pero si juzgas que la posesión de estos hermosos nombres no te pertenece, que no tienes la suficiente fuerza para poseerlos, ten por lo menos valor para retirarte a algún rincón del mundo, donde te sea posible ser dueño de ti mismo; o bien, apártate por completo de esta vida, sin ira ninguna; al contrario, con sencillez, como hombre libre y prudente, que por lo menos habrá hecho una buena acción abandonando la vida con sentimientos tan nobles. Además de esto, podrás siempre no apartar nunca de tus pensamientos el recuerdo de estos nombres, asociando también a ellos el recuerdo de los dioses, y teniendo presente que lo que quieren no son alabanzas, sino hallar sus vivientes imágenes en todos los seres dotados de razón. Piensa, por último, que ellos quieren que la higuera cumpla con el deber de higuera, el perro con el de perro, la abeja con el de abeja y el hombre con el de hombre.

9. La comedia de la vida, la guerra, el terror, un estorbo, la esclavitud, borrarán insensiblemente cada día en tu corazón todas estas santas máximas que ves un momento y dejas luego a un lado sin profundizar las lecciones de la Naturaleza.

Es preciso ver y obrar en todo de tal manera que lo que se deba hacer se haga bien; que la acción no excluya la observación ni tampoco esta confianza en sí mismo que resulta del conocimiento de las cosas, sentimiento secreto y que, sin embargo, no puede ocultarse. ¿Cuánto disfrutarás del placer de la sencillez, de la gravedad, de un conocimiento claro acerca de cada uno de los seres en particular hasta el punto de poder decir lo que es esencia, qué lugar ocupa en el mundo, qué duración le está asignada por la Naturaleza, de qué partes se compone, quién puede disponer de él y, en fin, quien tiene la facultad de quitarle o de ponerle?

10. La araña se enorgullece de haber cazado una mosca. Lo mismo sucede entre los hombres; uno está orgulloso por haber cogido un lebrato, otro, un pececillo en la red, este, jabalíes, aquel, osos y tal otro, sármatas. Este último y sus congéneres, ¿no son acaso unos bandoleros? Examina bien sus principios.

11. Ten por norma el contemplar las transformaciones de todos los seres, unos en otros, pon en ello toda tu atención y entrégate por completo a este ejercicio. No hay nada mejor que esto para inspirar al alma sentimientos nobles: así se destaca del cuerpo. El que piensa que pronto ha de abandonar todo al abandonar a los hombres se somete sin reserva a las leyes de la justicia en todo cuanto de él dependa, y a las de la Naturaleza en los demás casos. Lo que puedan decir y pensar de él o hacer en contra suya no le pasa por la mente; límítase solo a estas dos reglas de conducta: practicar la justicia en todos sus actos presentes y aceptar resignadamente lo que la Naturaleza le

haya reservado. Fuera de esto, y como lo demás no le interesa, camina derecho, según la ley, y sigue a Dios, que es quien le ha trazado la ruta.

12. ¿Para qué se han de hacer elucubraciones cuando se ve a las claras lo que se debe hacer? Si por tu parte lo ves, camina en pos de tu ideal, tranquilamente y sin mirar hacia atrás, y si no lo ves, vuelve de tu resolución y sigue los consejos de otras personas más competentes. Si se te presenta todavía algún obstáculo en la marcha, reflexiona bien y, según las circunstancias, sigue conformándote a lo que te parezca más justo. Este es el fin preferible, puesto que al tratar de conseguirlo no se expone uno al fracaso. Aquel que en todas las cosas sigue a la razón sabrá conciliar la lentitud con la vivacidad necesaria y el buen humor con la gravedad.

13. Tan pronto como te despiertes, pregúntate: «¿Tendrás algún interés en que otro mejor que tú obre con justicia y honradez?». No. ¿Has olvidado que las personas altaneras, cuando alaban o censuran, demuestran la misma arrogancia que cuando están en la cama o a la mesa? ¿Tienes presente lo que hacen, lo que esquivan, lo que pretenden, lo que hurtan furtivamente o aquello de que se apoderan a viva fuerza? De esto no son sus manos ni sus pies los culpables, sino la parte más preciosa de su ser, la que produce, cuando así lo quiere, la buena fe, el pudor, la sinceridad, la justicia y un buen espíritu.

14. El hombre instruido y modesto dice a la Naturaleza, que es la que da y quita todo: «Dame lo que quieras y llévate lo que te plazca»; y no lo dice por arrogancia, sino más bien por deferencia y por un convencimiento.

15. Te queda muy poco tiempo de vida. Vive, pues, como en una montaña, ya que importa poco el vivir aquí o allá si se vive por doquier en el mundo como en una ciudad. Que los hombres vean y reconozcan en tu persona a un hombre como es debido y que vive conforme a la Naturaleza. Si no te consienten que obres así, que te maten. Más vale morir que vivir como ellos.

16. Ya no se trata de discutir esta tesis: ¿qué es un hombre de bien?, sino de serlo.

17. Compara sin cesar la eternidad del tiempo y la inmensidad de la materia; cada uno de los cuerpos no es, respecto a esta, sino un grano de arena, y con relación al tiempo, una rosca de tornillo.

18. Al detenerte ante cada objeto que se te presente, piensa que ya está disolviéndose, a punto de cambiar de forma, de pudrirse o desaparecer; y considera también que todo ha nacido para morir.

19. ¿Quiénes son esos individuos que no hacen más que comer, beber, dormir, acoplarse, evacuar y actos por el estilo? ¿Y quiénes son también esos que gobiernan a los demás con ademanes de importancia, enfadándose o tentando arrogantemente a sus inferiores? ¿A cuántos seres no han halagado vilmente antes a su vez? ¿Y con qué fin? Pues unos y otros serán relegados sin tardanza al mismo estado.

20. Aquello que la naturaleza del universo da a cada uno nos es útil, y tanto más en el momento en que nos lo da.

21. La tierra necesita la lluvia, como también el aire bienhechor; el mundo se complace también en dar vida a todo lo que debe existir. Por consiguiente, yo digo al mundo: amo todo cuanto tú amas. ¿Acaso esto no se complace asimismo en llegar a existir?

22. Si vives aquí, ya debes estar acostumbrado; si te extravías, tú lo has querido; y si quieres, tu tarea ha terminado. He aquí, pues, toda la vida; luego no tienes por qué preocuparte.

23. El campo no difiere en nada de esto, es evidente, y todo lo que hay aquí es exactamente igual a lo que se encuentra en la cumbre de una montaña, en la orilla del mar o en cualquier otro sitio. Así, pues, reconocerás la oportunidad de la frase de Platón: puedes vivir en el recinto de una población como el pastor vivir en la choza de la montaña y ordenando sus ovejas.

24. ¿En qué estado se halla mi alma, mi guía? ¿Qué es lo que hago de ella en este momento? ¿Para qué me sirve ahora? ¿No carece de entendimiento? ¿No está separada y aun expulsada de la sociedad de los hombres? ¿No está unida y mezclada con la carne para ser identificada con ella?

25. Aquel que huye de su maestro es un desertor. Luego si la ley es nuestra maestra, aquel que no la cumple es un desertor. Pero aquel que se aflige, que se disgusta, que tiene miedo, rehúsa lo que está hecho, se hace y se hará conforme al orden de las cosas establecido por el organizador supremo. Luego si ese es la ley, es él quien distribuye a cada uno su lote. Según eso, aquel que tiembla, que se aflige o que se disgusta es un desertor.

26. Aquel que acaba de depositar en el seno de una madre el germen de un embrión se va; pero otra causa le sucede; hace el resto y acaba el cuerpo del niño. ¡Qué producción tan maravillosa de tal material! La misma causa procura aún al niño por la boca de la madre un alimento conveniente; después, otra causa, prosiguiendo lo que queda por hacer, produce en él el sentimiento y el instinto, en una palabra, la vida, la fuerza y las demás facultades. ¡Qué facultades! ¡Y cuán admirables son! Aunque todas estas operaciones sean misteriosas, es preciso contemplar y reconocer allí la fuerza que las ejecuta, como reconocemos la fuerza que atrae hacia abajo ciertos cuerpos y que se lleva por lo alto a ciertos otros. Estos fenómenos, aunque no son visibles, no por eso dejan de ser menos ciertos.

27. No dejes de observar que todo cuanto se hace hoy se ha hecho siempre y se hará. De todas las comedias y escenas del mismo género que tú has visto o que tú conoces por la historia antigua, acuérdate, por ejemplo, de toda la corte de Adriano, de Antonio, de Filipo, de Alejandro, de Creso. Todo eso no era diferente de lo que ves ahora, solamente los actores varían.

28. El hombre que se aflige o se indigna de un suceso cualquiera se asemeja al cerdito que, durante el sacrificio, patalea y gruñe. Y lo mismo sucede, créelo bien, con aquel que, extendido en su cama, deploa allí solo el destino que nos subyuga. Piensa también que solamente al ser racional se le ha dado el poder de aceptar voluntariamente todo cuanto le suceda. Porque el ceder a ello, simplemente es para todos los seres una cosa inevitable.

29. Examina aparte cada una de las cosas que haces, y pregúntate si la muerte es temible porque te priva de esto o de aquello.

30. Cuando estás irritado por una falta de alguien, al instante examínate a ti mismo, cuenta las faltas que poco más o menos parecidas cometes; por ejemplo, al mirar como un bien el dinero, o el placer o la vanagloria y otras cosas semejantes. Esta reflexión hará pronto aparecer tu humor. Añade que él ha pecado a pesar suyo. ¿Qué puede hacer él? O bien, si tú puedes, líbrale de la violencia que sufre.

31. Viendo a Satirón, piensa en un discípulo de Sócrates; por ejemplo, Eutiquio o Himeneo; viendo a Eufrates, piensa en Eutiquión o en Silvano; viendo a Alcifrón, piensa en Trepeoforo; viendo a Jenofonte, piensa en Critón o en Severo, y cuando eches una mirada sobre ti mismo, piensa en algunos de los césares; en una palabra, compara a cada personaje con algún otro que haya tenido analogía con él. Hazte después esta reflexión: ¿dónde están, pues, esos hombres? En ninguna parte, o bien en tal sitio o donde uno quiera. Así, tú tendrás siempre delante de tus ojos el espectáculo de las cosas humanas, que no son sino humo y nada, sobre todo si tienes presente que aquello que ha cambiado una vez de forma no aparecerá nunca de nuevo en la sucesión infinita de los siglos. Luego, ¿para qué preocuparte? ¿Por qué no te conformas con acabar dulcemente esta breve existencia? ¿Qué materia, qué objeto fundamental quieres evitar? Para terminar, ¿qué es todo eso sino ocasiones de ejercicio para el alma que ha reflexionado bien y metódicamente durante el transcurso de la vida? Detente, pues, hasta que te hayas apropiado de estas ideas como un estómago robusto se apropia de toda clase de alimentos, como un fuego violento transforma en llama todo cuanto se arroja a su hoguera.

32. Que nadie pueda decir sin mentir que no eres natural o que no eres hombre honrado. Haz ver lo contrario a aquel que tenga de ti esa opinión; y todo eso depende de ti. ¿Que alguien, ciertamente, puede impedirte ser bueno y humilde? No tomes otra resolución, sino renuncia a la vida antes que a estas virtudes; porque la razón no permite vivir en otra forma.

33. ¿Qué hay que hacer o decir que sea más razonable en esa ocasión? Pues al fin y al cabo, bien sea esto o aquello, a nadie más que a ti le incumbe decirlo o hacerlo, y no vayas a pretender que te es imposible. No cesarás de quejarte hasta que no llegues, como los afeminados que se dan por la molicie, a hacer con gusto, en toda ocasión o circunstancia, todo lo que es propio de las facultades esenciales del hombre. Es preciso que halles una grata satisfacción en hacer todo lo que te sea posible conforme a tu propia naturaleza. Luego tú lo puedes todo y siempre. No se le ha dado al cilindro el poder desarrollarse espontáneamente por sí mismo ni por todos los sitios el movimiento

que le es propio; tampoco al agua, al fuego, ni a los demás seres sometidos únicamente a las leyes de la Naturaleza o de un instinto ciego; así, todos ellos se encuentran sometidos y contenidos por mil causas. Pero el alma, inteligencia y razón, se halla en estado de arrastrar todo obstáculo que se le presente. Ella tiene para sí su naturaleza y su libre albedrío.

No olvides este privilegio de la razón que pasa libremente a través del todo, como el fuego se eleva al aire, como una piedra cae abajo, como un cilindro rueda en una pendiente; y no busques otra cosa. Por lo demás, en cuanto a los obstáculos, o bien no existen sino para el cuerpo, es decir, el cadáver, o no pueden causar ni herida ni mal alguno al alma, al menos que ella no se forme una falsa opinión y que la razón se extravíe; de otra manera, el hombre, vencido de antemano, llegará por ese camino hasta la maldad. De todos los demás seres organizados no hay ninguno que pueda experimentar algún cambio sin que en seguida se vuelva peor de lo que era; aquí es al contrario, el hombre se vuelve a la vez, me atrevo a decirlo, mejor y más estimado si se sirve de los contratiempos que experimenta. En tesis general, recuerda que el ciudadano por derecho de nacimiento no se creerá herido de aquello que no afecta al conjunto de la Humanidad, y que la Humanidad no es herida sino por aquel que atenta contra la ley; luego ninguna de estas eventualidades, que el vulgo llama desgracias, producen a la ley atentado grave; en consecuencia, si la ley no sufre daño alguno, no lo sufren tampoco ni la Humanidad ni el ciudadano.

34. Cuando un hombre está inculcado de los verdaderos principios, la palabra más corta y hasta más corriente es suficiente para desterrar de su corazón la tristeza y el temor. Ejemplo:

Como las generaciones de las hojas
así son las de los hombres...²⁵

Sí; tus amados hijos no son sino pobres hojas, hojas son también esos hombres que te aclaman con sinceridad aparente y te alaban, o bien, al contrario, te maldicen y te molestan en secreto con sus reproches y sátiras; hojas igualmente aquellos que después de tu muerte evocarán tu recuerdo. Todas estas hojas que nacen con la primavera, el viento después las echa a tierra: en seguida el monte las reemplaza con otras. Pero el destino común es el de no durar más que un momento; y tú en todo temes y deseas como si todo fuese eterno. Todavía un poco más de tiempo y tú cerrarás los ojos, y aquel que te haya conducido a la tumba será pronto llorado por otro a su vez.

35. La vista sana debe estar en estado de ver todo cuanto es visible, y no decir: «yo quiero el color verde». Porque ese es el lenguaje de una vista mala. Lo mismo, en estado de salud, los órganos del oído y del olfato deben estar aptos para percibir toda clase de sonidos y olores; y un buen estómago debe ser capaz de digerir indiferentemente toda clase de alimentos, como una rueda de molino está hecha para moler toda clase de granos. Es preciso también que una razón bien sana esté preparada para arrostrar toda clase de acontecimientos. Aquella que dice: «¡que puedan ser salvados

²⁵ Cita de *La Ilíada*.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

mis hijos!», y aún más: «¡que mis acciones reciban la aprobación universal!», es como los ojos que prefieren el color verde o los dientes que desean lo tierno.

36. No hay ningún hombre que al morir pueda alardear de no tener alguien cerca de él que se alegre de este funesto acontecimiento. Que este sea un hombre virtuoso y sabio, ¿no encontrará alguien que, al verle en su última hora, dirá: «por fin vamos a respirar, desembarazados de este moralista»? «Es verdad que no era riguroso para ninguno de nosotros, pero veíamos bien que en su fuero interno nos condenaba».

Esto tratándose de un hombre justo. Respecto a nosotros, ¡cuántos más motivos hacen desear a muchas personas verse libres de nosotros! Tú deberás pensar en esto a la hora de tu muerte; será mejor la pena al irte de aquí, porque podrás decir: «dejo una vida en la de aquellos con quien la repartía, por los que desean mi muerte, luego puede ser que esperen alguna ventaja». ¿Por qué, pues, ese empeño de querer seguir aquí más tiempo? Sin embargo, no por eso te vayas enfadado con ellos; sino, como siempre, continúa dándoles pruebas de afección, de benevolencia, de indulgencia, no les abandones tampoco como si te arrancaran de esta vida. Ve, si no, cuando una muerte es dulce, cómo el alma se desprende tranquilamente de las ligaduras del cuerpo; tu separación de la sociedad de estos hombres debes hacerla con la misma tranquilidad. La naturaleza te había conservado unido a ellos; pero hoy te separa. Yo me separo de ella, en realidad, como de una familia, no obstante, sin dolor de corazón y sin resistencia, porque esta separación es un acto conforme a la Naturaleza.

37. Toma la costumbre, cuando observes las acciones de un hombre, de hacerte, siempre que se pueda, esta pregunta: ¿cuál es el fin que este hombre persigue? Pero principia por ti mismo, y, desde luego, examina a fondo tu corazón.

38. Recuerda que aquel que te pone en movimiento como un muñeco está encerrado y se esconde dentro de ti. Ese es quien se hace escuchar, de quien es la vida, quien, si me atrevo a decirlo, es el hombre. Presérvate mucho de no confundir a ese con el vaso que le encierra y los órganos aplicados a esta masa. Estos órganos son para ti como un hacha, con la diferencia de que han nacido contigo. Pero, sin la causa que los hace mover y los modera, estas partes del cuerpo no te serían más útiles que la lanzadera aislada le sería a la tejedora, la pluma al escritor y la fusta al cochero.

Libro XI

1. He aquí las propiedades del alma razonable: ella se ve a sí misma, se organiza a sí misma y se adorna a sí misma como le place, recoge los frutos que produce, en vez de como ocurre con los productos de la plantas, que son recogidos por otros. Ella alcanza siempre su propio fin, no importa el momento en que la vida termine. Porque no ocurre lo mismo con ella que con una danza, una pieza de teatro u otra clase de representaciones que quedan imperfectas si se las interrumpe. En cualquier sitio o tiempo que la muerte la sorprenda, ella hace del momento un todo finalizado y completo, de manera que puede decir: «tengo todo cuanto me pertenece». Además, ella recorre el mundo entero y el vacío que le rodea; examina su configuración; su vista se extiende hacia la eternidad; ella abarca y aprecia la renovación periódica del universo; ella cree que los que vendrán después de nosotros no verán nada nuevo, como aquellos que nos han precedido no han visto más que lo que ahora vemos, y que un hombre que ha vivido cuarenta años, por poco entendimiento que tenga, ha visto poco más o menos cuanto le ha precedido y lo que le seguirá, puesto que todo sigue uniformemente. La propiedad de un alma razonable es también el amor al prójimo, a la verdad, al pudor, y, ante todo, el respeto a ella misma, lo que es también el carácter propio de la ley. Es así como el derecho razonable no difiere en nada de las reglas de justicia.

2. Un cántico hermoso, la danza, el pancracio²⁶, podrán parecerte despreciables. Desbarata, por ejemplo, una canción armoniosa en cada uno de sus tonos, y ante cada uno de ellos pregúntate si es ese el que te ha encantado: te sonrojarás, sin duda, al responder. Procede de la misma manera para con la danza, analiza cada movimiento, cada postura, y haz lo mismo con el pancracio. En una palabra: excepción hecha de la virtud y aquello que proviene de ella, trata de apreciar a la ligera todas las cosas en sus detalles, con el fin de que por este análisis llegues hasta a despreciarlas; y aplica este método para toda tu vida.

3. ¡Qué alma aquella que está dispuesta a despojarse de las ligaduras del cuerpo, en el mismo instante, si es preciso, sea para extinguirse o disiparse o bien para subsistir aparte!

Digo dispuesta como consecuencia de sus reflexiones particulares, no por pura emulación como los cristianos, sino con perfecta convicción y gravedad, y de forma que gane el alma de otro sin trágica ostentación.

4. ¿He hecho algo en favor de la sociedad? Luego he trabajado para mi provecho. Que esta verdad esté siempre presente en tu espíritu y trabaje sin cesar.

5. ¿Cuál es tu oficio? El de ser hombre de bien. ¿Cómo llegar a serlo con seguridad, sino por los principios que inspira el estudio de la naturaleza universal y de la constitución particular del hombre?

26 Combate gimnástico de origen griego, muy de moda entre los romanos.

6. Se dio primeramente en espectáculo la tragedia que, al representar los hechos de la vida humana, recuerda que son impuestos por la Naturaleza, y que aquello que os ha divertido en el teatro no debe pareceros insoportable en la gran escena de la vida. Ella hace ver cómo ciertamente estos accidentes se producen en virtud de una ley fatal de la que no pueden librarse ni aquellos que gritan: ¡Ah! ¡Cicerón!²⁷

Los poetas dramáticos también expresan a veces pensamientos útiles, entre otros este, por ejemplo: si los dioses no han tenido ningún cuidado de mí, ni de mis dos hijos, no lo han hecho sin razón. Y este: no hay que enfadarse con los acontecimientos. Y este otro: segar la vida como una espiga fecunda; y otros pensamientos similares. Después de la tragedia vino la comedia antigua, que se hizo la dueña; habló con toda libertad, tuvo la pretensión de corregir abusos y de dar lecciones de modestia llamando a cada cosa por su nombre. Diógenes, con las mismas intenciones, tomó de ella varios trazos. Considera después qué fue la comedia media, y por último cuál es el fin que se ha propuesto la nueva, que insensiblemente se ha vuelto una representación ingeniosa de las costumbres. Que se encuentran en ella también muchas lecciones útiles, nadie lo niega; pero este género de poesía, esta composición dramática, ¿qué se propone?

7. ¿Por qué piensas que no hay otro plan de conducta más propio para el estudio de la sabiduría que aquel al que te sometes en este momento?

8. Es de todo punto imposible que una rama desprendida de otra vecina no lo sea al mismo tiempo del árbol todo entero. De la misma manera un hombre separado de otro hombre se encuentra excluido por completo de la sociedad. Es una mano extraña la que corta la rama; pero es el mismo hombre el que se separa de su prójimo, al tomarle odio y antipatía. ¡Ah! Ignora que, por allí mismo, rompe los lazos que le unen al cuerpo del Estado; sin embargo, por una gracia de Júpiter, que es quien ha formado la sociedad, tenemos la gran ventaja de unirnos al prójimo del cual nos habíamos separado, y por ahí volver a formar parte de un mismo todo; pero, si esta separación se produce demasiado a menudo, la unión y restablecimiento se hacen difíciles. En una palabra: hay siempre una gran diferencia entre la rama que desde su principio se ha desarrollado y vegetado con el árbol y aquella que, después de su separación, ha sido repuesta e injertada; a pesar de lo que dicen los jardineros. Vegetar con el árbol del que soy un retoño, no tener aparte sino mi razón.

9. Aquellos que te ponen obstáculos en el camino de la razón no sabrían desviarte de una buena acción; así pues, que no te aparten de tu corazón los sentimientos de afecto hacia ellos; pero guárdate bien de uno y otro lado a la vez: no solamente demuestres tu firmeza en la manera de pensar y hacer, sino, además, una dulzura inalterable hacia los que intenten ponerte obstáculos o que te sean causa de otra cosa desagradable. Por consiguiente, no existirá menos debilidad al desearles el mal que al abstenerse de tu buena acción y dejarte intimidar; es igualmente uno culpable de deserción cuando se retrocede por miedo ante «el enemigo» o cuando se vive en desavenencia con aquel que la Naturaleza te ha dado como hermano y como amigo.

27 Cita de Sófocles en *Edipo rey*.

10. Nunca la Naturaleza es inferior al arte; porque el arte no es sino una imitación de las obras de la Naturaleza. Si es así, la perfecta naturaleza, que es la que abarca todas las demás, no cederá en habilidad a un simple artista. Luego en todas las artes, lo que es menos bueno está hecho por aquello que hay de mejor; y es lo mismo en la Naturaleza.

De ahí la existencia primordial de la justicia, principio y base de todas las demás virtudes. Pues no es verdadera justicia el sufrir por viles intereses, el cerrar los ojos ante la verdad y estar sujetos a la cólera y a la inconstancia.

11. Si es verdad que los objetos enturbian tu alma, bien por los deseos o creencias que te inspiran, no vienen en tu busca, sino que eres tú quien va hacia ellos, modifica la opinión que de ellos te has formado; estos objetos quedarán en su lugar y quedarás exento de deseos y de creencias.

12. El alma se parece a una esfera perfecta: cuando no se extiende hacia algún objeto exterior, no se empequeñece ni se reduce a sí misma, sino que brilla con la luz que la hace vislumbrar la verdad en todo y, particularmente, dentro de ella misma.

13. ¿Alguien va a despreciarme? Esa es su ocupación; la mía es la de guardarme muy bien de que en mis acciones y palabras no se encuentre nada que justifique su desprecio. ¿Va a odiarme? Esa es su ocupación; la mía es la de ser indulgente y benévolos con todo el mundo y la de estar preparado para desengañarle, no con insolencia ni fingiendo moderación, sino con noble franqueza y con bondad, como acostumbraba el grave Foción, si es verdad que lo hacía sin fingimiento; porque es necesario que estos sentimientos salgan del corazón, y que los dioses vean que nada les desespera ni se afectan por nada. Puede, desde luego, acontecerle algún mal si tú haces siempre aquello que es propio de tu naturaleza y si no te resignas al instante a todo cuanto conviene a la naturaleza del universo, como hombre creado para sufrir con paciencia todo lo que es de interés común.

14. Estos individuos se desprecian mutuamente al mismo tiempo que se colman de caricias; no buscan sino suplantarse y se arrastran los unos delante de los otros a cual mejor.

15. Qué lenguaje tan insípido es este: «he resuelto trataros con franqueza». ¿Qué es lo que dices? ¿A qué viene este preámbulo? Esto se verá por sí mismo. La palabra ha debido ser escrita primeramente sobre tu frente. Lo que quieras expresar debe brillar en tus ojos, como el pensamiento en la mirada de los amantes, donde nada pasa inadvertido para el ser amado. En una palabra, el hombre franco y honesto debe ser algo como aquel que exhala un olor particular: que al aproximarse a él uno sienta buen o mal olor, según con quien trata. La ostentación de franqueza es un puñal disimulado. Nada hay más indigno que las falsas caricias; evítalas todo cuanto puedas. El hombre que es virtuoso, humilde y bueno, refleja en su vista todo su pensamiento, sin disimulo alguno.

6. Es un secreto el vivir feliz, y es en el alma donde reside. Es suficiente ser indiferente a las cosas que por sí solas no son buenas ni malas. El medio para ser

indiferentes es el de apreciar a cada una de ellas aparte, en sus detalles y su conjunto, observando bien que ninguna nos obliga a formar de ellas una opinión cualquiera ni vienen a buscarnos. Ninguna se mueve de su lugar, somos nosotros los que juzgamos sobre ellas y cuyo juicio grabamos en nosotros mismos. Luego depende de nosotros el no grabarlos, y hasta borrarlos si se deslizan sin que los advierta nuestro espíritu. Fuera de esto, esta atención durará poco, puesto que terminará con nuestra vida. Por último, ¿qué es lo que hay en ellas que sea muy difícil? Si las cosas que se presentan convienen a tu naturaleza, acéptalas con placer y sin dificultad. Si no la convienen, busca en ti mismo aquello que pueda convenirla, y corre hacia ese fin, aunque nada tenga de glorioso.

17. Observa en los seres cuál es la procedencia de cada uno, de qué elementos se componen, en los que se transforman, lo que son después de su transformación, y verás que ningún mal puede sucederte.

18. Primeramente: ¿cuál es el lazo que tan fuerte me une a estos hombres? El haber nacido los unos para los otros, y que, desde otro punto de vista, he nacido para colocarme a su cabeza, como un carnero va delante de un rebaño o el toro delante de la vacada. Sube más alto, al origen; abstracción hecha de los átomos, es la Naturaleza quien rige todo en el universo; luego si es así, los seres que no son del todo buenos son hechos por los mejores, y estos unos por los otros.

Segundo: ¿cuál es la conducta de estos en la mesa, en la cama o en otra parte? Sobre todo, ¿a cuántas miserias no se ven expuestos, desgraciadamente, por sus opiniones? Y, no obstante, ¡qué orgullo con sus miserias!

Tercero: en su conducta, si hacen el bien, no hay que estar descontentos; si hacen el mal, es involuntariamente y por ignorancia. Por consiguiente, ningún alma está privada, si no es por su culpa, no solamente del conocimiento de la verdad, sino tampoco de esta justicia que la inclina a tratar a cada uno como se merece. Es por eso por lo que no sufren que se les trate de ingratitud, de injusticia, de avaricia y, en una palabra, de mala educación hacia el prójimo.

Cuarto: tú también tienes bastantes debilidades y los mismos defectos que los demás. Si te abstienes de ciertas faltas, no por eso estás menos dispuesto a cometerlas; es el miedo, el amor propio o algún otro motivo parecido el que te impide delinuir como ellos.

Quinto: ¿son ellos tan culpables? Tú no lo sabes de cierto. Muchos son los detalles que entran en la gestión de este asunto, y, en general, es necesario estar bien informado en muchas particularidades, antes de juzgar perentoriamente la conducta de otro.

Sexto: ¿sufres una violenta indignación o una ardiente impaciencia? Piensa en que la vida del hombre es de corta duración; al cabo de un instante estaremos todos en la tumba.

Séptimo: aquello que nos indigna no son las acciones de los otros, pues tienen su principio en el espíritu que las guía; son nuestras propias opiniones. Suprime, pues, tu opinión; cesa con firme resolución de juzgar tus acciones como molestas para ti, y tu cólera se disipará. ¿Cómo suprimir tu opinión? Haciéndote este razonamiento: que nada hay en ellas que sea vergonzoso para ti. Luego el verdadero mal no consiste en hacer lo que nos cause vergüenza. Si fuese de otro modo, serías, a pesar tuyo, culpable de muchas faltas; podrías ser hasta un granuja o cualquier otra clase de malhechor.

Octavo: ¡cuán mayor es el mal de la ira y el enfado suscitados por las acciones que otros nos hacen, que las mismas acciones que nos encolerizan y desazonan!

Noveno: la dulzura es una fuerza invencible cuando es sincera, sin afectación y sin disfraz. ¿Qué te sucederá con el más insolente de los hombres si tú te propones tratarlo con dulzura; si, cuando el caso lo requiere, tú estás satisfecho de poder dar dulcemente buenos consejos y una sabia lección en el mismo momento que él se esfuerza en ultrajarte? «No, querido mío; nosotros hemos nacido para obrar de otra forma; no es a mí a quien engañarás, sino a ti mismo, querido amigo». Hazle comprender, pero con cuidado y en términos generales, que ahí es donde está la verdad, que ni aun las abejas y otros seres destinados a vivir en sociedad lo harían de ese modo. No obstante, no es preciso que esa lección tenga aire de burla, ni de insulto; debes darla con un tono afectuoso y sin aspereza; no como un maestro de escuela, ni por hacerte admirar de alguien de los que te rodean, sino como si estuvieras solo, aun cuando hubiera otros testigos.

No olvides estos nueve puntos, como si fueran inspiraciones de las musas, y, por último, empieza a ser hombre por el resto de tu vida. Es preciso tener mucho cuidado de no irritarse contra los hombres, y con el mismo cuidado alabarles. Son dos excesos contrarios a la vida social y que pueden ser dañinos. Al momento de sentirte enfadado, no olvides que es indigno del hombre dejarse arrastrar por la cólera, y que la paciencia y la dulzura son las cualidades al mismo tiempo más humanas y más fuertes; ellas indican vigor, coraje y energía; y no se puede decir lo mismo de la cólera y del despecho. Cuanto más se aproxima la paciencia a la impasibilidad, es más fuerte. Si la tristeza es un signo de debilidad, la cólera es otro; en ambos casos se han recibido heridas, se ha capitulado.

Si quieres, escucha aún el décimo consejo como un presente de Musayetes²⁸: querer que los malos no cometan ninguna falta es una locura, pues es querer lo imposible; por otra parte, admitir que sea para los otros lo malo que ellos tienen y querer que no comentan ninguna falta contigo es razonar como un insensato o como un déspota.

19. El alma tiene cuatro inclinaciones contra las que es preciso estar siempre al acecho; en el momento de observarlas, debes instruirlas haciendo para cada una de ellas estas diversas reflexiones: esta es un fantasma de mi imaginación y, por lo tanto, no es verdad; aquella se propone arruinar a la sociedad; vas a decir tal o cual cosa que tú no

28 Una forma de Apolo que presidía a las musas.

sientes así en el fondo de tu corazón, piensa que no hay nada más miserable que el hablar contra lo que uno piensa. Por último, en el cuarto caso, tendrás un verdadero motivo para censurarte, puesto que la parte más divina de ti se halla vencida y sujeta por la menos estimada, por la parte mortal, por el cuerpo y sus bajos apetitos.

20. Todas las partes de aire y fuego que entran en tu organismo tienden a elevarse hacia la atmósfera; no obstante, también obedecen a la organización general de tu constitución, y pueden conservarse encerradas en el conjunto. Igualmente, todas las partes de tierra y de agua que se hallen en ti tienden a caer a tierra y, sin embargo, se tienen en pie y guardan una posición que no les es natural. Así pues, los elementos obedecen a la ley general; cuando han sido colocados en un orden cualquiera, hacen grandes esfuerzos por mantenerse hasta que la misma ley les ordena su disolución. ¿No es, pues, extraño que la parte inteligente de tu ser sea la única indócil y la sola descontenta del puesto que le es señalado? Nada se le impone que le sea violento ni se le ordena nada que no convenga a su naturaleza; y, sin embargo, no solamente no le soporta, sino que quiere hacer todo lo contrario; pues aquel que la conduce hacia la injusticia, los excesos, la cólera, la tristeza y el miedo no es sino un movimiento contra su naturaleza.

Cuántas veces se afecte el alma por un accidente de la vida, tantas abandona el puesto que le está confiado. Está hecha para la santidad y la piedad no menos que para la justicia: estas dos virtudes son, en efecto, dos condiciones de la sociabilidad; son hasta anteriores a los actos de la justicia.

21. Aquel que en la vida no tiene un solo y mismo fin, no sabrá tampoco ser un solo y mismo hombre. Esto no será suficiente si no añades cuál debe ser ese fin. Puesto que todos los hombres no piensan lo mismo sobre lo que el vulgo considera como bienes, sino únicamente sobre ciertos bienes, quiero decir sobre los bienes que lo son en efecto para toda la sociedad, se deduce que no debe uno proponerse más fin que el bien de la Humanidad y el de sus conciudadanos. Dirigiendo todos los esfuerzos hacia ese fin es como uno armonizará todas sus acciones, y, por consiguiente, será uno siempre el mismo.

22. Ten presente la fábula del ratón de los montes y del ratón doméstico; y el miedo y las angustias de este último.

23. Sócrates llamaba a los prejuicios de los lamios²⁹ espantajos de niños.

24. Los lacedemonios instalaban siempre a la sombra los estrados de los extranjeros para que presenciaran sus espectáculos, y ellos se colocaban en cualquier otro sitio.

25. Preguntando el hijo de Pérticos a Sócrates por qué no venía a su casa, el filósofo le contestó: «por no tener la muerte más triste»; es decir, por temor de ser muy bien tratado y de no poder corresponder.

²⁹ Lamio, uno de los hijos de Hércules.

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

26. En los libros de los efesios hallábase este precepto: «no apartes de tu imaginación el recuerdo de algún antepasado estimable por sus virtudes».

27. Los pitagóricos nos recomiendan que elevemos la vista al cielo desde por la mañana para que tengamos presente el recuerdo de esos seres que siempre, por el mismo camino y de la misma forma, llevan a cabo su tarea, y para que imitemos su perfecto orden, su pureza y su desnudez, pues los astros se hallan desprovistos de todo velo.

28. Recuerda la actitud de Sócrates el día en que se encontró sin más vestido que un cinturón de piel, por habérselos llevado Antipas, y las palabras que dirigió a sus amigos cuando, al verle en semejante postura, se volvieron avergonzados y confusos.

29. Para dar lecciones de lectura o de escritura debes forzosamente conocerlas; con mucha más razón, pues, tratándose de la conducta de la vida.

30. Siendo como eres un esclavo de condición, no tienes derecho a hablar.

31. ...Yo reía en el fondo de mi corazón³⁰.

32. Y ellos criticarán la virtud con palabras crueles.

33. Buscar un higo en la higuera en el invierno es una locura; es lo mismo que buscar a un hijo cuando ya no es posible volverle a ver.

34. Es conveniente –decía Epicteto–, cuando abrases a tu hijo, pensar: «Es posible que mueras mañana». «Pensamientos de mal agüero». «No –respondía–, no hay en ello nada que sea de mal agüero; uno no hace sino presentir un hecho natural; por el contrario, sería de mal agüero el decir que las espigas están segadas».

35. Racimo verde, racimo maduro, racimo seco; todo eso no es sino una transformación, no en lo que no es, sino en lo que no es todavía.

36. No hay ningún raptor del libre albedrío. Estas palabras son de Epicteto.

37. El mismo Epicteto recomendaba descubrir el modo de dar nuestro consentimiento; y en materia de proyectos, tener mucho cuidado en poner condiciones; respetar los derechos de la sociedad y nuestra dignidad; reprimir sin reserva alguna nuestros apetitos, pero no tratar de conjurar aquello que no depende de nosotros.

38. No se trata aquí –decía– de un asunto trivial, sino de saber si somos inteligentes o no.

39. Sócrates decía: –¿Qué deseáis? ¿Tener el alma como seres razonables o de brutos? –De seres razonables. –¿De qué clase de seres razonables? ¿Sanos o depravados? –Sanos. –¿Por qué, pues, no tratáis de poseerla? –Porque la tenemos ya. –Luego, ¿por qué estáis en lucha y discordia los unos con los otros?

30 Cita de *La Odisea*.

Libro XII

1. Todos esos bienes que deseas y por los que trabajas de mil maneras, puedes poseerlos desde hoy mismo a condición de tener cuidado de ti. He aquí el medio: olvida todo lo pasado, entrega el porvenir en las manos de la Providencia y ordena el presente guiándote únicamente en la santidad y la justicia; en la santidad, amando a tu destino tal como es, puesto que la Naturaleza lo ha hecho para ti y tú eres hecho para la Naturaleza; en la justicia, diciendo siempre libremente y sin dudar la verdad y obrando conforme a las leyes y la dignidad. Que nada te moleste, ni la maldad de otros, ni sus opiniones, ni su lenguaje, ni aquello que puede resentir a esa masa de carne que te envuelve; ella es la que sufre, luego que reaccione. Ve ahí pronto el fin de tu carrera. Luego si desprecias el resto con el fin de no agregar el premio sino a la razón, tu guía, y aquello que hay de divino en ti, si tú temes, no dejar de existir algún día, sino solamente no haber nunca comenzado a vivir conforme a tu naturaleza, serás un hombre digno del mundo que te ha dado el ser; cesarás de ser un extranjero en tu patria, de extrañarte de cuanto ocurre todos los días, como si fuese inesperado; por último, estar supeditado tanto a esto como a aquello.

2. Dios ve a todas las almas al descubierto, sin ese fango absurdo ni esa corteza grosera y sin las inmundicias que las envuelven. El único medio que emplea para comunicarse con ellas es su inteligencia, y no se une sino a las emanaciones derivadas de su propia sustancia. Acostúmbrate a hacer lo mismo y te librarás de las muchas inquietudes que te rodean, porque aquel que no tiene una mirada para esa masa de carne que envuelve su alma, ¿se preocuparía de un vestido, de una casa, de la gloria, de otras vanidades por este estilo y de las representaciones teatrales?

3. Tu persona se compone de tres sustancias: de un cuerpo, de un alma animal y de otra razonable. Las dos primeras te pertenecen en el sentido de que estás obligado a cuidarte de ellas; pero es solamente la tercera la que es de tu propiedad.

Luego si llegas a apartar de ti, de tu espíritu, todo aquello que los demás hombres hagan o digan, lo que tú has hecho o dicho, toda aprensión de los acontecimientos posibles, todo cuanto suceda independientemente de tu voluntad, al cuerpo que te envuelve o al alma animal unida con él, y aquello que un torbellino hace rodar a tu alrededor, de tal suerte que tu espíritu se desinterese de los destinos comunes, no viva sino consigo mismo, puro, libre, practicando la justicia, resignándose a lo que le sobrevenga, sin apartarse nunca de la verdad; si tú llegas, digo, a desterrar de ese espíritu que te gobierna las impresiones demasiado vivas de los sentidos, las ideas sobre lo que pueda acontecer y los recuerdos de lo pasado; si llegas a parecerte a la esfera de Empédocles³¹: esfera perfecta que se regocija de su graciosa estabilidad; si no piensas en vivir más de lo que tú vives, quiero decir el momento presente, estarás en condición de poder pasar el resto de tus días hasta la muerte sin turbación ninguna, con independencia y de perfecto acuerdo con el genio que está en ti.

31 Filósofo griego nacido en Sicilia, a principios del siglo V a. C.

4. Muchas veces me he preguntado con extrañeza por qué el hombre, que en general tiene un amor propio exclusivo por sí mismo, da, no obstante, menos importancia a la opinión que de sí tiene que a la de los demás. Supongamos, por ejemplo, que un dios o bien un gran maestro se coloca al lado de un hombre cualquiera y le dice que no se imagine ni piense nada en su interior sin que instantáneamente lo repita en voz alta; este individuo no lo haría ni un solo día. Es, pues, en verdad, la opinión pública la que nos interesa más; antes miramos al que dirán que lo que podamos decir de nosotros mismos.

5. ¿Cómo puede ser que los dioses, que han arreglado todas las cosas de una manera tan hermosa y con tanto amor por la Humanidad, se hayan descuidado en esto? ¿Que ciertos hombres, aunque no sean más que los más virtuosos, después de haber vivido, por decirlo así, en continuo trato con la Divinidad y haber llegado a ser su objeto de predilección por las muchas obras y sacrificios, una vez que mueren no son vueltos a llamar a la vida, sino que son absolutamente y por siempre extinguidos?

Las cosas pasan así, entiéndelo bien; que si debieran pasar de otro modo, los dioses lo habrían dispuesto. Si hubiesen sido justas, hubiesen sido igualmente posibles, y si hubiesen estado dentro del orden natural, habrían sido producidas por la Naturaleza. Pero por lo mismo que las cosas no pasan así, y admitiendo que no sea de ese modo como suceden, convéncete de que no podrían producirse de otra manera.

Desde luego, tú mismo ves que, en esta inútil averiguación, discutes una cuestión de derecho con la Divinidad. Luego no podríamos discutir en esta forma con los dioses si no fueran tan soberanamente buenos y justos; y si es así, no habrán olvidado nada de cuanto sea justo y razonable de hacer en beneficio del mundo.

6. Acostúmbrate a lo que creas por encima de tus fuerzas. Ve la mano izquierda: por la falta de costumbre, es generalmente débil en todo; no obstante, tiene la brida más fuerte que la derecha, porque está acostumbrada a ella.

7. Piensa en aquello que necesariamente caerá en las garras de la muerte, sea el cuerpo o bien el alma; piensa en la brevedad de la vida, en la inmensidad del tiempo que la precede y en el que la seguirá; en la debilidad de todo cuanto es materia.

8. Observa con atención las ideas despojadas de aquello que las envuelve: los motivos de las acciones; lo que es el dolor, el placer, la muerte y la gloria; cuál es aquel que se ha preparado obstáculos; cómo nadie se ve impedido por otro; que todo no es más que una opinión.

9. En la práctica de los buenos principios es necesario ser como el atleta en el pugilato, y no como un gladiador. Si este deja caer su espada, al punto puede ser muerto; pero el otro siempre tiene dispuesta la mano y no tiene necesidad de otra cosa para golpear.

10. Para conocer la naturaleza de las cosas es preciso estudiar por separado el fondo, la causa y su fin.

11. ¡Qué poder tan grande es el del hombre! De él depende no hacer sino aquello que Dios debe aprobar, y recibir con resignación todo cuanto Dios quiera enviarle.

12. Lo que acontece es conforme a las leyes de la Naturaleza; no por eso hay que culpar a los dioses, pues ellos no cometan jamás errores, ni involuntarios, ni voluntarios; tampoco a los hombres, pues si se equivocan no es por su voluntad. Así pues, no hay que culpar a nadie.

13. ¡Es preciso ser ridículo y novicio para asombrarse de cuanto pueda ocurrir, sea lo que fuere, en el transcurso de la vida!

14. Distingue en este mundo o una necesidad fatal y una ley inmutable, o una Providencia bienhechora o bien un camino causal de causas ajeno a toda dirección. Luego si tú obedeces a una necesidad inmutable, ¿a qué fin viene el quejarte? Si hay una Providencia a la que uno puede doblegarse, hazte digno de la asistencia de la Divinidad. Por último, si todo no es más que una mezcla confusa, sin dueño alguno que la dirija, piensa con alegría que dispones, en medio de las olas agitadas, de una inteligencia que te sirve de guía. Si esas oleadas te arrastran, que se lleven tu carne miserable, tu alma animal y lo demás, pero no conseguirán llevarte tu inteligencia.

15. ¿Dudas, acaso? La luz de la lámpara, hasta que no se apaga, brilla y no pierde su claridad; y en ti, la verdad, la justicia y la templanza, ¿habrán de acabarse antes que tú mismo?

16. «¿Te ha dado algún motivo para pensar que ha cometido una falta?». Pregúntate: «¿es que estoy seguro de que es una falta?» Y si la falta es cierta, suponte que él ya se ha juzgado culpable y se ha castigado tan cruelmente como si se hubiese desgarrado la cara con sus propias manos.

Desde luego, querer que el malo no cometa faltas es querer que la higuera dé otro fruto que no sea el higo, que los niños no lloren en la cuna, que el caballo no relinche, y de este modo de todo cuanto por necesidad tiene que suceder. ¿Qué es lo que podrá hacer un hombre en el que su corazón está tan gangrenado? Si puedes, cura su gangrena.

17. Si eso no es bueno, no lo hagas; no es verdad, no lo digas; tú eres quien debes juzgarlo.

18. Principalmente, estudia bien lo que es en sí el objeto que te llama la atención, sondea sus secretos, examina su causa, su sustancia y sus efectos, el espacio de tiempo o el fin cuando fatalmente dejará de existir.

19. Empieza, en fin, a concienciarte de que posees en ti mismo alguna cosa mejor y más maravillosa que todo lo que excita tus pasiones y te agita como un muñeco. Pregúntate: «¿qué es lo que hay en este momento en el fondo de mi corazón? ¿No es una creencia, una suposición, un deseo u otra cosa parecida?».

20. En primer lugar, nada hagas sin reflexionar ni sin fin alguno, y en segundo, no lleves otro fin sino el bien de la sociedad.

21. Dentro de poco serás convertido en nada, no existirás, como todo cuanto ves, y lo mismo que los que hoy viven. Todo ha nacido para cambiar de lugar y forma, para corromperse, con el fin de que otros seres vengan en su turno.

22. Todo no es sino una opinión, y tu opinión depende de ti. Apártala de tu espíritu cuando lo tengas por conveniente, y como el navegante que ha doblado el cabo, encontrarás un mar tranquilo, completamente en calma, y un golfo sin oleaje ninguno.

23. Una acción cualquiera que termina a su tiempo no pierde nada de su valor por el mero hecho de haber terminado. Aquel que ha hecho esta acción no experimenta ningún mal a causa de este fin. Lo mismo, pues, nuestra vida, que no es sino el encadenamiento de todas las acciones cuando acaba a su debido tiempo, no es desgraciada por el hecho de acabar, y aquel que a su tiempo se encuentre que ha llegado al último eslabón de esta cadena no experimenta por eso ningún mal. Es la Naturaleza quien señala el término y duración; a veces es la naturaleza particular, como, por ejemplo, cuando uno muere de vejez; pero, en resumen, es siempre la naturaleza universal. Las partes del universo se transforman sin cesar, y el mundo goza de una juventud y de un vigor eterno. Lo que es útil al universo es siempre bueno. Así pues, el término de la vida no es un mal para nadie, puesto que nada tiene de deshonroso, si es verdad que no solamente no depende de nuestra voluntad, sino que no atenta contra las leyes comunes; es hasta un bien, puesto que es natural para el universo, le es útil y se acomoda a sus leyes. Así es como uno lleva en sí el espíritu de Dios, camina hacia sus mismos fines y se decide a no tener otra voluntad que la de Dios.

24. He aquí tres puntos esenciales que se deben seguir. Primero: en tu propia conducta, procura no hacer nada sin reflexionar, o de manera distinta que haría la justicia. Referente a los acontecimientos exteriores, no pensar sino que son efectos de la casualidad u obra de la Providencia; luego el azar no debe producir protesta alguna ni la Providencia ninguna acusación. Segundo: considerar lo que somos cada uno de nosotros; desde nuestra concepción hasta que uno nace se halla animado, y desde este momento hasta entregar el alma; de lo que se compone, en lo que se convierte. Tercero: tener presente que si tú pudieras elevarte de repente sobre la tierra y ver a tus pies las cosas humanas con sus vicisitudes, no experimentarías sino un desdén por ellas, y más aún viendo al mismo tiempo todo cuanto puebla las capas inferiores y superiores de la atmósfera. Cuantas veces te elevaras así, otras tantas tendrías el mismo espectáculo ante tu vista: objetos en todo semejantes y de corta duración. No obstante, es eso lo que inspira satisfacción.

25. Aparta de ti tus preocupaciones y te verás libre. ¿Hay alguien que te impide apartarte de ellas?

26. Si estás incomodado por alguna cosa, es que has olvidado que todo acontece según el orden de la naturaleza universal; que la falta cometida proviene de otro; además, que todo lo que ahora sucede y ha pasado antes pasará siempre así y pasa lo

mismo por todos los sitios en el propio instante. Tú has olvidado el lazo tan estrecho de parentesco que une a cada hombre con el género humano, no por la sangre y el origen, sino por la participación común en la misma inteligencia. Tú has olvidado que el espíritu de cada uno de nosotros deriva de una emanación de la Divinidad; que nadie posee nada por sí mismo, así como nuestros hijos, nuestro cuerpo y hasta nuestra respiración provienen de este origen divino; que todo es opinión; y, por último, que la vida de cada uno se reduce al goce del momento y que no se puede perder sino este momento.

27. No dejes de acordarte de la gente que, en tal o cual circunstancia, han sido coléricos, otros han llegado a ser célebres por su incomparable gloria, o por sus infortunios, o por sus aversiones, o, en fin, por una circunstancia cualquiera; después pregúntate: ¿Dónde está hoy todo eso? Humo, ceniza y leyenda, y ni aun esta última. Evoca todos tus recuerdos en este orden de ideas; por ejemplo: Fabio Catulino en su campaña, Lucio Lupo en sus jardines, Stertino en Baias, Tiberio en Capri y Velio Rufo; en una palabra: todos aquellos en los que las mismas pasiones estaban estimuladas por el aplauso de la opinión, ¡cuán inútil era el fin de tantos esfuerzos! ¡Ah! ¡Cuánto mejor es, según las circunstancias, ser justo, moderado, sumiso a los dioses! Pero con sencillez; porque la ostentación de modestia es de todos los orgullos el más insoportable.

28. Los que te preguntan que dónde has visto a los dioses, que dónde has hallado las pruebas de su existencia para dirigirles tantos homenajes, respóndoles primero que su existencia se ve a simple vista, y seguidamente añade: «tampoco he visto mi alma, y no por eso dejo de respetarla. Es lo mismo con los dioses. Experimento continuamente los efectos de su poder; de ello deduzco que existen, y los venero».

29. El bienestar de la vida consiste en ver lo que cada cosa es en sí misma, en su conjunto, lo que es en la materia y lo que es en la causa que lo produce; después, en ocuparse con toda su alma en hacer lo que es justo y decir lo que es verdad. ¿Qué queda después de todo eso sino gozar de la vida, encadenando una buena acción a otra, sin dejar entre los eslabones de la cadena la menor duda de su continuación?

30. La luz del sol es una, no obstante que esté dividida por murallas de montañas y otros mil obstáculos que la interceptan. La materia común es una, por más que se halle repartida entre la multitud incalculable de cuerpos distintos los unos de los otros. La vida es una, aunque esté repartida entre una infinidad de naturalezas particulares que tienen límites individuales. El alma inteligente es una, si bien parece que está repartida de una manera distinta. Salvo algunas excepciones, las partes que acabo de nombrar, por ejemplo, la respiración vital y la materia orgánica, están desprovistas de sentimiento y no tienen entre ellas ninguna afinidad; lo único que las retiene unidas es el espíritu universal y la ley común de la gravedad; pero el ser inteligente se inclina en general hacia su semejante para asociarse con él, y este instinto de sociabilidad es invencible.

31. ¿Qué es lo que deseas aún? ¿Es continuar viviendo? ¿Qué quieres decir? ¿Sentir, moverte, crecer, dejar de crecer; después, tener uso de la palabra, pensar? De todas estas facultades, ¿cuál crees que es mejor? Si cada una por sí sola te parece poca

LOS ESTOICOS
EPICTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO

cosa, ve, toma, como último recurso, el partido de obedecer a tu razón y a Dios. Pero obedecer de una parte, y, por otra, afligirse de que la muerte sea para el hombre la privación de todo, son dos cosas inconciliables.

32. ¡Qué corto es el espacio de tiempo que se nos da con relación al transcurso infinito de los siglos! Sin tiempo para pensarla, desaparece en la eternidad. ¿Y nuestra parte de materia universal? ¿De alma universal? ¿Qué es, comparado con el resto, este rincón de tierra sobre el que te arrastras? Medítalo bien y limita tu ambición a conducirte como la Naturaleza exige y a soportar todo cuanto la naturaleza común te obligue a aceptar.

33. ¿Cuál es el uso que tu razón hace de su poder? Porque el todo está ahí. En cuanto a lo demás, que dependa o no de su libre albedrío, no es sino muerte y humo.

34. No hay nada más natural para inspirar desprecio a la muerte que pensar que también la han despreciado aquellos que han considerado el deleite como un bien y el dolor como un mal.

35. Para el hombre que juzga que nada hay mejor que aquello que llega a punto, a quien le importa poco haber realizado más o menos actos conforme a la verdadera razón, que encuentra indiferente contemplar el mundo más o menos tiempo, para este hombre, digo, no tiene nada de terrible la muerte.

36. ¡Oh, hombre! Has sido ciudadano de la gran ciudad. Que lo hayas sido durante cien años o durante tres, ¿qué te importa? Cada uno debe encontrar razonable aquello que es conforme a las leyes. ¿Tienes algún motivo para incomodarte si eres arrojado de la ciudad, no por un tirano, ni por la iniquidad de un juez, sino por la Naturaleza, que te había admitido? Es como si un actor fuera despedido del teatro por el mismo empresario que le hubiese contratado. «Pero –tú dirás– yo no he representado los cien actos, sino solamente tres». Tienes razón; pero, en la vida, tres actos componen la pieza entera. El autor que determina la extensión de la misma es el que no ha mucho compuso la intriga y que hoy termina el desenlace; tú no eres el autor ni de la una ni de la otra. Retírate, pues, con alegría, porque aquel que te despiega es la bondad misma.